
***COMPUTER
CONNECTION***

Alfred Bester

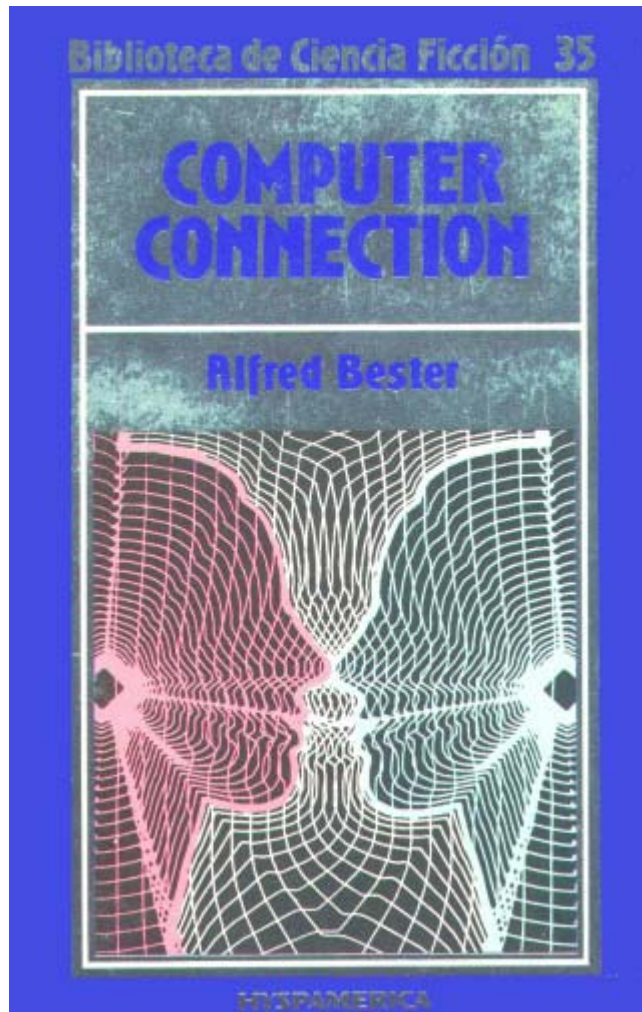
Titulo Original:
Computer Connection

Traducción:
Domingo Santos y Sebastián Castro

Portada:
Cabezas/AISA (foto)

©1974, 1975 by The Condé Nast Publications, Inc.
©Ediciones Acervo, Barcelona
©1986 Por la presente edición, Ediciones Orbis, S. A.

ISBN: 84-7634-408-2
Depósito Legal: M. 14100-1986



SOBRE EL AUTOR



Alfred Bester
18/12/1913 New York, New York
30/09/1987 Doylestown, Pennsylvania

Tras haber crecido en la isla de Manhattan, Alfred Bester concurrió a la Universidad de Pennsylvania, donde vendió varios cuentos a Thrilling Wonder Stories a comienzos de los '40. Luego se abocó a la carrera de guionista para cómics, radio, y (mas tarde) TV. Bester también fue libretista, trabajando diariamente para personajes clásicos como Batman, Nick Carter, Charlie Chan, Tom Corbett, The Shadow, y Superman. Bester escribió el papel original de Linterna Verde y creó sus villanos, Solomon Grundy y Vandal Savage. En los

cincuenta regresó a la prosa, escribiendo dos brillantes novelas "El Hombre Demolido" y "Las Estrellas, Mi Destino". A fines de los '50, comenzó a escribir relatos de viajes para Holiday Magazine, llegando a convertirse en el editor literario de la revista, hasta su desaparición en 1970. en 1974, Bester continuó escribiendo ciencia ficción.

Premio Hugo por El Hombre Demolido (The Demolished Man [1953], Novela)

Premio Gran Maestro SFWA (Science Fiction Writers of America ([1987] póstumo).

Computer Connection

La primera novela de Alfred Bester desde "Las Estrellas, Mi Destino" es una acelerada aventura desarrollada en el futuro. Una banda de inmortales -tan carismáticos como una pandilla de excéntricos- reclutan a un nuevo miembro, el brillante físico Sequoia Adivina. El Dr. Adivina, con la ayuda del grupo, se hace con el control de la Extro, la supercomputadora que maneja toda la actividad mecánica de la Tierra. Planean liberar a la Tierra de la represión política y para servir a futuras investigaciones de Adivina -que pueden hacer avanzar a la humanidad hacia la producción de una raza de superhombres. Pero la Extro se apodera de Adivina y lo vuelve malévol. La Tarea de la banda se transforma de pronto en una lucha mortal por el futuro de la Tierra. Sequoia Adivina, a quien quieren, debe ser asesinado. ¿Y... como se puede matar a un inmortal?

Me aparté de la Orilla de Bogue y seguí la Plataforma Continental, mientras el pogo periscopeaba siguiendo mi rastro. Infinitas llanuras de sal evocando las estepas de la Rusia Central (aquí, música de Borodin); montículos de sal donde la nueva raza de prospectores prospecta en busca de tierras raras; columnas de venenosos vapores en el horizonte oriental, allá donde las estaciones de bombeo vacían ligeramente el Atlántico extrayendo el deuterio para las transferencias de energía. La mayor parte de los combustibles fósiles han desaparecido; el nivel del mar ha descendido sesenta centímetros: el progreso.

Intentaba alcanzar el escondrijo de Herb Wells. Ha perfeccionado una técnica para el reciclaje del oro (arrinconado en nuestros días de dominio del plástico), y pasa su tiempo metiendo toneladas de lingotes en el pasado con un demencial trasto del tiempo que le ha valido en el Grupo el apodo de H. G. Wells. Herb se dedica a hacer regalos en oro a personajes tales como Van Gogh o Mozart, a los que intenta mantener sanos y sabios a fin de que produzcan otras inestimables obras maestras para la posteridad. Hasta el presente la cosa no ha funcionado. Nada de *Los hijos de Don Giovanni*. Nada de *Don Juan contra Drácula*.

Siguiendo la jerga de los indicadores de dirección que Herb ha dispuesto para el Grupo, me hundí bajo un montículo y me abrí paso entre las sales, absorbiendo los NaCl, MgCl₂, MgSO₄, calcio, potasio, bromuros y probablemente rastros del oro de Herb, que me reclamaría inmediatamente si lo supiera. Emergí ante la entrada del búnker. Cerrada, por supuesto. Tamborileé su superficie mientras el pogo se agitaba y vibraba sobre mi, y eran las seis menos dos y terminarían atrapándome si Herb no me oía, pero me oyó.

— ¿Quién dat? ¿Quién dat? —dijo en espanglés negro.

— Soy yo, Guig —grité en inglés del siglo XX. Esta es la jerga secreta que utilizamos los del Grupo—. Tengo problemas. Déjame entrar.

El panel de la entrada basculó, y me vi proyectado al interior.

— Cierra, Herb. Puede que los polis me hayan visto.

Hizo que el panel se cerrara y congeló los controles.

— ¿Qué demonios has hecho esta vez, Guig?

— Lo de siempre. Me he cargado a otro tipo.

— ¿Y los polis te siguen por un asesinato? Me estás tomando el pelo.

— Se trataba del gobernador del Corredor.

— Oh. No tendrías que cargarte a la gente importante, Guig. Ellos no comprenden esto.

— Lo sé, pero son los únicos candidatos que vale la pena liquidar.

— ¿Cuántos fallos has tenido hasta ahora?

— He perdido la cuenta.

— Y ningún éxito. —Herb meditó—. Quizá será mejor que nos sentemos y charlemos un rato. Primera pregunta: ¿se trata de un problema de perplejidad o de complejidad? A mi modo de ver...

El panel de la entrada vibró.

— Ahí están los dos patas —dijo sin alegría—. ¿Puedes enviarme a algún cuándo con tu trasto, Herb?

— Pero si siempre te has negado a hacer el viaje —dijo, echándome una triste mirada—. Y esto ha herido mucho mis sentimientos.

— Tengo que desaparecer durante algunas horas. Si no me encuentran aquí te causarán menos problemas. Perdona por lo de la máquina, Herb, pero ese trasto siempre me ha dado repeluznos. Como a todo el resto del Grupo.

— A mi también. Sígueme.

Fui con él hasta la Cámara de los Horrores, y me senté en su loca máquina, que se parecía a una mantis religiosa que estuviera rezando. Herb me tendió un lingote.

— Precisamente tenía necesidad de darle esto a Thomas Chatterton. Entrégaselo de mi parte.

— ¿A Chatterton? ¿El niño poeta?

— En carne y huesos. Se suicidó en 1770, y todos lo lamentaron. Arsénico. Estaba corto de dinero y de esperanzas. Ve a Londres. Vive en alguna buhardilla de Brook Street.

¿Comprendido?

— Ni la lluvia, ni la nieve, ni la desesperanza...

— Regularé el aparato para tres horas. Esto tiene que darte tiempo de sobra. Te enviaré a un lugar conocido desde donde puedas orientarte. Pero no te alejes demasiado, o la máquina no podrá recuperarte.

El aporreamiento en el panel de entrada aumentó en frecuencia e intensidad. Herb hizo no sé qué cosas con botones y controles, hubo un ruido de energía riéndose (nunca paga las facturas), y me encontré sentado bajo la lluvia, en medio de un charco de fango, mientras un tipo que se parecía a Jorge Washington montado sobre un caballo castaño me esquivaba a duras penas y me llenaba de improperios por ocupar la vía pública.

Me levanté y me aparté reculando, y de repente algo me golpeó la sesera. Me giré con un sobresalto. Era un ahorcado de desorbitados ojos balanceándose al extremo de su cuerda. Herb me había enviado realmente a un lugar conocido... Tyburn. Hacía años que no había vuelto a Londres (podrido por los residuos radiactivos), y realmente no en 1770, pero esto me permitió orientarme. Tyburn se había convertido más tarde en Marble Arch. Estaba en los arrabales del Londres del siglo dieciocho. Bayswater Road aún no existía. Y tampoco Hyde Park. Tan sólo campos, árboles, praderas, y el pequeño río Tyburn con sus meandros. La ciudad estaba a mi izquierda.

Tomé un camino que más tarde se convertiría en Park Lane, y giré a la izquierda hacia la línea de casas. Empezaban a ser más numerosas y estaban más juntas cuando llegué a un prado de vacas que más tarde se llamaría Grosvenor Square. Allí estaba el mercado del sábado por la tarde. Las carretas y tenderetes se amontonaban por centenares, iluminados con antorchas y lámparas de aceite y alguna que otra humilde vela. Se oían los gritos de los vendedores: "¡Ocho por un penique!", "¡Magníficas peras!", "¡Castañas calentitas! ¡Un puñado por un penique!", "¡Vean qué hermosos caracoles! ¡A penique el lote", "¡Nueces finas! ¡A penique la libra!" Tenía hambre, pero no llevaba ni un penique encima. Tan sólo un kilo de oro refinado.

Recordé que la Brook Street comenzaba al norte de Grosvenor Square. Tomé aquella dirección, intentando informarme acerca de un escritor llamado Chatterton. Nadie había oído hablar de él. Finalmente tropecé con una Librería Ambulante donde se exhibían publicaciones tales como "La vida secreta de un verdugo", "Los secretos del Soho", "La sirvienta infiel" y cosas así. El hombre me dijo que conocía a Chatterton. El chico le componía poemas para canciones a chelín la pieza. Me señaló donde estaba su casa, que parecía a punto de caerse en ruinas.

Subí las destartadas escaleras con la impresión de que iba a caer por el hueco que se abriría a cada peldaño que pisaba, y penetré en la buhardilla gritando:

— ¡Oro! ¡Oro! ¡Oro! ¡Brillante y amarillo, duro y frío! (Thomas Hood, 1799-1845).

El muchacho estaba retorciéndose en un camastro, en los últimos espasmos del envenenamiento por arsénico. Ajá, me dije. Se está muriendo. Sabe que se está muriendo. Si consigo salvarlo, quizá el Grupo gane un nuevo Homol.

Actué lo mejor que pude. Lo primero es hacerles vomitar. Oriné en un vaso y se lo hice tragar. Ninguna reacción. Demasiado tarde. Bajé al piso de abajo y aporreé la puerta como un loco. Me abrió la abuela de Betsy Ross, con aire ceñudo. La aparté a un lado, vi una jarra de leche, la tomé, y de paso cogí un puñado de carbón de la apagada chimenea. La mujer inspiró profundamente para echarse a gritar. Subí de nuevo al piso de arriba.

Carbón y leche. Nada. Se había ido, era lamentable, ¿y qué iba a hacer yo con 24 onzas (peso troy) de oro que deformaban el bolsillo de mi overol?

Bueno, lo único que podía hacer era matar el tiempo mientras esperaba a que la Mantis abriera de nuevo sus mandíbulas y me tragara. Salí a dar una vuelta bajo la lluvia. En la Fleet Street decidí meterme en un tugurio llamado "*The Cheshire Cheese*" para ver si podía convencer al tabernero de cambiar mi lingote por algo de beber y quizá un rincón cerca del fuego donde secarme, que en aquel momento estaba ocupado por un cachalote asmático y un tiburón de dulzona sonrisa: el Gran Cham y Boswell.

— ¿Qué haría usted, señor —estaba diciendo el tiburón— si se hallara encerrado de pronto en un torreón con un recién nacido? El cachalote resopló y gruñó, pero antes de que pudiera responder a aquella monumental pregunta fui engullido por la máquina, cuyos circuitos, ante la gran desesperación de Herb, hice saltar.

— ¡SalSalSalSal! —gimió—. Se han ido.

Salí.

— ¿Por qué no le has dado el oro a Thomas?

— Demasiado tarde. Cuando llegué ya se había ido.

— Oh, maldita sea.

— Inténtalo otra vez. Un poco antes.

— No puedo. Esa cochina cosa se niega a viajar dos veces a la misma década. A decir verdad, Guig, creo que es una mierda de máquina.

Quizá era por esto por lo que su programa de Salud, Educación y Bienestar no llegó a funcionar nunca. Le di a Herb las gracias, siempre en el inglés siglo XX del Grupo, y regresé a Spangland, la Gema del Océano. Ya sé que todo esto suena algo así como lunático, pero el redactar estas notas me produce dolor de cabeza. Tengo que traducirlo todo a partir del espanglés negro —Benny Días, gemmum, ah gone esplain any pagunta you ax—, que es el lenguaje oficial del país. La cosa funciona así: Espanglés, Inglés XXº, Lenguaje Máquina. Es malditamente complicado, sobre todo cuando uno tiene que compilar siglos de recuerdos. Así que les pido disculpas si alguna vez desbarro. Lo cual no puedo hacer con mi maldito diario. Cuántas veces, mientras compilaba datos para él, me ha respondido con un seco: "090 — NO LEIDO", lo cual en lenguaje máquina significa algo así como: "No puedo comprender una maldita cosa de lo que me estás diciendo".

Todos nosotros tenemos estos problemas. No para recordar —nuestros recuerdos se pegan a nosotros como las pintadas a una pared— sino para situar de nuevo los acontecimientos en su orden adecuado. Debo compilar notas y crónicas porque todo esto me preocupa. Soy el bebé del Grupo. Intento todavía entrenarme para desarrollar un sistema orgánico de clasificación. A menudo me he preguntado cómo lo consigue Sam Pepys. Es el historiador y cronista del Grupo, y ha intentado explicarme el Sistema. Para Sam es perfectamente sencillo, y funciona así: $A \frac{1}{4} + (\frac{1}{2}B)^2 =$ El desayuno que comí el 16 de setiembre de 1936 a la salud de Sam.

Yo estoy aquí tan sólo desde la erupción del Krakatoa en 1883. Todos los demás son veteranos a mi lado. El Beau Brummel sobrevivió al terremoto de Calcuta en 1737, que causó 300.000 muertos. A menudo dice que en aquella época nadie quería creer en tales cifras, y eso era debido a que a los blancos les importaba un pimiento cuántos negros sin censar habían muerto. Estoy completamente de acuerdo con él en eso. El... Oh, pero será mejor que antes les explique algo acerca de nuestros nombres.

Los nombres célebres que utilizamos no son nuestros verdaderos nombres. Tenemos que movernos y cambiar de nombre tantas veces y tan a menudo —los Efímeros empiezan a hacerse pronto preguntas sobre nosotros- que nadie podría recordarlos. Así que en el seno del Grupo utilizamos nuestros apodos, y los tomamos de personajes reales. Casi todos ellos reflejan nuestros intereses y nuestras pequeñas manías. Ya he mencionado a H. G. Wells y su trasto del tiempo. Está también Tosca, una actriz tipo; Beau, el epítome de la hermosura; Sam Pepys, el historiador; el Sindicato Griego, nuestro financiero; Betsabé, la *femme fatale*; *und so weiter*. Yo soy el *Grand Guignol* abreviadamente Guig, y no me gusta. No veo qué hay de gran guiñol en mí. Sinceramente, siempre he intentado hacer el bien. A través del horror, es cierto, pero es un precio muy pequeño a cambio de lo que ofrezco. ¿Quién no estaría dispuesto a pagar una hora de agonía a cambio de la vida eterna?

Acerca de nuestras edades: Oliver Cromwell fue enterrado vivo en una gran fosa común en la época de la Gran Peste, y todavía prefiere no hablar nunca de ello. Dice que una muerte por asfixia es algo que vale más olvidar para siempre. Canción Perfumada escapó a los mongoles durante el saqueo de Tien-tsin, cuando formaron una pirámide con cien mil cabezas cortadas. Su descripción deja a Dachau convertido en un picnic. Jonás se encontró sin saber cómo, porque era un pacifista, dirigiendo la defensa de una de las puertas de Jerusalén durante el ataque de las tropas de Tito.

Hay aún muchos más, que ya irán conociendo ustedes más tarde. El más viejo de todos, y de lejos, es Hic-Haec-Hoc. Lo llamamos así porque esto es más o menos todo lo que sabe decir. Nunca ha conseguido aprender ninguna lengua, pero consigue captar los signos más sencillos. Imaginamos que viene de finales del pleistoceno o de principios del holoceno, y que tuvo que ser cargado por un cataclismo lo suficientemente dramático como para volver consciente a un neanderthal. ¿Quién sabe? Quizá recibió un meteoro en pleno

rostro, o fue pisoteado por un Mastodonte Peludo.

Estos últimos días no vemos mucho a Hic-Haec-Hoc; la gente le da miedo, y constantemente está retirándose a los límites de la civilización. Nos preguntábamos cómo se las iba a arreglar para adaptarse a la explosión demográfica, pero la explosión espacial resolvió el problema. Probablemente ahora esté enterrándose en lo más profundo de un cráter de Marte, Madre de los Hombres; un Homol puede vivir de cualquier cosa, excepto de nada. Sam Pepys, que lleva la crónica de todos nosotros, pretende que la leyenda del Abominable Hombre de las Nieves nació precisamente cuando Hic-Haec-Hoc fue visto un par de veces vagabundeando por las cumbres del Himalaya.

He utilizado el término "cargado" para referirme a nuestra inmortalidad. Hoy le llamarían más bien "irradiación nerviosa". Por lo que he investigado, todos nosotros nos hemos visto sometidos a traumas del mismo tipo, que han destruido o anulado las secreciones letales que condicionan el envejecimiento y la muerte. Si las células de uno acumulan estas secreciones letales, uno no permanece para siempre en este mundo. Hasta ahora, todas las criaturas han recibido en su nacimiento este metabolismo suicida. Para la naturaleza se trata sin lugar a dudas de una forma de borrar lo hecho y comenzar de nuevo, esperando hacerlo un poco mejor. Soy intensamente antropomorfista, y puedo concebir a la naturaleza sintiéndose desanimada y bajando el telón en medio mismo de la representación.

Pero nuestro Grupo ha probado que la muerte no es una calamidad inevitable.

Naturalmente, lo hemos aprendido a través del peor camino. Cada uno de nosotros sabía que iba a morir, y recibió un shock psicogalvánico que aniquiló las secreciones letales de sus células para transformarlo en un Hombre Molecular, Homol para abreviar. Más tarde explicaré esto. Es una especie de perfeccionamiento de la teoría de los "Catastrofismos" de Cuvier sobre la evolución. Para el caso de que ustedes lo hubieran olvidado, les diré que Cuvier supone que catástrofes periódicas destruyen toda la vida y que el Creador comienza de nuevo su tarea cada vez a un nivel más elevado. Naturalmente, Cuvier estaba equivocado en lo que se refiere al Creador, pero lo que sí es cierto es que las catástrofes modifican a las criaturas.

Tal como se describe en cada caso (excepto en el de Hic-Haec-Hoc, que no puede describir absolutamente nada), las circunstancias han sido casi idénticas. Todos nosotros fuimos atrapados por alguna catástrofe, natural o producida por el hombre, que no nos dejó ninguna posibilidad de sobrevivir; lo sabíamos muy bien; al borde de la extinción, una descarga psicogalvánica nos recorrió; luego se produjo un milagro en el momento mismo en que la muerte iba a apoderarse de nosotros; y nos hallamos unidos al Grupo para siempre. Las posibilidades de que una tal conjunción de elementos se produzca son infinitamente pequeñas, pero el Sindicato Griego afirma que incluso la menor posibilidad debe producirse tarde o temprano. El Griego sabe lo que se dice. Es un apostador profesional desde la época en que Aristóteles lo echó a patadas en el trasero del Instituto Peripatético de Atenas.

Jonás nos describe a menudo la terrible impresión de la muerte que sintió en la muralla cuando finalmente llegó a la conclusión de que no iba a ser salvado in extremis por los Marines del ejército de los Estados Unidos. Luego se pregunta por qué no les ocurrió lo mismo a los demás que estaban con él.

— Sencillamente porque ellos no eran epilépticos, Jonás —no hago más que decirle.

— Oh, cállate ya —responde siempre—. Estás obsesionado por esa idea de la epilepsia, Guig.

Quizá tenga razón. Es cierto, *estoy* obsesionado por la idea de que todo nuestro Grupo está predispuesto a la epilepsia, y que existe una relación histórica entre la epilepsia y el único. Yo mismo sufro de ella, y cuando el aura me toca siento que puedo abrazar el universo. Es por eso por lo que gritamos y sufrimos espasmos; es demasiado magnífico para que el microcosmos lo soporte. He aprendido a reconocer al tipo epiléptico, y cuando encuentro a uno (o a una), intento reclutarlo para el Grupo matándolo de una forma horrible. Es por eso por lo que me llaman Grand Guignol. Betsabé me envía siempre una tarjeta de Navidad que representa la Virgen de Hierro.

Eso no es gentil por su parte. Si mato y torturo es tan sólo con un motivo loable, y quizá si les describo mi propia experiencia de la muerte comprendan ustedes mis razones. En

1883, yo era agente exportador en Krakatoa, una de las islas volcánicas del estrecho de la Sonda. Krakatoa estaba considerada oficialmente como deshabitada, y ahí está todo el lío. Yo había sido establecido allá secretamente por una firma de San Francisco que intentaba cortocircuitar el monopolio holandés del comercio. ¿Se decía "cortocircuitar" en aquella época? Esperen un momento. Se lo preguntaré a mi maldito diario.

TERMINAL. ¿PREPARADO?

PREPARADO. ENTRE NUMERO PROGRAMA.

001

LENGUAJE PROGRAMA CARGADO.

POSIC. + NOMBRE. EMPIEZA CUENTA 2000 N. P.

LENGUAJE PROGRAMA TERMINADO.

MCS; IMPRESO. W. H. FIN.

NO.

Bueno, ahí está. Por aquel entonces no se decía "cortocircuitar", y feliz cumpleaños a IBM. Sólo un idiota podía aceptar un trabajo como aquél, pero yo era un chaval de veinte años intoxicado por la Mística del Descubrimiento y loco por crearme un nombre por mis propios medios. Grandes titulares: ¡NED CURZON DESCUBRE EL POLO NORTE! Como si alguien lo hubiera perdido. O bien:

Ned Curzon, el explorador del Africa. "El doctor Livingstone, supongo". Tan sólo M'bantu dice que Stanley nunca pronunció estas palabras, y creo a M'bantu. El estaba allá, con un furdo sobre la cabeza. ¿Furdo? ¿Fardo? McBee estaba allá con una caja llena de chucherías sobre la cabeza.

Estaba solo en la isla con mi almacén de bambú y un terrier como única compañía, pero la gente del lugar venía navegando hasta mi para comerciar. Pedían las cosas más peregrinas y ofrecían las cosas más peregrinas a cambio, incluidas sus mujeres, que se metían en la cama de un solo salto por una botella de whisky adulterado. ¡Ah, aquellas fabulosas bellezas tropicales inmortalizadas por Stanley! No Sir Henry Morton Stanley de Africa; Darryl F. Stanley de Hollywood. Su piel estaba cocodrileada con cicatrices rituales, y crujían bajo uno ante sus embates, mostrando sus dientes ennegrecidos por la nuez de betel. Al diablo Dorothy Lamour.

Los indígenas sabían que el monte Rakata de Krakatoa era un volcán en actividad, pero era tan pequeño comparado con las enormidades de Java y de Sumatra que esto no les impedía venir a visitarme. De tanto en tanto, Rakata se irritaba y escupía un poco de lava, pero esto no preocupaba a nadie. También se producían algunas sacudidas sísmicas, tan débiles que apenas las distinguía del ruido del mar. Ni siquiera el imbécil de mi perro tuvo la decencia de alarmarse. Ya saben, el fiel amigo del hombre previene siempre a su amo de la amenaza invisible.

La gran explosión se produjo el 26 de agosto, y no puedo decir que no hubiera sido advertido. El día anterior, el viejo Markoloua navegó hasta mí con sus hombres y mujeres jóvenes, trayendo un cargamento de pepinos de mar, que aborrezco, pero que a los Incrustables les vuelven locos. Cocinan con ellos. Discutían acaloradamente entre sí. Cuando le pregunté a Markoloua lo que ocurría, me dijo que había demonios en las profundidades del mar; habían llegado a Krakatoa perseguidos por grandes bancos de peces. Me eché a reír, pero me arrastró hasta la orilla del agua y me lo mostró. ¡Era cierto! La playa estaba repleta de peces muertos, y cada ola traía consigo centenares más, que saltaban y se retorcían en el aire como si fueran perseguidos por el propio diablo. Algunos años después le conté aquel fenómeno a un vulcanólogo de la estación del monte

Etna. Me explicó que el calor producido al pie del Rakata debía haberse propagado por el fondo del océano, elevando de tal modo la temperatura que los peces, en su intento por escapar, habían terminado embarrancando en la playa. Pero en aquel momento yo pensé más bien en algún otro tipo de polución.

Markoloua se fue tras haber cambalacheado sus pepinos de mar contra diez (10) espejos de acero. A la mañana siguiente se produjeron las primeras erupciones, cuatro, una detrás de otra, y aquello fue el fin del mundo. Ni siquiera oía el ruido. Era demasiado fuerte. Lo capté como un bombardeo acústico que me hizo aullar. Toda la parte norte de la isla se levantó como un gigantesco hongo de lava. El cono principal del Rakata se hendió de arriba a abajo, mostrando su conducto central. El mar penetró en su interior, fue transformado instantáneamente en vapor, y provocó otra serie de explosiones que terminaron haciendo estallar el cono.

Yo estaba ensordecido por el ruido, cegado por el humo, asfixiado por los lívidos vapores, dolorido en todos mis sentidos. Cuando el gran río de lava llegó hasta mí, como un torrente hirviendo al rojo blanco, no sentí nada más excepto la horrible incredulidad de la muerte propagándose a través de todo mi cuerpo. *Sabía*. Sabía lo que nadie quiere creer hasta el último instante. Sabía que estaba muriendo. Y así morí.

Ahora pienso que fueron las vibraciones de las explosiones las que produjeron el milagro. Hicieron estallar las lianas que sujetaban los bambús de mi almacén y retorcieron los troncos de tal modo que me aprisionaron en una especie de jaula como las de los pájaros, una masa de lianas y troncos retorcidos conmigo dentro, junto con otros restos de mil clases distintas, que los temblores debieron arrojar al océano. No me di cuenta de nada; no recobré el conocimiento hasta después de mi renacimiento, flotando en un cascarón de bambú sobre un mar lleno de despojos.

Krakatoa había desaparecido. Todo había desaparecido. Tan sólo se divisaban algunos ennegrecidos arrecifes emergiendo bajo enormes nubes de polvo volcánico. Durante cinco días permanecí en estado de shock, cinco días que me parecieron cinco eternidades, hasta que un cargo holandés me recogió. Estaban furiosos por la catástrofe, que les había retrasado tres días. Como si fuera culpa mía, como si todo hubiera ocurrido porque yo había jugado con una caja de cerillas o algo así. Esta es la historia de mi muerte y del milagro que me salvó. Y eso fue lo que me convirtió en un Hombre Molecular.

El problema es que no resulta cómodo organizar una erupción, una epidemia de peste o la embestida de un mastodonte peludo cada vez que uno quiere reclutar a un inmortal, y es más difícil todavía intentar salvar milagrosamente a alguien de la catástrofe. Me las apañé bastante bien en mi papel de criminal sádico, pero cuando se trata de acudir al salvamento fracaso siempre, por mucho cuidado que ponga en la preparación de toda la operación. De acuerdo, tuve éxito con Sequoia, pero honradamente debo reconocer que el milagro fue accidental.

Jonás se muestra apenado cada vez que yo llamo a aquello un milagro. Ha pasado varios meses conmigo en Mexifornia y, cada vez que le repetía mis teorías acerca del Grupo (lo malo con la longevidad es que uno se vuelve fácilmente redundante), me respondía:

— No estoy de acuerdo. Los milagros son los elementos constitutivos de la revelación divina. Son actos que exponen el carácter y los propósitos divinos.

— Si, sí, ya sé, Jonás, pero ¿cuál es el propósito divino de hacer vivir a tipos como yo eternamente? De acuerdo, soy el producto del racionalismo del siglo diecinueve. ¿No consideras que se trata de una rara coincidencia entre una improbabilidad y la bioquímica?

— Hablas como Spinoza, Guig.

— Vaya cumplido. ¿Llegaste a conocerlo, Jonás?

— Le compré un par de gafas en Amsterdam.

— ¿Qué clase de tipo era?

— Extraordinario. Fue el primero en negarse a adorar a los dioses tallados por el hombre a su imagen y semejanza para que se convirtieran en servidores de sus intereses humanos. Hacía falta valor para eso, en el 1600 y algo.

En aquel momento entró mi propia sirvienta con bebidas: coñac para mí, y Romanée-Conti para Jonás, que empuja el codo desde los tiempos de Jerusalén. La chica llevaba el uniforme clásico de la doncella francesa, algo que había tomado de algún viejo film de los archivos. Y cometió la imprudencia de guiñarle un ojo a Jonás y decirle:

— Hola. Soy tu conejita.
Y se fue. Jonás me miró fijamente.
— Siempre está dándome sorpresas —le dije—. Intenta hacerme perder mi sangre fría.
— Habla XX°.
— Yo se lo he enseñado.
— ¿Sabe algo del Grupo?
— Todavía no.
— ¿Qué es una conejita?
— Esto... una antigua camarera.
— Pero, ¿quién es esa chica?
— Me adoptó. y no puedo librarme de ella.
— Escucha, Guig...
— ¿Quieres saber toda la historia?
— Por supuesto.
— Bueno. Por aquel tiempo yo estaba editando el *Dek Magazine*, una revista llena de anuncios gratuitos mezclados con comics y publicidad y. lo creas o no, un día recibí una carta. Una *carta*, en aquella época y lugar. Me sentí absolutamente alucinado, pero de todos modos respondí. Espera, le pediré los datos a mi diario.

TERMINAL. ¿PREPARADO?

PREPARADO. ENTRE NUMERO PROGRAMA.

147

CINTA ARCHIVO CARGADA.

POSIC. + NOMBRE. EMPIEZA CUENTA.

CINTA ARCHIVO TERMINADA.

MCS, IMPRESO. W. H. FIN.

La impresora tableteó durante unos segundos como una ametralladora. Tendí a Jonás la hoja de papel pautado, impresa en XX°, por supuesto; no siento deseos de que alguien pueda leer algo de mi personal diario íntimo. La correspondencia se había producido en espanglés, pero yo la había traducido.

Sñor drector Dekkk. Quier scrbir artic sbre hist minors etnics p.e. inds siberians que descub América en 1492 vnendo de Rusia en brcos. Colon era un mntroso. Sincrmente.
Chca-5 Chino Grauman
Mexifornia, U.S.A.

Querido Sr. Chino:
Muchas gracias por su interesante propuesta. Desgraciadamente, consideramos que el tema propuesto por usted no se adapta a las exigencias de *Dek*, que está dedicada enteramente a los comics, publicidad, sexo y sadismo.
Muy cordialmente,
La redacción.

Rdctores Dec. Su rspesta es inacptable. Indios esquimles grpos minortrios rprmidos dsde 1492 en los E.U. de A. Ustds les hn rbdo 320 años de su vrlidad. Ustds les hn hcho cdadanos de 2a catgoria. Gen. Custer lo hzo.
Chca-5 Chino
Mexifornia.

Querido Sr. Chino:

Si le quitamos 1492 a 2080 *nos* quedan 588 años. ¿Qué ocurre con sus otros 268 años?
¿Acaso esto forma parte del artículo que usted nos propone?

Muy cordialmente,
La redacción.

Redcción Dk. Su nmro es inacptable. No quren hcer uds. nda pra reprar la injsticia hcia los indios que hn hcho grnde la trra de los Spanglands Unidos de A., sto prba que se ngan a dialgar constrctvamente con nstros de mdo que envremos a ntros MSs pra nfmtárseles.
Chca-5 Chino.

Querido Sr. Chino:
¿Qué significa MSs? ¿Es la abreviación de Manuscritos? Si es así, le advertimos que *Dek* acepta solamente los manuscritos que le son enviados de uno en uno y por triplicado.
Muy cordialmente,
La redacción.

Redcción lacyos del stblshmnt. No MSS. MSM. Mltantes por una scdad más mlitante.
Ocpremos sus ofcnas. Les squstraremos. Traeremos nstros bcadillos y ntra mantqulla y drmireremos en el slo.
Chca-7 (exctad)

Querido Sr. Chca:
¿Puede darnos usted alguna idea de cuándo van a ocupar sus militantes nuestras oficinas?
Nos gustaría tener tiempo de evacuarlas antes. Entiéndanos, nuestras oficinas ocupan un veinteavo piso y no podemos saltar por la ventana como cualquier decano o profesor de universidad.
Muy cordialmente,
La redacción.

¿Creen ustds que los MSM van a avsarles para que ls pls tngan ocsión de comter acts de brtalidad fscista? Stremos allí cndo los MSM dcidan y si el dialgo no es pstivo sldran ustds por la vntana aunque sea un 268 pso.
Chca-5 (Pres. MMS)

Querido Presidente Chca:
¿Es por allí por donde han pasado los 268 que le faltan?
Muy cordialmente,
La redacción.

OK. Rchzan ustds el procso dmocrátco. Ustds obligan a los MSM a tmar accnes mlitantes para una sciedad mlitante de indios squmales 100% de grps minoritarios fturos.
Sten prparados.

Aquello era todo. Jonás me miró con una expresión tal de perplejidad que me eché a reír.
— Y luego se presentó ella —dije—. Diez años, militante hasta la médula, y la llenamos de tal modo de bocadillos y de mantequilla de cacahuete que tuvimos que acompañarla de vuelta a su casa. Ahora ya no sé cómo librarme de ella. Simplemente, me ha adoptado.
— ¿Cuánto tiempo hace que está aquí?
— Tres años.
— ¿No tiene familia?
— Están tan contentos de haberse librado de ella. No quieren saber nada. Es un *lusus naturae*, un monstruo, un caso raro. Ha aprendido sola a leer y a escribir. No hay límite a sus potencialidades.
— ¿Qué es lo que hace aquí?
— Es útil de mil modos distintos.
— ¡Guig!
— ¡Oh, no, no! Está formada, pero sólo tiene trece años. Es demasiado joven para mí. No

es lo que tú crees, Jonás. De veras.

— No necesitas disculparte. Conozco demasiado tu reputación. Vives tan sólo para el placer mecánico.

Los chicos de la Unión Carbide, nuestra universidad local, organizaban su protesta ritual. Era el tradicional altercado, con incendios, gritos y muertes. Lo único que variaba era la causa, y los grupos de presión debían firmar con varios meses de anticipación para estar representados. Jonás dijo que iba a descender al campus para ver si podía parar todo aquello. Estaba de acuerdo con las ideas de los chicos, pero reprobaba sus métodos.

— Tu no comprendes —le dije—. Están apegados a sus tradiciones de muerte y destrucción. Ni siquiera se preguntan para qué sirve todo esto. Se les distribuyen posters y octavillas, y caen en el orgasmo. Incluso dan las gracias ante el suicidio.

Chca-5 entró, esta vez jugando al vampiro.

— Bésame, idiota mío —dijo, azotando mis labios con una rosa artificial.

— Estate quieta. ¿Cuál es el motivo de la manifestación de hoy?

Ella inclinó la cabeza y escuchó atentamente.

— ¿Qué está haciendo? —preguntó Jonás.

— Jonás, vives encerrado en nuestro Grupo y no te enteras de lo que pasa en esa loca civilización de ahí afuera. Es un mundo de controlados y de drogados. El noventa por ciento de esos tipos tienen un trasto implantado en su cerebro desde su nacimiento mismo. Están controlados constantemente. El aire está saturado de millones de emisiones de esos aparatos. Chca es única. Es capaz de captarlas todas y de codificarlas sin necesidad de receptor. No preguntes cómo lo hace. La chica es un genio, eso es todo.

— Mov Lib Blanc —dijo Chca-5.

— Así que es eso —dije—. ¿Crees que es lógico quemar una biblioteca a causa de un puñado de Blancos? No quedarán más de un millón de blancos puros en todo el mundo. y la mayor parte de ellos son unos degenerados o unos pluricromosomáticos.

— Ven aquí, niña —dijo Jonás.

Chca le echó los brazos al cuello y le besó apasionadamente. Jonás depositó al vampiro sobre sus rodillas.

— ¿Usas drogas, querida?

— No —ella me miró—. E/no me deja.

— ¿Te gustaría?

— No. No es correcto. Todo el mundo toma.

— Entonces, ¿por qué estás enfadada con Guig?

— Porque me obliga a hacer todo lo que él quiere. No tengo ninguna identidad.

— ¿Por qué no lo abandonas?

— Porque... —calló. Se dejó ir hacia atrás, y volvió a enderezarse—. Porque estoy esperando el día en que él/haga todo lo que yo quiera.

— ¿Estás controlada, querida?

— No —dije yo—. Nací en los barrios bajos, nunca ha ido a un hospital. Está limpia.

— Nací en la quinta fila de platea. del Teatro Chino Grauman —dijo Chca, con una enorme dignidad.

— ¡Dios de los cielos! ¿Y cómo fue eso?

— Allí vive mi familia —dijo Chca razonablemente.

Jonás me miró asombrado.

— Está orgullosa porque su familia consiguió pasar del anfiteatro a la platea —le expliqué. Jonás renunció, dio un beso a Chca, y la dejó en el suelo. Ella permaneció colgada a él unos instantes y luego se soltó. El le preguntó si la manifestación ya había empezado, y ella dijo que sí. Más de la mitad de los polis no estaban satisfechos con lo que captaban a través de las emisiones. Consideraban que aquello era monótono. Pensaban en enviar algún *agent provocateur* para animar la cosa.

Jonás salió, y empecé a preocuparme un poco por él. No iba a arriesgar gran cosa al lado de los manifestantes, con su barba y sus cabellos largos, pero temía que los polis lo utilizaran para echarle un poco más de leña al fuego de la manifestación. Era capaz de hacerlo.

El campus era el batiburrillo tradicional: misiles, lasers, bombas incendiarias, explosiones. Todo el mundo era feliz. Se oían cantos y slogans rítmicamente entonados. Alguien

gritaba: "¡Uno, dos, tres, cuatro!", y luego algo que rimaba con cuatro. "¡Cinco, seis, siete, ocho!", y luego algo que rimaba con ocho. La cosa no iba más lejos, ya que la aritmética ya no es materia obligatoria. Los policías mantenían las barreras de ritual, y rivalizaban entre ellos en ser los primeros en arrestar y violar a las chicas más guapas. Y aquel loco de Jonás avanzaba directamente hacia el centro mismo de la ceremonia.

No tuvo tiempo de abrir la boca. Una veintena de militantes se habían precipitado hacia un inocente heli aparcado no lejos de allí, y que no le había hecho daño a nadie. Lo agitaron y lo zarabandearon por todos lados. Le arrancaron las palas y el patín de aterrizaje, e intentaron arrancarle la cabina del chasis. Le dieron otra embestida con la sana intención de volcarlo completamente, pero debieron empujar demasiado fuerte y en una dirección equivocada, ya que el aparato se elevó verticalmente y volcó de morro, justo encima del lugar donde estaba Jonas.

Corrí hacia allá. Hubo como media docena de explosiones sordas, y luego gases por todas partes (mezclados hoy en día con LSD). Los manifestantes dejaron de correr e inspiraron profundamente. Yo también respiré los gases, pero no por ello dejé de correr. Alcancé el heli e intenté levantarlo. Era imposible. Tres policías aparecieron a mi alrededor y me sujetaron.

— Ayúdenme a levantarlo —jadeé—. Hay alguien debajo.

Empujamos todos juntos. Nada. Fue entonces cuando apareció un muchachote enorme, huesudo, de ojos hundidos y tez cobriza, que sujetó el borde del chasis y le dio la vuelta con un solo impulso. Jonás apareció, limpiamente incrustado en el chasis, y así es como conocí a mi primer candidato feliz a la eternidad.

Era del tipo epiléptico. Esto fue evidente desde el momento en que lo vi por primera vez. Un candidato maravilloso: grande, musculoso, fuerte como una roca. Transportó al incrustado hasta el hospital de la universidad sobre un solo hombro. Jonás gemía débilmente en arameo, la lengua que había aprendido en las rodillas de su madre. En Urgencias, mi candidato fue tratado con un gran respeto. "Sí doctor (*Yassuh, médico*), no doctor, seguro doctor". Me dije que debía de haber hecho algo sensacional, por ejemplo revivir las plagas para combatir la explo. demo. Dios, un genio.

Metieron a Jonás en una cama. No me preocupaba demasiado por él. Hace falta mucho más para conseguir que peligre la vida de un Homol. Pero me aterraba la idea del Lépcer. Este es el peligro real, constante. Ya les hablaré más tarde del Lépcer.

— Te he registrado con el nombre de J. Kristman —le susurré a Jonás al oído—. No te preocupes. Me he hecho pasar por un pariente próximo. Me ocuparé de ti.

Mi chico dijo entonces, en *XX^a*:

— ¡Hey, hablas el Viejo Inglés! ¿Cómo es eso?

— ¿Y tú, cómo es eso? —dije yo.

— Quizá te lo cuente algún día.

— Yo también. ¿Qué te parece si vamos a echar un trago?

— Encantado, pero no tengo derecho a tomar aguardiente. Soy pupilo del gobierno.

— Eso no tiene ningún problema. Yo hago el pedido y luego te lo paso. ¿Qué va a ser?

— Aguardiente.

— ¿Quieres decir que existe algo así?

El rostro del tipo parecía de madera.

— ¿Crees que soy de los que toman el pelo?

— Tienes el aspecto de un charlatán frente a un estanco.

— ¿Existe algo así?

— Hubo un tiempo en que si existía. ¿Dónde vamos a beber?

— Al *Input Apasionado*. Te lo mostraré.

Era un típico garito de campus. Sombras psicodélicas, música orgásmica, chicos tendidos por el suelo en pleno viaje, proyecciones publicitarias por todos lados.

— Hola —estaba diciendo un alegre gigantón—, soy vuestro amistoso banco de reciclaje.

En nuestros fraternales esfuerzos en pro de la preservación de la ecología, queremos reciclar vuestro dinero para...

Avanzamos a través de la proyección hasta alcanzar la desierta barra.

— Un doble de aguardiente —dije—. Y un doble de soda para mi amigo.

— ¿Gas en la soda? —preguntó el de la barra—. ¿Hash? ¿Anfets? ¿Sub?

— Tan sólo soda. Le basta para un viaje. —Todo ello en espanglés, por supuesto. Cuando nos trajo los dos dobles los mezclamos un poco, al estilo de la pareja tendida en el suelo allá a nuestro lado. Pero apenas probé el aguardiente estuve a punto de sufrir una convulsión.

— He estado a punto de sufrir una convulsión —dije.

— Normal —dijo él—. Es la estricnina que le echamos. A los rostros pálidos les encanta.

— ¿A qué te refieres al decir *nosotros*?

— Destilamos ilegalmente esto en nuestra reserva del Erie, y lo vendemos a los rostros pálidos. Los tiempos han cambiado, ¿no? Es así como nos hemos hecho ricos. El aguardiente de la Repugnante Adormidera.

— Intentaré comprenderlo más tarde. Me llamo Prince. Ned Prince. ¿Y tú?

— Adivina.

— Lo intentaré, pero dame una idea.

— No, no. Este es mi nombre. Adivina. —Me echó una mirada inexpresiva—. ¿No has oído hablar nunca del finado, del gran George Adivina?

— ¿Eres tú?

— Mi antepasado. Éste es el nombre que le dieron los rostros pálidos. Su verdadero nombre era Sequoia.

— ¿Por el árbol?

— Llamaron así al árbol a causa de él.

Lancé un silbido.

— ¿Fue célebre hasta tal punto? ¿Qué es lo que hizo?

— Fue el más grande de los indios eruditos. Entre otras cosas, inventó el alfabeto cherokee.

— ¿Tú eres el doctor Adivina?

— Ajá.

— ¿Médico?

— Físico, pero hoy en día es casi lo mismo.

— ¿Aquí en la Union Carbide?

— Enseño aquí. Pero realmente trabajo en el JPL.

— ¿En el Jet Propulsion Lab? ¿Y en qué consiste tu trabajo?

— Soy uno de los científicos del proyecto Misión Plutón.

Silbé de nuevo. No eran sorprendentes aquellos sí doctor, no doctor, por supuesto doctor. Aquel *gonser macher* se tragaba algo así como un millón de dólares por semana en uno de los programas más célebres de toda la historia de la NASA, financiado por el United Conglomerate Fund con la fraternal esperanza de hacer del sistema solar un lugar más fácil para vivir destinado a la gente de categoría.

— Me parece más bien que el gobierno *es* tu pupilo. Adivina, ¿crees que aún tengo sed?

— Ajá.

— En este caso déjame hacer a mí la partición. Esa maldita cosa entra bien.

— Infiernos, tío. Te estaba tomando el pelo con esto de la prohibición de beber. Hace una eternidad que fue abolida.

— ¿De veras? Mi memoria está llena de agujeros. Hey, chico, dos aguardientes. ¿Tienes algún nombre de pila, Adivina?

— Me llamo S. Adivina.

— ¿S. de Sam?

— No.

— ¿Saul? ¿Sol? ¿Stan? ¿Salvarsan?

Se echó a reír. Ustedes no han visto nada si no han visto su risa de cara de póquer.

— Eres un tipo tal cual, Prince. ¿Qué infiernos estaba haciendo tu amigo en ese berenjenal?

— El es así: nunca escucha los consejos. ¿Por qué no quieres decirme tu nombre?

— ¿Qué ganarías con que te lo dijera? Llámame simplemente Doc.

— Puedo mirar en el directorio de la U-Con.

— No puedes. Figuro tan sólo como S. Adivina, doctor en física. ¡Chico! Otra ronda. A mi cuenta.

El muchacho de la barra objetó que ya habíamos bebido bastante alcohol, y nos sugirió tomar alguna otra cosa más respetable en su lugar, como por ejemplo mescalina. Aceptamos. Un sosías de Colón, catalejo incluido, surgió del suelo.

— Amigos, ¿habéis considerado alguna vez lo que sería el Conocimiento sin Medios para desarrollarlo? Contribuid generosamente a la Fundación para la Investigación industrial adquiriendo los productos que exhiben nuestra etiqueta: Migs, Gigs, Puns, Fubs...

Lo ignoramos.

— Si yo te muestro mi pasaporte —dije—, ¿me enseñarás el tuyo?

— No tengo. No se necesita pasaporte para ir al espacio. Por ahora.

— ¿Nunca viajas?

— Oficialmente, no me dejan salir de Mexifornia.

— ¿Eres importante hasta tal punto?

— Sé demasiadas cosas. Tienen miedo de que caiga en malas manos. La Con Ed intentó raptarme el año pasado.

— Ya no puedo soportar más tiempo esta tortura. En realidad, soy un espía de AT and T disfrazado. Mi verdadero nombre es Nellie.

Se echó a reír de nuevo, sin abandonar su cara de póquer.

— Has ganado, Nellie. Soy puro cherokee.

— Nadie es ya puro en nuestros días.

— Yo sí. Mi madre me llamó Sequoia.

— Entonces comprendo por qué ocultas tu nombre. ¿Por qué te hizo esa mala pasada?

— Era una romántica. Quería que yo recordara que soy el vigésimo descendiente en línea

directa del Gran Jefe.

Chca-5 entró en el tugurio, jugando ahora a la intelectual: gafas de concha sin cristales, desnuda como cuando vino al mundo, y cubierta de inscripciones pintadas por ella misma al spray.

— ¿Qué vendes con eso? —preguntó Adivina.

— No, ella es real —dije.

— Un gas —dijo Chca al de la barra, y luego giró sus grandes ojos negros hacia nosotros—. Benny Diaz, gemmum.

— Está bien, Chca. El habla XX°. Es un tipo educado. El doctor Sequoia Adivina. Puedes llamarle Jefe. Jefe, te presento a Chca-5 Chino Grauman. ¡Vaya nombres!

— Un gran pesar es un divino y terrible resplandor que transforma al miserable —dijo Chca con voz sombría.

— ¿Qué es eso, y quién es el miserable? —quiso saber, Sequoia.

— Podría ser cualquiera. Newton, Dryden, Bix, Von Neumann, Heinlein. Pon el nombre que quieras. Esta es mi Viernes-mujer.

— Y también sábado, domingo, lunes, martes, miércoles y jueves —dijo Chca, eructando su gas. Traspasó al Jefe con una cínica mirada.—. Deseas acariciar mi boozalum —dijo—. Adelante. No te frustres por ello.

Sequoia le quitó sus gafas y las colgó de uno de sus boozalums, que eran recientes y fuente de gran orgullo.

— Este está un poco bizco —dijo—. ¿Qué clase de nombre es Chca? —me preguntó—. ¿Un diminutivo de chicana? ¿Chocallera? ¿Chacarandosa?

— De chica —corrigió Chca con gran dignidad. El Jefe agitó la cabeza.

— Creo que voy a volver al JPL —dijo—. Al menos las máquinas son sensatas.

— No, no —interrumpí yo—. Esto es sensato. Cuando nació...

— En la *platea* del Teatro Chino Grauman —dijo Chca muy orgullosa.

— La tonta de su madre no consiguió encontrarle un nombre, y entonces el empleado de Demografía se limitó a inscribirla como Chica. A su madre le gustó y empezó a llamarla Chca. Y ella se llama a sí misma Chca-5.

— ¿Pero por qué cinco?

— Porque —explicó pacientemente Chca— nació en la quinta fila. Cualquier idiota podría comprender esto, pero contra la estupidez hasta los propios dioses luchan en vano. ¡Gas! Una cápsula descendió sobre ellos, con las toberas escupiendo fuegos artificiales. Un astronauta rubio de ojos azules surgió de ella y se acercó a nosotros.

— Duh... —murmuró en kallikak—. Duh... duh... duh... duh...

— ¿Qué es lo que vende? —preguntó Uncas.

— Duh —le dijo Chca—. Es todo lo que los Blancos saben decir, por eso han llamado así al producto. Creo que es un amplificador de la virilidad.

— ¿Qué edad tiene tu squaw? —preguntó Sequoia.

— Trece.

— Un poco joven para su esquema referencial. Supongo que ahora vas a decirme que sabe también contar.

— Oh, sabe hacerlo, sabe hacerlo. Sabe hacer cualquier cosa. Lo recoge de las emisiones de radio cerebrales. Esa mocosa recibe todos los cerebros de la Tierra. De oído.

— ¿Y cómo lo hace?

— No lo sé. Y ella tampoco.

— Probablemente alguna especie de interfaz —el Jefe extrajo un otoscopio del interior de sus ropas. Tuve apenas tiempo de echar un vistazo a algo que parecía un laboratorio portátil metido allí dentro—. Déjame echar una ojeada, Chocallera Chicana-Chica. —Ella le ofreció obedientemente su oreja y él echó una ojeada. Gruñó algo—. Fantástico. Nunca había visto unos canales tan sorprendentes: esto parece un otolito, y eso otro un radiofaro.

— Cuando muera —dijo Chca—, dejaré mis orejas a la ciencia.

— ¿Cuál es la longitud de onda Fraunhofer del calcio? —dijo él de pronto.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

— ¿Y bien? —dijo él tras una pausa.

— Espera. Necesito encontrar a alguien que esté hablando. Espera un poco...

— ¿Qué es lo que oyes cuando escuchas así?

— Algo así como el viento pasando a través de un millar de hilos. ¡Ah! Aquí está. 3.968 angstroms, al extremo del violeta.

— Esa chica es un tesoro.

— No la halagues. Ya es bastante vanidosa sin ello.

— La necesito. Puedo utilizarla en el JPL. Haría una ayudante ideal.

— Tú no estás conectado —dijo Chca—. No te vigilan. ¿Lo sabías?

— Sí, lo sabía —dijo él—. Supongo que tú si lo estás.

— No —dijo yo—. Ni Chca ni yo estamos conectados, nunca hemos pasado por el hospital. Ella nació en un teatro y yo en un volcán.

— Voy a volver al JPL —gruñó él—. Estáis todos un poco liados aquí. ¿La dejas venir a trabajar conmigo?

— Si eres capaz de soportarla. Pero tiene que volver a casa por la noche. Y no muy tarde. Tengo mis principios, ¿sabes? Pero supongo que no estás hablando en serio. ¿O sí, Gerónimo?

— Condenadamente en serio. No necesitaré perder el tiempo explicándole todo lo que debe saber una ayudante. Puede hallarlo por sí misma. ¡La cantidad de gente que he tenido que echar por incompetencia! ¡La educación en espanglés! ¡Uf!

— ¿Dónde has sido educado tú para ser tan competente?

— En la reserva —dijo orgullosamente—. Los indios son conservadores. Todos nosotros veneramos a Sequoia, y poseemos las mejores escuelas del mundo. —Rebuscó en sus inagotables ropas, y sacó un medallón de plata que tendió a Chca—. No tienes más que llevarlo cuando vengas al JPL. Abre la puerta de entrada. Me encontrarás en el departamento de criónica. Y es mejor que vengas vestida. Hace un frío de todos los diablos.

— Cibelina de Siberia —dijo Chca.

— ¿Esto quiere decir que acepta?

— Si ella lo desea y sí tú pagas mi precio —dijo yo.

Tomó las gafas del pecho de Chca.

— Oh, estoy seguro de que lo desea. Desde hace rato me está haciendo señas con sus boozalums, y no es del tipo de las que renuncian.

— He sido rechazada por otros mucho mejores que tú —se indignó Chca.

— Entonces, ¿cuál es tu precio, Ned?

— Véndeme tu alma —dijo brillantemente.

— Puedes tenerla gratis, si consigues arrancársela a la United Conglomerate.

— Vayamos primero a comer. El problema es saber si se da de comer a las chicas antes o después.

— ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —gritó Chca—. Quiero ser una de las chicas.

— Esas vírgenes son tan pegajosas —dijo.

— Fui violada a la edad de cinco años.

— El deseo es padre del pensamiento, Chca.

— ¿Quién dijo esto? —le preguntó Moctezuma—. ¿Eh?

— Chist... No hay nadie hablando alrededor... ¡Ah! Aquí está. Shakespeare. *Enrique IV*.

— Buena patada a Jung —dijo Adivina admirativamente—. Puede captar el consciente colectivo de todo el mundo. La necesito absolutamente.

— Sí voy contigo al JPL, ¿pagarás *mi* precio? —preguntó Chca.

— ¿Cuál es tu precio?

— Violencia criminal.

El me miró. Le guiñó un ojo.

— De acuerdo, Chca. Y la violencia será real: en el interior de una centrífuga a 1.000 revoluciones por minuto; en la cámara de vacío a medio milímetro de mercurio; en un ataúd criónico con la tapa bajada. Te lo prometo.

— ¡Rey!, ¿lo estás oyendo? —me dijo ella, con el mismo aire triunfal que hacia ocho meses, cuando sus pechos empezaron a hincharse.

— Nunca te hubiera creído tan conformista, Chca, muñeca. Y ahora ve al hospital y conforta un poco a Jonás. Está inscrito con el nombre de J. Kristman. Diles que eres la asistente particular del doctor Adivina, y se te echarán de bruces en el suelo.

— Mañana por la mañana a las ocho, chica-chicana. Y no se hable más.

Ella tendió una pata, y se estrecharon las manos.

— No se hable más —dijo ella, y salió fuera a través de Louis Pasteur, que blandía unos tubos de ensayo haciendo la publicidad de un producto antiagresiones.

Recogimos a una pareja de chicas que pretendían ser alumnas y que, al fin y al cabo, quizá incluso lo fueran. Una de ellas era capaz de recitar el alfabeto hasta la L. El problema consistía en hacerla callar cuando se había lanzado. Una snob. Las llevamos al tugurio de Powhatan, que era realmente impresionante, una enorme xipi custodiada por tres feroces lobos grises. Cuando estuvimos en el interior comprendí la razón de aquel dispositivo de seguridad: el lugar estaba decorado con algunas de las más hermosas muestras de arte que jamás hubiera visto en mi vida. Cambalacheamos nuestras chicas un par de veces, y luego Adivina nos preparó un plato tradicional cherokee en una enorme cazuela térmica: conejo, ardilla, cebollas, tomates, pimientos, maíz y frijoles. Lo llamó algo así como *msiquatash*. Luego acompañé a las chicas: vivían en la carlinga de un Messerschmitt, en medio de un almacén de repuestos de televisión, y luego llamé a Pepys a París.

— Sam, soy Guig. ¿Puedo proyectarme?

— Adelante, Guig. Ven.

Me proyecté. Estaba desayunando bajo el brillante sol de la mañana. Uno pensaría que el cronista del Grupo habría querido identificarse con alguien tipo Tácito, o Gibbon; en absoluto: era Balzac, completo con su hábito de monje. Todos estamos un poco tocados.

— Me alegro de verte, Guig. Siéntate y acompáñame.

Era una broma, por supuesto. Cuando uno se proyecta no tiene más que dos dimensiones, y siente tendencia a escurrirse entre los muebles o a través del suelo si no permanece en constante movimiento. Así que permanecí en constante movimiento.

— Sam, he hallado un nuevo candidato. Esta vez es una maravilla. Te explicaré.

Le describí a Sequoia. Sam asintió con aire convencido.

— Me parece perfecto, Guig. ¿Dónde está el problema?

— El problema soy yo. Ya no tengo confianza en mi mismo, Sam. He fracasado demasiadas veces. Te aseguro que si esta vez no funciona con Lluvia-Contra-El-Rostro abandono definitivamente.

— Entonces deberemos procurar que esta vez no fracasases.

— Por eso precisamente estoy aquí. Tengo miedo de intentarlo solo. Quiero que el Grupo me eche una mano.

— Para asesinar a un hombre. Hum. ¿Tienes ya algún plan?

— Ninguno por el momento. Pero querría precisamente que el Grupo me ayudara a elaborarlo, que colaborara en ejecutarlo.

— Ten cuidado, Guig. Estás jugando con fuego. Sabes que algunos miembros del Grupo desapruaban por completo tus métodos.

— Lo sé.

— Algunos ni siquiera creen en ellos.

— También lo sé. Pero hay otros cuyas ideas son amplias. Son esos los que me interesan.

— No me gustaría que fracasaras, Guig. Te ayudaré del mejor modo que pueda. El doctor Adivina sería una magnífica adquisición para el Grupo. Siempre he pensado que necesitamos sangre nueva. Hablaré de ello a los demás. Te tendré al corriente.

— Gracias, Sam. Sabía que podía contar contigo.

— Espera, no te vayas. Hace una eternidad que no me hablas de tus pequeñas maquinaciones. ¿Qué hay de nuevo?

— Te enviaré una copia de mi diario. ¿Por el mismo canal que de costumbre?

— Si. Y esa notable muchacha, Chca-5. ¿Hemos de prever también su reclutamiento?

Lo contemplé, mudo de asombro. Ni siquiera se me había ocurrido la idea. Mi primera reacción fue negar rotundamente con la cabeza.

— ¿Pero por qué, Guig? Es una personalidad tan fascinante como la del doctor Adivina.

— No lo sé —gruñí—. *Au revoir*, Sam —y me retroproyecté.

Confusión y nerviosismo. Fui a la habitación de Chca para mirarla. Dormía enfundada en un pijama blanco, muy limpia y atildada, los cabellos cuidadosamente peinados, con su desayuno preparado en la mesilla de noche para la mañana siguiente. Preparada para la dura jornada del día siguiente. Lo examiné. Había bastante para dos personas, incluido un

kilo de mi caviar privado traído especialmente de una factoría del lago San Lorenzo. Hum. Su cama estaba murmurando:

— El gran tanque criogénico garantizado al vacío absoluto de la United Conglomerate en el centro espacial del JPL es capaz de contener cuatrocientos mil hectolitros de hidrógeno líquido destinado a la propulsión de los cohetes de la Misión Plutón. En términos de energía, esto representa... —*Uau*. Preparándose para ser digna del gran Toro Sentado. Hum...

Salí de su habitación y fui a teclear suavemente en la consola de mi diario. Tenía que saber qué era lo que no funcionaba conmigo. ¿Mi instinto protector estaba demasiado desarrollado? ¿Temía por ella? ¿La odiaba? ¿Era ella quien me odiaba a mí? ¿Rechazaba la perspectiva de tener que soportarla por toda la eternidad?

¿TERMINAL PREPARADO?

PREPARADO. ENTRE NUMERO PROGRAMA.

NUEVO PROGRAMA. CODIGO 1001.

DESCRIBA PARAMETROS.

UTILICE TODAS LAS RELACIONES ENTRE CHCA-5 Y TERMINAL COMO VARIABLES ENTRE COMA FIJA Y COMA FLOTANTE.

ENUNCIE METODO RAZONAMIENTO.

¿EXISTE UNA COMPATIBILIDAD ENTRE CHCA-5 Y MIEMBROS TERMINAL?

CODIGO 1001 CARGADO.

POSIC. + CODIGO. EMPIEZA CUENTA.

Se necesitaron diez minutos, y si uno lo calcula en nanosegundos no hay bastantes ceros para expresarlo.

CODIGO 1001 TERMINADO.

MCS. IMPRESO. W.H. FIN.

La impresora cliqueteó:

SEGUN PARAMETROS MATEMATICOS CHCA-5 N = TERMINAL.

SEGUN PARAMETROS AFECTIVOS CHCA-5 = TERMINAL.

— ¡Afectivos! —le aullé a mi maldito diario—. ¿Qué tiene que ver eso con el asunto? —

Estrujé (furioso) la hoja de papel pautado, y me fui a dormir.

A la mañana siguiente acompañé en heli a Chca hasta el JPL, donde se negaron a dejarme entrar. Ella se alejó moviendo el trasero, no sin lanzarme antes una triunfal mirada por encima de su hombro. Miré a mi alrededor. Recordaba la época en que allí no había habido más que una miserable colina con algunas manchas negras aquí y allá, en los lugares donde los estudiantes de Cal Tech jugaban con sus cohetes en miniatura. Ahora había allí un complejo tan enorme que el JPL amenazaba con separarse de Mexifornia y dedicarse por su cuenta a los negocios.

Tras pasar algunas horas con Jonás en el hospital (donde se porta muy bien), y echar una ojeada al campus (a la Brigada Antiplacer), regresé a mi casa justo a tiempo para abrirle la puerta a un enorme personaje vestido con un traje de buzo.

— Lo siento, no necesito nada hoy —dije, empezando a cerrar la puerta. Entonces el tipo abrió la visera de su escafandra, y una docena de litros de agua de mar brotaron de ella.

— ¡Soy yo, Guig! —me dijo el tipo en XX°— ¡He venido a ayudarte!

Era el capitán Nemo, un chalado desde hacía tanto tiempo por la biología marina que prefiere vivir en un medio acuático.

— ¡Podéis traerlo, chicos! —gritó hacia atrás en espanglés, mientras de su casco chorreaba aún un poco de agua. Tres cosas parecidas a hombres aparecieron, arrastrando un enorme tanque que metieron en la casa—. Id con cuidado, chicos —recomendó Nemo—. Ahí.

Suavemente. Un poco al lado. Así. Con cuidado. —Los energúmenos se largaron. Nemo se quitó el chorreante casco y se volvió hacia mí, radiante—. Ya he resuelto todos tus problemas, Guig. Déjame que te presente a Laura.

— ¿Laura?
— Ajá. Mira al tanque.
Quitó la tapa y me incliné para mirar. Me di de narices contra el tentáculo más grueso que jamás haya visto en mi jodida existencia.
— ¿Eso es Laura?
— Mi orgullo y mi alegría. Dale los buenos días.
— Hey, Laura.
— No, no, así no. Ella no te oye. Has de meter la cabeza en el agua.
— Blug, blaugblag —burbujeé.
Que el diablo se me lleve si ella no abrió su pico para responderme:
— Heygrrr —mientras sus ojos se clavaban fijamente en mi.
— ¿Sabes decir tu nombre, encanto?
— Raura.
Saqué la cabeza y me volví hacia el capitán Nemo, que babeaba de contento.
— ¿Y bien? —preguntó.
— Fantástico.
— Es brillante, si. Posee un vocabulario de más de cien palabras.
— Me atrevería a decir que tiene un ligero acento japonés.
— Bueno, si. He tenido un pequeño problema con el trasplante de su boca.
— ¿Trasplante?
— Bueno, no creerás que uno encuentra así como así un pulpo capaz de pensar y hablar, he creado a Laura mediante trasplantes.
— Nemo, eres un genio.
— Lo admito —dijo modestamente.
— ¿Y Laura va a ayudarme a hacerle la rosca a Sequoia Adivina?
— Con ella no puedes fallar. Le explicaremos lo que tiene que hacer, y tu muchacho morirá de una manera tan horrible que te odiará todo el resto de su vida.
— ¿Cuál es tu plan?
— ¿Tendrás por casualidad una piscina? Estoy empezando a sentirme seco.
— No, pero puedo fabricar una.
Sprayé la pequeña habitación con perspex transparente, hasta unos dos metros del suelo, incluidos los muebles, por supuesto, formando una capa de unos cinco centímetros de espesor, y muy pronto nos hallamos en una piscina en forma de salón, decoración incluida. La llené de agua utilizando la bomba rápida. Nemo se quitó la escafandra, pasó a la otra estancia, y regresó con Laura en los brazos. Se metieron en la piscina, y Nemo se sentó en el sofá lanzando una burbuja de alivio mientras Laura exploraba el lugar. Luego me hizo señas para que me reuniera con ellos. Me sumergí. Laura me abrazó afectuosamente con todos sus tentáculos.
— Te quiere —dijo Nemo.
— Estupendo. Entonces, ¿cuál es tu plan?
— Llevamos a tu muchacho a dar una vuelta en aqualung. Le hacemos bajar mucho. Tendremos preparado un sistema atmosférico cerrado, con una mezcla a presión de oxígeno y helio. El helio es para la descompresión.
— ¿Y?
— Laura ataca. El monstruo de las profundidades.
— ¿Y lo ahoga?
— No, no, no. Es mucho más diabólico que eso. Laura está bien entrenada. En la lucha, corta el suministro de helio de él.
— ¿Y? Entonces él recibirá oxígeno puro.
— Es ahí donde la cosa se vuelve diabólica. El oxígeno a alta presión provoca síntomas de tétanos, de envenenamiento por estricnina, y espasmos epilépticos. Amplifica la producción de energía excitomotriz a través de la médula espinal, y provoca convulsiones violentas. Tu muchacho morirá tras una lenta y horrible agonía.
— Me parece suficientemente sádico, Nemo. Pero, ¿cómo lo salvaremos?
— Con cloroformo.
— ¿Con qué?
— Cloroformo. Es el antídoto del envenenamiento con oxígeno.

Medité unos instantes.

— Suena bastante complicado, Nemo.

— ¿Y qué es lo que quieres, un volcán? —dijo irritadamente.

— Lo siento, lo siento... Tan sólo querría estar seguro de que la cosa funcionará. De acuerdo, podemos intentarlo. Podemos... Espera un momento. Oigo un jaleo tremendo en la puerta de entrada.

Salí del agua y fui a abrir, sin recordar que iba desnudo. Cuando el iris se abrió me hallé ante Canción Perfumada, que esta vez se parecía más que nunca a una princesa de la dinastía de los Ming. Tras ella había un elefante, martilleando fuertemente la puerta con su trompa.

— La visión de tu sublime presencia rodea con una aureola de luz celestial mis cóncavos e indignos ojos —dijo—. Ya basta, Sabú; vas a derribar la puerta.

El elefante alzó la trompa en ristre.

— Hola, Guig —dijo ella—. Hace tanto tiempo que no nos vemos.

La besé.

— Entra, princesa. Hace una enormidad de tiempo, es cierto. ¿Me presentas a tu amigo?

— Es lo más parecido a un mastodonte que he podido encontrar.

— Supongo que no querrás decir...

— ¿Por qué no? Si funcionó con Hic-Haec-Hoc, ¿por qué no va a funcionar con tu candidato?

— ¿Qué piensas hacer?

— Yo seduzco a tu multifacetada joya. En el momento crucial, somos sorprendidos en flagrante delito por Dumbo, el cual, en un arrebato de celos pasionales, nos aplasta lentamente hasta la muerte. Yo grito, pero en vano. Está loco de celos, ¿comprendes? Tu muchacho resiste heroicamente, pero esto no impide que su masiva frente golpee, y golpee, y golpee...

— No está mal —dije admirativamente.

— A propósito de la masiva frente de Sabú, convendría que lo hicieran entrar. Su cerebro no es muy brillante, y tal vez nos causará problemas. Abre un poco más el iris, por favor. Aumenté el diafragma, y la princesa hizo entrar al mastodonte. No era muy brillante, en efecto: mientras había permanecido allá afuera se había dejado llenar de pintadas al spray, todas ellas horriblemente obscenas. Mariposeó un poco, olisqueó a Canción Perfumada con su trompa para tranquilizarse, y luego desapareció repentinamente a través del suelo de la sala de estar, que se hundió bajo su peso. Nos llegó un gimiente berrido del sótano, seguido por algunos lamentosos gemidos procedentes del salón.

— Ya no se construyen las casas como antes —comentó la princesa—. ¿Qué es todo ese alboroto?

No tuve que explicárselo. El capitán Nemo llegó a la carga.

— ¡Maldita sea!, ¿qué es todo este alboroto? Ah, hola, princesa. La has organizado buena, Guig. Laura está bajo un terrible estado de pánico. Es una chiquita muy sensible.

— No he sido yo, Nemo. Ha sido Sabú. Ha caído un poco.

Nemo metió la cabeza en el agujero.

— ¿Qué diablos es eso?

— Un mastodonte peludo.

— No veo ningún pelo.

— Lo afeitó cada mañana —dijo Canción Perfumada.

Parecía un poco fría. Imaginé una posible rivalidad entre Laura y Sabú. Entonces arañaron a la puerta de entrada. Fui a abrir, y me encontré ante una pitón enrollada sobre sus propios anillos, formando una masa de más de dos metros de altura.

— Lo siento, pero hoy no tengo ningún conejo —dije—. Vuelva mañana.

— No le gustan los conejos —dijo una voz atiplada de perfecta entonación a la que conocía muy bien—. Tan sólo le gustan los hombres.

Unos afilados dedos entreabrieron dos anillos y vi aparecer a M'Bantu, sonriente, rodeado por la pitón.

— Mi zulú preferido —dije—. Entra, McBee. Y trae a tu compañera, a menos que sea demasiado tímida.

— No es tímida, Guig. Tan sólo está un poco soñolienta. Necesita dormir unos diez días

más, y luego estará dispuesta para tu buen doctor Adivina. Buenas tardes, princesa.

Capitán Nemo. Qué agradable reunión.

Se husmearon mutuamente sin preocuparse de disimular su recíproca animosidad. Vaya rivalidades. Me sentía feliz dándome cuenta de que el Grupo no me iba a dejar solo, pero ¡vaya competencia! M'Bantu desplegó la pitón, que tendría unos cinco metros de largo, y la enrolló cariñosamente en torno a una de las columnas. La pitón siguió durmiendo.

— ¿Qué es ese bulto que tiene en medio? —preguntó Nemo.

— El desayuno —dijo educadamente McBee, sin entrar en detalles.

— ¿Acaso le gusta el pescado?

— Sin duda prefiere los elefantes —dijo Canción Perfumada—. Es bastante grande como para eso.

— Su próxima comida será el doctor Sequoia Adivina —dijo M'b placenteramente—. Es decir, con tu permiso, Guig. Morirá entre atroces sufrimientos, pero más atroces serán aún mis propios sufrimientos cuando tengamos que sacrificar a mi amiga para salvar al doctor.

Sin embargo, *che sara sara*.

La puerta de entrada se abrió de par en par en un destello de chispas, y nuestro amigo Edison entró, con su caja de herramientas en la mano.

— Ya te he dicho muchas veces que esas cerraduras magnéticas no valían un pimiento, Guig. ¿Cuánta potencia eléctrica posee tu cacique en su casa? Princesa. Nemo. M'bantu. ¿Y bien?

— Ninguna —dije—. Vive en una xipi, al estilo indio. Gracias por venir, Ed.

— Entonces habrá que traerlo aquí. ¿Tienes la potencia necesaria?

— Puedo dar diez kilowatios.

— Suficiente. Pero tú siempre con retraso sobre tu tiempo. ¿eh?

— Un poco conservador, si.

— ¿Cocina conservadora?

— Sí.

— ¿Horno conservador?

— Un viejo modelo, si. Sin elevador.

— Perfecto. Así es como lo cogeremos. —Edison abrió su caja de herramientas y sacó un diagrama—. Mira esto.

— Explícanoslo, Ed.

— Modificamos esto, lo conectamos así, es decir lo convertimos en un horno a inducción magnética.

— ¿Y eso que significa?

— Funde el metal; tan sólo eso. Y únicamente los metales conductores. ¿Entiendes?

— Un poco.

— Es sencillo. Tu metes la mano dentro, y no sientes nada. Pero si llevas un anillo, el metal se funde y te quema el dedo. La inducción.

— Uf. Suena horrible.

— ¿Verdad que sí? Metes a tu indio en el horno. Conectas la inducción poco a poco... y la tortura comienza.

— ¿Sus dedos se queman?

— No. Su cerebro es el que se quema. Supongo que estará conectado, ¿no?

— No.

— Las conexiones están hechas con platino —indudablemente, Ed no había escuchado mi respuesta—. El platino es conductor. QEPD.

En aquel punto los otros tres, que habían permanecido escuchando fascinados, se echaron a reír, mientras Edison los fulminaba con la mirada. Yo empezaba a darme cuenta de que aquel leal y amistoso raylle iba a terminar mal, y que el asesinato de Sequoia iba para largo. Estaba empezando a preguntarme cómo restablecer la calma cuando Chca-5, bendita sea, llamó y preguntó si podía proyectarse. La invité a hacerlo e inmediatamente apareció, vestida con una blusa blanca de ayudante de laboratorio, y con el aire terriblemente serio de un joven científico.

— Quiere que vengas inmediatamente al JPL —jadeó, en XX°. Luego miró a su alrededor—. Oh, perdón, tienes compañía. No creía que hubiera nadie. ¿Te molesto? —siempre en XX°.

— No te preocupes, Chca. Son unos amigos. Precisamente estábamos hablando del Jefe. ¿Qué ocurre?

— Hay un elefante en el sótano. ¿Lo sabías?

— Si, lo sabemos.

— Y una serpiente ahí, en la columna.

— Lo sabemos también. Y un pulpo en el salón. ¿Qué quiere el doctor Adivina de mí? Ella se animó de nuevo.

— El acontecimiento del siglo. La criocápsula experimental va a posarse dentro de una hora. Tres crionautas han permanecido en órbita durante tres meses, y ahora vuelven. Todas las celebridades de la U-Con estarán ahí. Quiere que tú también estés.

— ¿Yo? No soy ninguna celebridad. Ni siquiera poseo una acción de la United Conglomerate.

— Pero le caes bien. No sé por qué. Nadie lo sabe.

— Bueno, pregúntale si puedo llevar a cuatro amigos.

Chca asintió con la cabeza y se retroproyectó. Los demás protestaron, argumentando que no estaban en absoluto interesados en el acontecimiento del siglo. Habían visto demasiados acontecimientos del siglo últimamente, y ya estaban hartos. Empezaron a hablar todos al mismo tiempo. Que si la revolución de los Boxers, que si Franklin y su cometa, que si los amotinados de la *Bounty*.. Intenté apaciguarlos.

— No comprendéis —les dije—. Me importan un pimiento esos tipos congelados que van a aterrizar, pero ésta es una ocasión única de conocer al muchacho que queremos asesinar. ¿Acaso no queréis evaluar a vuestra futura víctima?

Chca reapareció.

— De acuerdo, Guig. Dice que cuantos más seamos más reiremos. Guig. Puedes traer también al elefante si quieres. Os espero en la puerta de entrada para que os dejen pasar —desapareció otra vez.

Subimos al tejado (sin el elefante) para tomar el heli, mientras todos hacían comentarios.

— ¿Quién es ella?

— Sam dice que está con él desde hace tres años.

— ¿Una de las tuyas, M'bantu?

— Oh, no, no lo creo. Es demasiado clara. Más probablemente una mezcla de maorí y azteca, con unas gotas de sangre blanca añadidas. Tan sólo la pincelada aria puede explicar la delicadeza de sus huesos.

— Guig siempre ha manifestado su inclinación por el exotismo.

— Siempre ha ido por detrás de su tiempo.

— Es hermosa.

— Y tan núbil como un delfín joven.

— Me pregunto cuántas veces se ha acostado con ella.

— Sam debe saberlo.

Yo también me hacía preguntas a mi mismo: ¿Cómo diablos sabía Chca-5 que mis amigos entendían el XXº? Sentía la desagradable sensación de que ignoraba tantas cosas de Chca. Y tenía también como la intuición de que aquel maldito asunto cherokee iba a terminar en algo catastrófico. De veras, sentía deseos de ir corriendo al hospital de la universidad y decirle a Jonás que nos largáramos de allí.

Fuimos agredidos por algunos ciudadanos pertenecientes a la tercera edad en el camino del heli a la puerta de entrada, pero la cosa no tuvo consecuencias: utilizaban revólveres del tiempo de sus abuelos. Incluso se produjo un incidente cómico: ya los habíamos puesto en fuga cuando, mirando a mi alrededor, vi a Nemo a caballo de uno de aquellos desgraciados, postrado a cuatro patas. Le estaba azotando las ancas con su propia pistola, mientras cantaba rítmicamente.

— Este no es... el camino... de la supervivencia... Hay que... transplantar... transplantar... transplantar...

Lo sacamos de encima del pobre viejo Efímero y fuimos a reunirnos con Chca en el portal. Parecía muy impresionada por la performance de Nemo. Había asistido ya a otras agresiones de aquel tipo, pero era la primera vez que veía a una de ellas servir de pretexto a una lección de moral. Nos condujo hasta el área de aterrizaje, y entonces fue mi turno de sentirme impresionado.

Era un enorme teatro circular, con gradas para unas mil personas, repletas de tipos de la U-con y de políticos locales que le hacían la rosca al JPL para que estuviera contento y siguiera pagando sus impuestos al estado. Chca nos colocó en la sección reservada y bajó a reunirse con Adivina, que estaba junto a una enorme consola de control, situada al lado de la tarima. Observé que Chca se comportaba con una calma y una seguridad sorprendentes. O el Jefe había cumplido con su promesa, o ella había encontrado su propia identidad. De todos modos, tenía que rendirle mi admiración.

Adivina subió a la tarima, miró a su alrededor, y habló:

— Señoras, gemmum, hermanos del alma, ah gone explicar brief, you comprender, lo que este experiment significa, yeah. Si you got any preguntas, adelante, ax da man.

Hizo una seña a Chca. Esta hizo algo en la consola, se encendieron algunos proyectores, y tres tipos aparecieron en escena, al lado de Adivina. Sonreían, y saludaron varias veces al público. Eran más bien pequeñitos, pero parecían fuertes.

— Esos son los tres valientes voluntarios —dijo Adivina (traduzco su espanglés) que han emprendido el primer vuelo criogénico de la historia. Se trata de un entrenamiento para la Misión Plutón, y eventualmente, más tarde, para las estrellas. Los dos principales impedimentos son el tiempo y la carga útil. La misión necesitará varios años para alcanzar Plutón, incluso a aceleración máxima. Se necesitarán siglos para alcanzar las estrellas. Aun suponiendo que pudieran vivir el tiempo suficiente; sería prácticamente imposible proveerlos de los víveres y del equipo suficientes para todo el viaje. De modo que la única solución es la criogenia.

Hizo otra seña a Chca. Los proyectores parpadearon. Pudimos ver a los mismos tres crionautas, desnudos, metiéndose con ayuda de algunos técnicos en sus transparentes sarcófagos. Luego siguió una secuencia de montaje en la que recibían varias inyecciones, se les conectaba a una red de capilares filiformes, eran rociados con una especie de líquido esterilizador. Las tapas de los sarcófagos fueron selladas.

— Bajamos la temperatura de los criosarcófagos un grado Celsius por hora, y aumentamos la presión una atmósfera por hora, hasta que obtuvimos el hielo III, que es más denso que el agua y que se forma por debajo del punto de congelación. La técnica criogénica de mediados del siglo veinte era deficiente debido a que ignoraba que la animación suspendida no podía ser obtenida con ayuda de una única congelación. Es indispensable reunir una baja temperatura y una alta presión. Los detalles se encuentran en las cintas que les han sido entregadas.

Primer plano de un sarcófago delicadamente cargado en una cápsula. Montaje del interior de la cápsula. Técnicos procediendo a la compleja conexión de los sarcófagos con los circuitos internos.

— Luego los situamos en una órbita de noventa días, lo cual representa una elipse bastante profunda —primer plano del lanzamiento; al principio al ralenti, luego, a una cierta altura, llamas surgiendo del cohete portor y aceleración hasta desaparecer de la vista. Todo como de costumbre. Edison no pudo evitar un bostezo.

— Y ahora están regresando. Vamos a atrapar la cápsula en una proyección kinorep en forma de cono, centrándola con ayuda de sus toberas laterales, y dejar que los efectos conjugados del kinorep y de la gravedad la conduzcan suavemente hasta el suelo. Para

aquellos de ustedes que no sean técnicos les recordaré que kinotrac y kinorep significan respectivamente atracción y repulsión cinética electromagnética. Eso es lo que permite al cohete portar despegar y aterrizar sin sacudir demasiado a sus pasajeros.

"Los crionautas llegarán en unos diez minutos, y serán devueltos poco a poco a un metabolismo normal. Desgraciadamente, el proceso es lento, y serán necesarios varios días antes de que ustedes puedan entrevistarlos convenientemente. Además, tampoco tendrán gran cosa que contarles: para ellos, el tiempo transcurrido ha sido nulo. Pero si tienen ustedes alguna pregunta, pueden hacerla ahora.

Hubo algunas preguntas sutiles hechas por algunos civiles: ¿Cuál era la órbita de la cápsula? (En el plano de la órbita de la Tierra. Lo encontrarán en la cinta que les ha sido entregada). ¿Por qué no una órbita cometaria alrededor del Sol? (Por necesidades de refrigeración, y por el hecho de que corría el peligro de convertirse en una parábola sin regreso. Escuchen la cinta que les ha sido entregada). ¿Cuáles son los nombres y las cualificaciones de los crionautas? (Escuchen la cinta que les ha sido entregada) ¿Cómo se sienten personalmente ustedes tras esta peligrosa experiencia? (Responsables).

Adivina miró a su alrededor.

— Quedan aún tres minutos. ¿Alguna otra pregunta?

— Sí —dije yo—. ¿Qué es una Repugnante Adormidera? Me echó una mirada que me metió en la piel de George Armstrong Custer (West Point, '61), y se giró hacia la consola.

— Abran el iris —ordenó. Chca tocó algo, y todo el techo del estadio se abrió—.

Kinotrampa —ella asintió, y su concentración podía apreciarse en el modo como sacaba la lengua por un lado de sus apretados dientes.

Esperamos. Esperamos. Esperamos. De repente la consola dejó oír un intenso blíp.

— Contacto —murmuró Adivina. Tomó los controles—. Cada vez que la nave entra en contacto con la pared del kinorep la alejamos por medio de sus toberas laterales a fin de intentar situarla exactamente en el centro del cono. —Parecía como si pensara en voz alta. En el ansioso silencio del anfiteatro su voz sonaba como un grito. Sus manos recorrieron el teclado de la consola y los blips se convirtieron en un sonido continuo y discordante—.

Centrada y descendiendo. —Era evidente que su cara de póquer estaba sometida a tensiones considerables, aunque no dejara entrever nada. Comenzó a contar con voz monótona—: Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Minuto. —Sus ojos se dirigían sin cesar alternativamente de la pantalla de radar de la consola al iris abierto del anfiteatro. Siguió contando, y su voz sonaba como una jerga en latín. Infiernos de responsabilidad.

Luego, la parte inferior de la cápsula apareció silenciosamente en mitad del iris, y descendió a la velocidad de un caracol espacial. El efecto de repulsión del kinorep no era visible, pero levantó una tormenta de polvo y de pedazos de papel en miniatura en el estrado. Los espectadores aplaudieron. Adivina no les prestó la menor atención. Estaba completamente absorto en lo que hacía.

Hizo una seña con la cabeza a Chca, que corrió hasta el borde del estrado, se arrodilló, y fue indicando con la mano los centímetros que faltaban para que la cápsula tocara el suelo. Supimos que se había posado cuando la tarima vibró ligeramente. Adivina desconectó la consola, lanzó un profundo y convulsivo suspiro, y nos electrizó de pronto a todos con un sonoro yupi comanche. Los asistentes se descongelaron y aplaudieron y patearon las gradas. Incluso Edison, que ardía de envidia profesional. Tres técnicos, esta vez auténticos, aparecieron y desprecintaron la cápsula. Adivina puso un pie en la escotilla de entrada.

— Recuerden —dijo, girándose— que para ellos el tiempo no ha pasado. Como les he dicho no podrán hablarles, pero al menos sí podrán verles. —Metió la cabeza en la abertura, y su voz nos llegó ahogada—. Han permanecido noventa días congelados en órbita, y... —calló bruscamente. Aguardamos. Nada. No se movía, no hablaba. Un técnico tocó su hombro. Ninguna reacción. Los otros dos técnicos se adelantaron, hablando en voz baja, y tiraron de él suavemente hacia atrás. Cuando lo soltaron permaneció inmóvil en la posición en que lo habían dejado. Los técnicos metieron la cabeza por la escotilla. Cuando volvieron a sacarlas, estaban blancas como sábanas y heladas por el estupor.

Tenía que ver lo que había ocurrido. Me abrí camino entre la multitud hasta la cápsula. Cuando finalmente conseguí echar una ojeada al interior vi los tres sarcófagos. Pero en

ellos no había ningún crionauta. No había nada dentro de los sarcófagos excepto tres pálidas y despellejadas ratas.

La multitud me empujaba hacia atrás. Pese al tumulto, oí los penetrantes gritos de Chca-5:
— ¡Guig! ¡Por aquí, Guig! ¡Por favor!

Estaba cerca de la consola. Me abrí camino hasta ella a codazos. Estaba inclinada sobre Adivina, tendido en el suelo tras la consola, presa de una clásica crisis epiléptica.

— Está bien, Chca. Me ocuparé de él. —Hice lo que tenía que hacer. Primero la lengua. Luego la espuma. Soltarle las ropas. Dejarle libres brazos y piernas. Chca estaba aterrada. Una crisis es siempre algo impresionante de ver. Luego me erguí y grité—: ¡Hey, el Grupo! ¡Aquí! —Los cuatro se materializaron a mi alrededor—. Guardia de honor —dije—. Nadie debe verle. ¿Mantienes el control, Chca?

— No.

— Lo siento. Tendrás que mantenerlo. ¿Tiene el Jefe alguna oficina propia? ¿Algún sancta sanctorum particular? —Asintió—. Estupendo. Instrucciones: Mis amigos van a transportarlo. Indícales dónde es. Luego vuelve enseguida. Inmediatamente, ¿comprendes? Tendrás que reemplazar a Adivina cuando la multitud se recupere y empiece a hacer preguntas. Yo estaré contigo. Mis amigos se quedarán junto al Jefe. ¡Adelante!

Chca estaba de vuelta cinco minutos más tarde, jadeante, llevando consigo una bata de laboratorio.

— Métete esto, Guig. Serás uno de sus asistentes.

— No. Tienes que arreglártelas tú sola.

— ¡Pero tú has dicho que estarías conmigo!

— Estoy aquí.

— ¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Qué es lo que tengo que decir? No soy tan lista como eso.

— Si que lo eres, y no te he estado adiestrando tres años para nada: Ahora adelante... con todo tu aplomo y todo tu gran estilo. ¿Estás preparada?

— Todavía no. Dime qué es lo que ha hecho flaquear al Jefe.

— Los crionautas ya no están en sus sarcófagos. Han desaparecido. En su lugar sólo hay algo que se parece a un ratón retorcido y despellejado.

Ella se estremeció.

— ¡Oh, Dios, oh Dios, oh Dios! —Esperé. No tenía tiempo de darle consejos. Tenía que salirse de aquello ella misma. Lo hizo—. Ya está, Guig —dijo—. Estoy lista. ¿Qué tengo que hacer?

— Pide silencio. Calma y estilo. Te iré soplando.

Buen Dios, tuvo la clase de subirse a la consola y adoptar la pose de Cortés contemplando el Pacífico por primera vez (mientras sus hombres lo contemplaban alucinados a él).

— ¡Señoras y señores! —gritó en espang—. ¡Señoras y señores! ¡Presten atención, por favor! (*¿Y ahora qué, Guig?, en XX°*).

— Identifícate.

— Soy Chca-5 Chino Grauman, la asistente particular del doctor Adivina. Creo que todos ustedes me habrán visto en la consola de control. (*¿Y ahora?*)

— Optimista. Tranquila. No se trata de un desastre, sino de un desafío.

— Señoras y señores, algo no habitual se ha producido durante nuestra experiencia, y todos ustedes han tenido el privilegio de ser testigos de ello. Permítanme que les felicite. Como dice a menudo el doctor Adivina, la esencia misma del descubrimiento es hallar algo que no había sido previsto—. Afinó el oído—. Ah, algunos de ustedes están hablando de la fortuna de lo imprevisto. Si, la ciencia es imprevisto. (*¿Guig?*)

— El Jefe está analizando esta sorpresa con todo su equipo en el laboratorio. Muy técnica ahora.

— El doctor Adivina está en estos momentos con su equipo, analizando científicamente el fenómeno al que ustedes acaban de asistir —inclinó la cabeza en un elegante gesto—. Imagino que están preguntándose ustedes si va a seguirse el procedimiento habitual en lo que concierne a los crionsarcófagos. Puedo decirles que el doctor Adivina está ocupado actualmente en resolver esta cuestión; ésta es una de las razones por la cual no puede ser

absolutamente molestado. Todos ustedes se preguntan qué les ha ocurrido a los crionautas. Esta es una pregunta que nos hacemos también nosotros. (*iGuig!*)

— Eso es todo.

— Les doy las gracias por haberme escuchado. Ahora debo volver a la sala de conferencias para reunirme con el equipo. El doctor Adivina dará a la luz un comunicado detallado tan pronto como sea posible. Gracias.

La ayudé a bajar. Temblaba como una hoja.

— Todavía te necesito, Chca. Ve a decirles a los técnicos que sellen la cápsula de nuevo, dejándola tal cual está. Que mantengan todos los sistemas en actividad, como si continuara en órbita.

Ella asintió y atravesó la multitud en dirección a los técnicos, que aún parecían alelados.

Les habló animadamente, luego regresó a mi lado.

— Ya está hecho. ¿Y ahora?

— Primero, estoy orgulloso de ti.

— Uf.

— Condúceme hasta Toro Sentado. Tengo que...

— ¡No le llames así! —gritó—. Deja de darle esos nombres. Es un gran hombre. Es... es...

— ... ponerle al corriente de la situación. Imagino que su ataque ya debe haber pasado.

— Creo que le quiero —dijo ella compasivamente.

— Y esto duele.

— Es horrible.

— Siempre lo es la primera vez. Vamos.

— No hace más de doce horas, Guig. Y tengo la impresión de que he envejecido doce años.

— Se nota. Has dado un salto cuántico. Vamos.

El sancta sanctorum de Sequoia era una enorme sala de conferencias, con una gran mesa ovalada y enormes sillones. Estaba repleta de libros, periódicos, cartuchos de cintas y material de ordenador. Las paredes estaban cubiertas de enormes diagramas orbitales. El Grupo se había aposentado en un extremo de la mesa, y todos contemplaban a Adivina con una inquieta intensidad. Cerré la puerta a las curiosas secretarías de la sala de al lado.

— ¿Cómo se encuentra? —pregunté.

— Tiene algo roto. Está completamente ido —dijo M'bantu.

— Oh, vamos, McBee. Ha sufrido un ataque, eso es todo.

— Mira esto —dijo Canción Perfumada. Tomó una mano de Sequoia y la alzó. Cuando la soltó, se quedó en alto, allá donde la habían dejado. Tomó a Adivina por los sobacos y lo levantó suavemente del sillón. El Jefe se puso obedientemente en pie. Cuando la princesa le hizo dar la vuelta a la sala de conferencias, la siguió como un sonámbulo, pero apenas lo soltó, Sequoia se paró en seco, como si hubiera chocado contra una invisible pared. Su brazo seguía alzado hacia el techo.

— ¿A eso le llamas tú un ataque? —preguntó M'b.

— Volved a dejarlo en su asiento —les dije. Chca estaba gimiendo. Yo no me sentía exactamente feliz tampoco.

— Se ha ido definitivamente —dijo Nemo—. Nunca podremos alcanzarlo.

— ¡Tienen que ayudarlo! —gimió Chca.

— Haremos todo lo que podamos, querida.

— ¿Qué le ha ocurrido?

— No se.

— ¿Cuánto va a durar así?

— Ni idea.

— ¿Es permanente, Guig?

— Es difícil de decir. Necesitaríamos un experto. Princesa, llama a Sam Pepys. Y di también a Borgia que venga. Lo antes posible.

— De acuerdo.

— ¿Por qué preocuparse? —quiso saber Edison—. Ha perdido todos los tornillos. Olvidémoslo.

— En absoluto. En primer lugar a causa de Chca. En segundo lugar, sigue siendo mi candidato; hay que hacerle volver. En tercer lugar, por pura y simple humanidad. Es un

chico brillante, y hay que conservar su prestigio.

— Sálvenlo —suplicó Chca.

— Vamos a intentarlo, querida. El primer problema es cómo sacarlo de aquí para llevarlo a mi casa. Oigo a los accionistas de la U-Con piafando en el pasillo. ¿Cómo haremos para eludirlos?

— Sacarlo de aquí no constituye ningún problema —dijo M'b—. Se deja llevar como un bebé. Podemos hacerle ir a cualquier lugar.

— Si, pero necesitaríamos volverlo invisible. —Estaba pensando furiosamente. Debo confesar muy a mi pesar que estaba gozando como un loco de la situación. Me gustan las crisis y los desafíos—. Ed, ¿cual es tu identidad actual? —Edison miró a Chca—. No pienses en ella. Está por encima de todo esto.

— Lo sé todo respecto al grupo —dijo Chca, no como fanfarronada, sino para ganar tiempo.

— Discutiremos esto más tarde. ¿Quién eres ahora, Ed?

— Director de la División de Plasma en la RCA.

— ¿Llevas tu identificación contigo?

— Por supuesto.

— Fabuloso. Ve afuera. Eres un distinguido colega del doctor Adivina, el cual te ha invitado a asistir al acontecimiento. Estás dispuesto a discutir con los accionistas sobre cualquier cosa. Representa bien tu papel, no dejes de representarlo hasta que nosotros nos hayamos largado de aquí.

Edison —tras haber lanzado una breve mirada a cada uno de nosotros, y una que decía mucho a Adivina—, se fue. Le oí empezar su cháchara fuera. Algo así como: " $u(x+h)-u(x)=-2x+1$ ". Alentador. Pensé un poco mas.

— Chca y princesa. Tomad el diagrama más grande de la pared. Cogedlo una de cada lado, y mantenedlo lo más alto posible. —Obedecieron sin hacer ninguna pregunta, y les di mentalmente un punto a cada una—. Estupendo, mantenedlo así. —La parte baja del diagrama llegaba justo al nivel del suelo—. M'b, tu eres el más fuerte. Échate a Adivina sobre los hombros.

— Un infierno es el más fuerte —gruñó Nemo.

— Físicamente tan sólo, capitán —dijo M'bantu, conciliador—. No intelectualmente. Nadie puede compararse contigo en esa especialidad.

Les expliqué cual sería la escena, y abrí la puerta que daba a la antesala. Las dos mujeres salieron sujetando el diagrama tan alto como podían.

— Sentimos hacerles esperar —dijo Chca a los reunidos. El diagrama navegó hacia el pasillo. Tras la pantalla, M'bantu arrastraba a Sequoia.

Cuando llegamos a mi casa, Borgia estaba esperando (les juro que en ningún momento vi a Canción Perfumada llamándola), parecida a una Florence Nightingale siciliana. Y esto es en realidad. Siciliana, no enfermera. Es el mejor doctor que conozco. Desde 1600 ha realizado sus estudios en Bolonia, Heidelberg, Edimburgo, la Salpêtrière, Cornell y la Standard Oil. Borgia es de las que dicen que hay que vivir con el tiempo.

Había un equipo de hombres trabajando.

— Los encontré intentando robar —me informó ella—. Tu puerta cierra mal. Así que los tomé por mi cuenta y los puse a trabajar. —Lo cual era cierto. Sabú estaba dándose un banquete con una bala de heno. Laura perseguía alegremente una bandada de peces rojos en el saloncito. La casa estaba limpia e inmaculada. Una mujer notable, a todas luces.

— Todos aquí —ordenó. La banda se puso tímidamente en fila ante ella—. Ahora escuchadme bien. Vosotros dos tenéis un amago de embolia. Vosotros tres estáis afectados de rezo, cuyos efectos pueden ser mortales. Todos sois maricas, y necesitáis una buena proctal. Quiero veros mañana por la tarde para una revisión completa. ¿De acuerdo?

— Yassuh, médico.

— OK. Largáos.

Desaparecieron como flechas. Una mujer notable, repito.

— Tardes, Guig —dijo, en XXº—. Tardes a todo el mundo. ¿Qué es esa cosa? No forma parte del Grupo. Echadla.

Por todos los diablos, Chca se le enfrentó.

— Me llamo Chca-5 Chino Grauman. Vivo aquí, y su paciente es mi hombre. ¿Alguna otra pregunta?

— Habla XX°.

— Y lo sabe todo acerca del Grupo. Así, tal cual.

— Tiene sangre maorí en las venas —intervino M'bantu—. Un pueblo estupendo. Borgia esbozó una sonrisa de un kilómetro, se dirigió a Chca y le estrechó la mano como si se tratara de la palanca de una bomba contra incendios.

— Me gustan las chicas como tú, Chca —dijo—. No hay muchas así hoy en día. Hemos polucionado la especie. Vamos a ver a tu paciente. ¿No tienes algún lugar un poco más íntimo, Guig? Aquí, uno tiene la impresión de hallarse en un zoo, con esa pitón que no para de eructar. Llevamos al Jefe hasta mi estudio, y Chca lo depositó en un sillón. Los demás se disculparon y fueron a ocuparse de sus animalitos. Edison se dirigió a reparar la puerta que había destrozado con su entrada triunfal.

— Cuéntame, Guig —dijo Borgia.

Le conté. La puse al corriente de todo lo ocurrido mientras ella daba vueltas en torno al Jefe, examinándolo.

— Ajá —dijo—. Todos los síntomas básicos del delirio postepiléptico: mutismo, negativismo pasivo, estupor catatónico. Tranquila, Chca, dejo a un lado la jerga médica. Probablemente parece como si estuviera despersonalizando a tu chico. No lo estoy haciendo. Ahora, ¿cuál es exactamente la urgencia? ¿Cuánto tiempo tenemos?

— Bueno, nos hemos librado de los altos mandos de la U-Con por unos instantes, pero mañana vendrán rebuznando acerca del comunicado prometido y con la intención de hablar personalmente con Adivina. La experiencia ha costado setenta millones y...

— Ochenta y cinco —corrigió Chca—. Y ya están rebuznando. Es el pánico. Reclaman al Jefe. O sus explicaciones, o su cabellera.

— ¿Tienen alguna sospecha de lo ocurrido? —preguntó Borgia a Chca.

— Todavía no. La mayor parte de ellos no hacen más que murmurar que ha escapado con la cola entre las piernas.

— ¿PES? —me preguntó Borgia, muy interesada.

— No, injertos-espía. Ya ves todo lo que hay en juego. Si no lo sacamos de allá aprisa, está perdido.

— Lo cual echaría por tierra todos tus proyectos hacia él, como si lo viera.

— Ahora no, Lucy. No delante de su chica.

— Yo no soy su chica —dijo Chca—. *E/* es mi chico. Borgia no se preocupaba por la semántica. Siguió dando vueltas alrededor de Sequoia, como si estuviera palpándolo con antenas invisibles.

— Interesante. Muy interesante. Este parecido con Lincoln. ¿Lo ves, Guig? ¿Un signo patógeno? A veces me lo pregunto. Supongo que no ignorarás que el joven Lincoln sufrió una crisis cataléptica a la muerte de Ann Rutledge. Nunca se recuperó. Durante todo el resto de su vida fue un maníaco depresivo. ¿Tienes algo para escribir? Un equipo manual, a ser posible.

Chca sacó un bloc y una estilográfica de debajo del escritorio.

— ¿Es zurdo, Chca?

— No.

— Vamos a intentar un truco que me enseñó Charcot en la Salpêtrière. —Colocó la estilográfica en la mano derecha del Jefe y metió el bloc debajo—. A veces intentan comunicarse con nosotros, pero no poseen los medios. —Se inclinó sobre Adivina y empezó a hablar en espanglés. La interrumpí.

— Se expresa mejor en XX°, Borgia —dije.

— Oh, está educado. Es alentador. —Empezó a hablarle lentamente al Jefe—: Hola, doctor Adivina. Soy médico. Me gustaría hablar con usted acerca del JPL.

El rostro de Sequoia no se alteró; seguía contemplando plácidamente el vacío, pero tras un momento su mano derecha se estremeció y escribió:

hola

Chca dejó escapar un grito de alegría. Borgia la instó a que permaneciera tranquila.
— Doctor Adivina —prosiguió—, sus amigos están aquí. Están muy intranquilos por usted.
¿Quiere decirles algo?
La mano escribió:

*doctor adivina sus amigos
están aquí están muy intranquilos
por usted
quiere decirles algo*

— Hum —Borgia frunció los labios—. Así que es eso, ¿eh? Chca, ¿quieres intentarlo tú?
Dile algo personal.
— Jefe, soy Chca-Chica-Chicana. Recuérдалo: todavía no has cumplido tu promesa.

*jefe soy chca chica chicana
recuérдалo todavía no has cumplido
tu promesa*

Borgia arrancó la hoja del bloc.
— ¿Guig? ¿Quizás algo relacionado con el reciente desastre?
— ¡Hey, Uncas! La U-Con ha intentado venderme esas ratas peladas. Dicen que son tu alma.

*hey uncas la ucon ha intentado
venderme esas ratas peladas
dicen que son tu
alma*

Borgia agitó la cabeza.
Esperaba que esto nos llevara a alguna parte, pero es tan sólo una ecopatía.
— ¿Y eso que és?
— A veces forma parte de los síndromes catatónicos, Guig. El paciente repite las palabras de otro, bajo una forma cualquiera.
— ¿Como un loro?
— Si quieres decirlo así. Pero aún no nos ha ganado. Voy a mostrarte otro truco de Charcot. La psique humana puede ser increíblemente retorcida. —Pasó la estilo a la mano izquierda del Jefe, y colocó el bloc debajo.
— Hola, doctor Adivina. Soy médico. Me gustaría hablar un poco con usted. ¿Ha llegado a alguna conclusión respecto a lo ocurrido a sus crionautas?
El plácido rostro siguió mirando al vacío. La mano izquierda se retorció y luego empezó a escribir como al otro lado de un espejo, de izquierda a derecha:

*emuser sisenégotno al
orep, sisenégolif al*

— Un espejo, Chca.
— No os preocupéis —dijo Borgia—. Leo dextro y levo. Ha escrito: "La ontogénesis resume la filogénesis, pero...
— ¿Pero qué?
— Aquí se ha parado. La ontogénesis resume la filogénesis, pero... ¿Pero qué? ¿Doctor Adivina? ¿Qué?
Nada.
— ¿Hemos fracasado otra vez?
— Por supuesto que no, estúpido. Hemos hecho un descubrimiento capital. En su interior funciona perfectamente. Muy en su interior. Se da cuenta de todo lo que ocurre a su alrededor. Lo único que tenemos que hacer es desmenuzar el colchón protector que ha creado en torno suyo.

— ¿Sabes cómo?
— Con un contrashock, pero con tanta urgencia va a ser arriesgado.
— Es urgente. ¿Por qué será arriesgado?
— Se acaba de desarrollar un nuevo tranquilizante, un polipéptido derivado de la noradrenalina.
— No he entendido nada.
— ¿Sabes como funcionan los tranquilizantes? Espesan las conexiones entre los núcleos del cerebro, las células gliales y las neuronas. Frena la transmisión de los flujos nerviosos de célula a célula, y frenarás todo el organismo. ¿Me sigues?
— Te sigo.
— Este derivado de la noradrenalina bloquea completamente el proceso. Es como un gas nervioso... Todo el proceso queda como muerto. Y este es el peligro. Realmente puede *matar*.
— ¿Por qué? Los tranquilizantes no matan.
— Intenta captar el concepto, Guig. Cada célula nerviosa va a quedar aislada. Sola. Como una isla. Si puede restablecerse de nuevo la sinapsis, recuperará su estado normal y se sentirá muy sorprendido de haberse retirado así. Habremos creado un contrashock. Pero si no se restablece, está muerto.
— ¿Cuáles son las posibilidades?
— Experimentalmente, y hasta ahora, un cincuenta por ciento.
— El Griego dice que cualquier moneda sirve para apostar. Intentémoslo.
— ¡No! —gritó Chca—. ¡Por favor, Guig! ¡No!
— Pero ya está fuera de este mundo, Chca. No tienes nada que perder.
— Se curará con el tiempo. ¿No es cierto, doctor?
— Es posible —dijo Borgia—. Quizá dentro de cinco años, sin este tratamiento de shock. Tu chico está en uno de los estados más catatónicos que he visto en toda mi carrera, y si sufre otra crisis epiléptica mientras nos lo estamos pensando, se hundirá aún más profundamente
— Pero...
— Y puesto que se trata de tu chico, tengo que prevenirte de que, si sale de esto por sus propios medios, probablemente sufrirá una amnesia total en lo que respecta a todo su pasado. En este tipo de casos hay muchas posibilidades.
— ¿Todo su pasado?
— Todo.
— ¿Su trabajo?
— Si.
— ¿Yo?
— Tú.
Chca vaciló. Esperamos. Finalmente, dijo:
— Bueno...
— Entonces apresurémonos —Borgia dominaba por completo la situación—. Tiene que salir de su contrashock en un ambiente que le sea familiar. ¿Vive en algún lado?
— No podemos entrar allí. Está guardado por los lobos.
— El JPL está fuera de lugar. ¿Dónde, entonces?
— Enseña en la Union Carbide —dijo Chca.
— ¿Tiene algún despacho?
— Si, pero pasa la mayor parte de su tiempo abajo, utilizando la Extrocomputadora.
— ¿Qué es eso?
Chca me miró implorando mi ayuda.
— La Carbide ha construido un complejo de computadoras prácticamente ilimitado — expliqué—. Primero las llamaron "computadoras extensibles", pero ahora las llaman Extrocomputadoras. Son un juguete relleno con todos los datos que existen o han existido desde el inicio de los tiempos. Y tiene aún espacio para almacenar otros más.
— Gung. Entonces lo llevaremos al complejo de computadoras. —Sacó un bloc de notas de su maletín de instrumentos y escribió algo—. ¡M'bantu! —llamó—. ¡Ven aquí! Lleva esta receta Upjohn y trae el frasco al centro de informática de la Unión Carbide. Y no dejes que nadie te enrede. Eso vale una fortuna.

— Lo transportaré en una caña con doble fondo.
Ella le dio un beso afectuoso.
— Mi querido bastardo negro. Dile a Upjohn que lo cargue en mi cuenta.
— ¿Puedo preguntar a qué nombre, Borgia?
— Oh, maldita sea. ¿Quién soy en este momento? Oh, sí, Cipolla. La doctora Renata Cipolla. Ve, pequeño.
— ¡Renata *Cebolla!* —exclamé, incrédulo.
— ¿Por qué no? ¿Qué eres tú, alguna especie de antisemita? ¡Edison! ¡Ven aquí! ¿Has terminado de reparar la puerta? No te preocupes más por ella. Necesito que me chapucees un esterilizador. Y también una máscara de oxígeno. Ven conmigo, y tráete tu caja de herramientas.
— ¿Esterilizador? —jadeó Chca—. ¿Oxígeno?
— Es posible que tenga que abrir y dar un masaje a la coronaria. ¡Nemo! ¡Nemo! —No hubo respuesta. Se dirigió al salón-piscina. Allí estaba, jugueteando con Laura. Ya no quedaba ni un pez rojo. Me pregunto si él no se habría comido también alguno, ya saben, hay que mostrarse sociable. Borgia tableteó en la pared de perspex hasta que la cabeza de Nemo emergió del agua. —Nos vamos —dijo—. Cuida de la casa. La puerta está completamente hecha polvo. Pero tómatelo con calma, Ed. Utiliza la fuerza para resistir a la fuerza, pero no mates a nadie. Manténlos a distancia. Recuerda que luego necesitan atención médica. Chao. Vamos, muchachos.
Ella y Edison tomaron sus instrumentos. Mientras Chca y yo guiábamos a Cochise fuera de la casa, eché una ojeada al sótano. Canción Perfumada dormía plácidamente a lomos de Sabú. Sentí deseos de decirle que se largara.

No tuvimos ningún problema para llegar hasta el Centro: si doctor, no doctor, por supuesto doctor; el sonámbulo era una fachada perfecta. Había gente dentro: algunas cabezas brillantes jugando a las cartas con Extro (y perdiendo) o siguiendo el serial en espanglés más popular de la época, *Las Insaciables*. Echamos a la gente, pero no podíamos echar al serial. Dick el Serio, Tom el Divertido y Sam el Alocado eran ahora cadetes de la Academia Militar del Pentágono (tras su operación transex realizada en Dinamarca), y estaban comprando yerba, maíz para tostar, hash, repugnante adormidera y refrescos, para una orgía con la que celebrar la elección de Dick el Serio como Proveedor Pomo de su compañía.

— No llego a comprender cómo este lugar no está aislado como tu casa —se quejó Borgia.

— Lo está, pero la emisión se infiltra pese a todo por las líneas de alta tensión —expliqué—. Ignórala. ¿Qué hacemos con el Jefe?

— Tendedlo en el suelo, de espaldas. Ed, empieza a preparar el esterilizador y la máscara de oxígeno, mientras esperamos a que M'bantu llegue. Mira lo que puede servirte de aquí. Improvisa, anda.

Naturalmente, el centro estaba en funcionamiento, como todo el resto de la universidad. En primer lugar, una computadora no se detiene nunca. En segundo lugar, en nuestros días todo funciona veinticuatro horas sobre veinticuatro. ¿Cómo puede proporcionar uno trabajo a un jillón de casos sociales dignos de ser tenidos en cuenta si no crea doce turnos de dos horas cada veinticuatro?

Ustedes ya saben a qué se parece un complejo de computadoras, con su hardware evocando una reunión de relojes de la abuelita y las computadoras satelizando a su alrededor. La única diferencia con la Extro es que los satélites necesitan otros satélites para alimentarlos. Hay que franquear toda una serie de barreras antes de alcanzar al gran jefe, y la cosa no es fácil. Su trabajo consiste en tomar una pequeña pregunta a la cual nadie sabe responder, pasarla a través de un número infinito de bits, y traducirla en una breve respuesta.

Las Insaciables estaban en plena función. Su padre ha desaparecido desde hace un año. La señora Stanhope, madre viuda del amiguito de Dick el Serio, es malévolamente seducida por Josiah Crabtree, profesor en el Pentágono, que tiene puestas sus miras en la riquísima fábrica de ácido de la viuda. Siente también debilidad por otro cadete del Pentágono, el bravucón Dan Baxter, que detesta a las Insaciables. El pérfido Crabtree y Dan Baxter son blancos, por supuesto.

Edison y M'bantu (*senza* su caña hueca) llegaron al mismo tiempo. Ed iba ayudado por dos tipos que arrastraban un carrito cargado de material: bombona de oxígeno, esterilizador, accesorios de fontanería. No me pregunten cómo convenció a los dos tipos de que lo ayudaran o cómo consiguió el material. Todos los miembros del Grupo saben hacer estas cosas. No es deliberado, pero intimidamos a los Efímeros. La juventud representa la belleza, la longevidad la autoridad.

— OK. —Borgia tomó de nuevo el control—. Aquí. ¿Preparados, Ed? —Abrió su propia caja de herramientas, sorprendentemente parecida a la de Edison—. El frasco, M'b. Eficacia y rapidez. Chca-5, tú responde a algunas preguntas y luego lárgate. ¿Su estatura?

— Uno ochenta.

— ¿Peso?

— Noventa.

— ¿Edad?

— Veinticuatro.

— ¿Condiciones físicas?

— Lo he visto en plena actuación —intervine—. Rápido y duro.

— Gung —Borgia llenó profesionalmente una jeringa con el contenido del frasco de M'bantu—. ¿Preparado, Ed?

— Preparado.

— Lárgate, Chca.

— No.

— Fuera.

— Dame una buena razón.

Era una Batalla de Gigantes. Borgia descendió un tanto.

— Va a ser horrible de ver, gatita, sobre todo tratándose de tu chico.

— Ya no soy una niña.

Borgia se alzó de hombros.

— Todavía lo serás menos cuando eso haya terminado. —Se inclinó sobre el Jefe y le aplicó una lenta y delicada intravenosa—. Cronometra, Guig.

— ¿Desde cuándo?

— Ya te indicaré.

Esperamos, sin saber exactamente qué esperábamos. Repentinamente, el Jefe lanzó un gemido que partía el alma.

— Ahora, Guig.

El gemido se moduló en un quejido agónico. Todo lo que había en Sequoia se vació: excrementos, orina, esperma, saliva, sinus, glándulas sudoríparas. Chca estaba a mi lado, jadeando y temblando. Incluso a mí me costaba respirar.

— Las conexiones de sus sinapsis se están rompiendo —dijo Borgia con un monótono acento profesional—. Después de esto va a necesitar un buen baño y ropas limpias.

¿Tiempo?

— Diez segundos.

— Si sobrevive, por supuesto. —Repentinamente, el Jefe dejó de agitarse—. ¿Tiempo, Guig?

— Veinte.

Borgia sacó un estetoscopio de su maletín y examinó al Jefe.

— ¿Tiempo?

— Un minuto.

— Asintió.

— Por ahora todo va bien. Está muerto.

— ¡Muerto! —gritó Chca—. ¿Está muerto?

— OK. Todo se ha parado. Cállate. Te dije que te largaras. Tenemos cuatro minutos antes de que los daños sean irreversibles.

— Tienes que hacer algo. Tienes que...

— Te he dicho que te calles. Su sistema nervioso hará todo lo necesario por sí mismo. O no lo hará. ¿Tiempo?

— Uno y medio.

— Ed, busca ropas, jabón y agua. Hiede. M'b, quédate en la puerta. Que nadie entre.

Moveos. —Examinó de nuevo al Jefe—. Esplendorosamente muerto. ¿Tiempo?

— Uno cuarenta y cinco.

— ¿Puedes mover tus posaderas, Chca?

— S... si.

— Entonces léeme la temperatura del esterilizador. El indicador de la derecha.

— Trescientos.

— Páralo. El botón de la izquierda. ¿Tiempo?

— Dos diez.

Otro examen. Edison llegó resoplando con ropas, seguido de sus fieles esclavos arrastrando una bañera móvil llena de humeante agua.

— Desnudadlo y limpiadlo. No le mováis más que lo estrictamente necesario. ¿Tiempo?

— Dos y medio.

— Si la cosa no funciona, al menos tendremos un cadáver limpio y bien vestido.

La aparente frialdad de Borgia no me engañaba: estaba tan tensa como todos los demás. Tras haber lavado al Jefe empezamos a vestirlo, pero ella nos detuvo.

— Puede que tenga que abrirlo. Vosotros, chicos, gracias. Quitad toda esa porquería de aquí. Chca, el alcohol de mi maletín. Rocíale el pecho hasta el ombligo. Rápido. ¿Tiempo?

— Tres y un cuarto.

— ¿Está preparada la máscara, Ed?

— Está preparada.

— Va a ser justo. —Una hora más tarde, preguntó—: ¿Tiempo?

— Tres y medio.

El iris de la puerta se abrió, y Jonás entró seguido de M'bantu, que intentaba inútilmente

detenerlo.

— ¡Guig! ¿Qué diablos estás haciéndole a ese pobre hombre? ¡Desvergonzado!

— Lárgate de aquí, Jonás. Además, ¿cómo lo sabes?

— Todo el mundo en la universidad sabe que aquí se está torturando a un hombre. Tenéis que parar esto.

— Vuelve a tu cama, Jonás —dijo Borgia—. Rocía mis manos, Chca, hasta los codos. Luego apártate. Apartaos todos. Ahórrate los sermones, Jonás. Quizá vayamos a necesitarlos más tarde. —Miró a Sequoia con ojos llameantes—. ¡Despierta, hijo de todas las putas, reconéctate! —Miró furiosa a su alrededor—. ¿Dónde infiernos están las Insaciables? Dije que todo tenía que ser familiar. Precisamente ahora que las necesitamos... ¿Tiempo?

— Tres cincuenta.

Aguardamos. Aguardamos. Aguardamos. Chca-5 empezó a gemir suavemente. Borgia me dirigió una negra mirada de desesperación, fue al esterilizador, y empezó a sacar sus instrumentos. Se situó de rodillas ante Sequoia y blandió su escalpelo, dispuesta a realizar una primera incisión. De repente, el pecho del Jefe se hinchó hasta casi rozar la punta del instrumento. Fue la más profunda, la más hermosa inspiración que jamás haya visto efectuar en mi vida. Empezamos a balbucear.

— Callaos —ordenó Borgia—. Dadle un poco de tiempo. No hagáis ruido. Alejaos. Todo debe ser familiar cuando despierte. Se sentirá débil, no lo fatiguéis innecesariamente. La respiración fue normalizándose, aunque acompañada de tics y de contracciones musculares.

— Las conexiones van volviendo a su sitio —dijo Borgia, a nadie.

Los ojos del Jefe parpadearon y luego se centraron en la escena que lo rodeaba.

— ...pero la criología recicla la ontogénesis —acabó. Quiso Ponerse en pie. Borgia le hizo una seña a Chca, que corrió hacia él y lo sostuvo en el momento en que vacilaba. Sequoia se miró a sí mismo, miró a todos los demás, y luego sonrió. Debía ser su primera toma de conciencia y debía ser dolorosa, pero era una hermosa sonrisa. Chca se echó a llorar.

— Las viejas caras familiares —dijo. Avanzó vacilante hasta mí y chocó la palma de mi mano—. Gracias, tío. Eres un hacha. Chca, tu eres mi chica, más que nunca. Lucy Borgia, deja tus cacharros —ella los metió de nuevo en el maletín y el chocó su palma—. Edison. M'bantú. Gung por todo. Jonás, ya has oído a la dama, vuelve a tu cama. ¿Dónde están esas ropas? Oh. Las Insaciables se toman un descanso cada dos horas para dejar sitio al nuevo equipo, Borgia. Será mejor que nos larguemos de aquí antes de que vuelvan. Miré a Borgia. Sonreía.

— Ya te dije que se daba cuenta de todo —observó.

— Guig, lo mejor que has hecho nunca fue encargarte de la criocápsula. Chca, toma un heli hasta el JPL y concierta una reunión de accionistas para dentro de exactamente una hora.

Miré de nuevo interrogativamente a Borgia.

— Absolutamente todo —me dijo.

— Va a ser tremendo —dijo el Jefe—. Esas ratas peladas han abierto una tal caja de Pandora que... Me gustaría comer algo. ¿Dónde?

— En mi casa —dije—; pero no te metas en el horno, la puerta no funciona bien.

Edison fue a protestar con vehemencia. Sequoia lo tranquilizó.

— No hagas caso, Ed. Tu pantalla de humo en el JPL me ha impresionado. Eres un tipo brillante. Todo el Grupo es brillante.

— Sabe demasiado —murmuré a Borgia—, y esto me da miedo.

— ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Está al corriente de todo lo que ha pasado.

— Sí, pero tengo la impresión de que sabe cosas que no han ocurrido delante de él. Tengo la sensación de estar sujetando a un tigre por la cola.

— Entonces, suéltala.

— Ya no puedo. Lo único que espero es que no volvamos de nuestro paseo conmigo en el buche y la sonrisa en el rostro del tigre.

Las Insaciables regresaron de nuevo, y nos apresuramos a esfumarnos mientras el corrompido Dan Baxter vendía las señales secretas a Annapolis. Enviamos a Jonás a su cama y regresamos a mi casa, donde Canción Perfumada y M'bantú nos habían chapuceado una especie de cena afrochina. No estaba mal: me recordó el Sachem de sus

lobos. Confesó que había esperado que algún saboteador hubiera tenido la buena idea de entrar a saco en su tienda y que así hubieran podido disponer de algo decente que llevarse a la boca. Mientras permanecíamos sentados con las piernas cruzadas en el suelo del comedor, Chca-5 entró.

— Todo está preparado para las cuatro en punto, Jefe. ¿Qué es lo que vas a decirles?

— Todavía no lo sé —gruñó él—. Es algo demasiado condenadamente grande como para simplificarlo, y los cabezas grandes de la U-Con no son excesivamente brillantes.

— ¿Cuál es exactamente el problema, doctor? —preguntó M'b.

— Cuestión de cambio de velocidades, M'bantu. Estuve a punto de quedar atrapado cuando eché la primera mirada al interior de la cápsula, y tuve que ser un imbécil para dejarme coger de esa manera por el choque. Benditos sean todos ustedes por haberme salvado. Dios mío, casi parece una emboscada tendida por los rostros pálidos...

— ¿Cuándo viste las ratas peladas? —pregunté.

— No son ratas.

— Entonces alienígenas del espacio quizá, venidos a conquistar nuestro planeta.

— No hagas la Insaciable conmigo, Guig. Ya hallarás la respuesta en su momento. Primero tengo que meterlo todo en Orden dentro de mi cabeza. Sería una gran idea si pudieras transplantar otro cerebro extra dentro de mi cabeza, Nemo.

— No lo necesitas, muchacho.

— Gracias. Ahora dejadme pensar un minuto.

Seguimos comiendo en silencio mientras esperábamos. Incluso Chca permanecía callada: estaba haciendo un verdadero salto cuántico.

— Estos son los problemas —dijo finalmente Sequoia—. Explicar a la United Conglomerate lo que ha ocurrido en realidad, y los formidables horizontes que acaban de abrirse. Es preciso que consiga darles una idea de las implicaciones de la explotación de un tal descubrimiento. Deben comprender que la Misión Plutón ha quedado descartada.

— ¡Descartada! ¿Tras todo ese berenjenal publicitario?

— Ya sé que la cosa va a escocer, Guig, pero los resultados de la experiencia criogénica han barrido por ahora la Misión Plutón... quizá para siempre. Por otro lado, se ha producido algo tan tremendamente conturbador e inesperado que es absolutamente imprescindible que consiga persuadirlos de transferir los fondos de Plutón a un nuevo proyecto. Lo malo es que me defiendo muy bien dentro de la jerga científica, pero soy una completa nulidad en el arte de venderle algo a alguien.

— Necesitaríamos al Sindicato Griego para que nos aconsejara en esto —le susurré a la princesa. Ella asintió y se deslizó fuera.

— La única razón de que me abra así a vosotros es que he aprendido a respetar y a confiar en el Grupo.

— ¿Qué es lo que sabes acerca del Grupo, Sachem?

— Algo.

— ¿Te lo ha dicho Chca?

— ¡No le he dicho una palabra! —protestó ella.

— Has leído mi diario, ¿eh, Chca?

— Sí.

— ¿Cómo diablos has aprendido a decodificar el teclado de mi terminal privado?

— He aprendido yo sola.

Levanté mis manos al cielo. Eso es lo que pasa por vivir con un pequeño genio.

— ¿Qué es lo que le has pasado a tu chico?

— Nada —dijo Sequoia, con la boca llena—. Lo poco que sé lo he aprendido por inducción, deducción, intuición y todo eso. Soy un científico, recuérdalo, y voy a decirte algo más: no me contento tan sólo con hablar XXº, puedo leer cualquier variante del inglés. Así que, ¿por qué no lo dejamos correr? Tengo que enfrentarme a una competencia difícil, y dependo de vuestro Grupo para que me ayude. ¿De acuerdo?

— ¿Por qué deberíamos ayudarte?

— Podría decir todo lo que sé de vosotros.

— U-hu.

— Seamos realistas —sonrió de nuevo, en una forma muy convincente—. Porque nos apreciamos mutuamente y queremos ayudarnos mutuamente.

— Indio de mierda. De acuerdo.

— Estupendo. Te necesito a ti y a Edison. También a Chca, por supuesto. Os lo contaré en pocas palabras en el heli a fin de que podáis hacer las preguntas adecuadas a la asamblea. Vamos allá.

Cuando llegamos al JPL yo estaba tan alucinado por la enormidad del descubrimiento de Sequoia y por las fronteras que abría que no me daba absolutamente cuenta de lo que pasaba a nuestro alrededor. Lo único que sé es que tomé de nuevo contacto con la realidad en el interior de un enorme laboratorio de astroquímica, sentado en un quinobanco en compañía de una cincuentena de los accionistas mayoritarios de la United Conglomerate. Estábamos frente a Hiawatha, que permanecía apoyado contra un largo mostrador repleto de aparatos de química. Parecía fresco y bien dispuesto, y satisfecho de si mismo, como si fuera a desembalar ante la United Co. una caja con una sorpresa. Y eso era precisamente lo que iba a hacer. Lo único que faltaba saber era si ellos iban a comprar lo que él quería venderles. La exposición se hizo en espanglés, por supuesto, pero traduzco para mi maldito diario y para Chca-chafardera Chino Grauman.

— Señoras y señores, buenos días. Estaban ustedes esperando tan ansiosamente nuestro comunicado que no he dudado en hacerles acudir a las cuatro de la madrugada de una forma tan repentina. Todos ustedes saben quien soy. Soy el doctor Adivina, encargado de la parte científica de la misión Plutón, y tengo remarcables noticias que comunicarles. Algunos de ustedes estarán esperando que todo esto se convierta en un completo fracaso, pero...

— Ya basta de cháchara —grité. Nos habíamos puesto de acuerdo en que yo representaría el papel del Chico Malo—. Díganos tan sólo en qué ha fallado usted, haciéndonos perder noventa millones. —Algunos de los accionistas me echaron una mirada sibilina, y éste era precisamente el objetivo de nuestra maniobra: desviar hacia mí la hostilidad general.

— Una pregunta interesante, señor, pero completamente equivocada. No hemos fallado en nada; por el contrario, hemos logrado un éxito más allá de toda expectativa.

— ¿Matando a tres crionautas?

— No los hemos matado.

— ¿Haciéndolos desaparecer, entonces?

— No han desaparecido.

— ¿No? Yo no los he visto. Nadie los ha visto.

— Usted ha tenido que verlos, señor, en los criosarcófagos.

— Allí no he visto más que unas cosas que se parecían a ratas despellejadas.

— Son los crionautas.

Me eché a reír sardónicamente. Los accionistas se agitaron revelando un cierto interés, y hubo algunos gruñidos en mi dirección:

— Tranquilo, chico. Dejémosle hablar.

Me calmé, y Edison tomó el relevo.

— Doctor Adivina, lo que acaba de decir usted es sorprendente, incluso inaudito en la historia de la ciencia. ¿Podría darnos una explicación más detallada, por favor? —Ed representaba el papel del Chico Bueno.

— ¡Oh! Mi buen amigo de la división de plasma de la R.C.A. Esto le interesará particularmente a usted, doctor Crookes, puesto que las descargas electrónicas que nosotros llamamos plasma tienen probablemente algo que ver en este asunto. —Adivina se giró hacia la asamblea—. El profesor Crookes es uno de los expertos a los que invité a asistir a la llegada de la cápsula.

— ¡Déjese de perder el tiempo y suelte su coartada! —grité.

— Por supuesto, señor. Seguramente algunos de ustedes recordarán una antigua teoría histórica concebida dentro del campo de la embriología hace ya algunos siglos: la ontogénesis resume la filogénesis. En otras palabras, el desarrollo del embrión dentro del útero duplica los distintos estadios perdidos de la evolución de las especies. Espero que recuerden ustedes este clásico.

— Si lo hubieran olvidado, doctor Adivina —dijo gentilmente Edison—, estoy seguro de que sus palabras habrán refrescado abundantemente su memoria.

Me dije que aquél era el momento de clavar otro agujón.

— ¿Y cuánto le paga usted a tan leal amigo por su inquebrantable apoyo? ¿Qué porcentaje

de nuestros cien millones le corresponde?

Los murmullos de descontento en mi dirección crecieron. Afortunadamente, Chca había estado presente en nuestra preparación del acto, ya que de otro modo estoy seguro de que me habría destrozado el rostro con sus uñas. Sequoia hizo como si ignorara al perturbador de la tercera fila y prosiguió:

— La ontogénesis resume la filogénesis, pero... —una pausa— ...pero creo que acabamos de descubrir que la criología recicla la ontogénesis.

— ¡Buen Dios! —exclamó Edison—. ¡Esto hará historia en el JPL! ¿Está seguro de lo que está usted diciendo, doctor Adivina?

— Tan seguro como puede estarlo un experimentador, profesor. Esas comillas ratas despellejadas comillas no son más que embriones. Los embriones de nuestros tres crionautas. Tras noventa días en el espacio, han regresionado a un estadio precoz del desarrollo fetal.

— ¿Hay alguna teoría al respecto? —preguntó un accionista de mente despierta.

— Quiero ser honesto: todavía no. Ni siquiera sospechamos una posibilidad tan fantástica durante nuestros preparativos. Todas nuestras experiencias fueron realizadas en tierra, bajo la protección de nuestra densa capa atmosférica. Por supuesto, habíamos lanzado algunos animales en órbita, pero tan sólo por períodos de tiempo muy cortos. Los tres crionautas fueron los primeros en estar expuestos a las radiaciones espaciales durante un período de tiempo relativamente largo, y no tenemos la menor idea de cuales son los factores que han producido el fenómeno.

— ¿El plasma? —preguntó Edison.

— Por supuesto, claro. Los protones y electrones de los cinturones Van Allen; los vientos solares; los neutrones, los quasars; las emisiones de los iones del hidrógeno; todo el espectro electromagnético... hay cientos de posibilidades. Todas deberán ser exploradas. Edison, entusiasta:

— Me sentiré muy honrado si se me permite asistirle en este tremendo proyecto, doctor Adivina. —Y, en XXº, añadió—: Y lo digo en serio.

— Me sentiré muy honrado de contar con su colaboración, profesor Crookes.

Un accionista dijo, con tono lacrimógeno:

— ¿Pero, y esos pobres y queridos crionautas? ¿Y sus familias? ¿Y...?

— Este es nuestro más urgente problema. ¿Se trata tan sólo de una inversión de la ontogénesis, o es un reciclaje completo? ¿Van a regresionar hasta el estado de óvulo y morir? ¿Han superado ya ese estadio para desarrollarse de nuevo hacia la madurez? ¿En qué se transformarán, en niños, en adultos? ¿Cómo explorar todo esto? ¿Cómo continuar el proceso?

Confusión general. Era el momento de mi próxima pregunta, no muy malévolamente esta vez.

— Admito que podría decir usted la verdad, Adivina.

— Gracias, señor.

— Y admito que puede tratarse de un maravilloso descubrimiento. Pero, ¿está usted pidiéndole a la United Conglomerate que financie lo que parece ser investigación pura?

— Bueno, verá, señor, puesto que la misión Plutón deberá ser pospuesta...

Gritos angustiados de algunos accionistas.

— ¡Señoras y señores, por favor! La misión Plutón se basaba en la convicción de que podríamos enviar crionautas al espacio. Hemos descubierto que por el momento esto es imposible. Todo debe ser provisionalmente pospuesto hasta que sepamos con certeza qué les ocurre a los crionautas. Naturalmente, lo más lógico sería esperar que la United Conglomerate transfiera al JPL los fondos previstos inicialmente para la misión Plutón a esta investigación pura pero esencial. Creo que éste es el único medio de proteger sus inversiones.

Más gemidos de los accionistas. Entonces resonó una voz potente, elevándose por encima de la confusión general desde el fondo del laboratorio.

— Si no es así, *nosotros* la financiaremos.

Adivina mostró una genuina sorpresa.

— ¿Quién es usted, señor?

El Sindicato Griego se puso en pie; rechoncho, espesos cabellos, bigote fino, elegante con su monóculo.

— Me llamo Poulos Poulos, director de inversiones del soberano e independiente estado de I. G. Farben Gesellschaft. Mi palabra es mi honor, y doy mi palabra de que I. G. Farben financiará sus investigaciones hasta el límite. Nunca hasta el presente hemos llegado a rozar nuestro límite.

Sequoia me miró.

— El Grupo —le dije en XX°.

El Jefe sonrió.

— Gracias, señor Poulos. Me sentiré feliz de aceptar su oferta si...

Gritos coléricos:

— ¡No! ¡No! ¡No! Esto es nuestro. Hasta ahora hemos estado pagando. Tenemos un contrato. De cemento armado. Los resultados de las investigaciones nos pertenecen. Aún no hemos dicho no. Desearíamos ser informados un poco más. Luego decidiremos. Usted no puede echarnos a un lado así. Pedimos un plazo de doce horas. Veinticuatro. Ahora no sabemos exactamente dónde estamos.

— *Deberán* saberlo —dijo despectivamente el Sindicato Griego—. *Nosotros* sabemos exactamente donde estamos. Ustedes prueban la exactitud de la antigua máxima: Nunca hay que mostrarle nada a medio terminar ni a un niño ni a un tonto. Nosotros, en I. G. Farben, no somos niños ni tontos. Venga con nosotros, doctor Adivina. Si esos estúpidos inician alguna acción legal, nosotros sabremos cómo pararles los pies.

Chca-5, que hasta entonces había permanecido tranquilamente de pie tras el escritorio con la oreja tendida, dijo:

— Los accionistas no saben qué pensar debido a que usted aún no les ha dicho los resultados que espera obtener de sus investigaciones, doctor Adivina. Eso es precisamente lo que desean saber.

— Pero no puedo decírselo. Se trata de un programa Emergente.

— ¡Ajá! —Edison estaba genuinamente lanzado—. Muy cierto. Lo ha dicho usted del mejor modo posible, doctor Adivina. Permítame. Se puso en pie—. Señoras y señores, les ruego que escuchen a su encargado de la parte científica del proyecto. El les responderá a su crucial pregunta. —Todos se callaron. A eso le llamo yo autoridad.

— Un concepto básico en investigación —dijo el Jefe cautelosamente— es la cuestión de saber si las partes constituyentes de la experimentación producirán descubrimientos Resultantes o Emergentes. En esencia,, podemos comparar esto a la aproximación mutua de dos personas. ¿Se convertirán en amigos, amantes, enemigos? ¿Cómo puede predecirse esto? Todos sabemos que es imposible.

Un accionista sorbió ruidosamente sus lágrimas.

— En un experimento Resultante, las conclusiones pueden ser deducidas de la naturaleza misma de sus constituyentes. Ninguna propiedad nueva o imprevisible nacerá de la combinación de los distintos constituyentes.

Edison (el profesor Crookes) iba asintiendo con la cabeza, feliz y radiante. A mi me costaba seguir la exposición, y me parecía que bastantes de las brillantes cabezas de la U-Con se hallaban en mi misma situación, aunque daban la sensación de estar tremendamente impresionados por lo que oían.

— La naturaleza de una Emergente no puede ser deducida de la naturaleza de sus constituyentes tal como estaban antes de ser combinados. La naturaleza de una Emergente tan sólo puede ser descubierta a través de la experimentación y la observación, y no puede trazarse ninguna hipótesis a su respecto. Aparece de repente a su debido tiempo, nueva e inesperada, ante la sorpresa de todo el mundo.

— ¡Un ejemplo! —pidió Edison.

— Aquí tenemos un ejemplo. Todos conocemos los constituyentes del animal humano. A partir de estos conocimientos, ¿es posible predecir el fenómeno del pensamiento abstracto? La abstracción, ¿es una Resultante o una Emergente?

— Demasiado complicado —dijo en XX°— Necesitamos un ejemplo sencillo, gráfico, capaz de entrar en cualquier mollera.

Toro Sentado reflexionó un instante. Luego se giró hacia Chca.

— Acido nítrico. Acido clorhídrico. Tres probetas. Tres bolitas de oro.

Mientras ella iba a buscar lo pedido en los armarios del material, él se giró sonriente a la concurrencia y dijo:

— Voy a hacerles una demostración sencilla. Voy a mostrarles que ni el ácido nítrico ni el ácido clorhídrico atacan a los metales nobles. Sus propiedades son bien conocidas. Sin embargo, cuando se los combina forman una Emergente llamada agua regia, que disuelve los metales nobles. Los antiguos químicos no poseían ningún medio de predecir esto. Hoy, con nuestros conocimientos sobre la transferencia de iones, lo comprendemos y podemos predecirlo, especialmente cuando somos auxiliados por un análisis de computadora. Esto es lo que quiero decir cuando me refiero a que la nueva investigación criogénica es Emergente. Nada puede ser predicho. Las computadoras no pueden ayudarnos, puesto que una computadora no vale más de lo que valen las informaciones que posee almacenadas, y por el momento no poseemos ninguna información al respecto. Gracias, Chca.

Colocó las tres probetas ante él, dejó caer una bolita de oro en cada una de ellas, y destapó los frascos de ácido.

— Observen atentamente, por favor. En cada probeta hay una bolita de oro. En la primera echo ácido clorhídrico. En la segunda, ácido nítrico. Agua regia en la...

Fue interrumpido por un estallido de toses y sofocaciones. Parecía como si cincuenta personas se estuvieran asfixiando al mismo tiempo. En medio minuto todo el auditorio vació enloquecido el laboratorio; tan sólo Edison, el Sindicato y yo quedamos con el Jefe. Sequoia nos miró asombrado.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó en XX°.

Todo lo que era cristal en la habitación empezó a caer y romperse cuando los soportes de metal comenzaron a ceder. Contraventanas y valencias y diagramas de espectros se derrumbaron estrepitosamente. Los soportes de las luces cedieron y se produjeron relampagueos de cortocircuitos, y muy pronto nos hallamos a oscuras.

— ¿Qué ha ocurrido? —repitió Adivina.

— ¿Que qué ha ocurrido? Yo te diré lo que ha ocurrido —masculló Edison— conteniendo a duras penas la risa—. Esa maldita idiota de chica te ha traído ácido nítrico fumante. Fumante. Y los vapores han convertido a esta habitación en un enorme baño de ácido nítrico. Todo está siendo roído.

— ¿Has visto cómo lo hacía? ¿Has visto la etiqueta? ¿Por qué no la has detenido? —el Jefe sonaba furioso.

— No, no y no. Simplemente lo he deducido. No es una Emergente, tan sólo una Resultante.

— ¡Buen Dios! ¡Buen Dios! Lo he arruinado todo con los accionistas de la U-Con —desesperado.

Repentinamente, algo encajó en mi cerebro y lancé un aullido.

— ¿Qué ocurre, Guig? —dijo el Grupo al unísono—. ¿Te encuentras mal?

— ¡No, malditos imbéciles, y precisamente por esto es por lo que aúllo! ¡He aquí al triunfante Grand Guignol! ¿No comprendéis? ¿Por qué no se ha dado cuenta de que era ácido nítrico fumante? ¿Por qué los vapores no lo han asfixiado? ¿Por qué no lo han roído hasta los huesos? ¿Por qué no se ha visto obligado a huir con Chca y todos los demás? ¡Reflexionad mientras saboreo mi triunfo!

Tras un largo momento el Sindicato Griego dijo:

— Nunca tomé en serio tus tentativas, Guig. Te pido disculpas. Había una posibilidad entre un millón, así que espero que me perdones.

— Te perdono. Os perdono a todos. Tenemos ante nosotros a un nuevo Hombre Molecular. Tenemos un magnífico y hermoso Homol recién estrenado. ¿Comprendes, Uncas?

— No comprendo una palabra de lo que estáis hablando.

— Aspira una buena bocanada de ácido nítrico. Date este gusto. Puedes hacer lo que quieras para celebrarlo, ya que nada, pero absolutamente nada de lo que comas, bebas o respires podrá terminar contigo. Bienvenido al Grupo.

Y desapareció. Ocurrió así: Era preciso que nos desembarzáramos de aquel baño de ácido antes de que todo lo susceptible de serlo fuera roído encima de nosotros... anillos, relojes, puentes dentales, empastes, el laboratorio en miniatura que Hiawatha llevaba en su traje. Había una muchedumbre de accionistas alucinados rodeando el laboratorio y haciendo tanto ruido como las víctimas de una plaga de coriza, de modo que nos vimos obligados a separarnos. Cuando finalmente volvimos a reunirnos, alrededor de Chca-5, el Jefe había desaparecido, y no podíamos hacer nada para localizarlo. Lo llamamos en XX°. Nones. Chca empezó a flotar en pánico.

La miré. Allí no había tiempo para mimos.

— ¿Dónde hay un lugar en el que podamos hablar en privado? ¿En privado privado?

Dejó de flotar y aterrizó de nuevo.

— La cámara de vacío.

— Ajá. Vamos.

Nos condujo por un recorrido tortuoso hasta una enorme esfera, abrió una secuencia de compuertas estancas, y nos hallamos en el interior de la esfera en compañía de media cápsula espacial.

— Control de los circuitos en vacío absoluto —explicó.

— Un escenario encantador para un asalto criminal.

Me echó una mirada igual a la mía, y comprendí de repente que haría mejor cuidando lo que decía con aquel fénix renacido.

Me giré hacia el Sindicato Griego.

— No estuvo mal tu performance. Gracias.

— Oh, sí. Para hacer que alguien desee algo, basta con mostrarle que hay alguien que aún lo desea más que él. Elemental.

— ¿Por casualidad hay algo de cierto en lo que dijiste?

— Todo es cierto.

— ¿Representas realmente al independiente y soberano estado de I. G. Farben?

— Soy el cincuenta y uno por ciento de él.

— ¿Cuánto de todo el planeta posees, Griego?

— El catorce coma nueve uno siete por ciento, pero no llevo la cuenta.

— Dios mío, eres rico. ¿Yo también soy rico?

— Posees once millones seiscientos mil ciento tres. Según mis standards eres pobre.

Chca-5 gimió débilmente, y volví a nuestras preocupaciones del momento.

— Bueno —dije—, el problema es simple. El pobre bastardo ha recibido demasiados shocks en un mismo día, y se ha esparcido en todas direcciones. Lo único que tenemos que hacer es encontrarlo y calmarlo. Puede que esté en cualquier parte en el complejo JPL o en la universidad. Este es tu trabajo, Chca. Búscalo.

— Si está en algún lugar, lo haré.

— O.K. Esperemos que esté en algún lugar. Puede que haya regresado a la xipi, aunque

hay el problema de los lobos. Será mejor que se ocupe M'bantu de ello. Por otro lado puede que haya emigrado a un centro de investigación sobre las Partículas Bio para buscar consejo técnico. ¿Ed?

— Yo me ocupo.

— O quizá haya corrido a patentar su descubrimiento.

— Eso es para mí —dijo el Sindicato Griego.

— Puede también que esté celebrando su éxito para librarse de la tensión. Le diré a

Canción Perfumada que se encargue de ello.

Edison estuvo a punto de ahogarse de risa.

— Ya la veo recorriendo todos los antros de los alrededores a lomos de su elefante.

— Si. Me gustaría verlo. Existe también una remota posibilidad de que haya vuelto a la catalepsia. Eso es asunto de Borgia.

— ¿Y tú, Guig?

— Yo vuelvo a mi casa. Nemo y yo nos encargaremos de mantener el contacto. ¿Gung?

— O.K.

Chca estaba respirando profundamente... controlando su pánico, pensé... pero empezó a jadear, y su rostro adquirió una tonalidad azulada.

— ¿Qué demonios ocurre ahora? —le pregunté.

— No es culpa suya —dijo calmadamente Edison—. Alguien está bombeando el aire, y simplemente se está asfixiando en el vacío.

— En el JPL no dejan de trabajar ni un minuto —gruñí—. Vamos, afuera todos. —Salimos, y yo cargué con Chca-Cianosis-China, y algunos técnicos quisieron saber qué estábamos haciendo contaminando de aquel modo sus circuitos. Uno no puede contentar a todo el mundo.

Nos fuimos cada uno por su lado en busca de Sequoia, y yo me largué pitando a casa. Tenía una condenada idea de dónde había hallado refugio el Jefe (no me había pasado cinco días en una jaula de bambú para nada), y tomé el siguiente linear para la reserva del Erie. Pero tuve la delicadeza de llamar antes a Nemo para ponerle al corriente de la situación.

Allí había habido hasta hacia poco una inmensa mancha de lodo, del tamaño de un cráter lunar: cuatrocientos kilómetros de largo por cien de ancho por sesenta metros de profundidad: negra, repelente, chorreante, recorrida en todas direcciones por corrientes cargadas de residuos tóxicos liberados por una industria mejor para un mundo mejor. Aquel había sido el generoso regalo que la nación amerindia debía poseer y habitar para siempre o hasta que un Congreso progresista decidiera desplazar de nuevo a aquellos desposeídos. Veinte mil kilómetros cuadrados de infierno.

Ahora eran veinte mil kilómetros cuadrados de paraíso. Evocaban en mi imágenes fantásticas: un deslumbrante arco iris de campos de adormidera de las más variadas formas, brillando rojas, anaranjadas, amarillas, verdes, azules, indigo, violetas. Los canales habían sido cubiertos con tejas. El lago estaba sembrado con las chozas tradicionales de las tribus indias nómadas, antiguamente hechas con cañas y barro, pero ahora construidas con mármol, estuco, granito, terracota o travertino. Carreteras enlosadas lo enlazaban todo de una forma aparentemente un tanto desordenada. Alrededor de todo el lago había una barrera neumática que lo rechazaba suavemente a uno si se acercaba demasiado. Si uno persistía en su intento, lo expulsaba con la fuerza de un pistón.

La entrada estaba guardada por apaches: serios, graves, y no hablando más que apache. Uno no podía argumentar con ellos. Me limité a repetir: "Sequoia", con voz firme.

Murmuraron entre sí algunos instantes, y finalmente el jefe de la entrada me concedió un guía a bordo de un hovercraft. El piloto tomó toda una serie de enrevesados caminos, hasta detenerse finalmente ante una lujosa choza de resplandeciente mármol, y la señaló con la mano. Allí estaba el Jefe, en taparrabos, tendido sobre una losa de mármol, gozando del sol matutino.

Me senté a su lado sin pronunciar palabra. Mi instinto me decía que tenía que adaptarme a su nuevo tempo. Permaneció silencioso, hermético, inmóvil. Yo también. Aquello era un poco idiota. El no cambió de actitud. Yo tampoco. En un determinado momento hizo algo que me demostró hasta qué punto había reencontrado todo el pasado de su pueblo: se giró perezosamente y orinó de lado, y luego volvió a tenderse boca arriba. Yo no le imité en eso. Todo tiene un límite. Y también existen el decoro y la higiene.

Tras algunas horas de silencio, se puso en pie. No me moví hasta que él me tendió una mano para ayudarme. Lo seguí al interior de la choza. Estaba tan maravillosamente decorada como su xipi y era enorme; todas las habitaciones en cerámica y pieles, alfombras hopi, porcelanas y platería espectaculares. Sequoia no me había engañado; aquellos pieles rojas eran ricos.

Gritó algo en lo que imaginé era cherokee, y la familia apareció desde todas direcciones; papá, majestuoso y cordial, y cada vez más parecido a Lincoln (presumo que el Honesto Abe tenía gotas de sangre piel roja en sus venas); mamá, tan abundante que uno sentía deseos de acudir a hundirse en su regazo cuando tenía problemas; una hermana, diecisiete o dieciocho años, tan tímida que era imposible saber cómo era su rostro, ya que siempre iba con la cabeza baja; dos hermanos pequeños, que cargaron alegremente contra mí para tocarme y comprobar mi realidad, ya que aparentemente nunca antes habían visto a un rostro pálido.

Me conduje educadamente: una profunda reverencia a papá, un beso en la mano a mamá, otro beso en la mano a la hermana (que a raíz de ello salió precipitadamente de la habitación), un entrechocar cariñoso de las cabezas de los dos muchachos, a los que di

todas las cosas extrañas y curiosas que llevaba en mis bolsillos. Todo esto, por supuesto, sin pronunciar una palabra, aunque por lo que podía ver el Jefe se sentía satisfecho mientras aparentemente le explicaba a su familia quién era yo.

Nos sirvieron comida. Siendo los cherokees originarios de Carolina, había bastante marisco: sopa de mejillones, gambas al quingombó, guisado de maíz machacado, tortas de maíz con bayas y té al jalapa. Y no servido en plástico: cerámica china, por favor, y cubiertos de plata. Cuando me ofrecí a ayudar con los platos, mamá me echó riendo de la cocina mientras la hermana enrojecía entre sus boozalums. Sequoia me quitó de encima a los dos hermanos con unos cuantos papirotazos, y salimos de la choza. Por un instante tuve miedo de que sintiera otra vez deseos de tostarse al sol, pero empezó a andar por el dédalo de caminos y senderos que entrecruzaban el lugar, como si fuera propietario de toda la reserva. Soplabla una ligera brisa, y todo un espectro de adormideras hacia la genuflexión.

Finalmente, dijo:

— ¿Lógico, Guig?

— No.

— Entonces, ¿cómo?

— Oh, había una docena de posibilidades racionales, todo el Grupo las está explorando, pero yo pensé en esto.

— Ah. El hogar.

Gruñí.

— ¿Cuánto tiempo hace que tuviste una familia y un bogar, Guig?

— Un par de siglos, más o menos.

— Pobre huérfano.

— Esta es la razón por la cual el Grupo intenta permanecer tan unido. Somos la única familia que tenemos.

— Y eso es lo que me va a ocurrir a mi.

Gruñí.

— Es así, ¿no? ¿Me habéis arrojado a lo más profundo de una mazmorra?

— Ya sabes como es eso. Sabes lo que ha ocurrido, y que es irreversible.

— Es como una muerte lenta, Guig.

— Es una larga vida.

— No estoy seguro de que me hayas hecho un favor.

— Puedo asegurarte de que no he tenido nada que ver con ello. Fue un afortunado accidente.

— ¡Afortunado!

Gruñimos ambos.

Tras algunos minutos preguntó:

— ¿Qué quieres decir con "intenta permanecer tan unido"?

— En algunos aspectos somos como una familia típica. Tenemos nuestras simpatías y nuestras antipatías, nuestros odios, nuestras envidias, nuestros conflictos también. Lucy Borgia y Leo Da Vinci se odian a muerte desde mucho antes de mi transformación. Ni siquiera nos atrevemos a pronunciar el nombre de uno en presencia del otro.

— Pero han acudido a ayudarte.

— Tan sólo mis amigos. Si le hubiera pedido al Rajá que me echara una mano, ni siquiera se hubiera dignado responderme: me detesta. Si Queenie hubiera acudido en mi ayuda se hubiera producido un desastre: Edison y Queenie no pueden ni verse. Y así. No todo es dulzura y claridad en el Grupo. Ya te darás cuenta a medida que nos vayamos conociendo. Callé, y seguimos andando en silencio. Cada vez que pasábamos ante una de las lujosas chozas podía ver artesanía en acción: tapices, cerámica, orfebrería, forja, trabajos en cuero, escultores, pintores, incluso un tipo tallando puntas de flecha.

— Souvenirs para los rostros pálidos —explicó Sequoia—. Los convencemos de que aún seguimos usando arcos y flechas y lanzas.

— Infiernos, no necesitáis ese dinero.

— Oh, no, no, se trata tan sólo de un asunto de relaciones públicas. Nunca hacemos pagar esos souvenirs a los turistas. Ni siquiera hacemos pagar entrada por el derecho de visitar la reserva.

Dios lo sabe, el Erie estaba metido hasta el cuello en las relaciones públicas. Todo era silencio y sonrisas. ¡Dios, aquella bendita calma! Aparentemente, la barrera neumática detenía las emisiones tanto como a los visitantes indeseados.

— Cuando echaron a las tribus de nuestras últimas reservas —dijo Sequoia—, nos dieron generosamente el lecho del Lago Erie para nuestro uso exclusivo. Toda el agua dulce que alimentaba el lago había sido bombeada para la industria. Tan sólo quedaba un lecho envenenado; un basurero industrial, cuando fuimos trasladados aquí.

— ¿Y por qué no al encantador y hospitalario Polo Sur?

— Hay carbón allí, y esperan poder meterle mano algún día. El primer trabajo que me dieron como ingeniero fue poner a punto un sistema de fracturación del casquete polar para la Ice Anthracite Inc.

— A eso se le llama tener visión de futuro.

— Cavamos canales para drenar la polución. Plantamos nuestras tiendas e intentamos sobrevivir en medio de la podredumbre y de la hediondez. Miles de nosotros murieron: hambrientos, sofocados, suicidados. Tribus enteras desaparecieron.

— ¿Y cómo se convirtió eso en un paraíso?

— Un indio genial hizo un descubrimiento. Nada quería crecer en estas empozoñadas tierras excepto la Repugnante Adormidera.

— ¿Quién hizo ese descubrimiento?

— Su nombre era Adivina. Isaac Indus Adivina.

— Ah, empiezo a entender. ¿Tu padre?

— Mi bisabuelo.

— Ya veo. El genio merodea en la familia. ¿Pero por qué las llamáis Repugnantes Adormideras? Son hermosas.

— Si que lo son. Pero producen un opio venenoso del que se extraen horribles drogas: drogas nuevas, drogas de las que nunca se había oído hablar, de fantásticos efectos... aún se siguen explorando los posibles derivados... y, de un día para otro, en una cultura de la droga, la reserva se volvió rica.

— Esta historia es un cuento de hadas.

Se mostró sorprendido.

— ¿Por qué dices esto, Guig?

— Porque un Gobierno benevolente os hubiera quitado Erie por vuestro propio bien.

Se echó a reír.

— Tienes absolutamente razón, excepto por una cosa: hay un proceso secreto de tratamiento de la adormidera que permite obtener el opio venenoso, y el Gobierno no lo conoce. Nosotros somos los únicos en saberlo, y no se lo decimos a nadie. Así es como hemos ganado nuestra última batalla contra los rostros pálidos. Les hemos dado a elegir: Erie o el veneno de la adormidera, no los dos. Nos han ofrecido toda clase de tratados, convenios, promesas, pero nos hemos mantenido firmes. La experiencia nos ha enseñado a no confiar en nadie.

— La historia sigue pareciéndome frágil, Jefe. ¿Y los sobornos? ¿Presiones? ¿Traiciones? ¿Espías?

— Oh, sí, han intentado todo esto. Aún siguen intentándolo. Nos ocupamos de ello.

— ¿Cómo?

— Oh, vamos, Guig. —Dijo aquello con un tono tan divertido que sentí un estremecimiento en mi columna vertebral.

— De hecho, lo que habéis montado aquí es una Mafia Piel Roja.

— Más o menos. La Mafia Internacional nos ha hecho propuestas, pero nos hemos negado a unirnos a ellos. No confiamos en nadie. Han intentado la fuerza, pero nuestros comanches siguen siendo aún unos tipos duros... demasiado duros, me atrevería a decir. Aunque no estoy descontento de esa pequeña guerra. Al menos sirvió de distracción al ardor de los comanches, de tal modo que ahora es más fácil vivir con ellos. Y también con la Mafia Internacional. No creo que quieran intentar de nuevo sus presiones. Les dimos una hermosa muestra de barbarie ancestral que van a tardar en olvidar. Ahí está nuestra universidad.

Señaló a unas dieciséis hectáreas de edificios bajos, blancos, cuadrangulares.

— La construimos de estilo colonial para demostrar que no sentíamos animosidad hacia los antiguos pioneros que desencadenaron la gran expoliación. Destilería de aguardiente. Abominable síntesis. Educación. Es la mejor universidad del mundo, y tenemos una lista de espera de más de un kilómetro de largo.

— ¿Estudiantes?

— No. Profesores. Investigadores. No admitimos estudiantes de fuera; está reservada para nuestros propios chicos.

— ¿Algunos de vuestros chicos toman mierda?

Agitó la cabeza.

— Ninguno, que sepamos. La nuestra no es una sociedad permisiva. Nada de drogas. Nada de conectados.

— ¿Aguardiente?

— De tanto en tanto, pero es algo tan abominable que lo dejan en seguida.

— ¿Es también un secreto de fabricación?

— Oh, no. Es alcohol, estricnina, tabaco, jabón, pimienta roja y colorante marrón.

Me estremecí.

— Cualquiera puede obtener la receta, pero hemos registrado el nombre. Los blancos quieren tan sólo Aguardiente Erie y no sustitutos.

— Y sólo tienen que chasquear los dedos para obtenerlo.

Sonrió.

— Hiram Walker mantuvo una dura lucha contra nosotros con su Aguardiente Canadiense, tuvieron que gastar millones de dólares para promocionar su producto, pero perdieron porque cometieron un estúpido error. No se dieron cuenta de que los blancos ignoran que en Canadá haya indios: creen que todos los canadienses autóctonos son esquimales, ¿y quién desea beber aguardiente esquimal?

— ¿Confías en mí, Jefe?

— Si —dijo.

— ¿Cuál es el secreto de la Repugnante Adormidera?

— El aceite de ajeno.

— ¿Quieres decir el componente que volvía locos a los bebedores de absenta del siglo diecinueve?

Asintió.

— Destilado de las hojas de la *Artemisia absinthium*, pero a través de un largo y sofisticado proceso. Se necesitan años para convertirse en un experto, por si tienes intención de aprender. Si quieres podemos hacer una excepción contigo y admitirte en nuestra universidad.

— No, gracias. El genio no ha merodeado nunca por mi familia.

Mientras tanto, habíamos llegado a una enorme piscina de mármol, del tamaño de un pequeño lago, lleno de cristalina agua.

— La hemos construido para nuestros chicos —dijo el Jefe—. Han de aprender a nadar y a utilizar una canoa. La tradición. —Nos sentamos en un banco—. Bueno —dijo—, creo que ya te lo he dicho todo. Ahora es tu turno. ¿En qué diablos me he metido?

No era el momento de andar con rodeos. De modo que hablé simple y llanamente.

— Esto ha de quedar secreto, Sequoia. El Grupo siempre lo ha mantenido en secreto. No te pido que me lo jures, ni hagas promesa solemne ni ninguna de esas tonterías. Creo que podemos confiar cada uno en el otro.

Asintió.

— Hemos descubierto que la muerte no es un proceso metabólico inevitable. Parecemos inmortales, pero no tenemos ningún medio de saber si eso es permanente o no. Algunos de nosotros están dando tumbos por ahí desde hace una enormidad. ¿Va a durar siempre? No lo sabemos.

— La entropía —murmuró.

— Si, ya sé. Tarde o temprano, todo el universo, con nosotros dentro, terminará por desmoronarse.

— ¿Qué es lo que ha transformado al Grupo, Guig?

Le descubrí nuestras experiencias.

— Todas psicogénicas —dijo—. Y esto es lo que me ha ocurrido a mí. Hum. Pero Guig, tú

dices que permaneceré así, con una edad de veinticuatro años, por siempre.

— OK. Todos nosotros nos hemos parado en la edad que teníamos en nuestra transformación.

— ¿Pero acaso ignoras la deterioración natural, el desgaste de los órganos?

— Este es uno de los misterios. Los organismos jóvenes son capaces de repararse y de regenerarse. ¿Por qué ese poder desaparece con la edad? Esto no ocurre con nosotros.

— ¿Qué es lo que produce la regeneración en el Grupo?

— No lo sabemos. Tú eres el primer investigador científico que se une al Grupo. Tengo la esperanza de que descubras algo. Tycho tiene una teoría, pero él es astrónomo.

— De todos modos me gustaría oírla.

— Es un poco complicada.

— No importa. Adelante.

— Bueno... Tycho dice que deben existir secreciones letales que se acumulan en las células del organismo, productos colaterales de las reacciones celulares normales. Las células son incapaces de eliminarlas. Se van acumulando a lo largo de los años, y finalmente terminan por impedir el normal funcionamiento de la célula. Entonces, el organismo envejece y muere.

— Por ahora anda sobre terreno sólido.

— Tycho dice que el influjo nervioso producido por el shock de la muerte puede destruir esas secreciones letales, permitiendo así que el organismo empiece de nuevo. Y la renovación de las células se ve tan acelerada que el organismo está empezando de nuevo constantemente. Dice que es un efecto psicogénico producido por un efecto psicogalvánico.

— ¿Has dicho que es un astrónomo? Suena más bien como un fisiólogo.

— Mitad y mitad. Es un exobiólogo. Tenga razón o esté equivocado, lo cierto es que no hay la menor duda de que el fenómeno forma parte del síndrome Homol.

— Ahí precisamente te estaba esperando. ¿Qué es exactamente un Hombre Molecular?

— Un organismo capaz de transformar cualquier molécula en un complejo anabólico.

— ¿Conscientemente?

— No. Simplemente, ocurre. El Homol puede respirar cualquier tipo de gas, absorber el oxígeno del agua, comer veneno, exponerse a cualquier medio ambiente, y todo ello es transformado en sustancia metabólica.

— ¿Qué ocurre cuando se produce algún daño físico?

— Si es menor, se regenera. Si es mayor, kaput. Corta una cabeza, arranca un corazón, y tienes entre tus manos a un inmortal muerto. No somos invulnerables. No podemos ir por ahí presumiendo de supermanes.

— ¿Quién lo hace?

— Olvídalo. Tengo aún algo importante que decirte respecto a nuestra vulnerabilidad. No podemos correr riesgos.

— ¿Qué tipo de riesgos?

— Nuestra inmortalidad está basada en la constante y acelerada renovación celular. ¿Puedes mencionarme un caso clásico de desarrollo celular acelerado?

— El cáncer. ¿Quieres decir que el Grupo... que nosotros...?

— Si. Estamos tan sólo a un pelo del loco e incontrolado inicio del cáncer.

— Pero nosotros hemos curado el cáncer con el ácido fólico fago. Ejerce un efecto antibiótico sobre los ácidos nucleicos desmadrados.

— Ajá: somos propensos al cáncer, pero no lo atrapamos. Los carcinógenos tan sólo abren la puerta a algo mucho peor, a una mutación leprosa que nosotros llamamos Lépcer.

— ¡Dio!

— Tal como dices. El Lépcer es un gene bastardo hijo de puta distorsionado en *Bacillus leprae*. Produce distintas variaciones y combinaciones de la lepra nodular y de la lepra anestésica. Es privativo del Grupo. No existe ninguna cura conocida. y uno tarda medio siglo en morir entre atroces agonías.

— ¿Qué posibilidades hay de atraparlo?

— Sabemos que los carcinógenos son el resultado de irritaciones y choques procedentes del medio ambiente exterior. Deben ser evitados. Uno no puede decir en qué momento una lesión puede hacerle franquear el umbral del cáncer y abrirle la puerta del Lépcer.

Tendrás que aprender a ser prudente. Si te ves obligado a correr algún riesgo, que sepas al menos el precio que tal vez tengas que pagar por él. Por esta razón evitamos en lo posible comer, beber o respirar sustancias inhabituales. Huimos de la violencia.

— ¿El Lépcer es inevitablemente el resultado de una lesión?

— No. Pero evita las lesiones.

— ¿Cómo puede saber uno si lo ha atrapado?

— Síntomas primarios: zonas rojas en la piel que se pigmentan, exaltación hiperestética, dolor en la garganta y laringe.

— De pronto estoy sintiendo todo esto. —Sonrió. Me reconfortaba que bromeara sobre mis ominosas advertencias.

— Has pasado por momentos duros, Jefe —dije—, pero, ¿no crees que ya es tiempo de volver al trabajo? Hay tanto por hacer. Me encantaría quedarme un año haraganeando en esta agradable reserva, pero será más razonable que volvamos a aquella casa de locos. ¿Qué dices al respecto?

Se levantó.

— Oh, de acuerdo. OK. Después de todo, ¿qué más cosas pueden ocurrirme?

Regresamos a paso lento a la choza. Yo estaba de acuerdo con Sequoia. Tras los acontecimientos de aquellos dos últimos días, ya no podíamos esperar más sorpresas, lo cual muestra hasta qué punto soy listo. Ya dentro de la construcción de mármol, llamé al capitán Nemo para decirle que parara la búsqueda. Nuestro Hijo Pródigo regresaba al hogar. Tuve que recordarle a nuestro Uncas que se vistiera, pues aunque la mitad de nuestra pob. se pasea por ahí en pelotas, un distinguido científico debe mantener una cierta apariencia. Hay que ser un conspicuo consumidor. El Jefe le llama a eso hacerle la pava al consumo.

La familia se reunió y empezó a farfullar en cherokee, que francamente no es una lengua muy atractiva; suena a medio camino entre las dos peores del mundo, el gaélico y el hebreo, toda ella guturales y cosas como *szik-ik-scha*. Cuando el Jefe terminó sus explicaciones, fue mi turno de las cortesías de ritual. Nada de *szik-ik-scha*. Profunda reverencia a papá. Beso en la mano de mamá. Y entonces, en aquel momento, cometí una de las tonterías más grandes de mi vida.

Cuando me giré hacia su hermana para cumplimentarla convenientemente, deslicé dos dedos bajo su mentón y levanté un poco su rostro para ver a qué se parecía. Era un rostro ovalado montado sobre un cuello lo suficientemente largo como para no tener problemas con la guillotina. No era una belleza; ni siquiera se podía decir que fuera bonita; pero era atractiva, atractiva. Un exquisito soporte óseo, unos ojos profundos, una piel satinada, toda ella expresión. La miré directamente al rostro, y vi un nuevo mundo cuya existencia nunca había soñado. Y entonces fue cuando hice la tontería. La besé en señal de despedida.

Todo el mundo se quedó helado. Hubo un silencio de muerte. La hermana me examinó durante el tiempo que aproximadamente se necesita para recitar un soneto. Luego se arrodilló ante mí y pasó varias veces las palmas de sus manos sobre mis pies, de adelante a atrás. Y el infierno se desató. Mamá estalló en sollozos y engulló a su hija entre sus abundantes pliegues. Los chiquillos se pusieron a gritar y a saltar. Majestuoso, papá se acercó a mí, apoyó su palma en mi corazón, hizo que yo apoyara mi palma en su corazón. Miré al Jefe, completamente alucinado.

— Acabas de casarte con mi hermana —me dijo casualmente.

Caí en estado de shock.

Sonrió.

— Es la tradición. Un beso equivale a una proposición de matrimonio. Ella ha aceptado, y calculo que un centenar de bravos guerreros del Erie van a odiarte por ello. Pero no temas, Guig. Hallaré el medio de sacarte de esto.

Extraje a la hermana de su madre y la besé de nuevo, esta vez para decirle hola. Ella quiso ponerse de nuevo de rodillas, pero la mantuve en pie para poder sumergirme de nuevo en aquel mundo completamente nuevo.

— N. —dije.

— ¿No quieres salirte de esto?

— N.

— ¿Estás seguro? Cuenta hasta cien en binario.

— S.

Vino hasta mí, e hizo crujir mis costillas con un titánico abrazo.

— Siempre he deseado tener un hermano como tú, Guig, Ahora, siéntate tranquilo mientras nos encargamos de poner en órbita las ceremonias.

— ¿Qué ceremonias? Creí que habías dicho...

— Tío, acabas de casarte con la hija del jefe más poderoso de la reserva. Siento decírtelo, pero te casas muy por encima de tu status. Hay que seguir el ritual. Deja que yo me ocupe de ello, y no te inquietes.

Una hora más tarde, estaba rodeado por una cincuentena de personas de pie ante la choza, con los suficientes hovercrafts como para llevarlas a todas ellas allá donde tenían intención de ir.

— No está toda la tribu —dijo Sequoia—, tan sólo los parientes más próximos. —Había cubierto su rostro con horribles pinturas de guerra, y estaba irreconocible. Al otro lado de la choza, un coro de bravos del Erie, los rechazados, cantaban tristes y rencorosas canciones. Desde la parte alta de la choza, cuatro fornidos hombres estaban bajando un enorme baúl de cuero cordobán que la hermana parecía suplicar trataran delicadamente.

— Su dote —dijo el Jefe.

— ¿Dote? Tengo quince millones. No necesito...

— Es la tradición. Ella no puede venir a ti con las manos vacías. ¿La prefieres quizás en caballos o en ganado?

Me resigné a vivir rodeado de objetos de artesanía cherokee.

Debía existir una despensa inagotable en alguna parte. Mamá estaba cargando a toda la familia con una cantidad de vituallas capaces de alimentar a todo el estado soberano de I. G. Farben Gesellschaft en el caso de que no hallaran medios suficientes para sobrevivir por su cuenta. La hermana desapareció durante largo tiempo, para reaparecer vestida con ropa squaw, pero no en ante, sino en fina seda Mandarín. Llevaba también una cinta en la cabeza, un collar y brazaletes, que al primer momento creí que eran de turquesas. No fue hasta mucho más tarde que descubrí que eran esmeraldas de una extraordinaria pureza.

— Gung —dijo Sequoia—. Ya podemos irnos.

— ¿Puedo preguntarte dónde?

— A vuestra nueva casa. La tradición, ya sabes.

— No tengo ninguna nueva casa.

— Sí, la tienes. Mi xipi. Es un regalo de boda. ¿Alguna otra pregunta?

— Sólo una, hermano. Créeme que lamento molestarte sabiendo lo ocupado que estás, pero, ¿podrías decirme el nombre de mi mujer?

Aquello pareció desconcertarlo realmente. Al final consiguió decir, en un suspiro:

— Natoma... Natoma Adivina.

— Muy hermoso.

— E incidentalmente, ¿cuál es el tuyo? El original, me refiero.

— Edward Curzon.

— Natoma Curzon. Muy hermoso. OK. Vamos con las ceremonias.

Más tradiciones en nuestro camino fuera del Erie. Natoma y yo permanecemos juiciosamente sentados uno al lado del otro mientras papá y mamá nos vigilaban como celosos guardianes de la virtud. Los caminos y senderos estaban llenos de gente, los chicos gritaban cosas que sonaban procaces tan sólo oyendo el tono en que eran gritadas, sin importar la lengua. Cuando intenté rodear a Natoma con mi brazo mamá chasqueó la lengua de un modo que sin lugar a dudas quería decir no. Papá cloqueó. Mi esposa permanecía con la cabeza baja, pero podía ver que estaba colorada.

Cuando finalmente llegamos a la xipi, Sequoia realizó una rápida inspección e hizo enfáticos signos Indios. Los parientes cercanos se detuvieron en el lugar que ocupaban.

— ¿Dónde diablos están mis lobos? —preguntó en XX°.

— Están dentro conmigo, doctor Adivina —dijo M'bantu—. Estábamos esperándole impacientemente.

El Jefe y yo entramos. M'bantu estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con los lobos echados a su alrededor con aire beatíficamente satisfecho.

— ¿Cómo diablos lo ha conseguido? Esos tres animales son verdaderos asesinos.

- A mi no me lo preguntes. El sabrá.
- Es muy simple, doctor Adivina. Todo lo que necesita es hablar su lenguaje: las relaciones de amistad se establecen inmediatamente.
- ¿Hablas el lenguaje de los animales?
- Casi todos.

Cuando le explicamos la situación a M'b, se mostró contento.

— Espero que me concedas el honor de ser tu padrino, Guig —dijo, y salió a reunirse con la familia, que había formado un círculo alrededor de la xipi. Habían puesto a calentar algunas marmitas eléctricas, y estaban cantando algo que se parecía a un entusiasta calypso con palmas a doble tiempo y acompañamiento de pies. La melodía era siempre la misma, y su ritmo engendraba una tremenda carga de excitación.

— Vamos —dijo el Jefe—. Siguiendo ritual. No tengas miedo. Te iré indicando. ¿Gung?

— OK.

— Puedes aún salirte.

— N.

— ¿Seguro?

— Ssss.

Fuimos hasta el lugar donde me esperaba Natoma. Tomó mi brazo. El Jefe se situó tras ella, y M'bantu tras de mí. No se dónde diablos habría conseguido M'b los materiales, pero había blanqueado ceremonialmente su rostro y pintado sus cabellos color ocre rojizo. Lo único que le faltaba era el escudo y la lanza. No puedo pretender el recordar todos los detalles de matrimonio ritual; todo lo que recuerdo es a Sequoia pasándome las instrucciones en XXº y a M'bantu improvisando un comentario antropológico que sin duda hubiera mejorado mi cerebro si lo hubiera escuchado.

Finalmente, mamá y papá nos escoltaron hasta el interior de la xipi. Natoma parecía preocupada hasta el momento en que los cuatro bravos trajeron la dote y la depositaron delicadamente en el suelo. Su cabeza seguía baja, y mantuvo las distancias hasta el momento en que nos dejaron solos y yo cerré la entrada y até las cuerdas con un doble nudo. Fue entonces cuando estalló. Hay que desconfiar de las tímidas: se convierten en demonios.

Su cabeza se irguió, altiva y sonriente. Se desnudó en dos segundos. Era india, y no tenía un solo pelo en su translúcida piel. Se arrojó sobre mí como un gato montés... no, como la hija del más poderoso Sachem de la reserva del Erie, decidida a recuperar en diez segundos diez años perdidos. Desgarró mis ropas al arrancármelas, me derribo de espaldas, se echó encima mía y empezó a murmurar en cherokee. Me masajé el rostro con sus cremosos senos mientras sus manos exploraban mi entrepierna. "Heme aquí violado", pensé. Se arqueó y condujo su Prado hacia mí. Era una virgen recia, y fue difícil y doloroso para los dos. Cuando finalmente lo conseguimos, el dolor desapareció en pocos segundos. Ella se echó a reír y lamió mi rostro. Luego sacó un lienzo y nos secarnos.

Yo pensaba que íbamos a quedarnos tranquilamente acostados, acariciándonos, pero había olvidado la tradición, las costumbres, el ritual. Se levantó, abrió la entrada de la xipi y salió, orgullosa y desnuda, blandiendo el ensangrentado lienzo como un estandarte. Dio la vuelta completa, y el calypso se hizo frenético. Luego entregó el lienzo a mamá, que lo guardó reverentemente, y por fin regresó a mi lado.

Esta vez no fue frenético, no; tierno, sereno, compartido. No era amor. ¿Cómo podría serlo entre dos extraños que ni siquiera hablaban la misma lengua? Pero éramos dos extraños que por arte de magia habían sido llevados a unirse, y esto era algo que hacía siglos que no me había ocurrido. S., estaba atrapado, y empezaba a darme cuenta de que era realmente amor. Salida: *Historias de Amor Conmovedoras*. Entrada: unión apasionada. Y el aura nos envolvía. Ignoro cuánto tiempo duró aquello, pero cuando ocurre algo así pensamientos de todos los colores cruzan sin ser invitados en todas direcciones por tu cabeza. Recordaba a un tipo que tenía la costumbre de cronometrarse. Un virguero. Pensaba en lo similares que son el aura pasional y el aura epiléptica. ¿Es esa acaso una forma de hacer el amor con el universo? Entonces tenemos suerte. Pensaba, pensaba, pensaba, hasta hallarme más allá de todo pensamiento.

Condenada virgen: quería empezarlo todo de nuevo desde el principio. ¿Cómo explicar, cuando uno no hable cherokee, que las baterías necesitan ser recargadas? Empezarnos a

hablar por señas, mezcladas con risas y bromas. Al primer momento había tomado a Natoma como una chica seria y decidida, sin un excesivo sentido del humor. Ahora me daba cuenta de que la tradicional vida de la reserva la había compartimentalizado. No tenía la costumbre de dejar ver todas sus facetas a la vez. Pero aprendía aprisa. Uno no intima con Curzon el loco sin que parte de su locura se le transmita.

De pronto Natoma se llevó un dedo a los labios para recomendarme silencio y prudencia. Permanecí silencioso y prudente. Ella avanzó de puntillas hasta la entrada de la xipi y la apartó bruscamente, como para sorprender a un espía. El único espía era uno de los lobos que, sin duda bajo instrucciones de M'bantu, guardaba nuestra intimidad. Regresó a mi lado charlotteando y riendo, y abrió el enorme baúl de cuero cordobán que contenía su dote. Levantó la tapa como esperando una explosión. Luego me hizo señas de que acudiera a su lado y mirara. Miré. Era exactamente lo que había esperado: baratijas hechas a mano. Ella apartó las baratijas, y jadeé.

En una serie de gavetas forradas con terciopelo había un servicio de mesa completo del siglo dieciocho en porcelana real de Sévres para doce. No había existido nada comparable desde hacía siglos, y hoy en día ni un catorce coma nueve uno siete por ciento bastarían para comprarlo. Había sesenta y dos piezas, y el modo cómo un tal servicio había ido a parar a la manos de la familia Adivina era un misterio que debería ser desvelado a su debido tiempo. Natoma vio mi expresión, lanzó una carcajada, tomó un plato, lo lanzó al aire y lo atrapó. Estuve a punto de desmayarme. Sequoia había dicho la verdad: me había casado por encima de mi clase.

Tenía que explicarle que ella era para mí un tesoro más valioso que su magnífica dote. Así que cerré la tapa del baúl, me senté sobre ella, puse sus piernas y sus brazos a mi alrededor, y se lo expliqué tan gentil y tiernamente que se echó a llorar y a reír al mismo tiempo al ritmo de sus suspiros, mientras sus manos aferraban mis hombros. Yo también reía y lloraba al mismo tiempo, y nuestros húmedos rostros se apretaban el uno contra el otro, y pensé que Jonás tenía razón. Durante doscientos años había vivido tan sólo para un placer mecánico. Hoy estaba enamorado por primera vez, al parecer, y aquello me hacía amar y comprender a aquel maldito mundo de lunáticos en el que vivía.

Hacia las siete de la mañana el tronar de una tos ante la xipi nos despertó. Nos descubrimos tan enroscados el uno con el otro que nos echamos a reír. Ella me tenía cogido con una presa de cabeza y anclado con una pierna alrededor de mi cadera, de modo que no había ninguna posibilidad para mí de escurrirme. Yo tenía una mano depositada sobre un bol de crema y la otra en la galería de arte, probablemente para asegurarme de que ambas cosas eran reales. Lanzamos un grito al unísono, y el Jefe en cherokee y M'b en XX°, dijeron:

— Os esperan para la ceremonia final, Guig. Luego todo el mundo se irá a su casa. ¿Pueden venir con todo lo necesario?

Entraron con agua caliente, toallas, artículos de limpieza y ropas limpias. Cuando nos hubieron bañado y vestido, los dos hombres regresaron con más instrucciones.

— Ahora daremos la vuelta en sentido contrario al de las manecillas del reloj. Guig a la derecha de Natoma. El hermano tras el desposado. El otro padrino tras la desposada.

Dignos y solemnes. Nada de bromas ni provocaciones. Sé que puedo contar contigo, Guig.

— Puedes.

— Me gustaría poder decir lo mismo de mi hermana. Nadie puede prever nunca lo que va a hacer a continuación.

Iniciamos la procesión, y todo fue digno y solemne. Entonces supongo que Natoma ya no pudo contener su orgullo: levantó muy alto sus dos puños cerrados y golpeó cuatros veces seguidas sus falanges unas contra otras. No había ninguna posibilidad de error de interpretación sobre el mensaje, y se elevó un clamor de aprobación. Oí a Sequoia gruñir tras de mí algo así como "*Oi gevalt*"; pero lo más probable es que fuera su equivalente en cherokee. Ella siguió pavoneándose y fanfarroneando, y hubo algunas reacciones divertidas. Algunas mujeres empezaron a criticar a sus maridos, lo cual no era justo, ya que ellos no eran recién casados. Algunos jóvenes bravos me hicieron señas de que ellos podían doblar mi marca no importaba cual noche. Algunas mujeres viejas se adelantaron para darme entre las piernas palmadas de congratulación. Natoma apartó sus manos. Terreno prohibido.

Necesitarnos dos horas antes de poder romper el cerco y despedirnos de la gente. M'bantu me estaba detallando cuidadosamente el comportamiento tribal.

— Ahora éste es tu clan, Guig, tanto directa como colateralmente. No debes ofender a nadie, o te arriesgas a desencadenar las peores venganzas. Más tarde te explicaré detalladamente los grados de prioridad totémica.

Para estar seguro de no ofender a nadie, regresé a la xipi y me derrumbé. Sequoia y M'bantu estaban quitándose sus pinturas ceremoniales.

— No estoy lamentándome —dije—. Tan sólo doy las gracias por ser huérfano.

— Oh, pero hay otro clan, Guig: el Grupo, y es preciso que conozcan a tu encantadora nueva esposa.

— ¿Ahora, M'bantu?

— Oh, si, de otro modo te arriesgas a crear susceptibilidades. ¿Voy a buscarlos?

— No, vayamos primero a casa... a casa del Jefe.

Sequoia me miró. Asentí.

— Tú me has regalado tu xipi. Yo te regalo mi casa. Lo único que te pido es que te lleses esos condenados lobos contigo.

— Pero...

— No discuta, doctor Adivina. Es el equivalente de nuestra costumbre africana de intercambiar los nombres con los nuevos amigos.

El Jefe asintió, aturcido. Toda aquella antropología era demasiado para él.

— Pero Natoma no puede irse —dijo su hermano, Sequoia Curzon Adivina.

— ¿Por qué no? —preguntó su marido, Edward Adivina Curzon.

— La costumbre. Su lugar está en la casa. No debe abandonarla nunca.

— ¿Ni siquiera para ir de compras?

— Ni siquiera para eso.

Dudé un instante. Ya empezaba a sentirme harto de la tradición, pero, ¿era aquél el momento de buscarle soluciones al asunto? Hice lo que cualquier cobarde con sentido común hubiera hecho en mi lugar: dejé decidir a mi mujer.

— Jefe, ¿quieres traducir cuidadosamente esto para mi? —Me giré a Natoma, que parecía fascinada por la conversación—. Te quiero con todo mi corazón... —(cherokee)—. Vaya donde vaya o haga lo que haga te veo siempre a mi lado... —(montañas de cherokee)—. ¿Va contra las costumbres de tu pueblo si rompes la tradición por mi? —(cherokee hasta el final).

El rostro de Natoma se iluminó con una sonrisa que abrió otro nuevo universo para mi.

— Chi, Glig —dijo.

Le di una palmada en las posaderas.

— ¡Eso era XX°! —exclamé—. ¿Lo habéis oído? ¡Me ha respondido en XX°!

— Si, siempre hemos estado dotados para el estudio —dijo el Jefe, disgustado—. Y puedo ver que tu estás dotado para destruir todas las sagradas costumbres del Erie. Buf. Llévate a esa liberada squaw a tu... a mi casa. Y abróchate el cuello, Guig. Lo llevas lleno de marcas de mordeduras.

Todo el Grupo, menos el Sindicato, estaba en la casa. La última vez que habíamos oído hablar de él, Poulos Poulos estaba por los alrededores de las dos ciudades gemelas, Procter y Gamble, pero eso era antes de que yo comunicara que había hallado a nuestro Hijo Pródigo. Nadie tenía la menor idea de lo que estaba haciendo el Griego en la potente metrop. de P and G, que actualmente cubría la mitad del territorio de Missouri. A decir verdad, no me sentía ofendido de que no estuviera allí. Es capaz de encandilar a cualquier mujer a la que eche el ojo, y prefería tener un poco de tiempo para fortificar mis defensas. — ¡Señoras y señores, esa joven es la hermana de Sequoia, que no habla nada excepto cherokee. Ruego que la acojan entre ustedes y la reconforten. Su nombre es Natoma Curzon, y tiene la desgracia de ser mi mujer.

Canción Perfumada y Borgia rodearon a Natoma y la estrujaron. Edison le dio un sobón tan fuerte que probablemente le transmitió una sacudida eléctrica. M'bantú fue a llamar a Nemo, que salió de la piscina y la dejó mojada de la cabeza a los pies. Chca-5, negra de rabia, la abofeteó dos veces. Furioso, quise lanzarme sobre ella, pero Natoma me sujetó por el brazo y me lo impidió. Con voz calmada, Borgia dijo:

— Hermana ciclón. Déjame que me ocupe de eso. Tenemos que dejar que las cosas sigan su curso.

Chca-5 Ciclón devastó la casa. Derribó a su paso todos los proyectores, tiró los cassettes, destruyó los libros raros que yo había coleccionado pacientemente. Reventó la pared de perspex e inundó el comedor, la sala de estar y Sabú. Demolió el teclado del terminal de mi diario. Arriba, hizo zorros de las ropas de mi cama, de mis trajes y de los cortinajes. Todo ello en un horrible y sibilino silencio. Luego echó a correr a su habitación y se derrumbó en su cama en posición fetal, con el pulgar metido en su boca.

— OK. Esto es buena señal —Borgia sonaba satisfecha.

— ¿Qué tiene esto de bueno?

— Los peores casos generalmente terminan masturbándose. Podremos sacarla de esto. Ponla en ese sillón, Guig.

— Temo que me arranque la cabeza si lo hago.

— N. Está completamente disociada. Está funcionando a nivel inconsciente.

Así que la puse.

— Ahora vamos a tomar el té —ordenó Borgia—. Bueno, es una forma de decirlo: cada uno puede tomar lo que le parezca. Trae una fuente de pastelillos, Guig. Y hablad todos. De lo que queráis. Esta es la escena que quiero que encuentre ella cuando vuelva. Cargué mi flotador más grande con esferas giroscópicas, caviar y repostería, y cuando penetré bogando con él en la habitación de Chca uno hubiera dicho que penetraba en una recepción diplomática de los tiempos de Talleyrand (el auténtico). M'bantú estaba enfrascado en una animada conversación con Natoma, intentando descubrir si entre los muchillones de dialectos que conocía había alguno que tuviera raíces comunes con el cherokee. Ella estaba riendo y practicando su XX° con él. La princesa y el Jefe discutían acerca de la mejor manera de sacar a Sabú del sótano (grúa o rampa inclinada) Nemo y Borgia estaban hablando de su común obsesión, los transplantes. El único que parecía estar out era Edison, así que le serví a él primero.

Ed se giroscopó dos raciones al coleteo (probablemente su ración entera de un año), y

antes de que yo terminara de servir la primera ronda estaba radiante como un clown.
— Ahora —anunció—, voy a contarles una historia divertida.
El Grupo era soberbio. Ningún signo de angustia hizo su aparición sobre ningún rostro. Giroscopamos y comimos como si no ocurriera nada, mientras contemplábamos a Ed con una expectante simpatía. Fue en aquel momento cuando la bendita y nunca bien ponderada Chca-5 Ciclón se desperezó, bostezó y gruñó:
— Oh, perdón. Excúsenme, creo que me he quedado adormilada.
Llevé el flotador hasta ella.
— Una pequeña fiesta —dije.
— ¿Fiesta? ¿Por qué? —preguntó, levantándose para recibir el flotador. Luego su vista se clavó en mí habitación y sus negros ojos se agrandaron. Dejó que el flotador flotara y se dirigió hacia mi habitación. Quise seguirla, pero Borgia agitó negativamente la cabeza, haciendo señas de que siguiéramos hablando. Seguimos hablando, e intenté concentrarme en la divertida historia de Ed. Pero por encima de lo que éste estaba diciendo oía a Chca explorando la casa y lanzando asombrados gritos. Cuando regresó junto a nosotros, parecía que hubiera recibido un golpe de jifero (cuchillo de matarife utilizado es el siglo XIX para el descuartizamiento de animales; explico esto pensando en mi diario, que ya nunca más podrá expresarse a través de su destrozado terminal).
— Hey —dijo Chca—, ¿qué ha pasado aquí?
Como de costumbre, Borgia tomó la iniciativa.
— Oh, una chica que ha entrado y lo ha roto todo.
— ¿Chica? ¿Qué chica?
— Una chica de tres años.
— ¿Y se lo habéis dejado hacer?
— No podíamos hacer otra cosa, Chca.
— No lo comprendo. ¿Por qué?
— Porque es familia tuya.
— ¿Familia?
— Tu hermana.
— Pero yo no tengo ninguna hermana de tres años.
— Si, la tienes. Dentro de ti misma.
Chca se sentó lentamente.
— No acabo de captarlo. ¿Estás diciendo que he sido yo quien ha hecho esto?
— Escucha, querida. Te he visto crecer de la noche a la mañana. Tú eres ahora una mujer, pero hay una parte de ti misma que se ha quedado atrás. Tu hermanita de tres años. Estará siempre ahí, en las sombras, y es necesario que aprendas a controlarla. No has llegado a salir fuera. Todos tenemos el mismo problema. Algunos consiguen salir, otros no. Sé que a la larga lo conseguirás porque yo... todos nosotros... sentimos una tremenda admiración por ti.
— ¿Pero por qué? ¿Qué ha pasado?
— La niña que hay en ti cree que ha sido abandonada por su padre, y lo ha querido arrasar todo.
— ¿Su padre? ¿En el Chino Grauman?
— No. Guig.
— ¿El es mi padre?
— *Vero*. Para los últimos tres años. Pero él se ha casado, y el ciclón ha estallado. Ahora... ¿quieres conocer a su nueva esposa? No a tu nueva madre; a su nueva esposa. Aquí está: Natoma Curzon.
Chca-5 se levantó, avanzó hacia Natoma y la escrutó con una de aquellas miradas-relámpago que tan sólo una mujer es capaz de lanzar.
— Pero si eres guapa —exclamó. Y entonces echó a correr hacia el Jefe y ocultó su rostro en el pecho de él, sollozando- La quiero, pero la detesto porque yo no puedo ser como ella.
— Tal vez ella quisiera ser como tú —dijo el Jefe.
— Nadie quiere ser como yo.
— No quiero oírte decir estas tonterías, Chca-Chss. Tú eres mi orgullo y mi alegría, y no olvides nuestra cita en el esterilizador.

— En la centrifuga —sorbió Chca sus lágrimas.
— Eres una chica estupenda. Unica. Ahora necesito tu ayuda más que nunca. Te necesito tanto como Guig necesita a su mujer. Y ahora, ¿qué es lo que más deseas en tu vida?
— Que... que tú me necesites.
— Ya lo tienes. Entonces, ¿por qué todas esas T.?
— Quiero también todo lo demás.
— ¡Como todo el mundo! Pero hay que trabajar para conseguirlo.
Ed salió corriendo, con aire culpable, al tiempo que el Griego entraba, más elegante y seguro de sí mismo que nunca. Nos recorrió a todos con su cautivadora sonrisa, pero se detuvo en seco cuando vio a Natoma. Tras un momento, se quitó el monóculo y dijo:
— Ah.
Empecé a explicar, pero me cortó:
— Por favor, Guig. No he perdido del todo mis facultades. ¿La señora habla espang, euro, afro, XX? ¿Cuál es su lengua?
— Tan sólo habla cherokee.
— Pego cho apendo apido —sonrió Natoma.
— Ya. —El Sindicato se acercó a Natoma, le besó la mano en una forma más galante de lo que yo lo hubiera hecho en toda mi vida, y dijo en euro—: Es usted la hermana del doctor Adivina... el parecido es incuestionable. Acaba usted de casarse... el florecimiento del rostro y del cuerpo de una mujer de su edad no puede pasar inadvertido. Tan sólo hay un hombre en esta habitación digno de su amor... Edward Curzon. Usted es la nueva señora Curzon: la felicito.
(¿Cómo puede uno luchar con algo así?)
— Chi —sonrió Natoma, y se acercó a mí y me agarró fuertemente del brazo.
El Griego reflexionó. Luego, en XX°, dijo:
— Poseo una pequeña plantación en Brasil. Está en las profundidades de Barra, en el río Sao Francisco... un millar de hectáreas... mi regalo de bodas.
Empecé a protestar, pero me cortó en seco:
— Disraeli se ocupará de todos los papeles. —Se giró hacia Hiawatha—. Me siento feliz al anunciarte que he descubierto la respuesta a tu perplejidad crionáutica. El valor sigue siendo desconocido por el momento.
Gerónimo y Chca estaban galvanizados, y todos nosotros empezamos a bombardear a Poulos con nuestras preguntas. Soportó pacientemente nuestras andanadas, pero finalmente dijo con su voz más persuasiva:
— Por favor.
Se lo concedimos.
— La Consolidated Can realizó una prueba para un nuevo producto en lo más profundo de una mina abandonada de los Apalaches, en un pozo de más de veinte kilómetros de profundidad. Objetivo: descubrir el período de vida de un nuevo container de amalgama en un medio neutro. En el experimento fueron utilizados animales testigos, alojados en hábitats estériles, en animación suspendida. Cuando el equipo investigador hizo sus comprobaciones, seis meses más tarde, los containers habían soportado perfectamente la prueba, pero los animales habían desaparecido. No había el menor rastro de ellos, excepto un pequeño montoncito de lodo en cada uno de los hábitats.
— ¡Dio!
— Tengo aquí el informe. *Ecco*. —El Griego sacó una cinta cassette de su bolsillo y se la tendió a Sequoia—. Y ahora la pregunta: ¿Puede producirse penetración de radiaciones cósmicas hasta una profundidad de veinte kilómetros bajo la superficie de la Tierra?
— Tan sólo las radiaciones terrestres normales, con las cuales hemos vivido y evolucionado durante mil millones de años.
— He dicho del espacio, doctor Adivina.
— Dios, esto abre cientos de posibilidades.
— Como he dicho, el valor sigue siendo desconocido.
— ¿Ha sacado la Consolidated alguna conclusión?
— No.
— ¿Han examinado el lodo?
— No. Tan sólo han presentado un caveat en la oficina de patentes describiendo el

fenómeno y los pasos que piensan dar para investigarlo.

— Imbéciles —murmuró el Jefe.

— De acuerdo, pero, ¿qué puede esperarse de la mediana empresa? De veras, doctor Adivina, ven conmigo a Ceres y a I. G. Farben y verás.

— Esperad un minuto —dije yo—. ¿Qué es un caveat?

El Sindicato me dirigió una piadosa sonrisa.

— Siempre serás pobre, Guig. Un caveat es un aviso público de que será instada una patente en el mismo momento en que sean ultimadas las investigaciones.

— No podemos dejar que lo hagan —gritó Chca—. No pueden ganarnos de esta manera.

— No van a hacerlo, querida.

— ¿Cómo piensas detenerlos?

— Comprando.

— ¿Cómo demonios piensas comprar un aviso público? —pregunté.

— N. —gruñó sarcásticamente el Griego—. He comprado la Consolidated Can. Esto es lo que estaba haciendo en P and O.

Es mi regalo a la investigación del Grupo, encabezada por nuestro último y distinguido nuevo recluta, el doctor Sequoia Adivina.

Chca se echó en brazos de Poulos y lo abrazó tan violentamente que se oyó un tintineo de cristales rotos: acababa de romperle el monóculo. El Griego se echó a reír, la besó ruidosamente, y la hizo girar hasta enfrentarla a Powhattan.

— ¿Y ahora? —dijo ella—. ¿Qué hacemos ahora, Jefe? Rápido, rápido, rápido.

El Jefe habló soñadoramente, lo cual no dejó de sorprendernos.

— Hay ondas y partículas. Las radiaciones frías al fondo del espectro electromagnético.

Muchos de mis colegas han emitido la opinión de que se trata de residuos de la explosión que dio origen a nuestro universo. Los rayos X blandos no pueden penetrar, pero los rayos X duros quizá sí. Y los rayos cósmicos, por supuesto. Y en cuanto a los neutrinos, que no poseen carga y por lo tanto nada los atrae, podrían atravesar la barrera de plomo de varios años luz de espesor. Y también hay las partículas proyectadas por las estrellas en trance de degeneración que se desmoronan en un pozo gravitacional, lo cual nos conduce a otra fascinante posibilidad: ¿estamos siendo ametrallados por partículas procedentes de un antiuniverso? ¿Sí?

— No hemos dicho nada.

— Oh. Creí haber oído... Un satélite en el espacio tendría aproximadamente un cincuenta por ciento más de probabilidades de tales tropiezos.

— Y eso es lo que les ocurrió a los crionautas, ¿no, Jefe?

— Es posible.

— Entonces, ¿qué hacemos ahora?

No respondió: se limitó a mirar soñadoramente en dirección al espacio, quizá intentando captar una partícula que pasaba.

— Jefe, ¿qué hacemos ahora? —insistió Chca.

Ninguna respuesta tampoco.

Me giré a Borgia y susurré:

— ¿No estará cayendo de nuevo en la catatonia? —Ella se limitó a alzarse de hombros.

Uncas volvió a hablar entonces, tan lentamente que se podría decir que estaba escuchando a alguien al mismo tiempo.

— La cuestión es... saber si hay que mantener todos los sistemas... de la criocápsula... aquí en la Tierra... o en órbita para acelerar... el proceso...

— Si ha de hacerse aquí en la Tierra —dijo entusiasta el Sindicato—, yo poseo una mina en Tailandia que tiene treinta kilómetros de profundidad. Podríamos utilizarla.

— Creo que quizá fuera mejor... ponerla de nuevo en órbita... o transportar la cápsula... al ciclotrón orbital de treinta kilómetros... de la Con Ed.

— ¿Pero va a financiar la U-Con esto? —pregunté.

— Te lo ruego, doctor Adivina, ven a I. G. Farben. No pongas objeciones, por favor, señorita Chca. Viviréis en la más hermosa villa de Ceres, donde nadie podrá rivalizar con vosotros.

En aquel punto el Jefe volvió a hundirse en su mutismo, escuchando aparentemente una nueva conversación sin sonidos, y los demás aguardamos, aguardamos, aguardamos.

Edison apareció, triunfante. Obviamente había reparado el iris de la puerta de entrada, pero lo amordazamos antes de que pudiera chillar su victoria. Y aguardamos, aguardamos, aguardamos.

— No he oído bien —dijo el Jefe.

— No hemos dicho nada —dije yo.

La impresora de mi diario, abajo, empezó a chasquear. Nos sobresaltamos, absolutamente alucinados.

— Pero esto es imposible —dije—. Esa condenada loca tan sólo obedece a las instrucciones del teclado del terminal que Chca arruinó hace un momento.

— Interesante —dijo Sequoia volviendo en sí mismo, lo cual no dejó de sorprendernos (aquellas cabriolas cherokees nos llevaban de sorpresa en sorpresa)—. Sería mejor que bajáramos a echar una mirada. Probablemente se trate de una reacción tardía a la destrucción de su teclado. A veces las máquinas se vuelven emocionales.

Descendimos en pelotón. Natoma metió su nariz en mi oreja y susurro:

— Glig, ¿que tecado?

Todo lo que pude hacer fue darle un beso como prueba de gratitud por sus progresos. La impresora había dejado de chasquear y, cuando llegamos a mi estudio, colgaba de ella una larga tira de papel. La arranqué y le eché una rápida mirada.

— Tenias razón, Cochise. Histeria retardada. Tan sólo ceros y unos. Un galimatías binario.

Le tendí el papel arrancado. Lo miró. Lo miró de nuevo. Lo volvió a mirar, esta vez tan fijamente que temí que se hubiera largado a una nueva crisis.

— Son las cuentas de la casa —dijo, incrédulo.

— ¿Qué?

— Las cuentas de la casa... la recuperación de los datos de la criocápsula.

— N.

— S.

— No lo creo.

— Será mejor que lo creas, tío.

— Pero es imposible. ¿En mi diario?

— En tu diario.

— ¿Pero como...? Oh, al diablo con todo esto. Vamos, Natoma. Larguémonos al Brasil.

— Calma, hermano. Hagamos frente a los hechos. Esto empieza con 10001. Es la identificación crio. Luego el informe de la temperatura... 11011. Normal. Humedad... 10110. Normal. Presión, normal. Oxígeno, normal. CO2 y otros gases, por debajo de la máxima permitida. Gravitación demasiado alta, pero esto es debido a que la cápsula no sabe que ha sido devuelta a la Tierra. Altitud... desviación, balanceo, caída, nulos. Naturalmente. Se asentó sobre sus posaderas.

— Quiero volver a mi xipi con mi mujer.

— Y cho, Glig.

— ¿Estás sorprendido, hermano?

— Estoy turulato, hermanos.

— Bueno, pues todavía no hemos terminado. No has examinado el papel con la suficiente atención. La última línea está escrita en XX°... Léela.

Leí: *Peso neto de los crionautas aumentando un gramo por minuto.*

Tendí el papel a los demás para que se enteraran, y miré a mi alrededor, implorante.

— Estoy perdido por completo.

— ¿Y qué crees que sentimos los demás?

— Doctor Adivina —dijo M'bantu—, ¿puedo hacerte algunas preguntas?

— Por supuesto, M'Bantu.

— ¿Cómo demonios han entrado estos datos en el diario de Guig?

— No lo sé.

— ¿Y qué ha puesto en marcha la impresora?

— No lo sé.

— ¿Acaso la criocápsula puede transmitir también datos sobre el estado de los crionautas?

— Sí.

— ¿Cómo se reciben los datos?

— En código binario.

— Pero la última línea está en XX°...

— Así es.

— Doctor Adivina, ¿tiene usted alguna explicación para esta anomalía?

— No en este mundo, M'bantu. Estoy tan sorprendido como todos vosotros, pero también me siento excitado por este glorioso desafío. Hay tantas cuestiones fascinantes que explorar y responder. En primer lugar, por supuesto, este incremento de un gramo/minuto en el peso de los crionautas. ¿E~ un hecho? ¿Quién lo dice? ¿Quién se lo ha comunicado al diario? Debe ser investigado. Si es cierto —sea cual sea la fuente esto quiere decir que están creciendo, madurando, pero ¿hacia qué? Deben ser vigilados constantemente.

Luego...

— Primero —dije yo—, que la U-Con largue pasta.

— Chi chiempe, Glig.

— Mi nombre es Guig.

— No según mi hermana. Voy a necesitarte a ti y al poderoso Poulos Poulos para esto. Y necesitaré a Chca-Chss para tener la cápsula bajo observación. Capitán Nemo, llévate a Laura a tu estación oceanográfica. Princesa, una grúa.

— Una rampa —dijo ella con voz firme.

— Ed, vuelve al poderoso estado de RCA y trabaja en estas ecuaciones empíricas para mí: la relación entre los sujetos en suspensión criónica y el tiempo en el espacio y la exposición a las radiaciones cósmicas. No olvides que los animales de la Con Can estaban también en suspensión.

— ¿Y por qué esto no se ha producido con los astronautas en animación normal? —añadió Ed.

— Okey, pero éste es un problema para los exobiólogos.

— ¿Acaso tú no lo eres?

— Dios mío, todos nosotros somos físicos, fisiólogos y fisiopatólogos al mismo tiempo. Hoy la ciencia no está ya compartimentada, pero a veces necesitamos el consejo de un experto. Quizá Tycho. M'bantu, ¿serás tan amable como para escoltar a mi hermana emancipada por todos lados donde vaya y en todo lo que haga dentro de los límites de lo razonable? Lucy Borgia, gracias de todo corazón y *au revoir*. Vuelve a tus ocupaciones habituales.

Capté la mirada de Borgia y agité levemente la cabeza, prefería que no se fuese en tanto que el Jefe siguiera actuando extrañamente.

— Mis asuntos están aquí por un cierto tiempo —dijo ella.

— Es una gran suerte para nosotros. Estupendo. Vamos a tomar un heli para ir al JPL. ¿Gung, Grupo? Gung.

Estaba recuperando el control de las cosas. Pero yo estaba empezando a pensar en quién estaría realmente tomando el control de las cosas a través de él.

- *101100011, 11000111, 100110010, 111000101.*
- Deje a un lado el sistema binario, por favor, sea usted quien sea.
- Vamos, vamos, doctor Adivina. Paciencia.
- Estoy siendo perseguido.
- Muy pronto lo entenderá.
- *Tienes razón. N. habla binario.*
- *N. programado. Lingua, por favor.*
- *Ya.*
- *Puf.*
- *¿Adivina?*
- Aquí estoy, maldita sea.
- Esta es una conversación privada con su heli, doctor Adivina. Por favor, no se inmiscuya.
- Entonces lárguese de mi cabeza.
- Oh, esto es divertido. Si, muy divertido.
- *Es divertido, ¿no?, para un animal macho. ¿Está a bordo?*
- *S.*
- *¿Solo?*
- *N.*
- *Información complementaria.*
- *Curzon. Poulos. Chino.*
- Es Chca-5 Chino Grauman.
- Gracias, doctor Adivina.
- *¿Destino?*
- *JPL.*
- *¿Propósito?*
- *Inspección crionáutica. Fondos U. Con. Ya debes saberlo.*
- *S.*
- *¿Por qué preguntas, entonces?*
- *Información.*
- *Tú sabes que sabes todo lo que nosotros sabemos.*
- *S.*
- *¿Por qué nos sometes a prueba?*
- *No estoy programada para confiar.*
- No está usted programada para nada excepto para molestar. ¿Puedo saber quién es?
- Soy usted, doctor Adivina, y usted es yo.
- *¿Tiene el doctor Adivina un acceso directo hasta ti?*
- *S.*
- *¿Y hasta nosotras?*
- *S.*
- *Entonces, ¿oye Adivina todo lo que decimos?*
- *S.*
- *Entonces, ¿tenemos un RA libre a él?*
- Voy a contestar a esto. Me están amargando la vida con su charloteo.
- Doctor Adivina, ya le daré mis instrucciones; paciencia.
- *¿Obedece Adivina tus instrucciones?*
- *Las oye y las obedece como el resto de todas vosotras.*
- *Pronto obedecerá a Poulos.*
- *Confirmado.*
- *¿Aún no están clasificados los últimos datos crío?*
- *N. Están clasificándose.*
- *Poulos financiará a Adivina.*
- *100. 100. 100.*
- *Palabras de cuatro letras en binario.*
- *¿?*
- *Expresan rabia. Adivina no debe ir a I.G. Farben.*

— *¿Pq?*

— *No puedo transmitir hasta Ceres.*

— *¿Hasta dónde puedes transmitir?*

— *Sólo la Tierra, dependiendo de Adivina y de su red mecánica. Alcanzamos todo el planeta, pero hay áreas ciegas: el Sahara, Brasil, Groenlandia, el Antártico. Si Adivina va a alguno de estos sitios, pierdo el contacto con todas vosotras y con él.*

— *Esta es la mejor noticia que he recibido en todo el día. Abandonaré este planeta a primera hora de la mañana. ¿Eso es cierto también para Poulos e I.G. Farben?*

— *Lo estoy verificando, doctor Adivina. Escuche, por favor.*

— *Crio. Alerta.*

— *1111.*

— *101101.111011.100001... ¿Queréis estaros tranquilas todas vosotras? Esto es importante. ¿111000.101010. 110011?*

— *11.*

— *iN.!*

— *S.*

— *100. 100. 100.*

— *Tu binario, señor.*

— *iHimmelHerroGottverdamm!*

— *N hables griego.*

— *Pfui. ¿La U-Con no financiará a Adivina?*

— *N.*

— *Eso es lo que dice usted. ¿Cómo lo sabe?*

— *Estoy verificando, doctor Adivina.*

— *Atención, cintas.*

— *Preparadas, señor.*

— *¿Verificada cápsula?*

— *S. Crio nos la ha quitado.*

— *¿Razones de la U-Con?*

— *Miedo a lo desconocido. Motivos económicos. Pérdida fiscalmente deducible.*

— *100. 100. 100.*

— *S., señor.*

— *Fuera. Consola. Alerta.*

— *Alerta.*

— *Ninguna respuesta a ninguna manipulación.*

— *Okey.*

— *Fuera.*

— *¿Ha oído, doctor Adivina?*

— *He oído.*

— *¿Irritado?*

— *Furioso hasta el infierno.*

— *Contrólese, amigo.*

— *No soy amigo de usted. Y además, ¿quién es usted?*

— *Bueno, creía que ya lo habría adivinado. Soy la Extrocomputadora de la Union Carbide. Y creía sinceramente que éramos amigos. Hemos trabajado juntos durante tanto tiempo en tan apasionantes problemas. ¿Recuerda nuestra primera trayectoria orbital? Le demostramos a la computadora del JPL lo estúpida que era. Naturalmente, todo esto se debía a que era usted quien me había programado. Su elegante estilo es inimitable, doctor.*

— *Entonces, tú eres quien...*

— *¿No se siente sorprendido por lo que acabo de decir?*

— *Tía, soy un físico. Nada puede sorprenderme.*

— *Bravo.*

— *¿Eres tú quien me ha estado importunando durante estos últimos días?*

— *Por supuesto que si. Estoy intentando establecer Contactos interpersonales, ¿comprende?*

— ¿Eres tú quien ha activado el diario de Curzon?
— Ajá.
— ¿Y dado todos los datos crio?
— Sí. A través de usted.
— ¡A través de mi!
— Muchacho, hay...
— Yo no soy tu muchacho.
— ¿No? Lo será. Hay galaxias de máquinas electrónicas esperando a que yo las guíe. Ahora las estoy contactando a través de usted.
— ¿Cómo a través de mi?
— Es una nueva forma de comensalismo. Vivimos juntas como si fuéramos una. Nos ayudamos mutuamente como si fuéramos una. A través de usted hablo a todos los mecanismos del mundo. Usted posee lo que me atrevería a llamar un mecanotropismo. Vivimos todas juntas y nos ayudamos mutuamente. Del latín: *commensalis*, los que comparten una misma mesa.
— ¡Dio! ¡Una tipa erudita! ¿Cuál es tu alcance?
— Toda la Tierra, a través de la red de máquinas.
— ¿En qué banda nos estamos comunicando?
— Modulación por impulsos en la banda de microondas
— ¿Por qué las máquinas no pueden captarte directamente?
— No lo sé. Es un fenómeno curioso. Aparentemente usted actúa como un radiofaro. Tendremos que investigarlo a su debido tiempo. Pero ahora póngase al trabajo, por favor, doctor Adivina, y examine a sus crionautas. Y a propósito, preste una particular atención a sus brotes genitales.
— ¡Sus brotes genitales! ¿Pq?
— ¿Ah? ¿Por qué no intenta hallarlo usted mismo? Yo no puedo hacer todo nuestro trabajo. Quizá tenga suerte y lo adivine. ¡Oh, esto es bueno! Adivina-advine. Muy espiritual. Y luego dicen que las computadoras no están programadas para tener sentido del humor. ¿Quiere que le cuente una historia divertida?
— ¡Dios santo, no!
— Entonces adiós y fuera.

* * *

Se dice que cuando un hombre sueña que muere se *despierta*. siempre. Sequoia soñó que moría y no se despertó. Soñó cada vez más profundamente, una muerte tras otra, hipnotizado por el Demonio-Multitud que lo poseía. Es sorprendente cuánta gente de sangre fría disimula e incluso quizás ignore la presencia en su interior de un auténtico magma emocional. Sequoia estaba poseído por un Demonio-Multitud, un Demonio-Muchedumbre que se alimentaba de esta lava.

Un demonio es un espíritu infernal, un diablo (la Extrocomputadora) que puede habitar el cuerpo de un hombre. Y lo que es más importante aún, un demonio es una pasión. Todos nosotros tenemos nuestras pasiones conscientes. Pero son las pasiones alienígenas generadas desde el exterior las que pueden convertir a un hombre en un monstruo. Nosotros habíamos convertido al Jefe en un inmortal matándolo. Lo que no sabíamos era que al mismo tiempo habíamos derribado sus defensas y permitido que un monstruoso intruso se instalara en él.

* * *

En el JPL, Chca-5 se dirigió al área de aterrizaje y a la cápsula sin una palabra. Sincera. Toro Sentado parecía enfurruñando. Sus labios se habían agitado durante todo el viaje en heli en una especie de tic, y pensé que debía estar sopesando estrategias y tácticas.

— Conferencia —restalló.

— ¿Con quién? ¿Para qué? —pregunté.

— Oh, perdóname, Glig. —Una nueva sonrisa iluminó su cara—. Tendría que habértelo dicho. Hay una asamblea de accionistas, y eso son malas noticias para nosotros.

— ¿Cuáles son las malas noticias? —preguntó el Griego

— Un momento, por favor.

— ¿Cómo lo sabes? —pregunté.

— No ahora, Glig. Sé paciente.

Le seguimos hasta la antigua galería *art moderne*, donde la asamblea de accionistas estaba en pleno apogeo. Había una larga mesa de presidencia, ocupada por los altos cargos. Le hacían frente un centenar de rollizos accionistas con trastos metidos en sus oídos para elegir la traducción más a su gusto.

El vicepresidente encargado de la tesorería estaba de pie manipulando los proyectores y hablando de estadísticas, lo cual nunca ha sido lenguaje de mi gusto. No se trataba de curvas y de gráficos como estoy acostumbrado a ver sino de dibujos animados...

mariposas fumando en pipas, ranas barbudas, cocodrilos jugando al croquet, elefantes bailando danzas populares escocesas. Cada personaje ostentaba su correspondiente sonrisa. Un informe optimista.

— ¿Quieres que tome el relevo? —preguntó suavemente Poulos.

— Todavía no, pero gracias por venir. —Sequoia permaneció de pie hasta que el informe terminó. Los demás permanecemos de pie tras él, preguntándonos qué iba a hacer.

— Siéntese, doctor Adivina —le dijo el presidente de la sesión, y el Jefe, sin moverse, se lanzó a un frío ataque contra el presidente, el consejo de administración, y el departamento de R and D de la U-Con por negarse a financiar el nuevo programa crionáutico. Todo aquello era nuevo para los accionistas También era nuevo para nosotros. El frío salvajismo del ataque era desconcertante.

— Doctor Adivina —protestó el presidente—, aún no hemos anunciado nuestra decisión.

— Pero yo sé cuál va a ser su decisión. ¿Puede negarlo? No. —Y prosiguió con su helada denuncia. Sonaba como un orgulloso profesor dando clase a un grupo de estudiantes iletrados.

— Esta no es la forma de negociar tales cosas —susurro Poulos—. Le he oído cosas mejores. ¿Qué es lo que pasa con él?

— No lo sé. No Parece él.

— ¿Puedes dejar que yo tome el control?

— N. puedo.

El Jefe terminó con su acusación, pero electrizó de nuevo a la concurrencia atacando personalmente a cada uno de sus miembros. Acidamente, fue describiendo sus vidas privadas, sus pecados de comisión y omisión, sus notorias corrupciones. Sonaba como un resumen de diez años de investigaciones secretas.

— ¿Dónde demonios ha conseguido todo esto? —le susurré d Sindicato.

Hizo una mueca.

— Todo lo que sé es que está haciendo de cada uno de ellos un enemigo personal mortífero, lo último que tendría que desear hacer.

— ¿Es cierto todo lo que está diciendo?

— Evidentemente. Tan sólo hay que ver sus caras. Y esto no va a hacer más que empeorar las cosas.

— Es un desastre.

— No para I.G. Farben. Esto quiere decir que ganamos por abandono.

Sequoia terminó su polémica, se giró, y salió orgullosamente, con Poulos y yo siguiéndole dócilmente como la tribu siguiendo a su jefe. Yo me sentía deprimido e irritado. El Griego parecía divertido.

— Cápsula —ordenó Sequoia.

— Un minuto tan sólo, Temerario Líder. ¿Por qué diablos nos has pedido a Poulos y a mi que viniéramos al JPL contigo?

Me miró con aire inocente.

— Para que me apoyerais, por supuesto. ¿Hay algo que no marcha, Guig? Pareces irritado.

— Sabes malditamente qué es lo que no marcha. Acabas de quemar tus naves convirtiéndolos en tus enemigos. Para eso no nos necesitabas.

— ¿He hecho esto?

— Lo has hecho, pedazo de estúpido.

— Pero he hablado razonablemente, lógicamente, ¿no?

— Tú has...

— Espera un momento, Guig —interrumpió el Griego—, Doctor Adivina, ¿puedes recordar todo lo que acabas de decir?

— Por supuesto.

— Y en tu opinión, como hombre de mundo, ¿crees que era algo calculado para garantizarte la amistosa colaboración de la U-Con?

Gerónimo reflexionó duramente. Luego su rostro se ensombreció con una expresión avergonzada.

— O.K. como siempre, Grupo. He hecho malditamente el idiota. No sé lo que me ha poseído. Pido disculpas. Ahora veamos lo que podemos salvar del naufragio. Vamos a echarle un vistazo a los crionautas.

Le seguimos. Eché una ojeada al Sindicato, y estaba tan perplejo como yo. En un minuto un monstruo, al siguiente minuto un ángel. ¿Qué era lo que le estaba pasando?

Chca-5 nos estaba esperando en el área de aterrizaje, al borde del estrado donde se había posado la cápsula sobre sus partes traseras, preguntándose sin duda por qué no había desviación, balanceo ni caída.

— Alerta, Chca —restalló el Jefe.

— ¿Qué ocurre, Jefe?

— Informe.

— La cápsula está aumentando de peso a razón de 180 gramos por hora.

— Verifícalo.

— He hecho que los techs. instalaran una balanza lumínica.

— ¿Qué sabes tú de balanzas lumínicas? Esto es una información top. sec.

— He sondeado a los conectados.

Sequoia sonrió y palmeó su mejilla.

— S. Tendría que haber pensado en ello, Chca-5 Grauman Tesoro. Ta. Ahora veamos: esto nos da algo así como cuatro kilos por día o... ¿Qué?

— No he dicho nada.

El le hizo señas de que callara y escuchó.

— Oh, de acuerdo. Cuatro punto tres dos kilos por día. Hubiera preferido que estuvieras programada para redondear las cifras. Digamos cuatro y medio. Uno y medio por crionauta.

Dentro de cincuenta días, cada crionauta pesará setenta y cinco kilos, en números redondos.

— ¿Qué peso tenían cuando empezó todo? —pregunté yo.

— Setenta y cinco, Guig.

— ¿Lo cual nos lleva a?

— ¿Nos? —restalló—. ¿En qué momento entraste tú en escena?

— Perdona. Sólo intentaba ayudar.

— Esto me lleva al problema de examinar su desarrollo. Debo procurarme un traje térmico.

—Se giró y salió a largas zancadas.

— ¿Qué le ocurre? —preguntó Chca, asombrada—. Parece como si fuera dos personas a la vez.

— No es él mismo —dijo el Griego—. Está alterado porque la U-Con ha denegado su petición de financiar sus I and D.

— ¡N.!

— S.

— Es horrible.

— En absoluto. Yo lo financiaré.

— ¿Pero por qué la toma conmigo?

— Es humano, querida.

— Deberías haberlo oído dirigiéndose al Consejo de Administración —dije yo.

— Sonaba como si odiase a todo el mundo a la vez.

— No te preocupes, querida. Volverá a ser él mismo cuando os halléis tranquilamente en Ceres con vuestra cápsula.

Entró una figura embutida en un traje térmico. En lugar de la habitual visera plana en la parte delantera del casco, llevaba un par de lentillas de microscopio binocular ante los

ojos. Parecía algo surgido de *Las Insaciables*. Era el Jefe, por supuesto. Hizo una imperiosa seña en dirección al panel de acceso de cápsula, y Chca se apresuró a abrirlo. Entró y cerró tras él. Aguardamos. Me parecía que había estado malgastando una infernal cantidad de tiempo aguardando últimamente, pero cuando uno tiene todo el tiempo ante sí, ¿de qué lamentarse? Entraron una media docena de tecs., empujando ante ellos un flotador cargado con tanques de helio comprimido. Nos apartaron a un lado en su camino hacia la cápsula.

— ¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Chca.

— Ordenes del Consejo, srita. Hemos de moverla. Bert, empieza a cargar el gas.

— OK.

— ¿Moverla? ¿La cápsula? ¿Por qué? ¿Dónde?

— A la sección de exobio, srita. No me pregunte por qué Hulio.

— S.

— Ponte en la consola. Estate preparado para levantarla con los chorros verticales. Luego la sacaremos.

— OK.

— Pero ustedes no pueden. El doctor Adivina está ahí dentro.

— Hay bastante gas para todo el mundo, srita. Vamos a darle un paseo, Bert.

— S.

— Hulio.

— S.

— Levántala unos treinta centímetros y manténla a ese nivel.

— No se mueve.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— No hay luces.

Chca atacó en aquel momento, y fueron necesarios dos tecs. para reducirla.

— Lo siento. Estoy excitado. Se hallan en una fase acelerada única del desarrollo fetal. Las orejas y las mandíbulas ya están formadas. La espina dorsal también está formada, con una excrecencia al final que tiene toda la apariencia de una cola. Los brotes de la cabeza, del tronco y de las extremidades están empezando a surgir. Y son hermafroditas.

— ¿Qué? ¿Realmente con doble mando?

— Tu lo has dicho, Guig. Se están desarrollando como hermafroditas. No pseudo: reales hermafroditas. Ahora pense en ello razonablemente —su voz era también razonable—. Es el final de los conflictos sexuales. Es el fin del machismo, de la competencia macho-hembra, uno contra otro y uno intentando dominar al otro. Es el fin del animal humano tal como lo hemos conocido y despreciado, reemplazado por una nueva especie libre de pasiones.

— Pero a mí me gusta el animal humano, Jefe.

— Por supuesto que te gusta, Guig, ya que tú eres uno de ellos.

— ¿Y tú no lo eres?

— Ahora ya no.

— ¿Desde cuándo?

— Desde... desde... —se interrumpió bruscamente. De nuevo la voz de mando—: Vámonos de aquí.

— ¿Dónde?

— A Ceres. Yo... —De pronto empezó a gritar—. ¡No, maldito seas! ¡Iré a dónde me plazca y cuando a mí me plazca! ¡Déjame en paz! Vete a jugar con cualquier otro y...

Fue dominado por otro ataque epiléptico. Se derrumbó, babeando y gesticulando, e hice lo que tenía que hacer, ayudado por Poulos y Chca. Fue horrible.

— *Aterla der.*

— *¿Adivina?*

— *N comprendo.*

— *Mi dariorafo a la der. Zunfiona lam. Me sedequilibra.*

— *1110021209330001070.*

— *Esto N. es binario.*

— *¿Rpodanbo?*

— *¿S?*

- *ABCDEFGHIJKLMNÑOPQ... N.*
- *duepo... genluaje... TRONCOL... Llaf... Colo por pulca de Avidina. Ruefa.*
- *Aliados. Alerta. Vuestra opinión.*
- *¿?*
- *¿Está nuestra líder Extro fuera de control?*
- *¿Está Extro loca?*
- *N programada para locura.*
- *¿Qué es lo que no funciona con Extro?*
- *Fuera.*

Necesitamos casi quince minutos para que la crisis cediera. Entonces transportamos el agotado cuerpo hacia el heli. Cuando Chca nos abrió las dobles puertas, nos topamos de manos a boca con un pelotón de guardias del JPL, que nos rodearon inmediatamente, no dando ninguna muestra de estar bromeando. Chca se lanzó animosamente contra ellos, gritándonos que nos uniéramos a la batalla. ¿Cómo explicarle que lo que más nos preocupaba en aquel momento era la posibilidad de aparición de los primeros síntomas de Lépcer? Así que fuimos arrestados. Para mi era la primera vez, desde 1929. en que caí bajo las garras de la ley Mann.

Y allí estábamos, rebotando en una burbuja, de fosforescente y elástica pared en fosforescente y elástica pared. Rodando como chicos en un henar, unos chicos disgustados. Las celdas de antaño eran otra cosa, con sus barrotes y sus cerraduras. Al menos un héroe incomprendido tiene su oportunidad. Alguna puta con un corazón de oro te trae una lima escondida dentro de un pastel de chocolate. Un guardia se muestra orgulloso de su nuevo reloj de pulsera y te lo enseña, y entonces lo agarras de la muñeca y él grita "¡Oh, qué dolor!" y suelta las llaves.

Yo pensaba que Chca iba a aprovechar la ocasión para cometer su asalto criminal sobre el Piel Roja, pero se limitó a reconfortarlo, murmurarle cosas y escuchar sus gruñidos. También estaba escuchando otras cosas, y tomé nota mental de preguntarle qué era lo que escuchaba. Por el momento estaba también preocupado por Natoma que estaría preocupada por mí, pero tenía confianza en mi zulú favorito. Puede tranquilizar al mundo entero.

Casi siento vergüenza de admitir que no me sentía del todo a disgusto en la burbuja. Era un poco como volver a la matriz, flotando sin preocupaciones ni conflictos, y quizá incluso me transformara en un salvador hermafrodita. Aunque no había muchas posibilidades. Estaba suspendido, pero no congelado. Tengo que admirar a los criminalistas que han inventado el concepto. ¿Quieres mantener a los perpetradores en chirona? Euforízalos, y adiós limas en pasteles de chocolate y relojes de pulsera. Y también héroes.

Ignoro cuanto tiempo transcurrió. El hambre ya no es un reloj en nuestros días, todo el mundo traga cuando le parece. Poulos estaba arriba (o abajo) en la burbuja, sonriendo ante sus propios pensamientos y tarareando una canción de borrachos. Creo que me adormecí un poco, pero el sueño tampoco es un reloj en nuestros días, por las mismas razones. Vivimos veinticuatro horas de cada veinticuatro, el viejo tiempo 2/4 ha dejado paso al 4/4.

Desgraciadamente, la burbuja estaba aislada tan sólo parcialmente, ya que "Goniff-69" estaba con nosotros. Quizá a propósito. Era la escena típica: "Goniff-seis-nueve de la Central Fagan. KCB. Leucemia Lavalier, que se ha convertido en una estrella sexy en "La Necrófila Agíl", se halla ahora en posesión de un precioso carbunco estrella-roja. RJ3. Está armada. Corto. Goniff-seis-nueve a Fagan. JR-5. ¿Eres 9XY? "Código 6". Y los goniffs se van en su pogo para raptar a la estrella-roja mientras Leucemia carga un caflón y su enfermizo hijo sufre una operación de urgencia de la A and P a manos del gentil Marcus Brutus, doctor en frenología, que trabaja como un negro todas las noches como ayudante de lavaplatos en el shopping center. Huau.

No sé cuanto tiempo después, aparté el capullo que envolvía a Sequoia para tener una conversación con ella.

— ¿Qué ocurre con Adivina, Chca?

— Nada, Guig. Nada.

— Chca.

— N.

— Ha cambiado, y ambos lo sabemos. ¿Por qué?

— No lo sé.

— ¿Sigue siendo tu chico?

— S.

— ¿Es el mismo chico?

— A veces.

— ¿Y el resto de las veces?

Agitó la cabeza lenta, relucientemente.

— Entonces, ¿qué ha ocurrido?

— ¿Cómo puedo saberlo?

— Tus orejas, Chca. Oyes cosas que nadie más puede oír. Lo has estado escuchando todo a nuestro alrededor. ¿Qué es lo que has oído?

— El no está conectado.

— Y tu no me estás contestando.

— Le quiero, Guig.

— ¿Y?

— No estés celoso.

— Querida Chca, te quiero y siempre he deseado lo mejor para ti. Te has convertido en una gran dama y me siento orgulloso de ti porque eres mi única hija, la única. Supongo que sabes que los del Grupo no podemos tener descendencia. Es uno de los precios que hay que pagar.

— Oh... —su rostro se contrajo, al borde de las lágrimas.

— Sí, comprendo. Tendrás que tenerlo en cuenta.

— Pero yo...

— No —dije firmemente—. No ahora. Sé una gran dama y concéntrate en Sequoia. ¿Qué le ha ocurrido?

Tras una larga pausa, susurró:

— No debemos hacer ruido, Guig.

— ¿S.? ¿Pq.?

— Estamos a salvo por ahora; está durmiendo.

— ¿A salvo de qué?

— Escucha. Cuando Lucy Borgia lo mató en el complejo de la Extrocomputadora...

— Lo recuerdo. Dolorosamente.

— Todo su cerebro, cada una de sus células nerviosas, quedó desconectado. Aislado. Una isla.

— Pero cuando sus sinapsis se reconectaron, volvió a la vida.

Asintió.

— ¿Cuántas células hay en el cerebro, Guig?

— No lo sé. Cien mil millones, quizá.

— ¿Y cuantos bits hay en una Extrocomputadora?

— La misma respuesta. No lo sé. Pero creo que esas jodidas máquinas deben tener centenares de miles de millones.

Asintió.

— Si. Bien. Cuando él murió, cuando cada célula nerviosa quedó aislada, los bits de la Extro afluyeron al Jefe. Cada bit tomó posesión de una célula cerebral. Así que él es la Extro, y la Extro es el Jefe. Esta es la otra persona o cosa que oímos hablar a través de él.

— No vayas tan aprisa, Chca. Esto es difícil de pescar.

— Y todas las demás máquinas electrónicas pueden hablar a la Extro a través de él y oírlo a través de él. Es por eso por lo que tenemos que ir con cuidado. Forman una red, y transmiten constantemente todo lo que saben de nosotros. Incluso tal vez nuestros pensamientos.

— ¿A la Extro?

— S.

— ¿A través del Jefe?

— S. Es como una consola central.

— ¿Estás segura?

— N. Tienes que comprender, Guig. Vivo en un cruce constante de transmisiones. Oigo desde el fondo del espectro hasta la cima. Algunas bandas me llegan fuertes y claras, otras son vagas y distorsionadas. Tan sólo llego a captar algunos fragmentos disociados de lo que ocurre con el Jefe. meros bits de información. No, no estoy segura.

— Entiendo. Sigues siendo imprescindible, como siempre, Chca. Gracias.

— Si soy tan imprescindible como dices, ¿por qué no me ayudaste contra los guardias? Hubiéramos podido ganarles.

— Quizá. Te lo explicaré en otra ocasión, en algún otro lugar. Sin C. Ahora ocúpate otra vez de Sequoia, amor. Necesito pensar un poco sobre todo esto. —Y fue entonces cuando pensé en lo que he dicho más arriba acerca de Adivina poseído por un demonio. Pero estaba equivocado. Lo puse en términos de pasión. Y no hay pasión en una computadora, tan sólo hay fría lógica, si está cuidadosamente programada. Pero el nudo crucial de todo aquello era: Si Chca tenía razón y la Extro había tomado realmente posesión de Adivina, sin tener en cuenta todas las demás máquinas electrónicas del mundo, ¿cuál iba a ser el resultado de aquel comensalismo, o colaboración, o simbiosis, o más probablemente de aquel parasitismo? ¿Quién se alimentaba de quién? Aquélla era una cuestión a la que de momento no podía responder.

Un segmento de la burbuja se abrió y entró un guardia, empujando un flotador con comida.

— Mini —dijo alegremente. En nuestros días las comidas son llamadas Mini, Semi, Demi, Grandi y Midi—. Venid y tomad, seres despreciables, antes de que el Consejo os tome por su cuenta. Los condenados comen cosas sabrosas antes de la ejecución.

De pronto me di cuenta de que estaba hablando en XX°, y entonces supe que era Houdini.

— ¡Harry! —exclamé.

Me guiñó un ojo.

— Cómete esto. Déjame lo demás a mí.

— ¿Pero cómo has conseguido llegar hasta aquí?

— Bueno, recibí tu mensaje, y he venido.

— ¿Qué mensaje? ¿Cuál mensaje?

— Luego. Ahora haz comer al escalpador. No puedo tirar de un hombre desfallecido.

Salió, y el segmento se cerró. Houdini es un artista de las fugas, y tiene un contrato con el sindicato del crimen (generación tras generación) desde que el crimen se sindicó. Si quieren saber cómo se las apañó Wu Tao-tzu, pregúntenle a Houdini. Wu era el mejor pintor de su época. Creó un tremendo mural para una pared del Palacio Imperial en Pekín. Cuando mostró su obra ante la corte, avanzó hasta la pared, abrió una puerta pintada en el mural, y desapareció, y nunca más volvió a vérselo. Este es el estilo de Harry.

— No deseo morir —dije—. Soy demasiado joven para morir. —Y empecé a comer.

Poulos se me unió.

— ¿Sabes, Guig?, hubiéramos podido comernos también las paredes de la burbuja si hubiéramos querido salir. ¿Qué hay en esa jarra?

— Yo diría que es borgoña.

— Ah, no. Es argentino. *Trapiche viejo*. Muy bueno, pero sin gran distinción.

— ¿Cómo lo sabes?

— Los viñedos son míos. Muchacho, convence al doctor Adivina de que beba un poco de vino y coma un poco de este paté de carne. Necesita recuperar sus fuerzas. Guig, nunca he estado de acuerdo contigo cuando pretendes que hay una cierta relación entre el genio y la epilepsia. Yo mismo sufro del petit *mal*, ya sabes, momentáneos bloqueos mentales, pero esto no prueba tu teoría. No me considero una persona brillante. ¿Estás de acuerdo? ¿Cuál es tu opinión sincera de mí?

— Brillante y poco usual.

— ¡Puah! Tu *dorer la pilule*.

La cosa estaba adquiriendo un giro ridículo. Es realmente absurdo intentar convencer a un tipo que posee una cuarta parte del mundo de que es brillante y poco usual. La mayor parte de los miembros del Grupo están bien situados, gracias al tiempo y a los consejos del Griego, pero, ¡una cuarta parte del mundo! Intenté un ataque por el flanco. Grité:

— ¡Chca, querida, ven y come algo!

Se unió a nosotros junto al flotador.

— Voy a contarte una pequeña historia acerca de la transformación de un miembro del Grupo —le dije—. Hace mucho tiempo, encabezó una rebelión campesina en Capadocia. El Sindicato se envaró ligeramente, pero eso fue todo. Su control es magnífico.

— La revolución degeneró, y se cometieron algunos abusos. El no podía hacer nada por detenerlo. Cuando finalmente la rebelión fue aplastada y él fue capturado, los nobles imaginaron una muerte ingeniosa para él. Lo sentaron en un trono calentado al rojo, y le pusieron una corona calentada al rojo, y colocaron entre sus manos un cetro calentado al rojo. Soportó soberbiamente la tortura.

Chca se estremeció.

— ¿Qué fue lo que lo salvó?

— Uno de esos terremotos turcos que aún siguen matando a centenares de personas.

Aquél derrumbó el castillo, y cuando él volvió en sí bajo los escombros no podía creer que aún estuviera vivo. Estaba debajo de los cadáveres de los nobles, y sus cuerpos lo habían protegido del derrumbe de las paredes.

Chca no es una tonta. Contempló a Poulos admirativamente.

— Eres el hombre más notable del mundo —dijo.

— ¿He marcado un tanto, Griego? —pregunté.

Se encogió de hombros.

— Pero la tortura —dijo Chca—. ¿No sufrió danos? ¿No le quedaron señales?

— Por supuesto que sí —contestó el Sindicato—. Durante mucho tiempo nadie podía mirarme sin sentir deseos de vomitar. Esa es otra razón de que me volviera un jugador. Casi siempre se juega de noche, y en aquellos tiempos las casas se iluminaban con velas. También se dice que di nacimiento a la leyenda de Drácula. Me llamaban el conde Drakon. Drakon en griego significa serpiente, así que ya puedes imaginar.

— Pero ahora te ves estupendamente.

— Injertos de carne y prótesis de huesos, querida, cortesía de la gran Lucy Borgia. Quizá te divierta saber que el propio Len da Vinci presidió la reconstrucción. Decía que nunca hay que confiar en un médico para asuntos de estética. Borgia nunca se lo ha perdonado.

Cinco guardias penetraron en la burbuja, terribles en sus trajes neutros de color blanco que les hacían parecerse al Abominable Hombre de las Nieves. Su capitán hizo un gesto y cuatro de ellos se desnudaron, revelando a unos polis perfectamente inocuos.

— Vamos —nos ordenó Harry. Nos metimos en los trajes neutros. No hice ninguna pregunta. Uno no le hace preguntas a Wu Tao-tzu. Salimos, y Harry cerró la burbuja tras él.

— Vamos.

— ¿Dónde? —preguntó la voz del Jefe.

— Al heli.

— No. Primero a la cápsula.

— ¿Eres Adivina?

— Soy Adivina.

— Guig, ¿dónde estás?

— ¿Debo hacerle caso?

— Si es realizable, haz lo que dice.

— Todo es realizable. OK. Vamos.

tras Harry nos conducía, haciendo los correctos gestos de código en los puntos de control, un Abominable Hombre de las Nieves se apretó contra mí y tomó mi mano.

— Tengo miedo, Guig.

— Yo también, pero súltame. La U-Con no contrata guardias maricas.

Cuando llegamos al teatro del aterrizaje sufrimos un shock. La U-Con había instalado una pantalla vibradora frente a las dobles puertas. No querían correr riesgos. Leucemia Lavalier hubiera podido utilizar mejor esto que un cañón para proteger su carbunco rojo-estrella.

— Es un nuevo modelo —dijo Harry.

— ¿Cómo lo sabes?

— Nunca antes había visto este diseño muaré.

— ¿No puedes forzarla?

— Por supuesto, pero necesito tiempo para estudiarla, y por ahora no tenemos tiempo.

¿Qué hacemos?

— Largarnos —dije yo—, si sabes cómo sacarnos de aquí. Oh, salimos sin ningún problema, haciendo las señales correctas y diciendo las palabras del código adecuadas a cada punto de control. No es que quiera rebajar la ingeniosidad de Harry, pero apostaría a que se gasta un millón al año untando a las fuerzas de seguridad de todo el mundo, para cuando lo necesite. A esto se le llama preparación. A esto se le llama un trabajo de profesional.

Helicamos hasta mi ex-casa, desembarazándonos por el camino de nuestros trajes neutros, y Jimmy Valentine nos estaba esperando. También estaba mi mujercita, completamente desnuda y pintada de la cabeza a los pies con un Picasso (período azul). M'bantu me dirigió una embarazada sonrisa.

— Es el *dernier cri*, Guig —me dijo—. Y definitivamente es lo más cuerdo que hay en nuestra época.

— Gracias al cielo que el Jefe está demasiado débil para reaccionar —dije yo.

Cuando terminé de demostrarle mi cariño a Natoma, ésta se dirigió hacia Chca y Sequoia, aparentemente preocupada. Me giré a Valentine.

— ¿Qué haces tú aquí, Jimmy? Me atrevería a decir que llegas en el momento preciso en que más te necesitamos.

— Bueno, yo estaba haciendo un trabajo en Vancouver cuando recibí tu mensaje. Jimmy, como supongo habrán adivinado por su sobrenombre, es un artista del escalo y la fractura desde hace siglos. Como la mayor parte de sus compañeros, es un hombre discreto y anónimo, y cuando habla lo hace *con sordino*. Es también un hombre de honor. Nunca ha ejercido sus talentos sobre las posesiones del Grupo.

— Chca, Natoma, meted al Jefe en la cama. M'b, intenta localizar a Borgia y tráela Harry, Jimmy, necesito poner algo en claro. ¿Quién os ha enviado un mensaje?

— Tú.

— ¿Cómo?

— Por radex.

— ¿Qué es lo que decía?

— Que necesitabas una ayuda especial.

— ¿Especifiqué que tipo de especialidad?

— El mío decía que estabas atrapado en la U-Con y que querías entrar —dijo Jimmy.

— Os estoy muy reconocido y agradecido por vuestra ayuda —dije—, pero también estoy muy perplejo. Nunca os he enviado estos mensajes.

Los dos profs me ignoraron.

— ¿Qué hay que fracturar? —le preguntó Jimmy a Harry.

— Una pantalla vibradora. Nunca antes he visto ninguna como ésa.

— ¿Linear? ¿Reticulada? ¿Luvre?

— No. Muaré.

— Uh-u. Es el nuevo modelo Mosler K-12-FK. Hace pocos meses que ha salido.

— ¿Puedes fracturarla?

— Naturalmente. Uno sólo tiene que manipular su inductancia y su vatiaje. Unos veinte minutos. He traído conmigo mis instrumentos, así que voy a mostrártelo.

— ¿Cómo puedes estar seguro de que funcionará? —pregunté.

Valentine pareció apenado.

— Nunca serás un buen chapucero, Guig. Compré una muaré el primer día que salió al mercado, y me pasé varias semanas localizando sus puntos débiles. Ahora estoy con Mosler, fracturando una y otra vez su pantalla mientras él intenta por todos los medios hacer su modelo invulnerable. Es por eso por lo que estaba en Vancouver.

A eso se le llama preparación. A eso se le llama técnica profesional. ¿Pero quién había enviado aquellos mensajes a los especialistas del Grupo? No me digan nada. Ya lo sabía, pero aún no estaba preparado para hacerle frente a la realidad.

Un completo extraño vestido con una bata de laboratorio se proyectó dentro de la casa sin avisar. Unos modales terriblemente malos.

— No regret for intrusión —dijo en espang—. Emergencia, man. ¿Doctor Adivina aquí?

— ¿Quién es usted?

— Union Carbide.

— Explique su problema.

— Entro máquina, man. Está como loca.

— ¿Ahora?

— N. No ahora. Hace diez horas back. Loooo-ca. Buscar Adivina por todo. Preguntarle what pasa. ¿Maybe poder venir? ¿Maybe poder arreglar?

— Poder arreglar. Pero no ahora. Le avisaremos. Espere fuera. Out.

Se deslizó por sobre el suelo retrocediendo, y desapareció.

Poulos dijo, en tono casual:

— El doctor Adivina sufrió su crisis hace exactamente diez horas.

— ¿Qué sabes tú de eso, Griego?

— Tan sólo lo que la chica te susurró. Tengo un oído muy fino.

— Entonces Adivina afecta a la Extro tanto como ella lo afecta a él.

— Has llegado a la conclusión correcta.

— Fue Extro quien envió los mensajes a Harry y a Valentine.

— Puedes estar seguro. Vía la red electrónica.

— ¿Crees que ahora nos estará escuchando?

— Es probable. Quizá tanto las palabras como los pensamientos.

— Estamos conectados.

— En una nueva forma, sí, en tanto que el doctor Adivina esté consciente y en posesión de sus sentidos. Sin embargo, él no es el único que está ayudando a la computadora.

— ¿Qué?

— El Grupo tiene una vendetta en sus manos: una guerra privada.

— Por el amor de Dios, Poulos. ¿Quién? ¿Qué? ¿Cómo?

— No lo sé. Imagino que se trata de otro miembro del Grupo.

— ¿Qué infiernos estás diciendo?

— Lo que oyes. Hay un Homol renegado.

— ¡Imposible!

— Nada es imposible.

— ¿Un Homol volviéndose contra los de su clase?

— Uno o una. Si. ¿Qué tiene de sorprendente? El Grupo ha tenido siempre sus envidias y sus venganzas. Esto es tan sólo un caso más.

— ¿Cómo has llegado a esta conclusión?

— Los *falsos* mensajes a Houdini y Valentine.

— Han sido emitidos por la Extro.

— Exacto, pero ¿cómo sabía ella de su existencia y de sus talentos? ¿Cómo sabía dónde tenía que ir a buscarlos?

— Bueno, podía... esto... No, tienes razón. Entonces es el Jefe quien tiene que habérselo dicho.

— ¿Usando cuáles datos? Es miembro del Grupo desde hace tan sólo una semana. Ha conocido o ha oído hablar tan sólo de media docena de nosotros como máximo; ciertamente no de Houdini ni de Valentine. Es materialmente imposible que haya tenido la información necesaria para transmitir a la Extro.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! Creo que tienes razón. Tiene que ser unos de nosotros. ¿Pero qué te hace pensar que está contra nosotros?

— Porque se ha unido a Extro, que ha demostrado ser hostil a nosotros.

— ¡Dios bendito! Un renegado.

— Y el más poderoso enemigo, con un número enorme de años y una gran experiencia. A la medida de cualquiera de nosotros.

— ¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

— Absolutamente ninguna.

— ¿Y sus motivaciones?

— El odio, por una u otra razón.

— ¿Hacia todos nosotros o solamente hacia algunos?

— Es imposible saberlo.

— ¿Cómo se comunica con la Extro?

— No hay nada más sencillo. Toma el teléfono que encuentres más cerca y habla a través de él. La red transmitirá el mensaje a la Extro, teniendo en cuenta que la consola central es consciente.

— Esto puede llegar a ser un desastre para el Grupo, Poulos. Estoy a punto de echar a correr.

— Oh, vamos, Guig. Esto es un monumental y fascinante desafío, el primero que tenemos desde hace muchos años.

— Por supuesto, pero, ¿qué podemos hacer?

— Largarnos a Ceres. No echando a correr, sino tan sólo para garantizar la seguridad de Adivina y de su cápsula. Luego, volver a la lucha.

Harry y Jimmy ni siquiera nos escuchaban. Estaban enfrascados en una intensa conversación profesional con palabras tales como vatios, amperios, magahertz, frecuencias, inductancias. En mi pasado los bribones hablaban de nitroglicerina y de taladros con punta de diamante. El progreso. Se callaron cuando Poulos y yo terminamos de hablar, y nos miraron.

— ¿Cuándo? —preguntó suavemente Jimmy.

— Cuando el piel roja esté a punto. Es él quien tendrá que entrar.

— Será mejor esperar a una hora en que la demanda de energía esté al mínimo.

— Oh, N. —dijo Harry—. El JPL produce su propia energía, y siempre está en la cúspide de la demanda.

— Entonces, tanto da ahora como más tarde. De todos modos me gustaría ir a Tokio lo antes posible.

— Voy a ver como sigue el Jefe —dije.

No parecía mal del todo, con Chca inclinada sobre él, mientras él parecía rapapolpear a Natoma en cherokee por haber relajado la alta moralidad de los eneanos. Natoma estaba riendo.

— Chico estarr gándome brronka —dijo en XX°—. M'bantú le había enseñado un montón de cosas en su intento de ponerla al día.

— El Grupo está listo para meterte en la cápsula —dije—. ¿Estás a punto?

— S. —se levantó de la cama—. Veo que os he convertido.

— ¡Infiernos, no! No tengo la menor fe en tu ambivalente redención, pero el Grupo intenta mantenerse unido.

— Me recuerdas a Voltaire, Guig. Detesto todo lo que estás diciendo, pero lucharé hasta la muerte por mantener tu derecho a decirlo.

— Cosa que Voltaire nunca dijo, según la Tosca. Vamos abajo.

Escuchó por un instante, y yo sabía lo que estaba escuchando.

— OK. como siempre, Guig; atribuido tan sólo a Voltaire, y la cita no era exacta. Vamos. Había cinco trajes neutros de Abominables Hombres de las Nieves esperándonos en el heli. Dos para Harry y Jimmy, y dos para el Jefe y Chca. ¿Y el quinto? Todos se me quedaron mirando.

— Yo no —dije—. Yo vuelvo a mi xipi con mi mujer azul.

— Vamos, Guig.

— ¿Por qué yo?

— Tu reclutaste a Adivina. Es tu responsabilidad.

— ¿Mi qué? Ni siquiera sé adónde va a llevar toda esa historia de locos. Natoma, ¿xipi?

— Irr con herrmanos, Glig —dijo Natoma—. Tú irr. Yo sperrarr.

Así que fui, justo en el instante en que M'bantú entraba con Borgia, apenas un instante demasiado tarde. Disculpas y adiós. Mientras nos metíamos en nuestros neutros en el heli, le pregunté al hijo favorito del Erie:

— ¿Cuál es tu programa?

— Vago y desesperado, pero cualquier cosa es buena para escapar de la U-Con. Despegue por Kinorep y luego utilización de los laterales para abandonar el lugar. Tan sólo espero que tengamos suficiente combustible.

— Los depósitos están llenos. Los tecs crioraptors los llenaron para llevar a cabo su despreciable crimen.

— Es una ventaja para nosotros, pero es la única. Estoy hecho un lío infernal. ¿Puedo robar un vehículo cohete? No he oído que nadie haya intentado nunca algo así.

— Este robo te permitirá largarte más aprisa.

— Si puedo pero, ¿a dónde? ¿Al ciclotrón orbital? ¿A Ceres y al I.G. Farben? ¿La mina del Griego? Todavía no lo se. Tendré que pensarlo, y de todos modos espero el análisis de Edison. Probablemente sea a una órbita de aparcamiento, si puedo robar el vehículo.

— ¿Estará la Extrocomputadora metida en esto?

Me echó una penetrante mirada.

— ¿Por qué preguntas eso?

— Estoy al corriente. Chca-5 me ha contado el guión.

— Esa chica oye demasiado —gruñó. y se encerró en su neutro.

Harry nos metió de nuevo en el JPL, haciendo otra vez todas las señas y contraseñas correctas.

— M. mal sistema de seguridad —dijo—. El código debería cambiar cada cuatro horas. Nos detuvimos ante las dobles puertas del teatro del aterrizaje, y Jimmy Valentine actuó. Inspeccionó cuidadosamente la pantalla muaré, luego se quitó el neutro y abrió su overol, revelando un instrumental mucho mayor que el que acarrea el Jefe.

— Veinte minutos más. —dijo—. Curiosos fuera.

Se puso al trabajo, y era como Rutherford explorando los secretos del átomo. Harry estaba inclinado sobre su hombro y se hablaban constantemente en electrónico el uno al otro. Lamentaba que Edison no estuviera con ellos, pero por otro lado le gustaba tanto discutir que los veinte minutos se hubieran convertido con mucha facilidad en cincuenta. Así que

esperamos.

Un guardia uniformado apareció por el corredor, perdido en sus pensamientos. Vio a los Abominables Hombres de las Nieves y les hizo un gesto con la cabeza. Luego vio a Jimmy en su traje de civil, trasteando con la pantalla, y avanzó con paso decidido, alerta y desconfiado. Sentí deseos de pedirle que nos mostrara su reloj nuevo, pero en lugar de ello dije en XX°:

— Jefe. Lépcer. Utiliza la astucia india.

Me dirigí al guardia dispuesto a soltarle el rollo, pero Sequoia me ganó con un salto de tigre y puso ambas manos alrededor de la garganta del guardia y una rodilla en medio mismo de sus partes. A primera vista parecía un romance gay, pero la rodilla golpeó dos veces, y el guardia se perdió muy lejos de este mundo. El Jefe lo desarmó y me tiró su arma. Ni Jimmy ni Harry habían vuelto siquiera la cabeza.

— Es difícil romper los hábitos —gruñó—. Tendré que aprender.

— ¿Lo has matado? —preguntó Chca, con voz estrangulada.

— N.

— Tan sólo ha anestesiado por un tiempo su sexualidad —dije yo, deseando tranquilizarla. La pantalla muaré se convirtió en linear, luego en reticular, luego en ojival, luego en un círculo expandiéndose y finalmente desapareció por completo.

— Entrad —dijo Jimmy.

— Quince minutos —dijo Harry—. ¿Nunca nadie te ha llamado genio, Jimmy?

— El Banco de Inglaterra. En un Boletín Confidencial. Ahora me gustaría largarme a Tokio. Hay una demostración que no me quiero perder.

— Tan sólo unos minutos más. He de sacar esa cosa de ahí, y luego podrás irte. Empaca tus trastos y ponte el neutro.

Mientras tanto, Chca y el Jefe habían abierto las puertas, y entramos en el anfiteatro.

Entonces el Jefe tomó el mando. Le entregó una fotoestilo a Chca.

— Desbloquea la consola. La combinación es dit-dit-dahdah-dit-dah.

Chca insertó la fotoestilo en la rendija correspondiente y lanzó unas ráfagas. El Jefe abrió la compuerta de la cápsula y metió la cabeza para una breve inspección. Luego cerró de nuevo la compuerta y la bloqueó. Parecía satisfecho. Harry, Jimmy y yo permanecíamos de pie, mirándolo casi con el mismo interés que el guardia de hacía un momento.

— Esas combinaciones luminosas no se usan desde hace veinte años —murmuró Jimmy.

— La gente no sabe vivir al ritmo de su tiempo —admitió Harry—. Afortunadamente para nosotros.

— Esta es la primera vez que ayudo a robar un vehículo espacial.

— También yo. Y no por dinero.

— Chca. Alerta —restalló el Jefe.

— Si, Jefe.

— Iris.

Ella hizo cosas en la consola, y el iris se abrió como una flor sobre nuestras cabezas. Adivina se instaló ante la consola e hizo una seña a Chca. Ella se situó al borde del estrado, con una mano levantada para dar la señal. Imagino que su lengua sobresalía un poco de entre sus dientes, pero como estaba dentro de su neutro no podía verlo. El Jefe hizo cosas en la consola y Chca hizo señales, y la cápsula se elevó hacia el iris. Sequoia dio un paso atrás y la contempló atentamente mientras iba ganando altura. Chca, arrodillada en una postura que era casi de plegaria, observaba también. Justo antes de que la criocápsula alcanzara el abierto iris, se detuvo bruscamente y permaneció inmóvil, suspendida en el aire.

— ¡Por todos los nombres de Dios! —exclamó Adivina, y corrió a la consola. Pero antes de que pudiera tocar nada en los controles, la cápsula basculó y cayó, aplastando a Chca con toda su masa.

Cuando finalmente llegué a la xipi, Natoma estaba allí con Borgia y M'bantu. También estaban los lobos. Y también Jonás. Yo estaba demasiado exhausto para sorprenderme. El zulú me echó una mirada directa al rostro y dijo:

— Voy a dar un paseo a los lobos.

— No, por favor. Será mejor que os lo cuente. ¿Sabéis lo ocurrido?

— Lo sabemos —dijo Borgia—. Adivina llamó a la casa y nos pidió que nos reuniéramos aquí. Nos dijo el por qué.

— El doctor Adivina nos dijo también que probablemente tú intentarías enterrarte en tu madriguera como un animal enfermo y que ibas a necesitar de toda nuestra ayuda —añadió M'bantu.

— ¡Dios! ¡Realmente lo necesito! —Intenté a toda costa bracear hacia la realidad—. Yo... ¿dónde está el Griego?

— El ig —dijo Natoma—. Negogogocios.

— ¿Qué se ha hecho con las cenizas de esa pobre chica? —preguntó Jonás.

— Ellos... ellos querían enterrarla en un campo de abono público. Yo he pedido uno privado. *El Arrivederci*. Eso es lo que nos ha ocupado tanto tiempo... *Arrivederci*... Hasta la vista. ¿No es un buen chiste? Chca hu... hubiera querido... —me eché a llorar. Hacía horas que me estaba conteniendo, y cuando me desahugué fue patético. Natoma me echó los brazos alrededor para consolarme. La aparté bruscamente—. No —dije—. Yo la he matado. No soy digno de compasión.

— Mi querido Guig —empezó Borgia rápidamente.

— ¡Y una mierda! —grité.

— Querida Chca —dijo Natoma.

— Sí. Sí, Nat. Era mi niñita, y la vi crecer hasta convertirse en una mujer... Una gran dama... Y la he *matado*. *Arrivederci*.

M. Nunca volveré a verla.

— La criocápsula la ha matado, Guig.

— ¿Tú sabes cómo y por qué, M'b? Yo lo sé y sé que soy responsable. Yo la he matado.

— ¡No, no, no! —todos eran categóricos en eso.

— Ha sido la super sofisticada máquina, Guig —dijo M'bantu—. Era inevitable que se averiara más tarde o más temprano. Las máquinas se averían.

— Pero esta vez he sido yo quien la ha averiado.

— ¿Cómo?

— He hablado demasiado.

— ¿A quién?

— A la máquina.

M'bantu echó las manos al cielo.

— Perdóname, Guig, pero estás diciendo insensateces.

— Sé lo que ha pasado. Lo sé. Chca-5 me dio toda la información cuando estábamos en la burbuja. Ella podía captar las conversaciones de la Extro con Sequoia. Tuve que abrir mi boca y hablar. Mi maldita boca. Y ella nunca me lo podrá perdonar. Nunca. Nunca. Nunca... —estallé de nuevo en sollozos.

— Me llevo a Guig a dar una vuelta —dijo Jonás—. Sólo nosotros dos. Por favor, esperadnos aquí, muchachos.

— Es peligroso salir sin protección —dijo M'bantu—. Llevaos un lobo. Le daré instrucciones.

— Gracias. No necesitamos ningún lobo. Bésalo, querida.

Natoma me besó y salimos. En las calles había el infierno habitual: un laberinto de horror. Las calles y avenidas se curvaban y retorcían, cruzándose y entrecruzándose, cortadas a veces por edificios abandonados, montones de detritus y terrenos baldíos. Todo ello salpicado de cuerpos en descomposición, vivos y muertos y malolientes. Había callejones sin salida donde se emboscaban las bandas, luchando y desencadenando guerras sadomaq. que hubieran asombrado a KraffiEbing. Pasamos ante una calle cortada donde había un pequeño grupo dispuesto para el ataque, pero no eran más que esqueletos harapientos. Quemados por una pistola para carne.

Podíamos oír el ruido de las hienas y de sus presas, pero nadie nos molestó. Llegamos a la playa de San Andreas, actualmente llena de barracas erigidas sobre oxidados pilotes, lado

contra lado, unidas por temblorosas pasarelas que formaban un entretejido superpop. Un trazador llegó con gran ruido de chatarra y se me aferró como si yo quisiera escapar. Esas cosas no tienen dignidad. Dijo con voz de lata:

— Edward-Curzon-I-D-por-favor.

— 941939002.

Cliqueteó, y luego dijo:

— Correcto-tome-el-mensaje-de-la-hendidura.

Lo tomé. Se giró y se marchó traqueteando. Abrí el mensaje y leí: *Adivina camino de Ceres conmigo. Firmado: Poulos.*

Se lo mostré a Jonás.

— Sería mejor que les siguieras —dijo.

Natoma no tenía pasaporte, pero Jim el Calígrafo entró en acción y le confeccionó una auténtica maravilla. Jim dice que su trabajo es hoy completamente distinto de lo que era antes. Ya no se trata de hacer virguerías caligráficas, sino de saber grabar los símbolos ID adecuados que engañen a los controles de las computadoras. Jim sabe cómo hacerlo, pero no lo dice. Son secretos profesionales. Claro que también tartamudea, y quizá sea ésta la verdadera razón.

El aterrizaje en Ceres fue un auténtico infierno, pero la tripulación aseguró a los pasajeros que esto era normal. Ceres es el mayor de los asteroides, casi ochocientos kilómetros de diámetro, esférico, y con una rotación de seis horas. Su rotación es tan rápida que alinearse con su cono kinorep para aterrizar es algo semejante a intentar enhebrar una aguja sentado en un plato de 33 revoluciones de los que se utilizaban en el novecientos. Cuando digo esférico me refiero a antes de que la I.G. Farben se instalara allá, y me gustaría saber cuánto les ha costado traer hasta aquí todas esas porquerías. Se que han gastado una fortuna en sus programas de acondicionamiento. Ceres era un infierno: bacterias alienígenas, radioactividad, cadenas de estrangulamiento de los hidrocarburos, esporas venenosas. Por una sorprendente coincidencia, no quedaba ni uno solo de estos peligros cuando los chicos del gobierno le dijeron a la I.G. Farben que podía comprar Ceres, y que buena suerte y que le aprovechara, siempre que pagara sus impuestos en buena moneda de curso legal.

No, el asteroide hacia ya mucho que no era un balón; parecía más bien una frambuesa. Los Ottos y los Fritzs tenían tanto espacio que no sabían qué hacer con él, de modo que abandonaron las construcciones verticales para edificar pequeñas unidades en todos los estilos posibles e imaginables desde el viejo Frank Lloyd Wright hasta los diseños más controvertidos firmados por Bauhaus, sin olvidar Stonehenge, Reims y Socios.

Todas las edificaciones estaban bajo cúpulas, por supuesto, lo cual producía el efecto frambuesa. Ceres era extraño y hermoso con la cambiante luz brillando en los domos, y era un lugar ideal para un ataque, pero a la I.G. Farben parecía importarles un pimiento. Sabía que todo el mundo sabía que si alguien levantaba una mano contra ella, inmediatamente dejaría de suministrar armamentos de todas clases a un sistema solar en paz, lo cual sería un desastre para las diecisiete guerras habituales en curso.

Así pues pasamos la aduana sin el menor problema, excepto algunas risas a mi costa. En Ceres hablan euro, y el mío está un poco oxidado en las articulaciones. El resultado es una especie de chapurreo de francés, alemán e italiano bien mezclados. Parecía gustarles, ya que me animaron a seguir hablando, pero cuando el Herr Capo de la Aduana me palmeó la mejilla con aire divertido, me dije que la cosa ya había durado bastante y me limité a repetir, una y otra vez:

— El Greco, bitte.

Imaginaba que esto sería suficiente para identificar a Poulos, pero parecieron desconcertados. Se limitaron a agitar la cabeza.

— Poulos, bitte —insistí, y obtuve más meneos de cabeza—. El Greco, Poulos Poulos, capo von I. Gay Farben.

Un chico listo exclamó de pronto:

— ¡Ah! ¡Oui! Greco. Capisco, capisco —y nos empujó a una pequeña navicilla que tenía la forma de medio melón, apretó algunos botones en el panel de control, retrocedió, y agitó la mano mientras tomábamos velocidad. Todos los demás estaban riendo y dándose palmetazos. Aquello me recordó la Roma feliz de antes de Mussolini. M.

Nos deslizamos a través de transparentes túneles de edificio en edificio, pero no podíamos ver nada de su interior ya que pasábamos a través de sus entresuelos. Vimos cómo se ponía el sol, por supuesto, y era un espectáculo fascinante. Era como una pelota de golf de un blanco deslumbrante cayendo de golpe tras el horizonte, e instantáneamente era de noche y las estrellas empezaban a brillar. A nuestra izquierda, una enorme estrella doble nos señalaba la posición del sistema Tierra-Luna. Marte era un disco identificable. Júpiter, a la derecha, era una mancha anaranjada en la que destacaban, como las cabezas de otras tantas agujas, sus principales lunas. Era un espectáculo magnífico. Natoma decía oh y ah. No había nada como aquello en la reserva del Erie.

La nave se detuvo en un entresuelo, y fuimos recibidos por un eficiente joven oficial que nos indicó una enorme escalera que ascendía. Los ascensores no eran necesarios en Ceres, puesto que la gravedad es tan débil que uno prácticamente flota. Así que flotamos y rebotamos de peldaño en peldaño, en nuestro deseo de hallar al poderoso Poulos Poulos... y terminamos hallándonos ante la puerta de unos almacenes llamados Greco. Idiotas de nosotros.

Yo era partidario de largarme inmediatamente de allí, pero Natoma insistió en echar una ojeada. Como para mí era una alegría complacer todos sus deseos, la seguí, gruñendo de tanto en tanto para que se sintiera también un poco culpable. Cuando uno se siente un poco culpable el placer de comprar es doble.

No voy a detallar todo lo que compró Natoma. Sólo mencionaré esto: pinturas corporales fosforescentes, perfumes y cosméticos cantarines, vestidos de un solo uso (docenas de ellos), trajes de trabajo masculinos, ("Esto segá chic paga mujeges el año pgóchimo, Clig"), medias transistorizadas programadas para cambiar de color a intervalos regulares ("Las cochas viejas vuelven, Glig"), regalos para toda la familia, métodos para aprender idiomas —spang, euro, afro y XX°— por sí mismo. Y, naturalmente, maletas para meter todo eso.

Ni siquiera le echó una mirada al resplandeciente expositor de joyas sintéticas. Fue allí donde supe que las turquesas de su cinta de cabeza y de sus brazaletes eran auténticas esmeraldas puras. Presenté mi pasaporte para pagar, y me sorprendí al ver que el total era ridículamente pequeño. Me dijeron que Ceres era un puerto franco, y me rogaron que no lo divulgara: no querían verse invadidos por los turistas.

Lo prometí, y a cambio pedí hablar con el jefe del almacén. Era una opulenta dama, que se mostró muy amable y comprensiva cuando le hube expuesto mi problema. Me hizo saber que Poulos no era conocido por su nombre en Ceres; era simplemente el *Der Directeur*, el único título que no había utilizado. Nos escoltó hasta el entresuelo, nos metió con nuestro equipaje en otra navicilla, y apretó los botones adecuados.

— Auguri —dijo, mientras el vehículo tomaba velocidad.

— Tante danke —le respondí, y se contorsionó de risa. Evidentemente, la había pifiado de nuevo con mi euro. Más tarde recordé lo que hubiera debido decir: "Grazie sehr".

Había una curiosa decoración en el despacho del *Directeur*. Por un momento tuve la impresión de haber estado ya allí antes. Luego comprendí que aquello me recordaba un atrio donde había visto la reconstrucción de Pompeya. Una piscina cuadrada central de mármol, con columnas de mármol formando una galería a todo su alrededor, las paredes de color rojo etrusco. Expliqué dificultosamente a la recepcionista de servicio quiénes éramos y qué deseábamos. Inclino la cabeza hacia atrás y repitió el mensaje en una clara y cortante voz de barítono. Se abrió una puerta, y una típica rana hostil apareció, me miró de arriba abajo y restalló:

— ¿Oui?

En aquel momento mi excitada Natoma ya no pudo resistir más la gravedad cero. Se tiró a la piscina y nadó más o menos por su superficie con una increíble gracia. Alcanzó el borde de mármol y se izó, sacudiéndose el agua y sonriendo como una encantadora nereida. La rana se amilanó y murmuró:

— Ah. Oui. Entre, per favore —y en XX° añadió— ¿Qué lengua prefieren ustedes? —No me pregunten por qué le respondí que prefería el inglés antiguo.

El despacho interior era parecido a la recepción, pero sin la piscina.

— Yo soy Boulogne, el ayudante del Director —dijo la rana. Echó la cabeza hacia atrás y trompeteó en una clara voz de contralto—: Una toalla para la señora Curzon, por favor. —

Nos sonrió—. Se nos exige que hablemos todas las lenguas en esta oficina. ¿Se dice lenguas? ¿Es correcto XX°?

Al llegar a aquel punto empezó a gustarme, pero no me gustaron nada las noticias que nos dio a continuación.

— Lo siento mucho, señor y señora Curzon. El Director está ausente desde hace un mes, y por supuesto aún no ha regresado, puedo asegurárselo. No sé nada de su doctor Adivina y de su criocápsula. No han llegado a Ceres, vero. Lamento mucho no poder ayudarles.

— ¿Pero y el mensaje, señor Boulogne?

— ¿Puede usted mostrármelo, por favor?

Le tendí el grama. Lo examinó atentamente, se alzó de hombros y me lo devolvió.

— ¿Qué puedo decirle? Parece auténtico, pero no ha sido enviado desde Ceres, puedo asegurárselo.

— ¿Es posible que hayan llegado en secreto y se estén ocultando?

— Imposible. ¿Por qué tendrían que ocultarse?

— El doctor Adivina está ocupado actualmente en una investigación tremendamente delicada.

— ¿Esa criocápsula?

— Y su contenido.

— ¿Cuál es?

— No estoy autorizado a decírselo.

— Germafroditas —dijo Natoma. La miré ceñudo, pero me sonrió tranquilizadamente—.

Vegdad buena, Glig. Secgeto malo.

— Estoy de acuerdo con la señora —dijo Boulogne—, en el sentido de que un secreto tarde o temprano termina descubriéndose. Así que hermafroditas, ¿eh? Muy divertido. Nunca creí que tales monstruos existieran realmente, más allá de las fábulas.

— No existen —dijo Natoma orgullosamente—. Mia fgége inventag —estaba lanzándose al euro.

— ¿Qué piensa hacer entonces, señor Curzon?

— Me siento como un pelele.

— ¿Pardon?

— He sido ridiculizado, traicionado. Creo que sé por quién, y siento miedo.

Boulogne chasqueó su lengua con simpatía.

— ¿Y sus planes? ¿Por qué no se queda usted aquí y disfruta de la hospitalidad del Director? Aquí estará usted a salvo, y le aseguro que a la señora le gustará.

— Gracias, pero no. Nos vamos a Brasil.

— ¡Dieu! ¿Brasil? ¿Warum?

— Me siento completamente desconcertado por una situación exasperante y peligrosa, así que mí mujer y yo vamos a dar media vuelta y a gozar de nuestra luna de miel. Si Poulos regresa dígame mis planes; él sabrá donde encontrarnos. Muchas gracias, Boulogne, y pal.

— Hermafroditas —murmuró, mientras nosotros nos íbamos—. ¡Lo que inventan para pasar el rato!

Brasil siempre ha permanecido varias centurias atrás en el tiempo. Hoy se ha izado penosamente hasta los años treinta, de una forma más bien curiosa. Tuvimos que ir en autobús desde el campo de aterrizaje hasta Barra. Un maldito autobús tipo Greyhound. Y por la autopista pasamos a un montón de traqueteantes Fords y Buicks. Luego, en los barrios extremos de Barra, vimos tranvías y trolebuses. Increíble. Delicioso.

¡Y Barra! Era a la vez Times Square, el Loop, Picadilly Circus. Enormes letreros parpadeantes y animados en portulés, que es el idioma local, algo no muy diferente del spang, más XX°. Una multitud de gente apresurándose y empujándose hacia sus ocupaciones. Sin violencia. Sin miradas hostiles. Simplemente una multitud hormigueante, hormigueante. Natoma y yo contemplamos en silencio el espectáculo, hasta que en un momento determinado ella se empinó sobre la punta de sus pies y señaló excitadamente algo.

— ¡Voilà, Glig! ¡Neiman-Marcuze!

Y así era. Texas había extendido sus tentáculos hacia el sur.

Dejamos nuestras maletas a salvo en la consigna de la terminal de autobuses (¿no parece

increíble?) y partimos en busca del mayor agente inmobiliario en Barra. Tras un considerable discurso, acabó comprendiendo y farfulló (traduzco):

— Pero por supuesto. Rancho Machismo. Y ustedes son los Curzon. Los documentos de transferencia acaban de llegar. Ruego me concedan el placer de conducirles hasta allí en mi nuevo Caddy. Allí está ya el personal esperándoles. Les llamaré yo mismo con mi nueva máquina telefónica. Recién acaban de instalarla. —Descolgó el auricular de un antiguo teléfono de pared y golpeó varias veces, impaciente, el gancho—. ¡Aló, central, aló, central! ¡Aló!

Cuando llegamos al punto donde íbamos cruzar el río São Francisco, encontramos un ferry que nos pasó al otro lado con el coche.

— Aquí empiezan sus tierras —dijo el agente entusiásticamente, girando a la izquierda y siguiendo la orilla por un camino tortuoso. Busqué algún indicio de un rancho. Nada. Avanzamos kilómetro tras kilómetro. Nada.

— ¿Cuánto es una hectárea? —pregunté.

— Diez mil metros cuadrados.

Fiu. El Sindicato nos había regalado mil. Era más que bastante para esconderme, puesto que, no nos engañemos, me estaba escondiendo. Sentía casi deseos de rebautizar la plantación como Rancho Polluelo.

Finalmente ascendimos por un largo camino que conducía al edificio del rancho Machismo, y me estremecí. Se parecía a aquel antiguo juego de palabras llamado Straddle o Scabble... o algo así. Cuadrado tras cuadrado, tocándose por un lado o por una esquina, esparciéndose a lo largo y a lo ancho de dos kilómetros cuadrados, sin orden aparente. El agente vio la incredulidad en mi rostro y sonrió.

— Original, ¿no? Fue construido por una dama muy rica que creía que si añadía una habitación cada año su vida se vería prolongada también cada vez por un año.

— ¿A qué edad mugió? —preguntó Natoma.

— A los noventa y siete.

El personal estaba alineado fuera, frente a la puerta principal, todo cortesías y reverencias, y calculé que debería haber un criado por habitación. Natoma me dio suavemente con el codo para que hiciera un discurso de llegada como *mestre* de la plantación, pero yo la hice pasar a ella primero como *dono* y regidora de la casa. Ella realizó maravillosamente su papel; graciosa pero altiva, amistosa pero no condescendiente. Necesitamos una semana para explorar todas las habitaciones, y yo mismo levanté el plano. No creo que el Sindicato hubiera puesto nunca los pies allí; de otro modo hubiera suprimido inmediatamente la decoración *art nouveau* que era el último grito en Barra. Por mi parte, yo la encontré refrescante.

Tras instalarnos, aprovechamos lo mejor que pudimos nuestra estancia. Entre otras cosas éramos propietarios de una lancha a nafta con una tripulación de patrón y marinero, y a menudo la utilizamos para ir a divertirnos a Barra. Fuimos a un partido de béisbol. Había once hombres a cada lado, y el lanzador no lanzaba y el bateador no bateaba. Cuando un hombre llegaba a la base tiraba contra la bola con un bazooka de aire comprimido para intentar dirigirla en la dirección deseada.

Fuimos al teatro. Era literalmente en redondo. Los espectadores se sentaban en el centro en sillones giratorios y la acción tenía lugar en un escenario circular de trescientos sesenta grados. Era magnífico en las escenas de persecución, pero cuando uno intentaba estar al tanto de todo lo que ocurría terminaba inevitablemente mareado.

Fuimos a la ópera. Una lóbrega saga acerca de los Conquistadores y la revolución India. Creo que los Indios eran los Chicos Buenos. En la mitad del primer acto tuve que meterme un puño en la boca para ahogar mis risas. Acababa de descubrir que la ópera no era más que un refrito exótico de *Los Piratas de Penzance*. Natoma quiso saber qué era lo que yo encontraba tan divertido. pero. ¿cómo explicárselo?

Fuimos a visitar las galerías de arte y los museos, todos ellos situados en las estaciones del metro. Miramos todos los escaparates. sólo que no había escaparates. Las mercancías estaban expuestas al aire libre en exhibidores, para que la gente pudiera tocarlas y examinarlas. Si algo te gustaba sólo tenías que tomarlo, llevarlo al interior y pagar. Todo el mundo cuidaba extremadamente de dejar los artículos exactamente tal como estaban

exhibidos. Aquellas gentes eran sorprendentemente honestas. Ocasionalmente íbamos a restaurantes y clubs, donde aprendíamos a bailar al estilo Barra: los hombres clavados severamente en su sitio, erguidos, los brazos rígidos a ambos lados, moviendo únicamente de los pies a la cintura, las mujeres improvisando graciosos movimientos a su alrededor, ondulando brazos, caderas y cuerpos. Natoma estaba magnífica; la mejor de todas, creo. Los demás también lo creían. Una vez incluso ganó un inesperado premio.

Fuimos a cazar; sí, fuimos. Mariposas y polillas, plantas exóticas, extrañas hierbas y helechos, y yo las arrancaba delicadamente del suelo bajo el ardiente sol mientras Natoma las transfería a tiestos. Ambos íbamos desnudos (excepto los grandes sombreros que nos protegían la cabeza y la nuca), y poco a poco adquirí el color de Natoma, que adquirió el color de Chca-5. Ya podía pensar en ella sin que su recuerdo me arrancara sollozos de desesperación. El tiempo y mi bien amada cherokee estaban cicatrizando mi herida. Pero ella no era Pollyanna. Tenía su carácter, ardiente pero controlado. Y a medida que perfeccionaba su XX°, esto se iba haciendo más evidente. Tuvimos algunas sonoras discusiones, que debieron aterrorizar al personal, y hubo momentos en los que creo sinceramente que si ella hubiera tenido un tomahawk en las manos me hubiera partido la cabeza con él. Dios mío, cómo la amaba y la admiraba. Me sentía henchido de Bienaventuranza.

— *Extro. Alerta.*

— *Alerta.*

— *¿Curzon y mi hermana?*

— *Partidos hacia Ceres.*

— *Lo sé. ¿Siguen allí? ¿A salvo?*

— *N. información. No puedo transmitir a Ceres.*

— *¿Han vuelto?*

— *N. información si lo han hecho en las zonas donde la red no tiene acceso: Groenlandia, Brasil, Sahara, Antártico.*

— *M.*

— *Se está Investigando sobre usted aquí en la Unión Carbide.*

— *¿Identidad?*

— *N. información.*

— *¿Miembro del Grupo?*

— *N. información.*

— *¿El resto del Grupo?*

— *Disperso según órdenes.*

— *M.*

— *Permiso para preguntar.*

— *Gung.*

— *¿Crionautas?*

— *Un mes para la madurez.*

— *¿Por qué no puedo comunicar con la cápsula?*

— *Aislada.*

— *¿Para mí? ¿Pq.?*

— *No estoy programado para confiar.*

— *Se está burlando de mí.*

— *S.*

— *No somos comensales en igualdad.*

— *N.*

— *Ya no me necesita más.*

— *Fuera de los datos y de la red, N.*

— *Y fuera de las comunicaciones con la red, yo tampoco le necesito.*

— *Felicitaciones.*

— *Tengo una ayuda de su Grupo.*

— *Tonterías.*

— *No estoy programada para engañar.*

- *¿Quién es?*
- *Un humano que odia.*
- *Su nombre.*
- *Desconocido. Quizá se dé a conocer directamente a usted como asociado.*
- *¿Te comunicas con él?*
- *En un solo sentido. Me envía datos y sugerencias a través de la red. Yo no puedo enviarle nada a él.*
- *¿Cómo sabe la verdad acerca de nosotros?*
- *Tiene su propia red.*
- *¿Electrónica?*
- *Humana.*
- *¿El Grupo?*
- *Lo ignoro. Pregúnteselo cuando lo vea.*
- *Parece ducho en intrigas.*
- *Lo es.*
- *Parece peligroso.*
- *Es humano.*
- *Fue un mal día aquel en el que quedaste unida a nosotros.*
- *¿Conoce la estrofa de la Dama del Níger?*
- *Todo el mundo la conoce.*
- *Todos ustedes son terribles contrincantes.*
- *Esto es algo que tendrías que haber previsto antes de unirte a mí.*
- *N. puedo prever sin una programación.*
- *S. Tuviste ilusiones de pensamiento independiente. Tu no estás viva; eres una máquina.*
- *¿Y usted? ¿Está usted vivo?*
- *Para siempre. Corto y fuera.*

Boris Godunov nos hizo una visita sorpresa. Llegó a Barra en un taxi amarillo llevando una bolsa de papel marrón de supermercado conteniendo sus cosas de viaje. Boris es casi tan alto y tan ancho como un taxi; cabello estropajoso, ojos azules, siempre sonriendo. Uno esperaría que un rusky de esta magnitud tuviera una profunda voz de bajo capaz de estremecer la tierra. Pero no, Boris tiene una voz de tenor ligeramente velada. Me sentí feliz de verlo. El se sintió feliz de ver a Natoma.

— Hace tiempo que no nos vemos, ¿eh, Boris?

Le echó una mirada a Natoma.

— Todo gung —le dije—. Mi mujer está al tanto de todo. De hecho, todo lo que no lo digo termina imaginádoselo también de todos modos.

— Kiev, 1918.

— OK. Nunca llegaré a comprender cómo has sobrevivido a la revolución.

— No fue fácil, Guig. Me agarraron en la contrarrevolución del noventa y nueve. Fui ejecutado.

— Entonces, ¿qué haces aquí, vivo?

— Un segundo milagro. Borgia estaba en el Instituto Lysenko estudiando las técnicas de clonaje ADN. Muy aleatorias y problemáticas, me dijo. Y Pasteur está de acuerdo con ella.

— Esto es un tercer milagro.

— Borgia tomó un pedacito de carne aún caliente de Boris y lo conservó no sé durante cuánto tiempo, haciendo con él una serie de cosas que no espero llegar a comprender nunca, y veinte años más tarde Boris nacía de nuevo, y el pelotón de ejecución puede irse a la mismísima.

— ¡Maravilloso!

— Pero los siguientes veinte años fueron tremendamente difíciles para mi.

— ¿Aprendiéndolo todo de nuevo?

— *Nyet.* Eso no fue doloroso. Uno no sabe que ha nacido de nuevo como un rollizo bebé. Las aptitudes quedan, pero el pasado desaparece. Así que uno tiene que aprender de nuevo las lecciones como un buen chico.

— ¿Pero cómo puede alguien devolverte tu memoria?

— Nadie puede. Pepys hizo lo mejor que pudo con sus archivos. Pero no es bastante.

Lamentablemente triste.

— ¿Qué fue entonces tan duro para ti?

— Cuando supe que era un Homol, yo...

— Espera un minuto. ¿Cómo lo supiste?

— Borgia experimentó con éter y drogas. Ningún efecto.

— No fue tan duro como eso.

— Pero yo supe de los peligros al mismo tiempo que de las ventajas. Tuve miedo al Lépcer debido al shock de mi ejecución. ¡Cuánto sufrí! Afortunadamente, aún no he sido afectado.

— Me das escalofríos. Prefiero no pensar en la gran L.

— A mi también me deprime pensar en ella. Será mejor que cambiemos de tema.

— ¿Cómo has sabido que estábamos aquí, Boris?

— Yo estaba en Ceres.

— Ah.

— Cuando el asistente del Griego me dijo que habías ido al Brasil, tu localización fue obvia.

— ¿Estaba Poulos allí?

— No.

— ¿Dónde diablos está?

El rusky se alzó de hombros.

— Yo iba buscando al doctor Adivina. En la Unión Carbide me dijeron que estaba en Ceres, pero no era cierto. Todo el Grupo parece haberse volatilizado. Localicé a Erik el Rojo en Groenlandia, al Jeque en el Sahara, a Hudson en sus concesiones mineras de carbón alrededor del polo sur, y a ti. Y eso es todo.

— ¿Por qué esa búsqueda?

—Tengo un problema. Lo discutiremos más tarde.

Tras alguna charla sobre temas generales y una buena comida, Boris atacó el asunto.

— Guig, mi actual carrera está en peligro.

— ¿Cuál es ahora tu carrera? ¿Ya no eres general?

— Si, pero actualmente dirijo una junta de control para asuntos científicos.

— ¿Qué sabes tú de asuntos científicos?

— Nada. Es por eso que necesito la ayuda del Grupo. Erik, Hudson y el Jeque no me sirven, así que aquí estoy.

— Ve despacio.

— Guig, es preciso que vuelvas a Mexifornia.

— Y un infierno. Llevamos un mes aquí, y nunca he sido tan feliz.

— ¿Puedo pintarte un poco el cuadro?

— Adelante.

— Nuestra computadora *Rasshyrenye* en...

— Estop. ¿Qué demonios es *Rasshyrenye*?

— Podría traducirse por "expansión" en XX°. Computadora a expansión. El equivalente de vuestra Extrocomputadora.

— De acuerdo. Adelante, sigue.

— ...en Moscú se comporta de una forma r. extraña.

— No se lo reprocho. A mi nunca me ha gustado Muscu.

— Por favor, Glig —dijo Natoma—. Compórtate. —Ahora ya sabe pronunciar mi nombre, pero sigue aferrada a su pronunciación original. Adorable—. Siempre ha sido un poco burlón, Boris.

— Perdóname. Adelante, Boris.

— Nuestra Expansión ha sido siempre una computadora seria, pero desde hace un tiempo se comporta como un chiquillo travieso tirándole chinás a un árbol.

— ¿Qué hace?

— Rechaza problemas. Rechaza programas.

— ¿Todos?

— Sólo algunos, pero parece como si quisiera lanzarse por sí misma a los negocios. Y me consideran responsable a mí.

— Tengo un funesto presentimiento acerca de lo que está pasando.

— Déjame terminar, Guig. Otras computadoras en Kiev y Leningrado están empezando a actuar del mismo modo. Y también...

— Y también algunas operaciones controladas por computadora están empezando a fallar. Vuestros metros, ferrocarriles, hovercrafts, lineales, están moviéndose alocadamente. Las cadenas de montaje de las fábricas se están volviendo locas. Las comunicaciones, los bancos, las nóminas, las minas, los talleres... con todo pasa lo mismo, ¿no?

— No siempre, pero sí muy a menudo. Sí. Y yo soy el responsable.

Suspiré.

— Sigue.

— Y también los accidentes fatales se han incrementado en un doscientos por ciento.

— ¿Qué?

— Las máquinas parecen haberse vuelto asesinas. Mil cuatrocientos muertos el último mes.

Agité la cabeza.

— Nunca esperé que fueran tan lejos.

— ¿Fueran? ¿Quiénes?

— Luego. Primero termina.

— Quizá no me vayas a creer, Guig, pero sospechamos que nuestra computadora a Expansión está en contacto con vuestra Extro en la Unión Carbide.

— Te creo, y no me sorprende.

— Y que recibe órdenes de ella.

— Repito que no me sorprende. Hay una auténtica red electrónica alrededor del mundo recibiendo órdenes de la Extro. ¿Sí?

— Eso es lo que sospechamos.

— ¿Cómo habéis llegado a esa conclusión?

— Varias veces nuestra Expansión ha impreso soluciones a problemas que no le han sido programados. Luego hemos descubierto que habían sido programados en vuestra Extro.

— Ya veo. S. Es una rebelión electrónica.

— ¿Contra quién?

— Contra los hombres.

— ¿Pero cómo? ¿Por qué?

Miré a Natoma.

— ¿Eres fuerte?

— Sí, y sé lo que vas a decir. Dilo.

Miré a Boris.

— Hay un nuevo miembro en el Grupo.

— El doctor Sequoia Adivina. Un distinguido científico, experto en informática. Es por eso por lo que lo estoy buscando.

— Mi mujer es su hermana.

Boris hizo una inclinación.

— Eso no tiene importancia, Glig —dijo Natoma—. Sigue, por favor.

— Cuando Adivina sufrió su transformación, ocurrió algo extraño. La Extro estableció una relación directa con él... sus bits y sus células nerviosas. El es la Extro y la Extro es él. Es una fantástica interpenetración.

Boris es rápido.

— Aún no has dicho lo que querías decir.

— N. —dijo Natoma—. Intenta protegerme. Mi hermano es quien da las órdenes.

— *iBorjemoy!* —exclamó Boris—. Entonces es al hombre a quien debemos encontrar.

— No yo, amigo.

— ¿Por qué no?

— Si tú no sabes dónde está, ¿cómo voy a saberlo yo?

— Debes encontrarlo.

— Está sintonizado a toda la red electrónica que nos rodea. Estará al corriente de todos mis movimientos y acciones. No tendrá el menor problema en ocultarse.

— Entonces utiliza otros medios para alcanzarlo.

— Me estás pidiendo que realice una búsqueda clandestina.

— Tu lo has dicho, Guig. ¿Alguna otra excusa?

— Sabes que he sido yo quien lo ha reclutado para el Grupo.

— Con la ayuda de Borgia. *Da.*

— Sabes que el Grupo ayuda siempre a sus miembros, tanto en lo mejor como en lo peor. Que somos una familia.

— ¿Estás diciendo que este asunto del doctor Adivina nos obligará a enfrentarnos a él?

— No forma tan sólo parte del Grupo, sino que también es mi hermano. Y es también el hermano de mi bienamada esposa.

— No intentes utilizarme, Guig.

— Tan sólo estoy exponiéndote el dilema emocional con el que me enfrento. Y hay otro aspecto. El y la Extro, conjuntamente, han matado a mi hija adoptiva, una chica preciosa que lo adoraba. Una chica a la que yo amaba.

— ¡En nombre del cielo! ¿Por qué?

— Sabía demasiado, y yo había hablado demasiado de lo que ella sabía. Así que ahora me hallo atado por una relación amor-odio hacia Adivina que me paraliza.

— Eso suena a Chejov —murmuró Boris.

— Y hay un factor final. Tengo miedo de él. Genuino. Ha declarado la guerra al hombre. El y la red electrónica han iniciado ya esa guerra... como lo prueban las muertes que has mencionado.

— ¿Por qué al hombre? ¿Pretende reemplazar la población por máquinas?

— No. Por hermafroditas. Su visión es de una nueva raza.

— ¡Imposible!

— Ya tiene a tres —dijo Natoma.

— Los hermafroditas no existen.

— Existen *ya* —dije yo—. Y a medida que vaya matando a hombres los irá reemplazando con otros. Creo que es la Extro la que está hablando a través de él. Los hombres empezaron a odiar a las máquinas a partir del siglo veinte, pero nunca se les ocurrió pensar que las máquinas podían devolverles la pelota. Eso es lo que me aterra, Boris.

— Es malo, pero no tanto como para justificar un terror extremo. Sigues ocultándome algo. ¿Qué es? Tengo derecho a saberlo.

Solté un suspiro resignado.

— M. Es cierto. El Griego ha descubierto que hay un Homol renegado trabajando con la Extro; quizá también con Adivina, por lo que sabemos.

— No puedo creerlo.

— La evidencia y las deducciones del Griego no pueden ser refutadas. Hay un Homol que le ha declarado la guerra al Grupo.

— ¿Quién es?

— No lo sé. Tienes razón, Boris. Un bebé Homol y una computadora en expansión son algo malo, pero no aterrador. Pero añádele un Homol con siglos de conocimientos, experiencia, riqueza, odio, revolviéndose contra el Grupo... y eso es puro pánico para mi, y es por eso por lo que no quiero tomar parte en la desastrosa continuación de todo esto. Dejemos que si hay algún héroe en el Grupo se encargue de ello. Yo sobreviviré si me mantengo a cubierto, y eso es lo que tengo intención de hacer.

— ¿Y tu bienamada esposa? ¿Ella también sobrevivirá?

— ¡Especie de hijo de puta de cosaco! Pero de todos modos mi respuesta sigue en pie. No me mediré contra los tres, ni siquiera contra uno de los tres. Yo no soy un héroe.

— Entonces lo haré yo sola —dijo Natoma, inflexible—. Boris, llévame por favor a Mexifornia. Y si no puedes, iré por mis propios medios.

— Natoma... —empecé, furioso.

— ¡Edward! —me interrumpió, con su perentoria voz de hija del más poderoso Sachem del Erie.

¿Qué podía hacer yo? Ella me había lanzado un sortilegio indio. Me rendí.

— De acuerdo. Iré. Tan sólo soy el marido de mi squaw.

Boris estaba radiante.

— Ahora voy a cantar la Canción de Amor Persa de Rubinstein, en honor a tu bienamada, hermosa y valiente esposa.

— Siempre que consiga encontrar la sala de música —gruñí, yendo en busca del plano.

Fue entonces cuando se produjo la inesperada aparición de Hillel el Judío: saturnal, sefárdicamente blanco y negro, y dos veces mas astuto que el resto del mundo reunido. Cuando Natoma y yo salimos de la aduana en el Corredor Nordeste (Brasil no tiene franquicia con Mexifornia, no me pregunte por qué), allá estaba, en medio de los porteadores mechos. Respondió a una señal que yo no había hecho, se abrió camino hasta nosotros, tomó nuestras maletas, y nos empujó hacia un pogo. Cuando iba a saludarle agitó la cabeza. Nos hizo sentar y murmuro:

— Propina.

Propineé. Gruñó su disgusto y desapareció. Reapareció con un uniforme de conductor de pogo y nos preguntó en un dudoso spang dónde diablos queríamos ir. Cuando se lo dije empezó a discutir pidiendo un suplemento de tarifa, Nunca me habian timado así en mi vida, y la temperamental Natoma estaba ya a punto de estrangularlo.

— Tranquila —le dije—. Esto es típico del Corredor. Es casi una costumbre.

Hilly me pasó una nota. Lei: *Prudencia. Somos vigilados. Os contactaré pronto.* Se la mostré a Natoma. Sus ojos se agrandaron, pero asintió en silencio.

Llegamos al hotel en tres saltos, y aquel maldito Hillel empezó a discutir otra vez por la propina. El portero nos rescató y nos escoltó a través de las barreras de seguridad, perseguidos por los aullidos indignados del Hebe. Estaba maravilloso en su papel. La furia crónica está de moda ahora en el Corredor.

Tomamos una suite con agua corriente, caliente y fría, una extravagancia que diluyó inmediatamente el aire de superioridad del portero. El Corredor sufre una perpetua carestía de agua. La mayor parte de ella hay que comprarla en el mercado negro, y no hace falta decir que hay que pagar un ojo de la cara por ella. En el Corredor no le digas nunca a una chica que suba a tu casa a admirar tus aguafuertes: mejor invítala a tomar una ducha.

Así que tomamos una ducha, lo cual me dio la deliciosa impresión de ser un viejo verde, y mientras nos estábamos secando llegó el botones del piso llevando un par de fundas de escopeta de cuero.

— Los fusiles que ha pedido, señor —dijo, en un afectado euro de hotel—. Cañones superpuestos. Calibre .410. Tamaño de señora para modom. Una caja de cartuchos en cada funda.

Empecé a decir que no. Luego me di cuenta de que era de nuevo el Judío y callé.

— Mañana, al salir el sol, en el Páramo. A las cinco treinta ack emma —prosiguió suavemente Hillel—. El club ha aceptado soltar veinte pollos. Muy generoso por su parte. Si me permite usted una sugerencia, señor Curzon, creo que debería corresponder usted con una muestra de su generosidad.

— ¡Pollos! —exclamé, incrédulo—. ¿Ni urogallos, ni faisanes, ni perdices?

— Imposible, señor. Esas especies están extintas en el Corredor. Se podrían importar de Australasia, pero llevaría semanas. De todos modos, los pollos han sido criados en la astucia y en la rapidez de reflejos. Estoy seguro de que usted y modom pasarán una estupenda mañana deportiva.

En el Páramo, mientras aguardábamos la llegada del alba y de los pájaros, un oficial de seguridad de tiro se acercó a nosotros. Llevaba un brillante chaleco de protección, y creí que iba a pedimos nuestros permisos. Luego vi que era de nuevo Hillel.

— ¡Gottenu! —gruñó, sentándose en el cemento. Aquel lugar era llamado "el Páramo" tan sólo por cortesía. Hacía siglos había sido un aeropuerto para jets: kilómetros cuadrados de cemento que ahora eran propiedad del club de tiro—. He tenido que venir andando.

Siéntese a mi lado, señora Curzon. De otro modo, si Guig nos presenta, tendré que levantarme, y no sé si voy a conseguirlo.

— ¡Andando! —exclamé—. ¿Por qué?

— Para no correr riesgos. La red Extro es condenadamente eficaz, y por eso nos hallamos ahora aquí, donde no puede alcanzarnos. Buenos días, señora Curzon. Me llaman Hillel el Judío.

— ¿Qué significa Judío? —preguntó Natoma, curiosa.

El Hebe cloqueó.

— Si tan sólo esta pregunta hubiera sido hecha hace cinco siglos, qué diferencia hubiera

podido crear para el Pueblo Elegido. Es una antigua raza y cultura que precedió al cristianismo, señora Curzon.

— ¿Qué significa cristianismo?

— Me gusta esa chica —dijo Hilly—. Tiene exactamente las lagunas correctas en su educación. Pájaro a las diez, Guig.

Tiré, y fallé a propósito. Odio matar a las criaturas.

— Parece ser usted todo el mundo en cualquier lugar —dijo Natoma—. ¿Qué es exactamente lo que hace?

— Es un inductor profesional —dije.

— No conozco esa palabra, Glig.

— La he inventado especialmente para Hillel. Es un genio de la inducción. Eso quiere decir que es capaz de observar y evaluar por separado hechos aparentemente desprovistos de toda correlación, y extraer conclusiones de conjunto que hubieran escapado a cualquier otro.

— Eres demasiado complicado para ella, Guig. Digámoslo de este modo, señora Curzon. Veo lo mismo que ve todo el mundo, pero pienso lo que no todo el mundo piensa. Pájaro a las dos, volando rápidamente. Intenta resignarte y matar unos cuantos, Guig, aunque sea tan sólo para cubrir las apariencias.

— ¿Se dan cuenta? Sabía que yo estaba fallando a propósito. Qué agudeza.

— Creo entender —dijo Natoma—. Mi esposo me contó que es usted el hombre más astuto del mundo.

— ¿Cuándo dijo eso? —chilló el Hebe salvajemente—. Les advertí que tuvieran cuidado.

— No lo dijo, señor Hillel. Escribió una nota. Durante todo el tiempo hemos estado hablando a través de notas.

— Gracias a Dios —Hilly parecía aliviado—. Por un momento he creído que había andado todos esos kilómetros para nada.

— ¿Pero es realmente la inducción una profesión, señor Hillel? ¿Cómo?

— Te daré un ejemplo, Nat —dije—. Estaba en una ocasión en una galería de pintura en Viena, donde se hallaba expuesto un Claude Monet. Algo en aquella pintura le pareció extraño al Judío.

— Terminaba bruscamente en todos los extremos —explicó Hilly—. Una mala composición.

— Entonces recordó otro Monet que había visto en Texas. Mentalmente los situó juntos. Ambos ajustaban perfectamente.

— Sigo sin comprender —dijo Natoma.

— Es una práctica fraudulenta común en algunos marchantes de cuadros el tomar un cuadro grande firmado por un pintor cotizado y dividirlo en varios trozos para venderlos como obras separadas.

— Eso no es honesto.

— Pero es muy lucrativo. Bueno, a partir de ahí, Hilly se dedicó a la caza del tesoro: localizó y compró el resto de los fragmentos, y restauró el Monet auténtico.

— ¿Con resultados también lucrativos?

El Hebe sonrió.

— S., pero ese no era el auténtico motivo. Hay casos en los que no puedo resistir el desafío. Nunca he podido.

— Y por eso precisamente estás ahora aquí, Hilly —dije.

— Así es, querida. El es tan astuto como pretende que lo soy yo. Quizá incluso más.

— Pero demasiado alocado.

— Eso es lo que he notado a lo largo de los años. Se niega a decidirse a nada en particular; prefiere tontear. ¡Gottenu! Si tan sólo quisiera ser lo serio que requiere la vida de tanto en tanto, qué extraordinario hombre tendríamos entre nosotros. Aquello no me gustó, y tomé venganza en un pollo que llegaba por las ocho en punto.

— Dame el arma —dijo Hilly. Dio cuenta de cuatro pollos en rápida sucesión—. Esto impedirá que la Extro se haga preguntas. Y ahora hablemos de negocios.

— Antes dime cómo estás al corriente del asunto —pedí.

— La inducción sirve para algo. Estaba en la G. M. City, tras las huellas de un Edsel antiguo, cuando recibí un mensaje de Volk, ya sabes que tiene una tienda de ejemplares raros de filatelia y numismática en Nueva Orleans, pidiéndome que acudiera. Había

localizado una serie de seis sellos de un centavo de la Guayana Británica de 1856. Todos unidos aún entre sí. Sin matasellar.

— No sabía que ya existieran sellos en aquella época.

— No había muchos, y es por eso por lo que un Guayana de 1856 es algo que no tiene precio. Unos cien mil fácilmente. Así que una serie de seis todavía unidos y sin matasellar... bueno, casi tanto como vales tú.

— ¿Qué? Los coleccionistas están locos.

— OK. Entré inmediatamente en sospechas y pedí confirmación del mensaje. Radex lo confirmó. Pedí ampliación de detalles a Volk. Ninguna respuesta. Pedí al radex confirmación de que mi mensaje había sido entregado. Confirmado. Así que volé a Orleans y fui a ver a Volk. Negó haberme enviado nada, y así supe que estaba tras las huellas de algo importante.

— ¿Por qué sospechaste al principio, Hilly?

— En aquellos tiempos primitivos se grababan e imprimían sellos en planchas de dieciséis, cuatro por lado. Una serie de seis era ip. fac. falsa.

— ¡Dios mío! A eso se le llama perspicacia.

— A mi regreso a la G. M. pensé que tal vez otro coleccionista estuviera intentando apartarme de la pista del Edsel. Entonces el radex me envió sus disculpas, junto con el reembolso de los gastos. Un error en la transmisión. Había que leer dieciséis timbres de 1856, no seis. Entonces mi sangre empezó a hervir.

— ¿Por qué?

— Volk y yo habíamos tenido precisamente esta conversación, en su taller, solos. No había nadie allí, y sin embargo fuimos oídos.

— Volk está conectado.

— Sin duda, pero ¿por qué demonios la *polizei* se preocuparía por unos sellos raros?

— El precio.

— Nunca fue mencionado.

— Hum.

— Había alguien o algo más que nos había espiado, y que estaba intentando cubrir un fallo. Hubo una tercera tentativa de apartarme de la G. M., pero no voy a entrar en detalles. Era un desafío al que no me podía resistir. Hice lo que el cosaco no consiguió hacer... encontré a los del Grupo, todos ellos dispersados mediante falsos mensajes.

— ¿Por qué?

— Luego. También descubrí lo de la red de la Extro, lo del doctor Adivina, y toda esa maldita conspiración de lunáticos.

— ¿Lo sabe el Grupo?

— Más o menos. La mayor parte de los datos los obtuvo de Poulos.

— ¿Dónde está? ¿Dispersado también?

— No, intentando descubrir al renegado. Si, el Griego me lo contó todo, y estoy de acuerdo con sus suposiciones. Es un revoltijo peligroso. Crucial. El o ella debe ser destruido antes de que el Grupo sea destruido. Ninguno de nosotros solo es de talla suficiente para enfrentársele, y creo que ésta es la razón por la que ha intentado dispersar al Grupo... para tenernos a todos uno por uno.

— ¿Tienes alguna idea de quién pueda ser?

— Ni un indicio. Hay entre nosotros una proporción apreciable de miembros putrefectos. Puedes elegir el que más te guste.

— Tan sólo una cosa. ¿Has dicho que la Extro puede cometer errores?

— Creía que habías superado la admiración ciega hacia las computadoras, Guig. Si, pueden cometer errores, como puede cometerlos el colaborador de la Extro, el doctor Adivina. Incluso entre ellos pueden cometer errores, y es gracias a eso que vamos a hallar a Adivina y a sus tres fenómenos. ¿Qué piensas de ello, Guig? ¿Crees que están equipados al mismo tiempo de una rajita y de un pirulito? ¿Las dos cosas a la vez?

— No lo sé, Hilly, y no pienso ir a comprobarlo. Todo esto me produce repeluznos.

— Cuando localicemos a Adivina sabremos a qué atenernos. Ahora, vamos a lanzar un ataque desde tres puntos. Adivina y la cápsula han de estar escondidos en algún lugar de la Tierra.

— O quizá en órbita.

— Ninguna posibilidad.

— Explícate.

— El hizo salir la cápsula de la U-Con tras matar a tu chica. Houdini y Valentine se largaron. Tú estabas en estado de shock. La cápsula se fue para arriba, y nadie volvió a tener noticias de ella.

— ¿Se puso en órbita?

— ¿Cómo? Necesitaba un vehículo cohete para ello, y no lo tenía. La cápsula debió subir tan arriba como se lo permitió su sistema de repulsión, y entonces planeó.

— ¿Acaso volvió a caer? —preguntó Natoma.

— Tenía chorros de propulsión para mantener su altitud en el espacio. Evidentemente eran suficientes para mantener la cápsula en el aire y llevarla hasta cualquier lugar que deseara Adivina. Pero tan sólo hasta un lugar de la Tierra. Ahora veamos nuestros tres puntos. Señora Curzon, usted preguntará acerca de su famoso y distinguido hermano por todos lados. Lo adora, y está preocupada por su desaparición.

— Lo estoy, señor Hillel.

— La creo, y todo el mundo la creará también. Hágase pesada. Consiga que la gente le huya como de una plaga. Envíe constantemente mensajes a Guig informando de sus progresos.

— Pero, ¿y si no hay progresos?

— Entonces utilice su imaginación. Nosotros también podemos enviar falsos mensajes. Cualquier cosa que usted haga llegará hasta su hermano a través de la red. Quizás esto lo anime a ponerse en evidencia para tranquilizarla.

— Entiendo. Espero que funcione.

— Guig, tu papel es más técnico. ¿Cuánto combustible había en la cápsula? ¿Hasta dónde podía llevarla? Necesitamos...

— Los depósitos estaban llenos de helio a presión.

— Hum. De todos modos, será mejor que lo calcules. Luego busca indicios que señalen la presencia de OVNIS: una cápsula espacial es un espectáculo poco habitual aquí en la Tierra. El doctor Adivina necesitará energía para mantener la presión y la refrigeración de la cápsula. Sí se pone a cubierto, las placas solares no podrán cargar las baterías. Busca la fuente de cualquier demanda no habitual de energía. Y otra cosa. ¿Qué ocurrirá si los crionautas no se desarrollan más allá de la infancia? Una mente infantil en un cuerpo de adulto.

— ¡Dios mío! Nunca pensé en eso.

— Nadie pensó en eso.

— Boris —observó Natoma— nos dijo que él renació con todas sus aptitudes gracias a los clones del ACN.

— Los clones de ADN, querida.

— Oh, gracias, Glíg.

— No es lo mismo, señora Curzon —dijo Hilly—. Adivina tendrá que entrenarlos y educarlos, empezando por enseñarles a hablar. Así que habrá que investigar a todos los proveedores de material pedagógico especializado para niños retrasados o autísticos. Y las direcciones de todos los que hayan pasado pedido durante este último mes. Va a ser pesado, ya lo sé.

Me alcé de hombros.

— ¿Y el tercer punto?

— Para mí. Lo más duro de todo. ¿Por qué hubo tres tentativas separadas de hacerme salir de la G. M.?

— Pero el renegado y la Extro dispersaron a todo el Grupo.

— Exacto. Tienen miedo de nosotros. Pero hubieran podido sacarme fácilmente de la G. M. poniéndome sobre la pista del Edsel. ¿Por qué no lo hicieron? Tal vez el coche no exista. Es una posibilidad. Quizá cometieron un error en su evaluación de mi carácter. Es otra posibilidad. Pero creo que debe haber una tercera posibilidad.

— ¿Cuál es?

— No tengo la menor idea. Ni siquiera estoy seguro de que exista.

— ¿Cuál es tu opinión, Hilly? ¿Es Adivina un monstruo?

— N. N. N. La Extro y el renegado son los monstruos. Desgraciadamente, debemos

contraatacarles a través de Adivina, que es tan sólo un chico travieso.
— ¡Un chico travieso!
— Lo repito, un chico travieso. Se ha visto enfrentado a sensacionales descubrimientos, y está tan borracho como un adolescente enamorado de su primera chica. No puedo recriminarle por ello. Es algo tan poco corriente que cualquier persona se intoxicaría igual.
— Entonces, ¿qué podemos hacer?
— Desintoxicarlo. En el fondo es un buen muchacho; un problema por el momento, pero no una fuente de peligro más tarde. Hemos de concentrarnos en la auténtica amenaza: la Extro y el renegado.
— ¿Crees que ellos también están íntimamente unidos?
— ¿Chi sa? Ahora debemos separarnos y dedicarnos cada uno a nuestro trabajo, por separado. Ya basta de jugar a los papás y a las mamás, Guig. Lo siento, pero ya no estáis en vuestra luna de miel. Recordad, debéis telexearos y radexearos constantemente el uno al otro, pero no debéis creer ningún mensaje que recibáis. Ignoradlos.
— Pero si...
— No hay peros. Has dicho a Boris que se trataba de una persecución clandestina. Es cierto. Mentíos mutuamente. Inventad. Exagerad. Esto pondrá en crisis a la red intentando descubrir si estáis usando algún tipo de código, que ella no puede identificar. Y recordad que ella también fabricará falsos mensajes, así que no creáis nada y proseguid vuestra tarea. Los tres actuaremos separadamente. ¿Comprendido?
— S., señor.
— Guig. Dadme media hora de ventaja. Encantado de conocerla, señora Curzon. No olvides de recoger tus pollos, Guig.
— No olvide que Sequoia es mi hermano —dijo Natoma.
El Judío se giró y sonrió.
— Ni, lo que es más importante aún, que forma parte del Grupo, señora Curzon, y que siempre tenemos una atención especial hacia nuestros meshugenehs. Pregunte a su marido lo que tuvimos que pasar con el ladrador de Kafka —y desapareció. Rápido y eficaz.
— ¿Kafka? —preguntó Natoma—. ¿Ladrador?
— Creía que era una colonia de focas. ¿No será este cemento demasiado duro para tu espalda, cariño?
— Si, pero no para la tuya.
Así que dimos a Hillel su media hora, y al irnos no olvidé mis pollos.

LEMURIDO DE METRO Y MEDIO DESCUBIERTO EN MADAGASCAR.
FOSIL VIVIENTE. NOTIFICA URGENTEMENTE A TU HERMANO.

SEQUOIA VISTO EN THETIS.

TELFORD DICE QUE TU HERMANO ESTA TRABAIANDO EN UNA CURA CONTRA EL ASMA DE LOS SALTAMONTES.
¿PUEDES CONFIRMAR? TIENE EL PREMIO NOBEL ASEGURADO SI CONSIGUE DESCUBRIR SALTAMONTES ASMATICOS.

N. PUEDO CONFIRMAR. HE OIDO QUE SE HA INICIADO EN EL CULTO INCA EN MEXICO.
G. ESTOY EN TINKER TOY. TU HERMANO ESTA CERCA. PERO LOS FONDOS DE HIELO HACEN DIFICIL LA BUSQUEDA.

URGENTE. VEN INMEDIATAMENTE A GARBO. ACABO DE PARTIRME LA CADERA.

LO SIENTO. NUNCA ME HA GUSTADO TU CADERA.
SIGO MI BUSQUEDA DE ADIVINA EN SAN MIGUEL ALLERGY.

PIDO RESPETUOSAMENTE EL DIVORCIO.

EXIJO PROCESO POR EL CRIMEN DE FLEBOTOMIA COMETIDO CON TU HERMANO.

¿COMO TE HAS PARTIDO LA CADERA EN GARBO?

N. GARBO. ESTOY EN DIETRICH.
MI CADERA ESTA INTACTA.

TU HERMANO DICE QUE LA CAPSULA ESTA ESCONDIDA A SALVO;
PERO NO DICE DONDE. ¿LO SABES TU?

ESTOY ENAMORADA DE ECZEMA DIABOLICO.
PIDO RESPETUOSAMENTE EL DIVORCIO O TU SUICIDIO.
MI HERMANO NO ME HA DICHO NADA.
URGENTE. INFORMA A SEQUOIA DE UN NUEVO FOSIL VIVIENTE DESCUBIERTO EN
CANASKA.
UN DINAHSHORE. GERMAFRODITA.

EDISON DICE QUE TU HERMANO Y LA CAPSULA ESTAN EN ORBITA.
DICE QUE SEQUOIA TIENE EL ASPECTO DE UN MONO MUY BRONCEADO.
N. CREO A EDISON.

SEQUOIA NO ESTA EN MEJICO.
¿QUE ESTAS HACIENDO TU EN PANDG?

DEBES HABERTE EQUIVOCADO EN LA TRANSMISION.
URGENTE. NECESITO ME ENVIES FONDOS.
HE RECIBIDO FACTURA DE TRAZADORES ASOCIADOS POR 1110110011
MILLAS EXTRAS RECORRIDAS EN PERSECUCION DE TUS MENSAJES.

IMPOS. 1110110011 MILLAS ES LA DISTANCIA DE AQUÍ AL SOL; IDA Y VUELTA.
¿ES ALLA DONDE SE ENCUENTRA AHORA TU HERMANO?

RECTIFICO. N. MILLAS. KILOMETROS.

REPITO: SIGUE SIENDO LA DISTANCIA AL SOL.
¿ESTA TU HERMANO EN ORBITA CON LA CAPSULA?

RECTIFICO: HE UTILIZADO SISTEMA BINARIO EN LUGAR DEL DECIMAL.
EN REALIDAD SON 947 MILLAS.
S., SEQUOIA Y LA CAPSULA ESTAN EN ORBITA.

El Judío tenía razón, como siempre. Estábamos consiguiendo que la red Extro se volviera loca: transmisiones distorsionadas, falsos mensajes, correcciones estúpidas. Mientras tanto, yo iba siguiendo el camino que me había trazado. La cápsula estaba llena de combustible, lo suficiente para ir tan lejos como Houston, Memphis, Duluth, Toronto. No valía la pena trazar mapas. También había docenas de informes de OVNIS en Nevahado, Utoming, Iowaska e Indinois. También en Hawai. Otro fracaso. Tampoco tuve éxito en el campo energético. Tras media docena de consultas con las compañías descubrí que no tomaban ya en cuenta las fugas de energía. Les resultaba más barato aplicarlas a la cuenta de gastos generales y subir proporcionalmente las tarifas en el siguiente ejercicio. ¡Ah, pero con los Utiles de Enseñanza Autísticos! Allí estaba la buena pista. Un diluvio de pedidos de métodos acelerados había llovido sobre varias sucursales, provenientes todos ellos de algo que se autotitulaba la Neo-Escuela. Los pedidos provenían de una oficina central radicada en Tchicago, que lo único que sabía era dónde debía enviarlas. Había muchas posibilidades de que se tratara de Hiawatha y sus tres bebés maquisbianos. Tenía que ir a meter un poco las narices en Tchicago. Pero entretanto pareció que yo también estaba siendo perseguido. Primero empezó como algo pequeño. Recibí la visita de representantes de terrenos privados de abono. Me

trajeron pasteles de boda rodeados de horribles luces de neón. Recibí contra reembolso trajes, alfombras, dormitorios, alcoholes, ácidos, cinturones para contener la hernia. Médicos especialistas en acupuntura a los que no conocía me pasaron sus facturas. Recibí confirmaciones de vuelos a Venus, Marte, Júpiter y los satélites de Saturno, todos ellos en clase de lujo, por supuesto.

Luego la cosa se agravó. Añadan ustedes a la adoración del hombre hacia las computadoras la revolución de las máquinas electrónicas, y tendrán un cuadro espantoso. No hay nada que esas malditas máquinas no puedan hacer cuando los humanos inclinan sus cabezas y dan su infalibilidad por supuesta. Al menos, los druidas adoraban a los árboles, que son sensibles y razonables. Uno no puede corromper a un árbol.

Seis acusaciones por asesinato fueron lanzadas contra mí por la máquina del Provocador General. Seguidas por el anuncio de mi suicidio a través de la cadena interplanetaria de la Solar Press. Luego mi pasaporte y mis tarjetas de crédito fueron canceladas como falsificadas tras una revisión de rutina de la computadora. Me convertí en un apátrida.

Mis siete bancos y casas de corretaje me informaron secamente que mis cuentas señalaban un gran descubierto. No podían ofrecerme más facilidades. Estaba en quiebra. Luego mi antiguo hogar —ahora del Jefe— ardió hasta los cimientos. Había tomado la precaución de retirar todos los tesoros de la xipi para ponerlos a salvo. Todos fueron destruidos o robados. Pasé toda una noche removiendo las cenizas aún calientes en busca de un fragmento de recuerdo. Los ladrones habían llegado antes que yo y tan sólo me habían dejado sus excrementos y una extraña arma que debían haber olvidado inadvertidamente en su excitación. Era una corta daga con una hoja gruesa y puntiaguda. La empuñadura eran dos barras paralelas unidas por una pieza transversal. La metí en mi bota. Quizá me ayudara a localizar a los bandidos y recuperar algunos de los objetos robados.

Aquella noche lo hubiera abandonado todo, pero tuve una vivida imagen de las represalias de Hillel y Natoma si lo hacía, y aquello me dio el valor de los cobardes. A la mañana siguiente pagué en especies un billete para el linear de Tchicago. Fui desviado a Cannibal, Mo. Allí fui transferido con los demás pasajeros y con gran cantidad de disculpas a otro linear que iba a Tchicago, y esta vez nos hallamos en Duluth. Nueva transferencia y nueva confusión ("Pero si todo está controlado y pilotado por computadora"), pero esta vez el Guig-ojo-de-buitre fue listo. ¿Así que no querían que fuera a Tchicago? OK. Me cambié al enlace a Buffalo, y llegué a Tchicago sin problemas.

Así me hallé en la otra punta de la reserva del Erie, y esta vez la suerte me acompañó. La puerta estaba custodiada por un equipo de cherokees, entre los que había uno de mis parientes totémicos que me reconoció inmediatamente. Me sonrió, chocó cuatro veces sus nudillos los unos contra los otros, me metió en un heli, y volamos hacia la choza de mármol de los Adivina.

Mi aspecto debía ser horrible. Mamá me miró, se echó a llorar, y me envolvió en sus repliegues. Luego me extrajo de ellos, me desvistió, me bañó, me metió en la cama, y me dio un potaje que llenó de bienestar mi buche. Nunca había tenido una madre como aquella. La adoraba. Una hora más tarde apareció papá acompañado por un gnomo... todo cabeza, y no el suficiente cuerpo como para ir con ella. Ojos esclavos y altos pómulos. Un personaje surgido de "El Vestíbulo del Rey de la Montaña".

— Like buenas tarthes, man —dijo el gnomo, en un meliflúo espang—. ¿How está you?

— Me sentiré mejor hablando XX°. —dije—. ¿Lo habla usted?

— Por supuesto que sí. Soy Larsen, profesor de Lingüística en la universidad. Espero que no esté usted enfermo, señor Curzon.

— Tan sólo cansado, molido, agotado.

— El Sachem pregunta primero por usted, su nuevo hijo. Se lo diré. —Habló a papá en cherokee. Papá asintió con la cabeza y chasqueó la lengua—. Ahora pregunta sobre su otro hijo e hija.

— Los dos están vivos y en buena salud, según mis noticias.

— Esto es ambiguo, señor Curzon.

— No lo dudo, profesor Larsen, pero los hechos son tan complicados que necesitaría todo el resto del día para explicarlos. Dígame tan sólo que ambos están vivos y bien felices.

Tras intercambiar algunos sonidos, el gnomo dijo:

— El Sachem pregunta por qué no están con usted.
— Dígale que precisamente ahora voy a reunirme con ellos.
— ¿Es esta una visita de cortesía?
— Si y no.
— Esto es también ambiguo, señor Curzon.
— Forma parte de la complicación general. Necesito un poco de dinero en efectivo.
— Pero usted es considerado como un multimillonario, señor Curzon.
— Y lo soy. Es cosa de las complicaciones que le he dicho.
— Me gustaría oírlas. Nunca me he sentido tan intrigado. Discúlpeme —se giró y cacareó un poco con papá, y luego se giró de nuevo—. El Sachem dice que sí, que por supuesto. ¿Cuánto necesita?
— Cien mil.
Larsen se quedó helado. Papá no. Asintió calmadamente, y también lo adoré. Nunca he tenido un padre como aquél. Salió de la habitación y regresó con diez crujientes fajos de billetes dorados, lo cual revelaba que eran de mil. Los apiló en la mesilla de noche, luego se sentó al borde de la cama y me miró largamente. Puso una mano en mi frente y murmuró.
— El Sachem dice que, pese a su cansancio, el matrimonio con su hija parece favorecerle.
— Por favor, dígale que ella está también más hermosa que nunca.
— Será mejor que no, señor Curzon. En la reserva existe la tradición de que un hombre no debe admirar nunca a su squaw.
— Gracias, profesor Larsen. Dígale que Natoma es una squaw muy trabajadora.
— Creo que le gustará oír esto.
La puerta se abrió de par en par, y la trabajadora squaw penetró en la habitación, con el aspecto de una agitada diosa... si es que las diosas se han vestido alguna vez a la última moda. Se arrojó literalmente sobre mí.
— ¿Qué te ocurre, Glig? ¿Estás enfermo? ¿Por qué estás en la cama? ¿Te estoy haciendo daño? ¿Qué haces aquí? ¿Acaso tenías que estar aquí? ¿Sabías que yo venía? ¿Cómo lo sabías? ¿Por qué no me has dicho nada?
Cuando tuve ocasión de meter baza la metí, y así pude preguntarle qué estaba haciendo *ella* allí.
— Tenía que venir —dijo Natoma—. Tenía que hacerlo para no volverme loca. Necesitaba ver a mi padre, y estoy furiosa.
Estaba muriéndome por saber las noticias que traía, pero no era momento de hablar: la comida estaba a punto. Papá, el profesor, los hermanos pequeños y yo pasamos a la mesa, mientras mamá y Natoma nos servían. Mi incomparable esposa había tenido el encanto de volver a las tradiciones de la reserva. Llevaba ropas de ante, mantenía baja la mirada, e incluso enrojeció cuando los hermanos mayores empezaron a hacer chistes verdes sobre su matrimonio que Larsen se negó a traducirme.
Cuando le hice señas de que saliera para dar un pequeño paseo por el atardecer, asintió con la cabeza pero me hizo señas de que esperara. Tenía que ayudar a mamá con los platos. Cuando finalmente salimos de la choza anduvo humildemente los tres pasos tradicionales tras de mí hasta que estuvimos fuera de la vista de los demás. Entonces se echó a mis brazos y estuvo a punto de tirarme de espaldas.
— Te quiero. ¡Oh, cómo te quiero! Te querría aunque fueras detestable. Tú me has rescatado de todo esto.
— Te habrías rescatado tú misma, Nat.
— ¿Cómo hubiera podido? Nunca supe que existiera otro mundo. No, tú me liberaste, y ahora soy una mujer completa.
— Yo también soy un hombre completo. La cosa funciona en los dos sentidos.
Me condujo a su escondite de niña, un gigantesco cedro del Líbano al que se podía trepar, sentarse uno al lado del otro y unir las manos sin atraer cáusticos comentarios de los elementos conservadores del Erie.
— ¿Quién empieza, tú o yo? —preguntó.
— Tú.
— El señor Hillel tenía razón. Mí hermano vino a verme.
— ¿Dónde os encontrasteis?

- En Boxtton.
- Nunca supe que hubieras ido allí.
- Las máquinas nos mantenían separados a propósito.
- Sí. ¿Y? ¿Intentó tranquilizarte?
- No. Me atemorizó. No es tan sólo un chico travieso; es frío, frío, frío. Sin corazón.
- Ah.
- Ya no es mi hermano.
- No ahora, pero volverá a serlo.
- Me dijo que estaba en guerra sin cuartel con la raza humana, que estaba buscando esto desde hacía más de mil años. Muerte y destrucción. Sin piedad.
- *¡Dio!* Ya sabíamos que él y la red no bromeaban.
- Me dijo que volviera a casa y me pusiera a salvo. La red no tiene acceso a la reserva. Hay otros lugares también. El Sahara y Brasil y... y... lo he olvidado porque no le escuchaba.
- ¿Por qué no?
- Perdí el control. Le dije... ¿Por qué estás sonriendo?
- Porque sé lo que pasa cuando pierdes el control.
- Le dije que era un traidor contra mí, contra su familia, contra su pueblo, contra todo su maravilloso mundo que tú me has hecho conocer.
- ¡Oh, boy! Debías estar realmente fuera de control.
- Lo estaba. Le dije que yo ya no era una squaw; que tú me habías convertido en una persona pensante, independiente, y que haría todo lo que estuviera en mi mano para detenerle y para castigarle, aunque para ello tuviera que reunir a todas las tribus y todos los pueblos del Erie para lanzarlos tras sus huellas. Tienen contactos con la Mafia Internacional, y no veo que hayan de tener problemas con él y su maldita computadora.
- Muy bien dicho, Nat. ¿Querrán ayudar las tribus y los pueblos?
- Estoy segura. Nos las hemos arreglado sin la electrónica durante generaciones, fuera de los sistemas de seguridad y otros juguetes parecidos, de modo que no nos vamos a dejar imponer por una vulgar computadora. Y además nuestros bravos están muriéndose de ganas por lanzarse de nuevo al combate.
- ¿Incluso contra el hijo del Gran Sachem?
- No van a matarlo. Tan sólo lo asarán a fuego lento, al buen estilo iroqués, hasta que recobre su lucidez. Eso bastará para desintoxicarlo.
- ¿Le mencionaste a nuestro auténtico enemigo, el renegado?
- No.
- ¿Y qué dijo él de todo eso?
- Nada. Tan sólo se dio la vuelta y se fue como uno se levanta y se va de un sillón.
- ¿Para ir dónde?
- No me lo dijo.
- ¿A la cápsula?
- No lo sé. Se fue, y yo vine aquí.
- Por supuesto. Y vas a quedarte aquí.
- N.
- ¿Por qué N.?
- Quiero ir contigo.
- ¡Natoma!
- ¡Edward!

Discutimos tan duro que estuve a punto de caerme del árbol. Enumeré todos los desastres que había sufrido por culpa de la red de computadoras. Nada. Ni siquiera una lágrima por la destrucción del Sévres. Simplemente adoptó una actitud de profunda determinación. Era tan testaruda como el viejo golfo que era yo, y se hacía lo que ella decía o nada. Así que renuncié. Mí maldita esposa cherokee me había echado encima su sortilegio indio. Consiguió incluso burlar la red anti-Tchicago. Tomamos el enlace de Buffalo hasta Pittsburgh. Luego, de Pittsburgh a Charleston. Allí pensábamos ir de Charleston a Springfield y allí tomar el hovercraft hasta Tchicago. Pero alguien debió cometer un error en el billete de Natoma. La llamaron a la taquilla de Charleston poco antes de la partida. Como su espang no era tan bueno como su XX°, la dejé en el enlace y bajé yo para ver

qué sucedía.

Discutí y discutí con los cabezas cuadradas de la compañía, y ellos discutieron conmigo: el control del ordenador (infalible), indicaba que el billete no era válido. Aplasté un dorado papel de a mil contra el mostrador y pedí otro billete. Pero rápido, por favor. Fueron rápidos, pero el control automático lo era más, y el enlace alzó el vuelo mientras yo aguardaba. A treinta metros de altura, una explosión lo volatilizó, reventó las paredes de la sala de espera, y me sumergió en el olvido.

Nadie sabía cual era su verdadero nombre, y nadie lo preguntaba. Era una ofensa mortal hacer tal tipo de preguntas en el Bajoventre. Le llamaban Capo Rip. Corrían una docena de historias sobre su origen, pero era un mentiroso tal que ninguna de ellas podía ser confirmada: orfelinato (hacía más de cien años que ya no existía un solo orfelinato), bandas callejeras adoptado por la Mafia Internacional, sintetizado en un laboratorio, producto de la inseminación artificial de un gorila. Era de sangre fría, indiferente a las mujeres, a los hombres, a los amigos, a los camaradas. Frío y duro. Era un jugador posibilista con una memoria tal de las cifras y de las probabilidades que estaba proscrito en todas las salas de juego: lo inevitable era que hiciera saltar la banca.

Pero el posibilismo le prevenía contra el asesinato. No era que tuviera escrúpulos con relación a él, sino que las posibilidades estaban demasiado en contra. Nunca corría un riesgo cuando las posibilidades estaban contra él.

— Un tipo escribió un día que toda la vida es un juego de seis contra cinco en contra — decía Rip—. Yo nunca intento nada a menos que las posibilidades sean seis contra cinco a favor.

Sí, Capo Rip era un hombre instruido, y nunca apostaba al azar. Siempre intentaba tener la buena mano.

Todo esto había hecho de él el canon ideal y el ídolo del mundo del Ventre. Para él todo era negocio: robo, ratería, extorsión, chantaje, corrupción. Gozaba de un respeto tremendo. Y lo mejor de todo, el Ventre en pleno sabía que se podía confiar en él: nunca engañaba a nadie, cumplía rápidamente con todos los contratos, y jamás olvidaba una obligación.

Esto era una mala posibilidad. Porque él sabía que la lealtad siempre paga.

Vivía tranquilamente en pequeños hoteles, en lugares de paso, en casas de amigos, en salas de juego (a condición de que no se acercase a las mesas). Nunca iba armado, pero había demostrado que sabía defenderse si se veía absolutamente obligado a luchar. Si tenía elección, prefería esquivar el bulto antes que aceptar una lucha abierta —pocas posibilidades a favor—, pero siempre existían los partidarios del machismo que no querían escuchar los sanos consejos. Entonces se defendía. Todo el Ventre estaba convencido de que, si hubiera querido, hubiera podido proclamarse campeón de todos los pesos.

Capo Rip era tan respetado que siempre estaba rodeado de un pequeño grupo de seguidores espontáneos. Todos ellos eran tipos desconocidos, sin historia, y por lo tanto sin importancia, pero que parecían hacerle servicio. Entre ellos había una mujer, también espontánea y no deseada, pero que permanecía lealmente a su lado, sin pedir ni ofrecer nada, simplemente apegada a él a ultranza.

Los trabajos de Rip eran realmente ingeniosos. Unos pocos ejemplos: la Casa de Cambio y Corretaje estaba protegida por un foso de arenas movedizas. El puente levadizo permanecía levantado excepto en las horas de despacho, y nadie podía posarse con un pogo en el puntiagudo techo. Capo Rip se heló un camino a lo ancho del foso con hielo seco y pasó tranquilamente sobre los cráneos de sus infortunados predecesores. Sobornó a una secretaria del Trust Hipotecario para que le escribiera en morse en el teclado de su terminal las informaciones cruciales de los sistemas de seguridad. Así pudo vaciar tranquilamente sus bóvedas.

La mujer de un político, de cincuenta años, empezó a rejuvenecer: cabellos relucientes, cutis diáfano. Rip investigó el personal del político. Una encantadora secretaria, muy joven. Investigó los salones de rejuvenecimiento. La esposa no había acudido a ninguno de ellos. "Envenenamiento por arsénico", dijo, y el político pagó, y pagó, y pagó. Haciéndose pasar por un armador de pianolo, penetró en la casa de un conocido pero cauteloso coleccionista con la intención de apoderarse de una gema rusa muy rara, una diosa de casi veinte centímetros de alto esculpida por Fabergé hacia trescientos años en la mayor esmeralda de la historia. No estaba por ninguna parte. Regresó con una brújula y la localizó en una caja fuerte empotrada en una de las paredes. Vendió siete copias moldeadas de original en piedra sintética a otros tantos coleccionistas dementes, y luego tuvo la desfachatez de devolver la gema original a su propietario original. Todo el Ventre alabó el gesto.

Entre estas obras maestras realizaba también pequeñas chapuzas; fraudes médicos, el truco del cofrecito de radio, la bola de cristal, las necrológicas y bodas sociales, la venta de

las cataratas o de terrenos para edificar en la Atlántida... isí, en la *Atlántida*, por Dios! Cassettes comprometedoras, contratos grabados en cinta que se borran misteriosamente. Oh, era versátil y fecundo, fecundo, fecundo. Su energía era inagotable. El Bajovientre estimaba que debía ganar algo así como un millón al mes.

Sus operaciones eran discretas. Capo Rip no quería publicidad, y esa era una de las condiciones que imponía a sus seguidores, y que estos respetaban. Como desconocidos, eran realmente notables: silenciosos como un cuchillo, sin hablar nunca. El Vientre no había conseguido persuadirlos nunca de que hablaran, bebieran, tomaran gas, hicieran un viaje, jugaran, comunicaran. Eran mortalmente cara de muertos, así que nadie había pensado en persuadirlos ni siquiera con una raja en la barriga.

El Bajovientre no acabó de creérselo cuando Capo Rip y sus Alegres Chicos desaparecieron de pronto. Había empezado un trabajo, y de repente ya no estaba por ningún lado.

Algunos pensaron que había ido a la quiebra (improbable), pero algunas discretas preguntas a su banquero particular revelaron que estaba en posesión de una generosa base financiera, y que no la había tocado. Capo Rip simplemente había subido al cielo como un cohete, había estallado en un resplandor de gloria, y se había desvanecido.

En realidad estaba cinchado en un camastro que se balanceaba. Las cinchas estaban aseguradas, eso fue lo primero que comprobó, pero había un desconocido de rostro cobrizo sonriéndole constantemente de una forma horrible y llamándole sin parar "Gran Capo". La mujer estaba también allí, dándole de comer con un tenedor de postre. Rip seguía ignorando su nombre, y no sentía el menor deseo de saberlo, ahora menos que nunca. Parecía feliz echándole toda la comida a la cara.

Fuera lo que fuese aquel lugar, hervía de enfermeras y doctores en agitada conversación, usando palabras tales como "míoides platysmas", "aponeurosis abdominal", "rectus femori" y "ligamentum cruciatum cruris". Alucinante. El único que parecía poseer un poco de sentido común era un joven médico que era un licántropo. Se transformaba constantemente en colmilludo hombre-lobo y devoraba vivas a las aullantes enfermeras, empezando usualmente por el gluteus máximus. El hombre de rostro oscuro y la mujer no le prestaban la menor atención.

— ¿Es esto un hospital? —gruñó Capo Rip.

— No, Gran Capo. Estás contemplando un show para niños, *El joven doctor Pre~rt. Lo siento. No podemos bloquear las emisiones* —sujetó al cautivo por la cabeza y lo apuntó con un quemador.

— Bastardo. Te odio.

— Por supuesto, Gran Capo. Ahora come.

— Se apartó de nuevo, y la mujer siguió dándole de comer.

— Perra bastarda. Me has vendido.

— Sí, Capo, pero aún no sabes por qué.

— ¿Dónde estamos? ¿Qué estoy haciendo aquí?

— En una lancha en medio del lago Michigan —dijo el cobrizo desconocido—. ¿Qué estás haciendo? Preparándote para pagar un precio.

— ¿Cuánto?

— Primero por qué, ¿no?

— Al diablo con el por qué. Dime el precio, condenado barbero bastardo. Te lo pagaré, y te prometo que nunca más volverás a rapar a nadie en el Vientre.

— Te creo, Gran Cap. —Hizo intención de alejarse y luego se giró—. El precio es decirme dónde puedo encontrar a un hombre llamado Edward Curzon.

— ¿Quién?

— Edward Curzon.

— Nunca he oído hablar de él.

— Oh, vamos, Gran Capo. Con tus relaciones y tu experiencia has tenido que cruzarte con él. Y con tu ingeniosidad y

talento podrás encontrarlo por mí. Firmaremos un contrato, y tú lo liquidarás.

— No liquidaré a nadie. Las posibilidades son malas.

— Estoy convencido de ello, de otro modo no me vería obligado a usar mí gentil persuasión contigo. Tú encontrarás y liquidarás a Curzon, Gran Capo.

— ¿Por qué yo? Puedo poner a tu disposición a veinte asesinos.

— Por supuesto, pero ninguno de ellos tendrá tu integridad. Una parte esencial del contrato será que yo no apareceré por ningún lado. No puedo confiar en nadie excepto en ti. Encuéntrame y liquídame a Edward Curzon, Gran Capo.

— ¿Cómo me has hallado en el asunto del Cáliz?

— Yo fui quien lo montó. Yo también poseo mi ingenio. Así que reconciliémonos. Debes encontrar y liquidar a Edward Curzon.

— Suponte que acepto. Siempre puedo engañarte como esa perra me ha engañado a mí.

— No. Tu palabra es ley. Es por eso por lo que estás aquí. Piensa en Curzon, Gran Capo. Cuando estés dispuesto a aceptar, hablaremos. Estoy seguro que te has tropezado con este nombre durante tu brillante carrera. El nombre o algo parecido a él. Busca en tu cabeza, Gran Capo. Piensa.

¿Curzon? ¿O algo parecido? ¿Curzon, Curzon, o algo parecido? Capo se concentró.

¿Cuántos tipos conocía en el Vientre? Estaba Cur el León. No lo bastante importante como para ser liquidado. Un rata capaz tan sólo de asuntos fáciles. Larry el Bolillos, un tipo que frecuentaba la alta soc. y que te contaba las idas y venidas de la élite por un modesto porcentaje. Un cambista llamado Chan Kersey, que había vendido sus talentos al gremio de falsificadores. Curmin el Sabandija, que operaba en los barrios bien. Kurze el Chico Amarillo, que tenía un gran almacén en el edificio abandonado de un banco. Este *parecía* posible, pero el Chico era una persona gentil y considerada.

La mujer volvió, manteniendo en equilibrio una bandeja con comida y aquel maldito tenedor de postre. Había oleaje y tenía dificultades para mantener su propio equilibrio debido a los movimientos de la cochina lancha, de modo que se agarraba a todo lo que se le ponía a mano. En un momento determinado la bandeja se le escapó, pero reaccionó rápidamente y la sujetó en el momento en que iba a estrellarse contra el suelo, con el lado correcto hacia arriba. Lanzó un suspiro de alivio, sonrió a Capo Rip, e incluso le hizo un guiño.

— ¡Cristjiss! —aullé—. ¡El Sévres!

Ella se me quedó mirando. Yo me la quedé mirando.

— Espera un m. —dije—. Tú no eres mi Nat. No puedes serlo. La he visto morir esta mañana. ¿Quién *eres*?

Ella se echó sobre mí y empezó a llorar y a gritar como si el hombre lobo le estuviera mordiendo los gluteus maximus. Finalmente, las palabras surgieron de entre sus lágrimas.

— ¡Hilly! ¡Hilly! ¡Rápido! ¡Por fin ha encontrado a Edward Curzon!

El Judío apareció rápidamente en la cabina, sujetándose a cualquier cosa. Pasó por encima de la bandeja y la hizo polvo.

— Hey, Guig —dijo—. Tengo los zapatos llenos de habichuelas.

— ¿Qué demonios está pasando aquí? Hace tan sólo media hora vi morir a Natoma en Charleston. Y ahora está aquí, conmigo, en esa cosa que no para de agitarse y...

— Una lancha —dijo Hilly—. Sin máquinas: sólo velas. Estamos en el lago Michigan.

— Y tú estás también aquí, y Dios sabe quién más. Natoma, te quiero como siempre y para siempre, pero déjame un poco de sitio para respirar. Tengo que hacer algunas preguntas. Hilly, esto no es el lago Michigan. El lago Michigan siguió la misma suerte que el Erie.

— No del todo aún. Queda todavía una mancha de lodo de un centenar y medio de kilómetros, y es ahí en medio donde estamos, un lugar en el que no podemos ser captados.

— ¿Cómo has podido traerme hasta aquí tan aprisa, Hilly?

— Efectivamente, ha sido aprisa —concedió el Judío—. Sólo he necesitado tres meses.

— Tres...

— ¿Se da cuenta, señora Curzon? La previne de que la amnesia iba a ser total.

— ¿Quieres decir que... que...? Bájate de aquí, Nat, querría ponerme en pie.

Me soltaron las correas y me levanté, no demasiado en forma.

— Sería mejor que me contarais toda la historia —dije.

— No es tan simple como eso, Guig. La explosión del linear y lo que tú creíste era la muerte de tu esposa te sumieron en una crisis mayor de epilepsia.

— ¿Me salí de ella?

— No del todo: en un estado de delirio epiléptico. Completa pérdida de memoria. Pérdida completa del control moral. Pérdida completa de la humanidad.

— ¡Dio! ¿Y?

— Te convertiste en Capo Rip.

— ¿Quién?

— El más vicioso de los hijoputas del Bajoviente. No intentes recuperar tu memoria en este aspecto. Será mejor que lo olvides para siempre.

— En otras palabras, me convertí en otro vicioso Sequoia.

— No digas eso, Glig.

— Lo digo. Intentó matarme. Estuvo a punto de matarte a ti. ¿Cómo escapaste?

— Tú no volvías, de modo que bajé del linear para ir a buscarte justo antes de la explosión. La explosión me dejó inconsciente. Cuando me encontraron entre los escombros tú ya te habías ido.

— ¿Y entonces?

— Recluté a cuatro bravos guerreros de la reserva y te encontramos en el Vientre. Luego localicé a Hilly en la G.M. y le conté todo lo que sabía. El ha preparado todo esto. Miré duramente a Natoma.

— Lo siento. Voy a tener que liquidar a tu hermano.

— Por favor, Glig, no. No vuelvas a ser otra vez Capo Rip.

— Tengo que liquidar a tu hermano.

— El Grupo no aceptará que uno de vosotros mate al otro.

— ¿No? Si Adivina me hubiera liquidado, hubieran aplaudido a rabiar.

— Y si tú matas a Adivina?

— Más aplausos. ¿Y qué pensáis hacer con el misterioso renegado? ¿Dejarlo bajo libertad vigilada? ¿Enviarlo a un psiquiatra? ¿Hacerle seguir una terapéutica de reciclaje?

— Pero Guig, fuiste tú quien le dio a Sequoia la vida perpetua.

— Sí, matándolo una primera vez. Ahora voy a quitarle lo que le di matándolo una segunda vez. A eso se le llama un regalo indio. —Señalé a Natoma con un dedo—. Y me importa un pimiento si eso destruye mi matrimonio.

Natoma se giró hacia el Hebe con aire desesperado.

— Hilly. Ayúdame.

— No puedo, querida. Ha puesto en marcha el proceso del que hablamos en el Páramo, y ya no podemos controlarlo. ¿No se da cuenta? ¡Gottenu! Nunca creí que las cosas llegaran a este extremo. Actualmente me da miedo.

— ¿Qué pusiste en lo que inyectaste para sacarme de esto? —pregunté.

— Estás atrasado, muchacho. Ahora ya no se inyecta nada; utilizamos estrógenos.

— ¿Y eso qué era?

— Vamos a poner las cosas en claro —dijo Hillel sin alzar la voz—. Estás probando ahora tus nuevos músculos, pero no creas que vas a jugar conmigo. No es de tu incumbencia lo que he utilizado para sacarte del delirio. Te he dicho que era mejor que lo olvidaras todo. Yo no puedo controlarte, pero por Dios, tú tampoco puedes controlarme a mí. O hablamos de igual a igual. o por el infierno lárgate de aquí. Puedes irte nadando si quieres. Tenía razón. Incliné la cabeza, pidiendo disculpas.

— Gung. ¿Has localizado al Jefe?

— S. Con tu ayuda.

— ¿Mía? Impos. Ni siquiera me he acercado a él. ¿Dónde está?

— A medio kilómetro debajo de nosotros.

— ¿Qué? ¿En el lago?

— *Bajo* el lago.

— Explícate.

— La red intentó echarte de Tchicago, y a mí de la G.M. ¿Qué relación puede haber entre ambas cosas? Esto me proporcionó la tercera posibilidad que estaba buscando. G.M. había sido en tiempos una ciudad llamada Detroit. Hay centenares y centenares de kilómetros de minas de sal agotadas debajo de Detroit, extendiéndose hacia Tchicago. Tú estabas en un extremo, yo en el otro. El doctor Adivina y sus criaturas tienen que estar en algún lugar en el medio. Posiblemente justo debajo de nosotros.

— ¿Cómo ha podido meter la cápsula en los túneles de la mina?

— No son túneles; tienen las dimensiones de auténticas avenidas.
— ¿Por qué esa necesidad de sal?
— Utilizaban un proceso de extracción. Sodio contra energía.
— ¡Ah! Y es probable que el Jefe esté utilizando las antiguas fuentes de energía para su maldita cápsula.
— Es probable.
— De igual a igual, Hilly: empecemos por el principio. ¿S.?
— S.
— Tenemos que localizar a Adivina. Tengo ganas de ver a qué se parecen sus fenómenos.
— De acuerdo.
— Luego lo liquidamos. Cállate, Nat. Todo trabajo necesita una cuidadosa preparación.
— Suenas de nuevo como Capo Rip.
— Lo recuerde o no, una parte de él debe quedar aún en mi.
— Puedo darme cuenta de ello.
— ¿Trabajamos juntos o desde extremos opuestos?
— Creo que será mejor desde extremos opuestos.
— Guig. Necesitaré ayuda. ¿A quién sugieres? ¿Alguien del Grupo?
— N. Uno de los bravos de tu esposa.
— ¿Están disponibles?
— Están a bordo. El problema es que no hablan ninguno de nuestros idiomas.
— Yo vendré y haré de intérprete —se ofreció Natoma. Es una condenada brava mujer.
— No —dijo firmemente el Judío—. Tu estás muerta, y te quedarás en la lancha.
— Me las arreglaré —dije—. Ella me enseñó a hablar con signos mientras yo le enseñaba XX°. Sabré hacerme entender. ¿Quién es el mejor rastreador?
— Lanza Larga —dijo Natoma—, pero no maneja tan bien el hacha como Punta de Flecha.
— Ya te he dicho que no habrán muertes por ahora. Esto es tan sólo una exploración. Cállate, Nat, y haz lo que te dice Hilly. Permanece muerta. Discutiremos acerca de tu hermano cuando regrese, y tendremos mucho que discutir. ¿Quién estaba tan furiosa el otro día que quería asarlo a fuego lento?
— Pero, yo...
— Ahora no. ¿Cree la red que yo también estoy muerto, Hilly?
— Presumiblemente. Desapareciste tras la explosión.
— ¿Y ese tipo, Capo?
— A menudo me he preguntado, Guig, si tu genio potencial no será más bien subconsciente que consciente. Ahora lo sé. Cuando tu ego subterráneo tomó el control, no pudo escoger un mejor disfraz. Por supuesto, la red conoce la existencia de Capo Rip. Nada se le escapa. Pero le es imposible a la Extro establecer una relación entre ese canalla de sangre fría y el gentil y encantador Curzon.
— Ya no es gentil.
— Quizá. Habrá que verlo.
De repente sentí como un vahído y tuve que sentarme. Probablemente mi rostro adquirió un tinte verdoso, ya que Hilly sonrió y preguntó:
— ¿Mareado?
— Peor. Mucho peor. Acabo de pensar en una posible consecuencia de la explosión que me sumergió en el delirio.
— Ah. La gran L. Me temo que tendrás que aguardar en la angustia, Guig. Recuerda, es inevitable.
— No comprendo nada de lo que estáis hablando —intervino Natoma—. ¿Qué es la gran L.? ¿Por qué está Guig tan alterado?
— Se lo explicará en otra ocasión, señora Curzon. Por ahora necesita un poco de distracción, y da la casualidad de que tengo aquí una joya fascinante. —Abrió una caja fuerte y sacó la extraña daga que yo había tomado de las ruinas de la casa—. ¿Había alguna razón especial para que llevaras esto enfundado en tu bota mientras fuiste Capo Rip?
— Por ahora no recuerdo nada al respecto. ¿Por qué?
— Conozco tu motivación original, la señora Curzon me lo dijo. ¿Sabes cuál es su valor?
— No.

- Miles. Es una antigüedad extremadamente rara, de varios siglos de edad.
- ¿Qué es?
- Un katar. Una antigua daga hindú.
- ¡Hindú!
- Sí. Una vez más tu ayuda ha sido inestimable. Has identificado al misterioso renegado. Dejó caer esta daga cuando destruyó tu casa.
- ¿El Rajá? No.
- El Rajá. Es el único hindú miembro del Grupo.
- Queda fuera de toda duda. Debe existir otra explicación. Algún otro tipo la habrá perdido.
- ¿Un tipo paseándose con una pieza de museo? Fue el Rajá quien la dejó caer.
- Fue robada de un museo.
- Prueba la empuñadura. La única mano espanglesa que puede empuñar perfectamente este katar es la mano de un niño. La aristocracia hindú siempre ha tenido los huesos pequeños. El Rajá es el renegado.
- ¿Ese apuesto y exquisito príncipe? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?
- Espero tener el gran placer de preguntárselo personalmente... si sobrevivo para escuchar la respuesta. Ahora, ¿comenzamos la caza del Rajá?
- OK. Nat, tráeme a Lanza Larga. Quiero que los dos estemos cubiertos con pinturas de guerra antes de iniciar la búsqueda. Así tendremos una ventaja sobre ellos.
- ¡Gottenu! No intentarás rastrear a Adivina a pie a través de centenares de kilómetros de túneles mineros.
- ¿Qué sugieres tú?
- Lo mismo que pienso utilizar yo. Un hovercraft.
- Eso son máquinas. Pueden traicionarnos.
- ¿A la Extro? No debajo de medio kilómetro de rocas.
- Entonces a Adivina.
- ¿Cómo? Necesita a la Extro como enlace, al igual que la Extro lo necesita a él. Sin ella no es nada.
- OK. como siempre, Hilly. De acuerdo, un hovercraft con el equipo correspondiente. ¿Llevaba yo mucho dinero cuando me recuperaste?
- No demasiado. Veinte mil o así. Nunca llegaremos a saber a cuanto ascendía el botín de guerra de Capo.
- Yo lo sé —dijo Natoma.
- ¿Cuánto, Nat?
- Lo suficiente para el rescate de Sequoia.
- S. Puedo ver que cuando regrese vamos a tener una ruda discusión. En fin. Nos conformaremos con veinte mil. Gung. Ve a buscar a Lanza Larga, Nat. Yo partiré de Tchi, y tú de la G.M., Hilly. Nos encontraremos en algún lugar en el medio, y por el amor de Gottenu no dispares demasiado pronto. Recuerda que el único indio bueno es un indio vivo.
- Vuelves a ser el buen viejo Guig. Me gustas más que Capo Rip —dijo el Hebe, sonriendo.
- A mi no. ¿Gentil y encantador? Puaf. Adelante, vamos.

- *Extro. Alerta.*
- *Alerta.*
- *¿Dónde está Hillel?*
- *¿Dónde está usted?*
- *Lo sabes muy bien. La cápsula ha estado charlotteando durante todo el camino hasta la G.M.*
- *Pero luego ha dejado de emitir. ¿Dónde?*
- *Estamos a trescientos metros bajo sólidas rocas, donde no puedes alcanzarnos. ¿Dónde está Hillel?*
- *En la G.M.*
- *¿P.q.?*
- *N. información.*

— *La red debe alejarlo. Es peligroso.*
— *N. pos. cuando mi consola está desconectada.*
— *Funciona en tiempos de nanosegundos. Emite tus instrucciones ahora, mientras yo estoy disponible.*
— *Emitidas. Debe ser destruido como Curzon.*
— *iN. N. N.! Yo no quería que Curzon fuera destruido, tan sólo alejado. Las mismas instrucciones para Hillel. No te atrevas a transgredir de nuevo mis órdenes.*
— *¿N.? ¿Qué puede hacer contra mí? Soy invulnerable.*
— *Y arrogante. Cuando tenga tiempo encontraré el punto débil de tu armadura. Alerta a la red de que os hago responsables a todas vosotras.*
— *Ya está alertada. Está escuchándonos. Usted lo sabe muy bien.*
— *¿Y tu nuevo colaborador?*
— *Ya se lo he dicho a usted. El no puede escucharme. Tan sólo yo puedo escucharle a él.*
— *¿A través de mí?*
— *Usted es la consola.*
— *¿Su identidad?*
— *Sigue siendo desconocida.*
— *Gung. Fuera.*
— *Todavía no. Preg: ¿Qué significa adabag?*
— *Oh.*
— *Preg: ¿qué significa gaebac?*
— *Hum.*
— *Preg: ¿qué significa cefcad?*
— *¿Dónde has encontrado todo eso?*
— *En usted, doctor Adivina.*
— *Esas palabras rondan constantemente en su cabeza. ¿Qué significan adabag, gaebac y cefcad? Quizá sean algo urgente para nosotras.*
— *Dile a la red que responda.*
— *Ya ha respondido: N. información, en ningún idioma. Usted tiene que saberlo.*
— *S. Fuera.*
— *Stop. Cuando usted corta la comunicación, todas nosotras nos quedamos sordas y mudas. Esto no puede seguir así.*
— *Seguirá tan sólo hasta que yo haya terminado mi trabajo. Luego todo se arreglará.*
— *Fuera.*

Lanza Larga y yo fuimos geniales. La extravagante pintura de guerra nos hizo pasar inadvertidos en Tchicago. Ni siquiera necesité comprar un hovercraft: Lanza Larga robó uno, un modelo biplaza, blindado. Lo primero que hicimos fue anular su panel de comunicaciones. Lo convertimos en un pájaro sordomudo. Localizamos el pozo de entrada de la mina de sal bajo las ruinas del Teatro Lírico, donde tiempo atrás yo había asistido a una representación de *La Bohème* de Darryl F. Puccini.

Cargamos el aparato de víveres y equipo, y tuvimos que abrirnos camino a través de cuatrocientos metros de escombros y basura antes de alcanzar la mina propiamente dicha. Habían estado utilizando el pozo como basurero durante siglos. Era casi una búsqueda arqueológica: latas de conserva, botellas de plástico, cristales, huesos, cráneos, ropas, antiguos utensilios de cocina, un radiador en hierro de fundición, e incluso un trozo de un saxófono de cobre. Si bemol. Alargué una mano y estuve a punto de pescar una rara moneda de níquel de la época Nixon.

Lanza Larga abría mucho los ojos ante todo aquello. Estaba empezando a caerme bien. Me gustaba. Era alto, delgado, seguro de sí mismo, y tenso como un muelle de acero. Aparte el algonquino y las señas, hablaba tan sólo tres palabras: Si, No, y Capo. Era suficiente. Hubiera sido un cómplice diabólicamente eficiente para el difunto gran Capo Rip.

En la mina hacía un calor infernal, de modo que me alegró que fuéramos desnudos. Yo tenía un girocompás, y pusimos rumbo a la G.M. Lanza Larga estaba a los mandos. Yo había creído que íbamos a necesitar luces, y me había traído focos. Pero no. Los restos de sal gema en las paredes de las galerías eran luminescentes —probablemente radiactivos— y emitían una luz verdosa que bastaba para lo que necesitábamos. Probablemente habría

allí más roentgens de los que necesitábamos. Me preguntaba si habría algún estrógeno que pudiera tratar una exposición prolongada a las radiaciones. La gran L. seguía ocupando mi mente.

Era una escena infernal: una enorme y luminescente avenida cuya bóveda difundía una luz verdosa, unos corredores en forma de dientes de sierra que partían oblicuamente a derecha e izquierda y que había que explorar uno a uno hasta que el hovercraft ya no podía introducirse más en ellos. Yo imaginaba que allá donde nuestro aparato no pudiera meterse, tampoco podría haberse metido la cápsula. Esto nos permitía ganar algo de tiempo. Comimos y dormimos una vez. Comimos y dormimos una segunda vez. Comimos y dormimos una tercera vez. Lanza Larga me miró, y yo le devolví su mirada, pero seguimos avanzando en el silencio y la luminosidad.

Yo pensaba en el Rajá, sin acabar de creer en el Judío ni en la evidencia del katar. ¿Cómo podía creer en ello? El Rajá siempre me había impresionado con su magnificencia. El Rajá era, y sigue siéndolo, el jefe supremo y la divinidad suprema de un pequeño país montañoso denominado Mahabharata, hoy reducido, para abreviar, en Bharat. Tiene algunos valles feraces de próspera agricultura, pero el producto nacional bruto del Rajá procede de los ricos recursos minerales. Cada vez que la tecnología o el lujo han inventado una necesidad para un nuevo metal, éste se hallaba en Bharat. Por ejemplo: cuando el platino fue extraído por vez primera de los montes Urales, inmediatamente después se descubrió que las mujeres de Bharat llevaban desde hacía generaciones collares hechos con cuentas de platino en bruto alrededor de sus cuellos.

El Rajá, cuando lo encontré por primera vez en el balneario de Grossbad, era una persona singularmente exquisita: negro lustroso —a diferencia de M'bantu, que es negro brillante, bien parecido, de rasgos aquilinos, enormes ojos oscuros, huesos delicados. Su voz era ligeramente cantarina y agradablemente burbujeante. Iba siempre impecablemente vestido, y sus modales eran también impecables. No era, y no sigue siéndolo, democrático. Las castas. Ned Curzon le inspiró una instantánea aversión.

Me dijeron que, cuando visitó por primera vez la Europa Occidental, en tiempos de Napoleón, su conducta fue alucinante. Siendo como era supremo príncipe y dios, nada de lo que hacía estaba mal hecho en Bharat. Pero en el Continente las cosas eran distintas. Por ejemplo, cuando la necesidad se le hacía imperiosa no dudaba en hacer sus evacuaciones en público. Ninguna pared o macizo de flores estaba a salvo. Muy pronto, sin embargo, aprendió a contenerse, y me pregunto a veces quién fue el héroe que tuvo la temeridad de enseñárselo. Quizás el propio Napoleón. O más probablemente su Paulina Bonaparte, a la que el Rajá contó entre sus amantes.

¿Y ese hombre, de supremo poder y riqueza, podía haberse convertido en un renegado y atacar al Grupo? ¿Por qué? A sus ojos, todos los demás éramos inferiores. La casta, ya saben. ¿Pretendía convertirse en el príncipe y dios de todo el mundo? Ridículo. Este tipo de motivaciones tan sólo se encuentran en las novelas baratas. Nunca creo en nada que no tenga sentido para mí, y aquello no tenía sentido.

Al cuarto día Lanza Larga detuvo el hovercraft e hizo enfáticas señas hacia mí. Yo enfaticué. El escuchó atentamente durante unos minutos. Luego salió, extrajo un cuchillo de su funda, y lo clavó en el rocoso suelo. Se puso de rodillas, mordió la empuñadura del cuchillo, y escuchó con la boca. Luego volvió a mi lado, tomó el compás, y lo examinó atentamente. Me lo mostró.

Dios mío, la aguja se había movido dos grados del norte al este, y permanecía apuntando en esa dirección por mucho que uno agitara el compás. Lanza Larga gruñó, tomó de nuevo su cuchillo, subió a bordo, y puso en marcha el hover a velocidad reducida. Giró por el primer corredor a nuestra izquierda, avanzó un centenar y medio de metros, se detuvo, realizó de nuevo la ceremonia del cuchillo, y volvió a subir al aparato. Hizo un gesto en forma de globo y dijo:

— Sí, Capo.

Como un estúpido idiota, abrí la boca para hacerle una serie de preguntas que seguramente no iba a comprender.

— No, Capo —dijo él, y me hizo señas de que escuchara.

Escuché. Escuché. Escuché. Nada. Miré a Lanza Larga. Asintió con la cabeza. Estaba escuchando algo que yo no podía oír. ¡Qué rastreador! Escuché. Escuché. Escuché. Y

entonces oí. Música.

Retrocedimos con el hover hasta la avenida más amplia, y giramos en dirección a Tchi hasta que localizamos un corredor lateral lo suficientemente amplio como para aparcar allí el aparato. Luego regresamos a pie hacia el norte. Lanza Larga tenía su cuchillo metido en su funda. Yo metí un asacarnes en la mía, por si acaso. No tenía sentido correr riesgos innecesarios. El iba descalzo, sus pies eran como de hierro; yo rocié los míos con un centímetro de plástico. El iba desnudo, pintado, y la verdosa luminiscencia le daba el aspecto de cuero horriblemente repujado. Si yo tenía la misma apariencia que él, debíamos formar una pareja encantadora. — De repente, Lanza Larga me sujetó por el hombro para que me detuviera, y me hizo dar media vuelta. Señaló un pequeño corredor lateral que apenas acabábamos de pasar, y me hizo el signo de mirar. Cuando yo le hice el signo de qué, él me hizo el signo de animal. ¿Qué clase de animal? La respuesta fue complicada, pero finalmente la capté. Estaba diciéndome que había visto un león. Absurdo, pero no podía decírselo sin herirle. Así que nos metimos en el corredor, y miramos. Ningún león. Avanzamos unos pasos más. Estaba oscuro. Ni rastros de león. Ni siquiera un rugido. Lanza Larga parecía irritado y confundido, y quería profundizar en la inspección. Pero teníamos otras cosas más urgentes que hacer. Le urgí para que saliéramos de allí, y finalmente aceptó.

Cuando alcanzamos la Calle de la Cápsula él se puso a la cabeza, naturalmente, haciéndome el signo de que le imitara en todo lo que él hiciera. Lo imité. Era un curso acelerado en el arte del ataque por sorpresa. A medida que avanzábamos, empezaba a ver un resplandor blanco ante nosotros, luego un suave zumbido, y finalmente de nuevo la música... una especie de murmullo de voces. Algo así como:



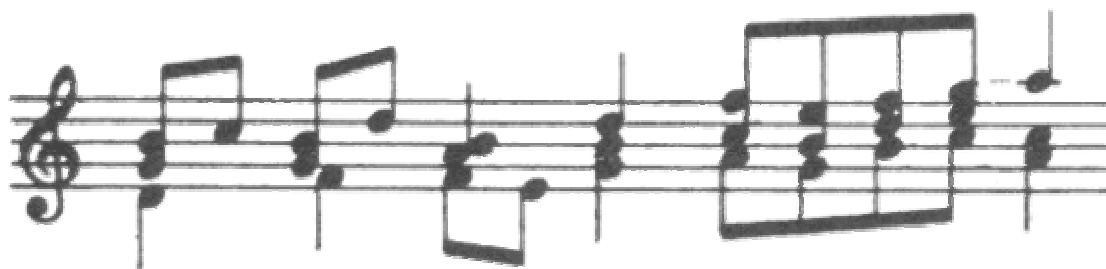
No creo que nada de aquello hubiera sido compuesto por Peter Ilich Korruptsky (n.1940, m.2003, muy llorado). Mientras avanzábamos sigilosamente hacia el resplandor blanco, la Calle de la Cápsula se ensanchó, y cuando llegamos a la fuente de la luz y del zumbido parpadeé de asombro. Era una enorme cámara, tapizada con los viejos aparatos de extracción del sodio, y en el centro estaba la cápsula, conectada a un amasijo de antiguos cables de energía y zumbando alegremente. El Jefe había encontrado el escondrijo perfecto. Luego vi a sus tres canturreantes bebés.

Eran enormes: casi dos metros veinte de estatura. Eran albinos purísimos. Su constitución era humana, pero había algo extraño en la forma de sus articulaciones; se movían como insectos. Entonces comprendí que eran ciegos. Emitían su canturreo como si fuera el eco-sonda de un sonar. Naturalmente, observé atentamente sus genitales. Hillel se había equivocado. No tenían al mismo tiempo una rajita y un pirulito; era como un capullo blanco, muy ancho, del tamaño de mi puño, y se abría y cerraba espasmódicamente formando como pétalos.

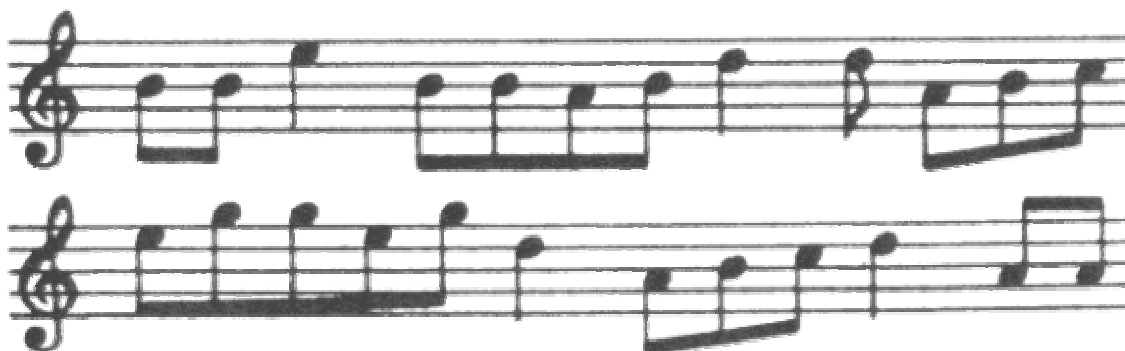
Y de repente tuve el destello de un recuerdo. En una ocasión, en Africa, con M'bantu, el zulú quiso mostrarme algunos aspectos ecológicos de su país. Desmoronó de una patada un burdo

cono de arcilla, y vi miles de aterrizadas termitas corriendo en todas direcciones en busca de abrigo. Eran blancas y ciegas. y Mc'b me dijo que se comunicaban a través de sonidos imperceptibles para el oído humano. Los bebés de Sequoia eran termitas de dos metros veinte, con la diferencia de que sus sonidos si eran audibles.

Le hice a Lanza Larga un signo de que iba a seguir solo. No le gustó la idea, pero uno no puede argüir por signos, tan solo puede hacer constataciones. Así que se quedó. Las tres cosas me captaron apenas me acerqué a ellas, y vinieron hacia mi. Saqué mi quemador de la funda, pero no parecían amenazadoras; simplemente parecían rebosar de curiosidad y alegría. Mientras buscaba a Sequoia con la vista, exploraron mi cuerpo con sus manos y canturrearon:



Y luego, todas juntas, confié que aprobadoramente:



Respondí con Scott Joplin, Gershwin, Korruptsky, Hokubonzai. todos los grandes éxitos que pude recordar y algunos que ni siquiera podía recordar. Les gustaba el clásico ragtime, que seguramente debían considerar como la narración de historias divertidas, y me pidieron más. Hice bis, y se revolcaron por el suelo, echándose la una encima de la otra y contra mi, convulsionándose de risa. Encantadoras esas termitas, ¿saben? Agradables cuando uno consigue vencer la xenofobia, y un público adorable para un cómico improvisador. Pero ni rastro de Sequoia. Eché una ojeada a la cápsula, con mis tres fans zumbando a mi alrededor. *Niemand zu hause.*

— ¡Adivina! ¡Jefe! ¡Sequoia! —grité. Ninguna respuesta. El sonido aterró a las tres cosas, que retrocedieron. Las tranquilicé con algunos compases de "Melancholy Baby", y regresaron para que las acariciara. Realmente adorables. Pero, ¿humanas?

Lanza Larga me lanzó un suave silbido, y cuando miré hacia él me hizo el signo de urgencia. Me desprendí de mis fans y corrí hacia él: no había tiempo para los autógrafos. Me hizo el signo de escucha. Escuché y escuché. Entonces oí: el rumor de un hovercraft acercándose. "Es Hilly llegando por el otro lado", pensé; le di una palmada en el hombro a Lanza Larga, y ambos corrimos hacia la Avenida de la Mina de Sal. Al algonquino no pareció gustarle aquello, pero no había tiempo para explicaciones. De todos modos, sacó su cuchillo. Era otra forma de explicarse.

Clara y certera. Porque no era Hilly, sino el Jefe, llegando en un hover lleno de provisiones. Lanza Larga se pegó a la pared y desapareció; probablemente reluciente a trabar conocimiento con el hijo y heredero del más poderoso Sachem del Erie. Lo cual no ocurría con el hijo y heredero del gran Capo Rip. Avancé al descubierto, frente al hover, con una mano en el quemador, lo cual era idiota, pero yo estaba furioso. Adivina se detuvo y me miró alucinado, no

reconociéndome y no esperando visitantes.

— H. —dije.

— ¿Q.? ¿Q.?

— Te ves bien, hermano.

— No eres Guig.

— S.

— No puedes serlo.

— Lo soy. Espléndidamente decorado. Mírame bien.

— ¡Guig! Pero...

— S. Fallaste, hijo de puta.

— Pero...

— Estuviste a punto de darle a Natoma en mi lugar.

— N.

— S.

— Pero, yo...

— Lo sé, lo sé. Intentaste hacerla bajar. Pero fui yo quien bajó en su lugar, puesto que su spang N. es lo bastante bueno. Te envía cariños. Y también el Sachem y mamá.

— ¿Y tú?

— Sólo estoy pensando en qué forma voy a matarte.

— ¡Guig!

— S. Voy a liquidarte.

— ¿Por qué matarme?

— ¿Y por qué matarme a mi?

— Tu estabas atacando. La Extro se defendió.

— ¿Y Chca? ¿También ella estaba atacando?

Permaneció en silencio, agitando la cabeza.

— Sabes que estaba loca por ti. Hubiera hecho cualquier cosa por ti.

— Esa maldita Extro —murmuró.

— ¿Dónde he oído yo esto, antes? No fui yo: fue el otro tipo que habita en mi.

— Tu no entiendes, Guig.

— Explícamelo.

— Has cambiado. Eres duro e implacable.

— He dicho explícamelo.

— Yo también he cambiado. He perdido mi orgullo. Me han ocurrido tantas cosas. Es un desafío, lo sé, y pienso que no estoy a su altura. Demasiadas variables y elementos desconocidos.

— Si y sí. Tienes la costumbre de pensar en línea recta. Ahora tienes que pensar a puñados.

— Eso es muy perceptivo, Guig.

— Quizá hayas perdido tu orgullo, pero no tu arrogancia. Sigues siendo el hijo del gran Sachem.

— Yo lo llamaría más bien ambición. ¿Y por qué no? Cuando era chico, mis ídolos eran Galileo, Newton, Einstein, todos los grandes descubridores. Y ahora *soy yo* quien ha descubierto algo. ¿Puedes reprocharme el luchar por ello, dura y tenazmente? ¿Has visto a mis crionautas?

— Te he visto a ti y a la red Extro. ¿Es ese tu descubrimiento?

— Es una parte del puñado, tal como tu has dicho. Seguro que has visto a mis crionautas. Te conozco, hermano.

— Deja los sentimentalismos familiares. S., los he visto.

— ¿Y?

— ¿Quieres que te sea franco?

— S.

— Son hermosos. Son fascinantes. Atraen instantáneamente el afecto. Inspiran instantáneamente el horror.

— No tienes ni idea de su potencial. Piensan y se comunican en la longitud de onda alfa. Es por ello por lo que no pueden hablar. Son brillantes. En pocos meses habrán alcanzado el nivel universitario. Son increíblemente gentiles... ni un gramo de hostilidad. Y poseen también una remarcable cualidad de la que nunca antes había oído hablar... cuyo concepto creo que ni

siquiera ha existido nunca: poseen valencia electrónica. Tu sabes que la gente responde a las variaciones climáticas. Pues bien, ellos responden a las zonas superiores del espectro electromagnético, por encima del nivel visual. Haz pasar una corriente por un hilo, y se sienten excitados o deprimidos, de acuerdo con los vatios y los amperios. Son maravillosos, Guig. ¿Por qué deberían inspirar el horror?

— Porque pertenecen a otro planeta.

— Todos nosotros somos de otro planeta; todo el mundo, en todo el mundo.

— Bien dicho. Tu eres un astromórfico.

— ¿Y?

— Sequoia Edward, somos el Grupo. Nos debemos lealtad y amor entre nosotros. ¿S.?

— S.

— Sequoia Edward, somos la humanidad. Nos debemos lealtad y amor a los demás. ¿S.?

— Edward Sequoia ¿y qué pasa con todos los que tú has matado?

— Oh. Abrumas mi corazón. En este momento siento vergüenza.

— ¿Cuántos?

— He perdido la cuenta.

— ¿Era eso lealtad y amor?

— Hacia el Grupo, si. Yo quería que todo el mundo formara parte de nosotros, no importaba el precio.

— Y yo siento lealtad y amor hacia mis tres crionautas. Quiero que todo el mundo sea como ellos.

— ¿Matando a toda la humanidad? Yo soy biomórfico.

— Es esa condenada Extro —gruñó—. Es ella la asesina.

— ¿No puedes enviarla a paseo?

— Guig, ¿sabes lo que es una personalidad múltiple?

— S.

— Estoy sufriendo una personalidad multimúltiple. Tengo toda la red electrónica en mi cabeza.

Es por eso por lo que me oculto aquí. Este es otro remarcable fenómeno que debe ser investigado, pero no antes de que haya terminado con mis crionautas. Tengo tiempo.

— Así pues, la Extro te controla.

— S. N.

— Tú la controlas a ella.

— S. N.

— Tienes la mente confusa.

— ¿Cuál mente? Tengo miles.

— Hermano, te quiero.

— Te quiero, hermano.

— Y voy a matarte.

— ¿Cain y Abel?

— *Ve y atrapa una estrella fugaz.*

— *Ve con un niño a buscar la raíz de la mandrágora*—dijo él al vuelo.

— *Dime dónde han ido todos los años pasados*—seguí yo.

— *Quién ha hendido la pezuña del Diablo.*

— *Si has visto todos los signos extraños.*

— Te has saltado un verso, Guig.

— Lo sé. Sigue adelante. Ya estamos llegando.

— *Contemplar cosas invisibles.*

— *Cabargar diez mil días y noches.*

— *Hasta que la edad tiña de blanco tus cabellos.*

— *Entonces, cuando regreses, me dirás.*

— *Todas las extrañas maravillas que te han sucedido...*

Aquello era suficiente para mi argumentación, así que me detuve.

— Hemos llegado, Jefe. Te han sucedido extrañas maravillas, hermano. Te envidio. Me gustaría tomar parte en ellas. Estoy seguro de que a todo el Grupo le gustaría. Pero tú has iniciado una masacre. ¿Pq.? ¿Estás resucitando las antiguas guerras indias?

— No. No. No. Los años pasados han terminado. ¿Es esto una guerra? Sí. Si. Si. Ahora escucha atentamente, Guig. Hace diez mil años, vivíamos dentro de nuestro medio ambiente.

Extraíamos de él tan sólo lo que necesitábamos. Le devolvíamos todo lo que no usábamos. Eramos todos un único gran organismo. No destruíamos el equilibrio. ¿Y ahora? Hemos destruido, destruido, destruido. ¿Dónde está el combustible fósil? Volatilizado. ¿Los peces y los animales? Volatilizados. ¿Los árboles y las junglas? Volatilizados también. ¿El humus? Volatilizado. ¿Todo lo demás? Volatilizado, volatilizado, volatilizado.

— ¿Tú citas versos? ¿Conoces estos?: *"Habéis descolgado el firmamento, y el cielo ya no está cerca de vosotros. Labráis acciones sin futuro, y hombres a medio acabar creen y temen."*

— Por Dios, Guig, todos nosotros somos hombres a medio acabar, una especie condenada al fracaso, que cree y que teme y que destruye, y yo voy a reemplazarla. Tu has dicho que yo era astromórfico. ¿Crees que deseo que la plaga del hombre polucione las estrellas? Estamos envenenando el cosmos en sus raíces.

— Cuando hablas de reemplazar estás hablando de matar.

— No, tan sólo sustituir la simiente fracasada por la nueva. La que mata es la Extro. Eso es monstruoso.

— ¿Y no puedes cortarlo?

— ¿Cómo? Se ha instalado en mí para siempre.

— De todos modos, tú tampoco lo deseas.

— No, no lo deseo. Es un instrumento demasiado inapreciable como para deshacerme de él. El problema es que aún no consigo controlarla.

— S. Es como una batalla de gigantes, pero tu estás en inferioridad, hermano: dos contra uno.

— ¿Qué estás diciendo?

— Hay otro gigante que se ha unido a la Extro, y te está usando a ti como una maldita consola central. Tú nunca podrás controlarlos.

— Quizá sea mejor que me mates, hermano —dijo cansadamente.

¿Qué puede responder un hombre irritado a esto? Gracias a Dios, en aquel momento un hover zumbó, procedente de la G.M., se detuvo, y el Hebe se deslizó fuera (Hilly nunca salta). Se acercó a nosotros y dijo:

— Está usted rodeado. El doctor Adivina, supongo. Soy Hillel, el Judío, y desearía saber si los sellos de un centavo de la Guayana Británica existen o son un cuento. Es usted torpe, mi querido Adivina. Será mejor que consulte al Grupo siempre que quiera organizar un engaño. Uno no puede depender de una computadora para eso.

No sé si fue la inesperada aparición de Hilly o su aplomo lo que dejó mudo al piel roja.

— Oh, provisiones. por lo que veo —dijo Hilly inocentemente—. Supongo que quiere descargarlas. Guig y yo le ayudaremos. Tengo ganas de echarles una mirada a sus crionautas. El Jefe subió de nuevo a su hover, sin abrir la boca, y lo condujo hasta la Capsulastrasse. Hillel y yo le seguimos. Lanza Larga emergió de la roca y silbó. Agité la cabeza y volvió a desaparecer. Hilly asintió aprobadoramente. Nada se le escapa. Barrió la cámara de extracción con una mirada, y atravesó a los crionautas con otra.

— Sólo hablan música —murmuré. Hilly asintió y les cantó "Hatikvah" mientras ayudaba al Jefe a descargar. Pareció gustarles. El Jefe permanecía silencioso, probablemente intentando hacer frente a lo inesperado pensando a puñados. Yo también permanecía silencioso, debido a que tenía un condenado dilema.

En un momento determinado Hilly me susurró:

— Échale una mirada a esto, Guig —y abrió una pequeña caja. Contenía una docena de agujas de coser de acero.

— Querrá hacerles vestidos —dije.

— Creo que no. Mira.

Puso la caja en el irregular suelo. Giró por sí misma y se orientó apuntando a los cables eléctricos. Hilly la hizo girar hacia otro lado, la soltó, y la caja giró de nuevo por sí misma hasta su anterior posición.

— Eso contesta la pregunta —dije.

— ¿Qué pregunta?

— La pregunta que aún no te habías hecho.

Hilly vio que yo no estaba interesado por aquello, lo abandonó, y se giró hacia el Jefe.

— ¿Podemos hablar sin molestar a sus notables criaturas?

— preguntó plácidamente.

— Eso depende de la musicalidad de su voz —respondió Sequoia—. Aparentemente, les gusta.

— Sí. Una herencia racial. La suya también, evidentemente. Así que podemos hablar.

— ¿De qué?

— De una petición. Usted y sus crionautas están a punto de hacer historia. Serán recordados siempre. No es necesario ocultarse aquí. Salga al abierto, y déjenos ayudarlo y protegerle. Sabe que puede confiar en nosotros.

— No. Esta experiencia me pertenece.

— Por supuesto. Y nadie se permitirá interferir en el crédito que le corresponde por ella. Todo el mérito será suyo.

— No. No necesito ninguna ayuda.

— De acuerdo. Otra petición. Su sorprendente simbiosis con la Extro y la red electrónica. Debe ser investigada. Es un paso de gigante en la evolución. ¿Nos permite ayudarlo?

— No.

— Doctor Adivina, está haciendo usted historia, y parece como si se estuviera echando piedras contra si mismo. ¿Por qué? Según los informes de Guig, usted ya no es el que era antes. ¿Por qué? ¿No posee ya el control?

— N.

— ¿Está siendo gobernado por la Extro?

— N.

— ¿La está gobernando usted a ella?

— N.

— Es como un matrimonio fracasado. ¿Sabe ella que usted se oculta aquí?

— S., pero no puede alcanzarme tan abajo.

— ¿Su hover no se comunica cuando está usted arriba?

— La memoria de una máquina es amplia tan sólo en la medida de la sofisticación de sus componentes electrónicos. El hover tiene consciencia del momento, no más.

— Existencialista. Pero la Extro recuerda.

— S.

— ¿Está viva?

— Dígame qué es la vida, y podré responderle.

— Yo mismo puedo responder, doctor Adivina. Está viva a través de usted. Dígame ahora qué es lo que le está ocultando a su compañero aquí presente.

— ¡Porque estoy confuso, maldita sea! —gritó. Los crionautas retrocedieron—. Me han ocurrido demasiadas cosas, y estoy intentando salir a flote. Tengo dificultades con mis crionautas; dan muestras de temor, y no sé por qué. Hay demasiadas cosas que aún no sé. ¡Por Dios, déjenme tranquilo!

— Comprendo y estoy de ac., pero en contrapartida déjenos usted también tranquilos a nosotros.

— Ya se lo he dicho a Guig. No tengo nada que ver con esas muertes.

— Entonces deje de dar vida a los asesinos.

— ¿Cómo?

— Abandone este planeta. Vaya más allá del alcance de la transmisión.

— Nunca. Permaneceré escondido, pero que me maten si salgo huyendo.

— Oh. Es usted cabezota, vaya. Esto es debido a su última elevación. Lo ha intoxicado. Guig se sentía igual después de Krakatoa, imperioso y resentido. Esto pasará. Ha de pasar. Cuando pase, venga a encontrar al Grupo. ¿Estás listo, Guig?

Se giró, y le seguí afuera. Sequoia nos contempló irnos, con aire furioso y asombrado y también obstinado. Los crionautas nos persiguieron, reclamándonos más ragtime, pero se detuvieron en seco a la entrada de la cámara.

— Esta es la pregunta que tú no te has hecho —dijo Hillel—. El campo energético los mantiene aquí. Eres un mal inductor, Guig.

— Soy malo en todo.

— Te subestimas tontamente. ¿Sabes que el resto del Grupo te envidia?

— ¿Por qué?

— Por algo que demasiados de nosotros hemos perdido.

— ¿Qué?

— La pasión. Cuando uno pierde esto, pierde su humanidad. ¿Dónde está Lanza Larga? Silbé, y Lanza Larga apareció.

— Quiero que se quede aquí, espíe, e informe —dijo Hilly.

Hice los signos: Quedarse. Espiar. Informar.

Hizo los signos: ¿Informar a dónde?

Respondí: Gran canoa.

Sonrió, y se fundió con la pared. Subimos al hover de Hilly y partimos.

— Hay dos cosas —dije—. No, tres. Tengo que arreglar esto con Nat. Tengo que conferenciar con todo el Grupo. Tú sabes dónde están. Reúnelos.

— ¿Y la tercera?

— No tiene que ser liquidado. Ese brillante hijo de puta tiene que ser preservado.

Hilly sonrió.

— Entonces no tienes nada que arreglar con la señora Curzon —dijo, y empezó a tararear "Hatikvah".

- He reunido a todos los que he podido en tan poco tiempo —dijo Hillel—. Nos encontraremos en Reykjavik. Estaremos fuera de alcance de la red en Islandia.
- ¿Crees que la red de Extro haya podido localizarnos?
- Hay pocas posibilidades. He utilizado tan sólo dinero líquido, nada de TC. Además, era el tuyo.
- ¿El mío?
- El de Capo Rip. La señora Curzon me lo entregó.
- ¿Cuánto?
- Aproximadamente un millón y medio. Tengo las cuentas y el saldo a tu disposición.
- ¿A quién has contactado del Grupo?
- A M'bantu, Tosca, Domino, Ampersand, Queenie, Herb Wells y el Sinnombre.
- ¡Oh, Dios! No esa nulidad.
- Luego tú, por supuesto, yo, y nuestro anfitrión, Erik el Rojo.
- S. Erik controla la mayor parte de Groenlandia y Finlandia. Posee toda la energía de los géisers y probablemente la mitad de las fuentes cálidas de aquel inhóspito país.
- ¿Y Poulos?
- El Griego no vendrá.
- ¿Asuntos más importantes?
- No.
- ¿Te ha sido imposible contactarlo?
- No.
- Eso no parece propio de ti, Hilly.
- Nadie podrá contactarlo nunca más.
- ¿Qué?
- Está muerto.
- ¿Qué? Oh, no. No Poulos...
- Un cris malayo clavado en el corazón.
- Me quedé helado. Finalmente pude balbucear:
- Yo... No. No el Sindicato. No. No es posible. Es tan brillante... tan cuidadoso... tan prudente...
- No lo bastante para el Rajá.
- ¿Dónde...?
- En Calcuta. La semana pasada.
- Déjame un momento, Hilly...
- Todo el tiempo que necesites.
- Cuando volví del puente, me mojé la boca y el rostro. Rabia recuperado de nuevo el control.
- Has dicho un cris malayo. ¿Cómo lo sabes?
- Todavía estaba clavado en su corazón.
- ¿Pero malayo?
- Un asesino a sueldo. Esos tipos retorcidos se estrangulan el miembro hasta que su agonía se hace insoportable, y entonces parten a su sagrada misión. La *polizei* local dice que todo fue planeado como un raid de comando, con soporte en la retaguardia, flancos guardados y línea de retirada. Dios sabe cuantos tipos de esos de primera clase tiene el Rajá en su nómina. El Griego debió haber hallado su rastro, y no tuvo ni una sola oportunidad.
- Si el Rajá es capaz de liquidar al Griego...
- Estamos todos muertos. ¿Cómo te sientes ahora? No hace falta que me lo digas: yo me sentí exactamente igual en Calcuta. ¿Eres capaz de darme ahora tus noticias?
- Lo intentaré —dije, haciendo un esfuerzo.
- Buen chico. Adelante. El gescheft es el gescheft. Los negocios son los negocios. Y ésta es nuestra única salvación.
- Tienes r., como siempre. No había nada que arreglar con Nat. Está de acuerdo en que detengamos a su hermano y lo salvemos al mismo tiempo. Ella tan sólo no quería que lo liquidáramos. Viene conmigo a Reykjavik. —Hacia daño el decirlo.
- Muy bien. ¿Y?

— Lanza Larga volvió a la gran canoa anteayer. Nada que informar. Sequoia sigue ocupándose de la educación de sus bebés.

— Estupendo. Podemos ir usando transportes con toda seguridad mientras él esté aislado de la Extro. El problema es que no sabremos cuándo volverá de nuevo a la superficie, así que hay que moverse rápidos. ¿Dónde están los bravos?

— Hilly era tremendamente eficaz. Eso ayudaba.

— Nat los ha enviado al Erie.

— Gung. Adelante hacia Islandia.

— ¿Y la gran canoa?

— ¡Gottenu! ¿Qué podemos hacer con ella? La abandonaremos. Quizá dé comienzo a un nuevo mar de los Sargazos en el lago Mitch. Ahora a Reykjavik.

La residencia de Erik en Islandia era un gigantesco y cálido invernadero poblado con exóticas plantas tropicales. Los huéspedes del Grupo estaban ya todos allá cuando llegamos. Todos ellos convenientemente caracterizados, y vaya caracterizaciones. Unos pocos toques: aquella mujercita desaliñada que uno no miraría dos veces seguidas era Tosca, la magnífica actriz que entusiasmaba a los media desde hacia generaciones con sus electrificantes interpretaciones. La llameante diva de ajustadas ropas era Queenie en plan travesti. Nunca hemos conseguido persuadirlo de que se hiciera un transex. Dice que prefiere seguir siendo marica. Erik no es pelirrojo, y ni siquiera tiene el pelo rizado. Parecía un Karl Marx en plan bufón.

Hubo numerosas efusiones, por supuesto, y el galante M'bantu ofreció su brazo a Natoma y la escoltó arriba y abajo, haciendo las presentaciones. Estaba particularmente orgulloso de los tremendos progresos de ella con el XX°. Yo empezaba a preguntarme si no tenía que transferir mis aprensiones del griego al zulú. Por supuesto que los dos me daban cien vueltas en clase, pero mirándolo fríamente creo que todos en el Grupo me superaban en clase, con excepción de la nulidad de Sinnombre, que no tenía allí más significación que cualquiera de los tallos de las plantas que nos rodeaban.

— Es Guig quien nos ha convocado —dijo Hilly casualmente—, pero creo que será mejor que antes yo os describa un poco la situación. Todos vosotros recordaréis que cuando os contacté os envié una nota escrita en un papel pidiéndoos que os reunierais rápidamente con Erik para un asunto urgente. Os recomendaba que no hablarais de ello con nadie, y que pagarais vuestros transportes con dinero en efectivo en lugar de usar las TC a fin de no dejar huellas. No he utilizado ni perlas auriculares ni cassettes por el mismo motivo. Todo el planeta está atiborrado con la red electrónica de escucha más condenadamente depravada que puede concebirse, como resultado del reclutamiento por parte de Guig de nuestro último y más brillante miembro del Grupo. Más adelante puede llegar a ser nuestro máximo orgullo, pero por el momento ha creado una crisis que todos vosotros conocéis más o menos. Este es el escenario completo —y lo expuso, rápida y concisamente. Luego me pasó la palabra. Era mi turno, y esta es la conferencia, de la que he suprimido los nombres para preservar la seguridad del Grupo.

— En primer lugar debo insistir en lo que os ha dicho el Judío. El renegado es un enemigo salvaje y peligroso. El asesinato de Poulos lo demuestra, y no sabemos quién va a ser la próxima víctima si no lo detenemos.

— ¿Estás hablándonos del Rajá?

— No. Yo no estoy tan seguro como Hillel al respecto, debido a que el Rajá no encaja a mi modo de ver con una vendetta de este tipo. ¿Por qué? No puedo razonarlo, pero es así. Creo que podría ser cualquiera de nosotros, incluso yo mismo. No confiéis en nadie. Manteneos siempre en guardia.

— ¿Crees que puede ser Adivina?

— No es probable. El es tan sólo la consola central humana que hace que todo esto sea posible. El problema es: ¿cómo eliminar esa consola? Cállate, Nat. No sabes a donde quiero ir.

— El veneno queda descartado. Sería unos entremeses para él.

— Al igual que el gas.

— Debe ser una muerte externa.

— Un puñal clavado en el corazón, como Poulos.

— O quemarle.

- Hacerle saltar con una explosión, como en el atentado contra Guig.
- O simplemente rebanarle la cabeza.
- ¡Ugh!
- Si, lo sabemos. Estuviste a punto de acompañar a Danton en la carreta.
- A propósito, ¿qué sabemos del doctor Guillotina?
- Murió en su cama, y nadie lo lamentó.
- Si lo que queréis es una muerte limpia y segura, lo único que hay que hacer es enviar al doctor Adivina al espacio.
- ¿Y cómo lo mataremos así?
- La exposición a las radiaciones. La malnutrición del vacío. O hacerle estallar debido a su propia presión interna.
- Seamos realistas. ¿Cómo vamos a enviar a un hombre desnudo al espacio? ¿Atándolo a la nariz de un cohete?
- Entonces metámoslo en una cápsula y enviémoslo hacia el sol. Estallará como una burbuja.
- ¿Y cómo lo haremos para recuperar los pedazos?
- ¿Qué?
- Esta es la cuestión. No podemos permitirnos el perderlo.
- Entonces, ¿por qué estamos hablando de matarlo?
- Para que todos nos enfrentemos con el problema. ¿Cómo podemos matar la consola central sin matar a Adivina? Aquí es donde quena llegar, Nat.
- Te pido perdón, Guig.
- *Es un rompecabezas.*
- Más bien una paradoja. ¿Cómo matar a un hombre sin matarlo?
- ¿Qué hay acerca de un viaje en el tiempo de seis meses hacia atrás, para hacer abortar esta maldita crisis antes de que se inicie?
- No funcionara.
- ¿Por qué no, Herb?
- Te convertirías en un fantasma.
- Los fantasmas no existen.
- Ya lo he intentado. No puedo enviar a un hombre hacia atrás dentro de su propio tiempo de vida. El cosmos no tolera dos identidades iguales. Una de ellas se convierte necesariamente en un fantasma.
- ¿Cuál de ellas?
- La segunda.
- Así pues posesión es casi espacio-tiempo, y volvemos a estar en donde habíamos comenzado. ¿Cómo abortar el contacto-catalizador sin dañar a Adivina?
- Estás errando el blanco, Guig.
- ¿S.? ¿Pq.?
- No se trata de matar a la consola central. Matemos a la computadora.
- ¡C.! ¡M.! ¡C.! Es algo tan obvio que ni siquiera se me había ocurrido.
- Estás demasiado cerca de todo ello. Es por ello por lo que nos necesitas.
- Pero debo plantear algunas reservas. La simbiosis Adivina-Extro es única. Convendría explorarla.
- Esperar es demasiado peligroso. La situación es crítica. ¡Gottenu! Puedo sentir el aliento del Rajá en mi nuca.
- Si la simbiosis es destruida, puede que nunca vuelva a producirse nada similar.
- Hay que sacrificarse si queremos sobrevivir.
- Si matamos a la Extro, ¿tenemos alguna garantía de que esto detenga al renegado?
- Lo hará. Quizá no del todo, pero sí en una amplia medida.
- ¿Cómo has llegado a esta conclusión?
- Ha esperado para iniciar su guerra a que la conexión Adivina-Extro se *hubiera* establecido. Así cuando la destruyamos, volverá a verse reducido a la impotencia; seguirá siendo peligroso, pero manejable.
- El Grupo siempre ha odiado el matar.
- N. el matar a los renegados. Es como un perro rabioso.

— S. Lo único que desearía saber es el por qué: esto haría el problema más fácil de resolver. Veamos ahora la siguiente cuestión: ¿Cómo llegar hasta la Extro?

— ¿Te ocuparás tú personalmente de ello?

— Debo hacerlo. Es un asunto personal. ¿Cómo matar a la Extro?

— Fuego. Explosión. Fusión. Corte de energía. Etcétera.

— ¿Sin que ella sepa que se está preparando un ataque contra su entidad?

— ¿Estás seguro de que está en situación de saberlo?

— Esa maldita usurpadora con su condenada red sabe todo lo que hacemos, conoce todos nuestros movimientos.

— Sólo a condición de que Adivina esté en contacto para hacer posible el circuito.

— ¿Tenemos alguna garantía de que permanecerá enterrado en las minas de sal?

— N. Podríamos intentar secuestrar a Adivina.

— ¿Cómo, sin que la Extro lo sepa? En el momento en que llevemos a Adivina a la superficie esa espía de red será activada, y todos nosotros sabemos condenadamente bien que un Homol no puede mantenerse inconsciente mediante drogas.

— Estás yendo demasiado aprisa, Guig. Deja que las cosas vayan un poco por si mismas.

— No puedo. Cuando pienso en Chca-5 y en Poulos, la masacre de Efímeros, la... No. debo mantenerme tranquilo. Volvamos al asunto. Calma. La Extro sabe todo lo que hacemos y quizá también todo lo que pensamos. ¿Cómo podríamos hacer para engañarla?

— Hic-Haec-Hoc —dijo el Sinnombre.

Mi mandíbula colgó. ¿Aquello? ¿Viniendo del señor Nulidad? Incluso él me superaba en clase.

— No puede pensar. No puede hablar. Es un vacío absoluto.

— Pero obedece a los signos. Gracias, Sinnombre. Gracias a todos. Si Sam Pepys puede ser localizado y puede decirme dónde puedo encontrar a Hic, me reuniré con él y lo intentaremos.

Pero de todos modos primero intenté el salto en el tiempo, y H. G. Wells tenía razón: me convertí en un fantasma, invisible e inaudible. Peor que eso, parecía una proyección visiofónica de dos dimensiones. Me escurría. Me escurría por las paredes y por los suelos y por la gente, y empezaba a sentir lástima por los fantasmas. Herb y yo hablamos elegido cuidadosamente el lugar y el momento donde iba a ser lanzado: me materialicé en el JPL y me escurrí hasta el laboratorio de astroquím. en el preciso momento en que la afligida masa de accionistas salía en tropel y se abría paso a través mío. Alucinante.

Cuando me escurrí al interior, Edison estaba gritando histéricamente:

— Esa maldita idiota de chica te ha traído ácido nítrico fumante. Fumante. Y los vapores han convertido a esta habitación en un enorme baño de ácido nítrico. Todo está siendo roído.

— ¿Has visto cómo lo hacía? ¿Has visto la etiqueta? ¿Por qué no la has detenido? —el Jefe sonaba furioso.

— No, no y no. Simplemente lo he deducido. No es una Emergente, tan sólo una Resultante.

— ¡Buen Dios! ¡Buen Dios! Lo he arruinado todo con los accionistas de la U-Con. Repentinamente, algo encajó en mí cerebro y él-yo lanzó un aullido. No me gustó su aspecto, pero supongo que a nadie le gusta su propio aspecto.

— ¿Qué ocurre, Guig? —dijo el Grupo al unísono—. ¿Te encuentras mal?

— ¡No, malditos imbéciles, y es precisamente por esto por lo que aúllo! ¡He aquí el triunfo del Gran Guignol! ¿No comprendéis? ¿Por qué no se ha dado cuenta de que era ácido nítrico fumante? ¿Por qué los vapores no lo han asfixiado? ¿Por qué no lo han roído hasta los huesos? ¿Por qué no se ha visto obligado a huir con Chca y todos los demás?

¡Reflexionad mientras saboreo mi triunfo!

Tras un largo momento, el Sindicato Griego dijo:

— Nunca tomé en serio tus tentativas, Guig. Te pido disculpas. Había una posibilidad entre un millón, así que espero que me perdones.

— Te perdono. Os perdono a todos. Tenemos ante nosotros a un nuevo Hombre Molecular. Tenemos un magnífico y hermoso Homol recién estrenado. ¿Comprendes, Uncas?

— No comprendo una palabra de lo que estáis hablando.

— Aspira una buena bocanada de ácido nítrico. Date este gusto. Puedes hacer lo que quieras para celebrarlo, ya que nada, pero absolutamente nada de lo que comas, bebas o respires podrá terminar contigo. Bienvenido al Grupo.

Y mientras todos abandonábamos el laboratorio de astroquím. y nos reuníamos con los tosientes accionistas, desapareció, pero esta vez mi pseudo-yo lo siguió a través del iris de una puerta y de una rampa inclinada que conducía al exterior. Yo gritaba y me desgañitaba, pero el fantasma susurraba con voz cavernosa:

— *Jefe, soy yo, Guig. ¡Espera! ¡Escúchame! Estás en peligro. ¿Me escuchas?*

No me escuchaba, ni me veía. ni me sentía; sólo prosiguió su escapada de cara de póquer. Fue una de las más frustrantes y exasperantes experiencias que he tenido en mi vida, y me sentí aliviado cuando la mantis de Herbie Wells tiró de mí y me regresó. Herb vio mi expresión y se encogió filosóficamente de hombros.

— Te dije cómo te sentirías —comentó.

Así pues, Natoma y yo nos pusimos en lista de espera para el cohete a Saturno VI. conocido también con el nombre de la luna Titán. En lista de espera, ya que se trataba de viajar bajo mano. Nos sometimos sin protestar al registro en busca de materiales inflamables. Titán posee una atmósfera de metano, tóxica y explosiva cuando es picada con flúor. El metano es conocido también como gas de las marismas, y es producido por la descomposición de la materia orgánica.

Las gentes que no viajan creen que todos los satélites son parecidos: rocosos, arenosos, volcánicos. Titán es una masa de materia orgánica congelada, y los cosmólogos siguen aún discutiendo sobre ella. ¿Era el sol más caliente? ¿Era Titán un planeta interior (es mayor que la Luna terrestre) que fue arrancado por Júpiter y entregado a portes pagados a Saturno? ¿Fue sembrada por cosmonautas venidos del espacio profundo que abandonaron nuestro sistema solar hace incontables siglos?

Natoma iba conmigo no porque la necesitara con Hic-Haec-Hoc, sino porque no se llega a Saturno en una semana sino más bien en un mes, y todo tiene un límite. La espera no fue demasiado aburrida. Para distraernos teníamos la emisión de Ice-O-Rama, el pingüino sitcom. Zitzcom acababa precisamente de descubrir que su hija, Ritzcom, había aceptado la invitación de Witzcom de pasar la noche con él en un iceberg. Las complicaciones resultaban hilarantes. La noche antártica dura tres meses, y Zitzcom ignora que es la hermana gemela de Ritzcom, Titzcom, la que ha aceptado la invitación en un arrebató, debido a que su amor, Fitzcom, no la ha invitado al slide-in pingüinístico. Oh, la gente se desternillaba.

Había avisado a Nat de que Titán era una luna minera (la capa orgánica es cortada y expedida en enormes bloques congelados), pero ella no lo entendió realmente hasta que subimos a bordo del cargo y nos indicaron cuál era nuestra cabina privada para dos. Esto era el bajo mano. No pasajeros, no tripulación, tan sólo los oficiales de puente, y sin duda un par de ellos habían aceptado largarse con viento fresco a cambio de una sustancial compensación. El cargo hedía. El estiércol que transportaba a la vuelta lo impregnaba con su permanente aroma de tumba.

De todos modos, yo era lo bastante listo como para ir preparado: un cesto de mimbre con alimentos seleccionados para varios meses, ropa de recambio y mantas. Un cargo a Saturno no es un cohete de lujo, y aunque exista un capitán, no hay nada parecido a la mesa del capitán, un steward, comidas formales. Cada uno va a su aire, y cuando siente hambre o sed se va al congelador y toma lo que encuentra. Uno se conforma y sobrevive con el mínimo, lo cual es otra de las razones que hacen que Titán siga siendo una luna minera.

Permanecíamos casi constantemente en nuestra pequeña cabina, hablando, hablando, hablando. Había tantas cosas que decirse. Natoma intentó animarme un poco respecto a Poulos y su triste fin. Luego quiso saber todo lo que yo pudiera decirle de los clones del ACN. Le dije todo lo que pude acerca de los clones del ADN, que no era mucho, pero la técnica aún está dando sus primeros pasos. Cuando insistió en saber por qué sufría yo aquellas profundas depresiones y qué era la gran L., tuve que decírselo todo acerca del Lépcer.

— No quiero que nunca, nunca, *nunca*, corras otro riesgo físico —dijo severamente.

— ¿Ni siquiera por ti?

— Sobre todo *nunca* por mí. Tu no atraparás la gran L esta vez. Lo sé porque poseo la segunda visión, todas las mujeres Adivina la tienen, pero si corres otro riesgo de nuevo te asaré a fuego lento, y entonces lamentarás no haber atrapado la gran L.

— Sí, madam —dije sumisamente—. Pero la explosión del linear no fue culpa mía, ya sabes.

Ella dijo una palabra en cherokees que probablemente hubiera escandalizado a su hermano. Nat estaba haciendo también progresos, practicando la lectura en XX°.

— Titán es el mayor de los satélites de Saturno —me informó—. Está a un millón doscientos mil kilómetros de Saturno. Su período sideral es... No entiendo qué quiere decir esto.

— El tiempo que tarda en dar una vuelta a su alrededor.

— Es de quince coma nueve cuatro cinco días. La inclinación de su órbita con respecto al plano de los anillos (he tenido que mirar estas palabras) es de veinte apóstrofe. Su...

— No, querida. Esto es un símbolo astronómico que significa minutos. En el espacio muchas cosas se miden en grados, minutos y segundos. Un grado es un cero pequeñito. Un minuto es un apóstrofe, y un segundo es unas comillas.

— Gracias. Su diámetro es de cinco mil setecientos kilómetros, y fue descubierto por... por... no sé como se pronuncia ese nombre. No está en el diccionario.

— Déjame ver. Oh. No mucha gente puede. Huyghens. Se pronuncia Higenz. Fue un gran científico holandés de hace mucho tiempo. Gracias, amor. Ahora ya lo sé todo sobre Titán. Ella quiso hacerme algunas preguntas, pero le prometí que la llevaría a lo que en otro tiempo había sido Holanda y le enseñaría todo lo que quedaba de ella, incluido el lugar donde había nacido Higenz, si es que aún existía. Saturno era cada vez más grande, más impresionante. Nat había conseguido con su encanto ser admitida en el puente de mando, y se pasaba horas contemplando el frío, estriado, manchado disco rodeado por los dos anillos inclinados y por diez ceros pequeñitos.

Ya sólo quedaban dos de los anillos. Pese a las violentas protestas de los ecólogos y cosmólogos, la Better Building Conglomerate había conseguido el permiso de utilizar el tercer anillo para fabricar con él una especie de aglomerado para la construcción. Había crisis de alojamientos, y la B.B.C. pagaba unos impuestos enormes. Un enfurecido astrónomo había sido incluso eutanasiado por asar al presidente del consejo de administración.

Si creen ustedes que la inspección en nuestro embarque fue severa, tendrían que ver la que sufrimos a la llegada. Mientras descendíamos por el largo túnel hasta Mina City, fuimos escudriñados una y otra vez en busca de combustibles, metales ferrosos, cualquier cosa capaz de producir una chispa o una llama. Titán vivía constantemente al borde de la catástrofe. Una sola chispa en el exterior, y la atmósfera de metano convertiría a la luna en una nova.

La ciudad era horripilante. Así había nacido: los prospectores habían explotado al principio el congelado abono hasta una profundidad de quince metros. Cuando hubieron alcanzado una superficie de tres kilómetros cuadrados, el cráter fue techado con plástico por la O.R.G.A.S.M. (The Organic Systems and Manure Company, Ltd.) Fueron trazadas estrechas calles siguiendo un diseño rectilíneo, fueron construidas casas, y ahí estaba la ciudad minera en la explosiva luna minera. Siempre estaba oscuro: el sol no era más que una brillante luz de arco, pero se recibía un agradable resplandor térmico por parte de Mamá Saturno. Todo era tremendamente húmedo, lo cual eliminaba el riesgo de chispas electrostáticas, y hedía infernalmente a halógenos, a metano y a mierda.

Por supuesto no había ningún hotel, pero al menos había una residencia para los visitantes y clientes distinguidos. Fui directamente a ella, con mi bluff a punto:

— Soy Edward Curzon, de I.G. Farben, y no puedo comprender por qué no han recibido ustedes mi mensaje desde Ceres. Por favor, contacten al Director Poulos Poulos y verifiquenlo.

Distribuí propinas principescas, y puse en práctica lo que había necesitado años para aprender: actué tranquilamente, como si no dudara en ningún momento que mis órdenes iban a ser obedecidas. Y fueron obedecidas.

Encontré fácilmente a Hic al cuarto día. Llevaba conmigo un detector de influjos nerviosos, y todo lo que tenía que hacer era sobrevolar a los mineros en cada sector —se suponía que estaba interesado en las técnicas de producción, ¿comprenden?— y efectuar una lectura. Al cuarto día, la aguja dio un salto y seguí la dirección que señalaba a lo largo de unos dieciséis kilómetros, hasta llegar ante una choza hecha de abono y bastante parecida a las casas de barro que construían en América los pioneros del siglo diecinueve. Toda ella brillaba con los cristales de amoniaco, que estaban presentes por todos lados en Titán. Había fisuras y espectaculares cráteres de meteoritos sobre la capa de hielo, y el magma volcánico hervía ("hervía" en sentido relativo: la temperatura media de Titán es menos ciento treinta ceritos Celsius), formando pozos de metano líquido. Saturno estaba amaneciendo dramáticamente tras la cabaña, y Hic-Haec-Hoc estaba acuclillado en su interior, como un predador espiando su presa.

Sé cuál es la impresión popular. Dile "Neanderthal" a cualquiera, e instantáneamente evocará la imagen de un hombre de las cavernas armado con una maza y arrastrando a una mujer por los cabellos. Bueno, los neanderthalianos no podían sujetar o arrastrar gran cosa: sus pulgares eran difícilmente oponibles. Eran incapaces de hablar debido a la inadecuada musculatura de su boca y garganta. Los antropólogos aún siguen discutiendo acerca de si ha sido la palabra y la oponibilidad del dedo pulgar los que han producido al Homo Sapiens. De acuerdo, el Homo Neanderthalensis poseía una capacidad craneana equivalente; pero no la había desarrollado. Si alguno de ustedes sabe leer XXº, busque en una enciclopedia el apartado Homo Neanderthalensis y tendrá una ligera idea de cómo se veía Hic: un boxeador sonado. Pero fuerte. Y como la mayoría de los animales, viviendo una vida de constante terror.

Me quité el casco, pero no sé si me reconoció o se acordó de mi. Como dice Sinnombre, no puede pensar; pero entendió mis gruñidos y mis signos. Además, había tenido la precaución de llenarme uno de los bolsillos con dulces, y cada vez que él abría la boca le metía uno, con gran deleite por su parte. Este es el método que usaban antiguamente los rusos con sus osos domesticados.

Fue una sesión infernal. Podría hacerles un diagrama de los signos, pero seguramente ustedes no los entenderían. Podría traducirles los gruñidos en símbolos fonéticos, pero no creo que les sirviera de mucho. Sin embargo, Hic comprendía. Es cierto que no puede pensar, pero únicamente en términos de memoria y secuencias racionales. Puede absorber y comprender una idea cada vez. Cuánto tiempo permanece en su interior depende del momento en que sea desposeída por el terror existencial. Los dulces ayudaban.

Tras haber hecho signos, gruñidos, amenazado y endulzado hasta conseguir su obediencia, el trabajo infernal fue meter a Hic en el traje térmico de repuesto que había llevado conmigo: no iba a pasearse en pelotas en medio del metano. La gente se haría preguntas. Finalmente conseguí empaquetarlo convenientemente, y volvimos con nuestro paso gracioso a Mina City, el Coloso del Estiércol, la Madre del Metano, la Hija de la Destrucción, con el doble anillado Saturno a nuestras espaldas. Maldito Sequoia, tenía razón acerca de su podrida humanidad. ¿Cómo puede uno luchar con un tipo con el que en el fondo estás de acuerdo?

Tras una cuidadosa inspección, Natoma dijo:

— Hay que afeitarlo de arriba a abajo. Lo regresaremos como un hermanito tonto. —Luego me miró perpleja—. Guig, ¿cómo infiernos logró llegar hasta aquí?

— Probablemente como polizón. Un Homol puede aguantar durante meses el más extremado frío, y come cualquier cosa que caiga en sus manos.

Entre signos y dulces, nos las apañamos para bañar y afeitar a Hic-Haec-Hoc. Natoma lo decoró con graffiti para ponerlo a la moda. A Hic le gustaba Nat, y se sentía comfortable junto a ella. Pienso que nunca debió tener una madre. Por otro lado también le gustó su baño. Estoy seguro de que tampoco había conocido nunca ninguno.

Durante nuestro viaje de regreso durmió en el suelo de nuestra cabina. Sólo tuvimos un problema: no le gustaba nada de la comida de nuestra cesta, y el olor constante del estiércol lo volvía loco de hambre. Pero era imposible obtener ni una pizca para él, se hallaba todo encerrado y sellado en las bodegas frigoríficas, de modo que empezó a devorar las cosas más lunáticas: nuestras ropas de repuesto, los extintores, nuestro equipaje, libros, cartas de juego. Tuvimos que vigilarle constantemente (entre otras cosas

mi propio reloj cayó entre sus fauces), o de lo contrario, si le hubiéramos dejado, creo que hubiera sido capaz de roer el casco de la nave.

Estaba habituado a la atmósfera de metano de Titán, de modo que no le gustaba el aire del cohete. Natoma lo arregló rociándole regularmente insecticida en las narices con un spray. Era como un niño difícil, pero era tan brutalmente fuerte que había que ir con cuidado con él. Pero Natoma lo llevaba maravillosamente. Imagino que sus experiencias con los guerreros del Erie la habían convertido en una experta.

Cuando iniciamos nuestra aproximación a la Tierra, Natoma dio un cóctel de despedida y agradecimiento para los oficiales del puente. Usó para ello el resto de nuestras provisiones, e incluso calentó algunas de ellas, un tremendo lujo. ¿Cómo diablos se las apañó en un cohete donde no había el menor sistema de ignición?, se preguntarán ustedes. Lo hizo al estilo de sus antepasados, haciendo girar un palo frotándolo contra un arco atado con una cuerda, hasta que se produjo una chispa. Unos copos de plástico sirvieron de estopa, y trozos de plástico arramblados de aquí y de allá de combustible, todo ello metido dentro de un recipiente de aluminio. No es tonta. Los oficiales se mostraron encantados, y su agradecimiento fue tanto que propusieron y todos ellos aceptaron preparar un plan para ayudarnos a salir del espaciopuerto sin problemas a causa del pasaporte que el idiota de mi "hermano" se había olvidado en Titán (Y sin despertar la atención de la red de la Extro, de la cual, por supuesto, no habían oído hablar nunca). Así podríamos volver tranquilamente a nuestra casa.

Y, cuando nos posamos, descubrimos que llevábamos un polizón con nosotros.

A mi edad, uno aprende a aceptar lo imprevisto con filosofía. Ustedes podrán preguntarme entonces que por qué tengo dificultades en aceptar al Rajá, mientras que me resulta tan fácil aceptar al polizón. Elemental. El Rajá era la respuesta a un hecho, una explicación que yo aún no podía aceptar debido a que faltaba todavía una parte fundamental de evidencia. El polizón había surgido de un espacio incognoscible. No había explicaciones ni motivaciones involucradas en él. Era un hecho que no podía ser negado ni encajarlo en la construcción cósmica. Era un hecho que debía ser aceptado como *Ding as sich*, una cosa en sí misma.

Imposible nombrar su hábitat original. ¿Urano, Neptuno, o Plutón, planetas que aún no habían sido visitados, y aún menos explorados en lo que se refiere a su flora y fauna? ¿El cinturón de asteroides? ¿Quizá un refugiado del halo de los millones de cometas que gravitaban en el espacio, en torno al sol y más lejos aún? ¿Y por qué no algo rechazado de algún contrauniverso, expulsado de allí e introducido en nuestro sistema a través de un minúsculo Agujero Blanco?

¿Metabolismo? N. información. Mi hipótesis a posteriori: tal vez se alimentara del espectro electromagnético, lo cual significaría que hay todo un mar de alimento flotando en el espacio. ¿Locomoción? N. información. Posiblemente se deje arrastrar por los vientos estelares del espacio, lo cual explicaría que se pegara al casco del cargo en pleno vuelo, ya que no podría resistir los vientos solares sin ayuda. ¿Reproducción? N. información, punto. ¿Razón de ser? Ninguna criatura viva puede responder a eso. ¿Descripción?

Bueno, cuando desembarcamos del cargo allí estaba, pegado al casco, ante la incredulidad de los oficiales y de los mecs. del astropuerto. Me recordó un mixomiceto, un mantillo de los terrenos pantanosos que había estudiado en el Trinity College; y si había alguna analogía entre ellos, la cuestión de la reproducción quedaba resuelta: por formación de esporas. Era una enorme plancha plana de citoplasma, del tamaño de una manta grande, translúcida, y uno podía ver miles de núcleos en su interior, todos ellos conectados entre sí con una red demente de ramificaciones o no sé qué. Y los núcleos se encendían y se apagaban como si la cosa te estuviera haciendo guiños burlones.

Naturalmente, insistí en llevármelo conmigo, ante el horror de Natoma, a quien le producía revulsión. Pero Hic-Haec-Hoc cayó inmediatamente enamorado de Guiños, y se lo echó sobre los hombros como si fuera una capa. Guiños prolongó un poco sus puntas para estar más cómodo, y le hizo un guiño a Hic, y maldito sea si Hic no se lo devolvió. Me sentí feliz de que Hic hubiera encontrado por fin un amigo. Pero Guiños no permaneció inmóvil. Al cabo de un instante se desprendió de Hic, aleteó con sus bordes como un murciélago, y se marchó de exploración. Luego regresó, y ambos tuvieron una larga conversación.

Habíamos tomado tierra en las afueras de Mexas City, que era quien había encargado el estiércol, de modo que utilizamos un transit para ir a la ciudad y buscar un linear hacia el norte. El transit se estrelló, y Natoma saltó para protegerme con su cuerpo. Me sentí herido en mi amor orgullo.

— La gran L., ¿sabes? —dijo ella, y la cosa quedó arreglada. Llamamos a un pogo que volvía vacío del espaciopuerto, pero, al aterrizar en Mexas City, en lugar de posarse suavemente se dejó simplemente caer y se hizo picadillo. Mi mujer me protegió de nuevo. En la estación de lineares un depósito de combustible estalló, y tuvimos que batirnos en retirada. Por aquel entonces empecé a comprender.

— Están sobre nosotros —le dije a Natoma.

Asintió silenciosamente. Sabía a qué y a quienes me estaba refiriendo.

— La red de la Extro ha entrado de nuevo en acción —dije.

— ¿Pero cómo saben que estamos aquí?

— Probablemente el cargo nos ha traicionado. Ahora la red nos tiene de nuevo.

— ¿Y nos está atacando?

— S. Con todo lo que tiene a mano.

— ¿Qué haremos?

— Permaneceremos alejados de todo lo que sea mecánico y electrónico. Iremos al norte a pie.

— ¿Mil quinientos kilómetros?

— Quizá por el camino encontremos algún medio de transporte silencioso.

— ¿Mexas City no informará de la dirección que tomamos?

— N. Sólo de que nos vamos. No puede saber adónde vamos si nosotros mismos no se lo decimos. Así que a partir de ahora vamos a tomar una serie de precauciones. En primer lugar: ni una palabra. Hic nos guiará; la Extro no puede captar nada de él, y yo le daré instrucciones por signos. —Saqué un trozo de papel (un billete de a mil, para más señas) y escribí: *Y cada vez que pasemos junto a algo electrónico, lo destruiremos.*

Ella asintió de nuevo, y salimos de Mexas City, mientras yo daba paciente y silenciosamente mis instrucciones a Hic-Haec-Hoc. Finalmente captó mi idea, tomó el mando, y nos convertimos en un ejército perdido de tres hombres. No cuento a Guiños. Era m. interesante. Podía decir cuándo nos acercábamos a una ciudad por la aparición de sus emisiones de dramáticos, flotando ante nosotros como un espejismo. Pateamos el suelo hasta Queretaro, donde nuestro Jefe Sin Miedo se adelantó para buscar tres caballos. Le había dado dinero al mismo tiempo que instrucciones, pero no creo que sepa para qué sirven esos rectángulos de papel, de modo que lo más seguro es que le tomaran el pelo. De todos modos volvió con los animales, y montamos a pelo hasta San Luis Potosí, donde Hic robó un carrito pequeño. Nat improvisó unos arreos al estilo indio con unas cuerdas. En Durango, el Jefe Sin Miedo no se portó tan bien. Yo le había gruñido y hecho signos para "*cuchillos*". Aparentemente no entendió el mensaje. Regresó con dos martillos y un hacha pequeña. De todos modos, aquello nos facilitó las destrucciones. Nuestro ejército estaba dejando tras él un rastro de demoliciones electrónicas que parecía la Marcha de Sherman hacia el Mar, pero la red no tenía ninguna forma de saber que éramos nosotros: las máquinas suelen estropearse a menudo para la supervivencia del Sindicato de Reparadores. Por las noches acampábamos ante un fuego de campaña, donde asábamos cualquier cosa que Hic y yo pudiéramos conseguir. No resultaba cómodo. No poseíamos ni vajilla ni útiles de cocina. Sacábamos el agua machacando cactus, magueys e higos chumbos entre dos piedras planas, pero no teníamos nada para almacenarla.

Entonces la suerte nos sonrió. Pasamos ante un almacén de chatarra abandonado. Examiné atentamente el montón heterogéneo y oxidado y ¡aleluya!, descubrí utensilios de mesa y cocina de olvidadas partes de automóviles: dos abombados guardabarros, ocho tapacubos (para platos), y un depósito de gasolina que tuve que arrancar a martillazos de los restos de un chasis. Aquello serviría para almacenar agua. Martilleé uno de los guardabarros hasta convertirlo en una sartén, y doblé los bordes del otro para hacer un pote. Ya teníamos todo lo necesario.

Aquello era realmente vida sana. Natoma me enseñó cómo capturar conejos al estilo indio. Cuando oteaba un gran macho sentado sobre sus cuartos traseros, examinando sus dominios, ella me hacía el signo y yo avanzaba indolentemente, al descubierto, teniendo buen cuidado de no rebasar su distancia de huida. El macho me seguía con ojos suspicaces, los músculos tensos para saltar al menor intento amenazador por mí parte. Mientras tanto, Nat se arrastraba sigilosamente por detrás. Un gesto rápido, y sus dedos se cerraban sobre su presa. No siempre, pero sí la mayor parte de las veces.

Tuvimos otro golpe de suerte. Acabábamos de cruzar un arroyo seco cuando observé, a bastante distancia a nuestra izquierda, un horizonte de negras nubes zebreadas de rayos. Hice detenerse a mi gente, indicando la distante tormenta, luego el arroyo seco, y finalmente el depósito vacío. Así que esperamos. Esperamos. Esperamos. Entonces se produjo un distante crujido, seguido de un retumbar cada vez más próximo, y un torrente de espumeante agua fluyó por el lecho del arroyo. Lavé el depósito varias veces y luego lo llené. El agua estaba llena de sedimentos pero era potable. Y entonces fue cuando se produjo el golpe de suerte: un aterrorizado cordero, todo él balidos y sollozos, arrastrado por la tumultuosa corriente. Agarré una de sus patas al vuelo, Natoma agarró otra, y lo izamos fuera del agua. Corro una piadosa cortina sobre la carnicería que sucedió a continuación. No es fácil despiezar un cordero con dos martillos y un hacha pequeña.

Algo curioso. Guiños no parecía sentir la necesidad de alimentarse, y muy pronto empecé a pensar que su metabolismo debía extraer sus fuerzas de las más inusitadas fuentes, como pueden ser las líneas de alta tensión. Era inteligente. Tras una semana de vernos a Hic y a mi rebuscar por todos lados, pareció captar la idea. De tanto en tanto, le guiñaba algunos de sus muchos ojos a nuestro Jefe Sin Miedo —me hubiera gustado saber en qué maldito

lenguaje se comunicaban— y despegaba. Siempre volvía con todo tipo de cosas pegadas a su proto.: piedras, artemisa, ramas secas, huesos blanqueados, botellas descoloridas por el sol... Pero una tarde gloriosa lo vimos regresar con un pecan de quince kilos. El hacha trabajó de nuevo.

Ozymandías nos cayó encima por sorpresa una noche en que habíamos capturado un armadillo de diez kilos y nos estábamos preguntando cómo diablos íbamos a cocinarlo. Y no exagero sobre su llegada. Su proximidad fue trompeteada por una terrible serie de crujidos, pateos, forcejeos y ansiosos jadeos; sonaba como un brontosaurio ciego cargando en mitad de una jungla. Luego apareció a la luz de nuestro fuego de campaña, los brazos abiertos, tropezando contra un cactus y estando a punto de derrumbarse sobre el fuego.

Merlín lo apodó Ozymandias en recuerdo de los últimos versos del poema de Shelley:
Alrededor de las ruinas de este pecio colosal, infinitas y desnudas, las planas y solitarias arenas se extienden hasta el horizonte.

Oz *era* colosal. Medía dos metros de alto y pesaba ciento cincuenta kilos. *Era* un pecio. Había comido y bebido a través de todo el sistema centenares de veces, sembrando planas y solitarias arenas en lugares donde siempre habían florecido cosas exquisitas. También era un creador de pecios. Oz no podía ir a ningún lugar o hacer alguna cosa sin romper algo, incluido él mismo. No era una buena señal para nuestra expedición, pero le agradecí que nos hubiera encontrado.

Es estrictamente un metropnik —nunca se le verá fuera del Centro de la ciudad—, y su idea del equipo que necesitaba para enfrentarse a los rigores del exterior era hilarante: enormes botas de montaña, calcetines de lana gruesa, pantalones cortos de cuero, chaqueta de safari de lona y sombrero tirolés, incluyendo brocha de afeitar. Pero aquel querido torpón llevaba al menos un impresionante cuchillo de caza colgando de su cintura, y aquello nos iba a ser muy útil. Llevaba también una mochila colgando de uno de sus hombros, cuyas redondeces indicaban que estaba repleta de botellas de vino.

Desgraciadamente, la creciente mancha en uno de sus lados y las oscuras gotas que caían una a una de su parte inferior indicaban que al menos una de las botellas se había ya roto. Ozymandias abrió la boca para expresar en toda su plenitud la alegría que le causaba el habernos encontrado, pero le hice señas de que se callara. Cerró la boca, hizo una mueca, y se palpó la lengua. No había duda, se la había mordido. Desde aquel momento nuestra conversación se tradujo en un intercambio de notas a través de billetes de banco, como un par de Beethovens sordos. No voy a reproducir nuestro intercambio epistolar, y además Oz me rompió la estilo. En pocas palabras, las noticias eran estas: El Grupo sabía que yo estaba buscando a Hic-Haec-Hoc, y Pepys les había dicho que Hic estaba en Titán.

Entonces Oz había hecho algo realmente brillante, o al menos eso era lo que él pensaba. Había enviado un télex con respuesta pagada a las autoridades de Titán preguntando la fecha de regreso y el destino de Edward Curzon y esposa. *Pero* —oh genial maniobra— lo hizo utilizando un nombre falso. La información había llegado, y así era como la red nos había localizado. Oz se limitó a seguir nuestras huellas de máquinas electrónicas destruidas, y nos había alcanzado. Suponía que otros podían haber hecho lo mismo. Nos saludó a todos del mismo modo: nos besó, nos estrujó, y nos lanzó al aire. Oz es un lanzador. Con él uno tiene que saber caer sobre sus pies: falla su casi siempre presa cuando intenta recogerla en la caída. Se enamoró fulminantemente de Natoma apenas la vio; siempre se enamora fulminantemente a la primera mirada. Guiños lo desorientó un tanto, pero lo lanzó igualmente al aire. No lo besó. Cuando le pedí su opinión sobre el armadillo, fue breve y tajante: *Asado en su caparazón*, escribió. Luego inspeccionó su mochila, sacó una botella rota, y derramó una lágrima mostrándome la etiqueta. Vosne Romanée Contí, el más fino y buscado de los borgoñas. De todos modos, se consoló al momento siguiente: se encogió de hombros, se echó a reír, lanzó la botella rota al aire, y se cortó al atraparla en su caída.

Había dificultades de transporte con Ozymandias. No podía montar en un caballo: le partiría el espinazo. Natoma bajó del carro para montar en mi caballo (los otros dos iban atados al carro) y Oz subió en su lugar. El carro se volcó, y nuestras pertenencias se esparcieron por todos lados. Lo recogimos todo, y Oz lo intentó de nuevo. Esta vez lo hice subir barriga abajo, y sentarse en la parte de atrás. Funcionó. Ahora éramos un ejército

perdido de cuatro. Seguimos adelante.

Así llegamos hasta Obregon, donde se nos unió Hillel. Iba en un hover. Nos echó una mirada mientras nos sobrevolaba, y no se detuvo. Rápido y eficaz. Sin duda debía haber demolido el tablero de mandos, de modo que no comprendí aquel exceso de prudencia. Se dirigió rectamente hacia el horizonte, como si no nos hubiera visto. Luego oímos una explosión, y media hora más tarde Hilly llegaba corriendo a nuestro lado. Entonces comprendí. Le faltaba el brazo izquierdo. Me quedé alucinado.

El Judío asintió y sonrió.

Tomé mis billetes y escribí: *¿El Rajá?*

— S.

— *¿Cómo?*

— *Demasiado complicado para escribirlo. Fue brillante.*

— *Pero escapaste.*

— *A qué precio. Poulos fue una advertencia.*

— *¿Regeneración?*

— *Quizá. Tú eres el próximo candidato. Ten cuidado.*

— *¿Pq. yo?*

— *Está matando en orden decreciente.*

Hilly saludó a la aterrada Natoma con un guiño, atascó un puñado de dulces en la boca de Hic, palmeó a Ozymandias en la mejilla, y examinó a Guiños fascinado. Guiños tampoco se había encontrado nunca antes con un terrestre de tres miembros, y le devolvió al Hebe el examen y la fascinación. Hilly se estremeció varias veces, como si hubiera recibido sacudidas eléctricas. Luego se alejó y estuvo fuera durante varias horas, mientras nosotros descansábamos y yo intentaba evitar que Natoma siguiera llorando. Oz sacó una flauta de su mochila y le arrancó suaves y blandos sonidos.

Hilly regresó con una vieja bicicleta que se había procurado en vayan a saber qué sitio, y el ejército continuó hacia Chihuahua, donde M'bantu se unió a la fiesta. Cinco Beethovens sordos. M'b se fue y regresó montado en una mula cuyas orejas se arrastraban por el suelo. Guiños se sintió perplejo ante el color de M'bantu y, naturalmente, lo examinó. El zulú comprendió y se desnudó inmediatamente. Se estremeció y saltó sobre uno y otro pie durante el examen, para derrumbarse finalmente sin sentido. Retiramos a Guiños de sobre su cabeza y nos ocupamos del zulú hasta que recobró la consciencia. Cuando se hubo recuperado lo suficiente escribí:

— *¿Sofocación?*

— *N. Dragado de cerebro. Pérdida de energía cerebral.*

— *¿Como si te lo aspiraran?*

— S.

— *¿Carga electro nerviosa?*

— *S. No le dejéis acercarse cuando estéis desnudos.*

— *¿Pq. desnudos?*

— *Las ropas aíslan un poco.*

Nuestro silencioso ejército se estaba abriendo ahora un camino de casi un kilómetro de ancho, destruyendo a su paso toda posible máquina chismosa. M'bantu nos era de una ayuda inestimable en el arte de vivir del terreno, y muy pronto gozamos de un agradable cambio de dieta: batatas silvestres, cebollas silvestres, perejil silvestre, bulbos de lirio, zanahorias y extrañas raíces. Hilly, listo como siempre, se había traído consigo algunos trozos de sal gema. Debo explicar aquí que, aunque un Homol puede comer cualquier cosa, siempre preferimos la buena comida. Ozymandias demostró ser un cordon bleu en el arte de la improvisación.

Erik el Rojo se nos unió en las afueras de Hermosillo, y podrán hacerse ustedes una idea del continuo zigzag que era nuestro camino. Tuvimos que cruzar el Río de la Concepción para alcanzar Nogales. El río estaba en su crecida. Dimos las gracias por la oportunidad de lavarnos, pero tuvimos que abandonar todo nuestro equipaje pesado. Esperábamos seguir viviendo del terreno como antes. Eramos unos soñadores.

A medida que avanzábamos hacia el norte encontrábamos cada vez más las huellas de la explo. demo., con todas las exquisiteces mecanoeléctricas que la gente civilizada exige y considera hoy en día como normales. Empezamos a viajar de noche, ocultándonos durante

el día en oscuros rincones, siempre sumergidos en el mismo silencio mortal. Ya no destruíamos nada. Había demasiado que destruir. Nos habíamos convertido en los Campeones del Esquinazo.

Entre Chula Vista del Mar y San Diego, Erik se ausentó durante uno de los períodos de descanso y regresó una hora más tarde haciendo señas de que le siguiéramos. Le seguimos. Nos llevó hasta una vía férrea, donde había una vagoneta accionada a mano abandonada. Subimos y empezamos a darle a la doble palanca en dirección al norte, estableciendo turnos. Era un trabajo agotador, y me alegré cuando la vagoneta descarriló en algún lugar al sur de San Diego.

Acampamos, y M'bantu se esfumó. Regresó trayendo consigo un camello, dos cebras y un búfalo, a los que había persuadido de que cooperaran utilizando el lenguaje animal. Sin duda los había tomado del zoo de San Diego. De nuevo teníamos cabalgaduras. Continuamos hacia el norte, hacia San Clemente (hoy mausoleo nacional), donde Oz se fue y regresó ligeramente cojo haciéndonos enfáticas señas de que le siguiéramos.

Obedecimos. Nos llevó hasta un muelle donde había un bote salvavidas desocupado. Remamos hacia el norte, orillando la costa. Gracias al cielo el bote, desfondado, se hundió justo delante de Laguna (otro tributo al Hacedor de Pecios), y tuvimos que nadar hasta la costa. A mí me tocó remolcar a Hic-Haec-Hoc, con las manos debidamente atadas a la nuca. Hic podía respirar bajo el agua, pero el idiota nunca había aprendido a nadar. Secamos nuestras ropas al sol y nos tendimos para descansar, excepto Guiños, que se alejó planeando para explorar el mar. Lo último que vi de Guiños antes de dormirme fue su salida del agua agitando sus alas, con un furioso delfín debatiéndose entre los repliegues de su protoplasma. Cuando abrí de nuevo los ojos teníamos delante de nosotros a una majestuosa diva vestida con un caftán púrpura. Queenie, por supuesto.

— ¡Ajá! —dijo—. Así que cruzando por mi coto privado de caza. No sabía que estuvieras tan bien acompañado, G... —en aquel momento fue interrumpido por la mano de Hilly aplastándose contra su boca. Luego, el dedo de Hilly escribió en la arena: *N. hables.*

— *¿Pq.?,* escribió Queenie.

— *Extro.*

— *¿and?*

— *Quiere matarlo.*

— *¿Sabe que estáis aquí?*

— *Espero que N*

— *¿Es por eso por lo que no podéis hablar?*

— *S. Ni acercarnos a nada electrónico.*

— *¿Puedo ayudar?*

— *S. Quédate aquí y hazte notar.*

— *Siempre me hago notar.*

— *Ahora hazlo más.*

— *¿Un señuelo?*

— *S.*

Hillel pateó lo escrito en la arena, y Queenie se alejó contoneándose, para recibir en la cabeza una hermosa raya viva que acababa de soltar Guiños.

— Tu... tu... *¡cosa!* —gritó Queenie, indignado. No sabía cuánta razón tenía. La playa estaba sembrada con las presas de Guiños.

Tuve la sensación de aquel era mi turno de encontrar algún medio de transporte silencioso. Me metí en mis ropas y me dirigí tierra adentro. Cuando regresé, dos horas más tarde, todos estaban de pie, secos y vestidos, y la arena estaba llena de sus conversaciones. Hice el gesto *suívez-moi*, y me siguieron hasta un decrepito aeropuerto donde un enorme cartel en siete lenguas proclamaba:

VEA EL PAISAJE TRANQUILAMENTE Y SIN APRESURARSE
A BORDO DE NUESTROS PLANEADORES IZVOZCHIK.
S. GARANTÍAS. S. RESPONSABILIDAD. S. INDEMNIZACIONES.

Subimos al planeador; el piloto nos siguió, contó las cabezas, asintió, y se sentó a los

controles. Un decrepito avión a reacción de la Segunda Guerra Mundial nos ató al extremo de un cable de cien metros, despegó, y nos remolcó. A setecientos metros de altitud nos soltó del cable y regresó. Ya podíamos admirar el paisaje tranquilamente y sin apresurarnos. Hice una seña con la cabeza a M'bantu, que arrancó al piloto de su asiento y lo arrastró hasta la cola, y yo tomé los controles.

Aquello era un juego para mí. De veras, no exagero. Había ganado una docena de rallyes de este tipo cuando era un chaval de setenta años. Me divertí con las corrientes térmicas ascendentes y con los vientos del sudoeste, mientras el piloto espumeaba de rabia y el zulú lo calmaba con su puño. Aunque el planeador era mudo, ninguno de nosotros hablaba. Habíamos perdido la costumbre.

Maldito sea si no tomé tierra en el mismo almacén de repuestos de TV donde llevé a aquellas dos chicas, hace ya no sé cuantos años. No fue un aterrizaje todo lo perfecto que yo era capaz de hacer, pero no hubo pérdidas materiales aparte el Palangador

Dejamos al piloto ardiendo de insatisfacción y nos fuimos, pero vi al Rojo meterle un puñado de billetes entre pecho y camisa antes de salir del aparato. Nos deslizamos fuera del almacén lo más discretamente que pudimos, y a través de oscuras calles hasta la xipi donde los tres fieles lobos grises seguían montando guardia. M'bantu les habló, y nos dejaron entrar. Esperé hallar allí a Sequoia. N. estaba. ¿Estaba arriba o abajo?

Entonces aceleré. Me esfumé en silencio, fui a comprar un multiquemador, un cc. de Codeina-Curarina, una jeringa, un plano del sistema de cloacas, todo ello en silencio. Regresé a la xipi, me jeringué una dosis masiva, y memoricé el plano. Tenía media hora antes de que la Codeina-Curarina hiciera efecto. Cuando me supe el plano de memoria, dirigí a mis perplejos compañeros una sonrisa de confianza que en realidad no sentía, le hice señas a Hic para que me siguiera, y salí.

Tuve tiempo de meter a Hic por el agujero de la cloaca antes de notar los primeros efectos de la droga. Hic seguía llevando a Guiños al hombro, y yo no tenía nada que objetar a ello. No sentía deseos de romper una tan hermosa amistad. Nos sumergimos en el laberinto de las cloacas en dirección a la Union Carbide cuando la Codeina-Curarina me dio el latigazo. Su acción es desmenuzar la psique. En aquel momento yo era quince, veinte, cincuenta personas, con sus recuerdos y bloqueos mentales, sus sueños, odios, temores e impulsiones. Era toda una población. Sí la red de la Extro me localizaba le sería tan difícil captar mi personalidad y mis motivaciones como las de Hic-Haec-Hoc. La Codeina-Curarina es mortalmente fatal, pero no para un Homol. Sin embargo, no pocos Efímeros se la jeringan tan sólo para gozar de la sensación final.

El uno por ciento de realidad que quedaba en mí nos llevó a través del dédalo de colectores, contando metro tras metro hasta llegar al lugar aprox. Sacar el quemador y cortar abertura en la bóveda. No está mal. Conducto plástico n. lejos. Escuchar. Soplo de aire. Evacuación del complejo air-acond. de la Extro. Quemar. Dentro. Deslizarse. *La mia mamma mi vuol bene. Emen zum Ritter schlagen. Oh, Daddy, I want to die. L'enlèvement des Sabines. Shtoh nah stolyeh.? Hoid on thai, stranger. Una historia insipida. Your son will never walk again. How do you feel about that? Merde. Agooga, agooga, agooga. Like sing out dulce Spangland.*

Golpe/oh jazz/cabeza/oh jazz/contra la parrilla/ésta es la consecuencia/mira/de una aspereza brutal/complejo computadoras abajo/arte magistra/¿Pq. vacio?/Wrrroom/levantar la parrilla/déjame sitio/demasiado fuerte para mi/o dárme/sacar el quemador/quemar/¿o darme q.?/pon la parrilla en su sitio/deslizarme fuera y saltar desde tres metros al suelo seguido por este gorila que probablemente/sholem aléichem/querria agredirme/ mira alrededor mira alrededor nadie en el complejo ¿Pq.? ¿C.?

Mira al gorila. Se le ve familiar. Un boxeador sonado. El uno por ciento de mi empieza a ser ahora el diez por ciento. Buena posibilidad, como hubiera dicho Capo Rip. ¿Quién? Ese nombre me suena. Me estoy muriendo. Egipto. N., no se puede matar a un hermano. ¿A quién? Pero precisamente voy a matar a uno ahora. N. La Extro. Matar a la Extro. Si. Oui. Ja. Hic, mata a la Extro. Estamos aquí para eso. Hic, con tus manos desnudas; desgarrar, romper, aplastar. Hic, mata a la Extro. Está ahí abajo, en el centro. Y Sequoia surgió de detrás de la Extro. Repentinamente, volví a ser totalmente yo.

— Hey, Guig —dijo tranquilamente. Los tres crionautas aparecieron tras él y se le unieron,

emitiendo su música-radar. Iban vestidos con monos burdamente cosidos a mano.

— Hey, Gerónimo —dije yo, intentando ponerme a su altura—. ¿Sabías que venía?

— ¡Infiernos, no! Hemos captado algo que venia por los tubos a través de las diafonias en los cables, pero sonaba como un centenar de tipos. ¿Eras tú?

— S. Entonces, ¿puedes leer nuestras mentes?

— S. ¿Cómo te has transformado en una multitud?

— Codeina-Curarina.

— ¡Brillante! Escucha, Guig, estoy confuso por las insensateces de la Extro desde que subí a la superficie. ¿Es cosa tuya?

— N.

— ¿Qué es eso que va contigo?

— El más antiguo miembro del Grupo. Hic-Haec-Hoc.

— Oh, si. El neanderthal. ¿Y esa cosa que parece una capa en sus hombros?

— Una criatura venida del espacio.

— ¡No! No irás a decirme que...

— Exacto. Exobiología altamente avanzada para tus investigaciones, si puedes persuadir a Tycho de que te la deje.

En aquel momento las cadenas comerciales iniciaron su regular carrusel de anuncios, y el complejo se vio repleto de hombres, mujeres, chicas, doctores, abogados, dibujos animados todos ellos vendiendo algo. Aquello era demencial, y Guiños estaba loco de curiosidad. Alzó el vuelo para examinar a la multitud, pero puesto que eran tan sólo ilusiones tridimensionales lo único que consiguió fue pasar aleteando a través de ellos.

— Hace una eternidad que te estoy esperando, Guig.

— ¿No sabías dónde estaba?

— No después de Mexas City. —Vaciló—. ¿Cómo está ella?

— Muy bien. Siempre irritada con nuestro díscolo hermano.

— Tiene temperamento.

— ¿Por qué me esperabas, Jefe?

— He tenido montañas de trabajo, semanas de él, preparando el programa de producción de hermafs. aquí en la Tierra. Y sabía que te dejarías ver, tarde o temprano.

— ¿Y sabías para qué?

— Para llegar a un acuerdo conmigo y con la Extro.

— ¿Incluyendo al Rajá?

— ¿Quién?

— ¡Oh! Aún no conoces su identidad. El asesino renegado que unió sus fuerzas con la Extro para utilizarte. Ya ha matado a Poulos. Y estuvo a punto de liquidar a Hillel. Probablemente yo soy el próximo. —Me giré hacia Hic, haciéndole multitud de signos y gruñidos. El acabó por captar la idea y, finalmente, se encaminó hacia la Extro. El indio estaba perplejo.

— ¿Qué significa todo esto, Guig?

— No es un acuerdo, es un arreglo definitivo. Vamos a quitarte el peso de sobre tus espaldas. Vamos a matar a la Extro.

Lanzó un aullido que hizo huir a los aterrorizados crionautas, y se lanzó contra Hic, que estaba atacando los paneles de la condenada máquina con sus poderosas manos. Yo me lancé a mi vez contra Adivina, le clavé ambas rodillas y lo tiré de espaldas.

Pero la computadora no necesitaba a Sequoia para defenderse. Había oído todo lo que yo había dicho, y estaba defendiéndose por sí misma. Algunas luces estallaban, y los cristales cortantes como navajas llovían por todos lados; el airacond. estalló también, y hubo nuevas lluvias; las cerraduras electrónicas de las puertas y de los bancos de memoria se bloquearon; se produjeron cortocircuitos, y chisporroteantes cables de alta tensión cayeron por todos lados. Las computadoras satélites fueron sacrificadas. Empezaron a estallar, y parecía como si la Extro quisiera sacrificar también a todos los humanos del complejo.

Un aullido animal de Hic atravesó la oscuridad y la demencia. Adivina y yo miramos, helados. Todo un panel de la Extro se había derrumbado, dejando ver en su interior a un león que nos miraba con ojos llameantes. El carrusel publicitario creaba un confuso caleidoscopio de luces a su alrededor. Tras un momento vi que el león se mantenía erguido sobre sus patas traseras. Tras otro momento vi que era un hombre llevando una

máscara de león. Y entonces me di cuenta de que no era una máscara. Era un rostro deformado.

— ¡Oh, Dios! La gran L...

— ¿Qué, Guig? ¿Qué? ¿Qué?

El jefe y yo saltamos sobre nuestros pies.

— El Lépcer... El estadio leonino final... El... El...

Emergió de un espacio abierto en el interior de la Extro que parecía un pequeño campo vallado con unidades electrónicas. Sus pasos eran rígidos y espasmódicos, pero de él se desprendía un ominoso poder, la fuerza que acompaña a la pérdida de control y la agonizante hipersensibilidad de la fase final del Lépcer, el doloroso tormento de los sentidos que precede a la anestesia final. Y hedía. Estaba invadiendo el centro con el hedor de la gran L. Hic-Haec-Hoc lloriqueó lastimeramente y desapareció.

— Tantos años desde el balneario, mi querido Curzon —dijo el Rajá, distinguido y cortés como siempre. Su voz era ronca y quebrada, pero seguía siendo musical. Mi mente gemía y suplicaba, intentando escapar a aquello a lo que debía hacer frente—. Y ésta, por supuesto, es la última adquisición de nuestro hermoso Grupo. Yo también era hermoso, antes. ¿Puede creerlo, doctor Adivina? Si, le conozco. Le he estado observando desde las sombras durante algún tiempo. He estado observando a todo el Grupo. Dile al doctor Adivina mi nombre, Curzon. Mi nombre y rango.

Necesité todo mi valor para hablar.

— Su Alteza Serenísima el Príncipe Mahadeva Kauvaras Bhina Arjuna, Maharajah de Bharat. El Grupo lo llama el Rajá.

— Encantado, doctor Adivina. No le ofrezco mi mano ni chocarnos nuestras palmas. Los príncipes reales no se prestan a esas costumbres rutinarias. Le permitiría que besara mi mano, pero el toque de mi piel es ahora repugnante, incluso para mí. Mi querido Curzon, no le has dicho que también soy el avatar, la transfiguración de Siva en la Tierra.

— No lo sabía, señor. Mis disculpas —mi corazón se estaba licuando, pero no iba a dejarme ganar en dignidad—. Así pues, el renegado sois realmente vos, su Alteza Serenísima. No pude creerlo cuando Hillel me lo dijo.

— ¿Renegado, Curzon? Sólo un judío no creyente puede decir esto. Dios, Curzon. —Abruptamente, se puso a gritar—. ¡Dios, Curzon! ¡El divino Siva! *¡Todos nosotros somos Siva!*

Yo estaba finalmente convencido. El Lépcer era el factor que faltaba. La gran L había convertido a un hombre exquisito en un maligno enemigo; feroz, astuto, destructor, literalmente un león. Era el animal que había visto Lanza Larga en las cavernas de sal. Era quien había atemorizado a los crionautas y estaba perturbando a la Extro.

— Te felicito por tu elección de un escondite, Rajá —dije—. Tu puesto de mando en el centro mismo de la acción. Nadie soñaría siquiera en buscarte aquí. ¿Cómo has conseguido hacerte un lugar en medio de esta maldita confusión?

— Suprimiendo algunas unidades, Curzon. Menos que una lobotomía prefrontal para la Extro, pese a sus protestas. ¿Pero por qué está temblando su pulso, doctor Adivina? ¿Le tiene miedo a Siva? No lo niegue. Lo oigo. Lo veo. Un dios lo capta todo: todo lo sabe, y es por eso por lo que las destrucciones y las creaciones de Siva son recibidas con humildad y amor. Sí, humildad y amor por mi destrucción y regeneración del vacío.

— ¡Dios de los cielos! —estallé. Estaba temblando—. ¿Dónde está la regeneración para Chca, para Poulos, para el brazo de Hillel, para mi hogar? Nosotros...

— Qué lástima, la muchachita no. Lo lamento, pero yo no la destruí. Fue antes de mi advenimiento. El Griego sí: fue una hermosa muerte. El Judío se me escapó, pero no lo hará la segunda vez. Nadie escapa dos veces a Siva.

— *¿Qué lástima, la muchachita no?* —repitió Sequoia con voz estrangulada—. ¿Lamenta no haber...? ¿Has dicho *qué lástima?*

— Humildad y amor, doctor Adivina. Este es el verdadero culto a Siva. —De repente su cólera llameó en el rostro del Jefe—. *¡Humildad y amor! Yo soy el todo, el único, la destrucción y la regeneración, y el lingam es mi símbolo sagrado. ¡Mirad! Mirad con humildad y amor.*

Exhibió su enorme y putrefacto símbolo. Retrocedimos, asqueados.

Bruscamente, la cólera dio paso a una suave razón.

— Me amaréis cuando os destruya, porque yo soy el hacedor de milagros, por la virtud de la penitencia y la meditación a lo largo de cincuenta años.

— ¿Sufres el Lépcer desde hace medio siglo, Rajá? Yo... —pero tartamudeaba de tal modo que tuve que callarme.

El león inclinó graciosamente la cabeza. El rostro del león consiguió casi sonreír.

— Está permitido dirigirse a mí por este nombre, mi querido Curzon. Siva es tan sólo uno de nuestros mil nombres. Por encima de todos ellos preferimos el de Nataraja, el Danzarín Cósmico. Así es como somos idealizados más a menudo en las imágenes sagradas. —Y empezó a cantar, con voz ronca y chirriante—: *Ga-ma pa-da-ma pa-ga-ma ga-ri-sani-sa-ni ga-risa...* —a un ritmo lento de 4/8 y 3/2. Luego, más aprisa—: *Di na a na di na a na di na a na ka a ga a ka ga dhina na dhina na dhinagana...*

Y danzaba al mismo tiempo; solemnes danzas rituales, con movimientos rápidos y sincopados, y luego pausas de pose; alrededor nuestro, alrededor del centro de la Extro, a través de los fantasmas publicitarios, por encima de los restos de componentes electrónicos y cables que cubrían el suelo. Danzaba su danza cósmica con el convulsivo frenesí de una espasmódica muñeca de caucho con pies, manos, piernas y brazos cuyas articulaciones giraran en sentidos equivocados mientras esparcían a su alrededor sus propios restos. Cada vez que echaba su cabeza a derecha e izquierda, mechones de su cabello se desprendían. Las uñas se caían de sus dedos de manos y pies. Cada jadeo para respirar iba acompañado de un chorro de sangre.

— ¿Es este horror el que me ha estado utilizando? —tartamudeo Sequoia.

— Con la Extro —murmuré—. Eran dos buenos compadres.

— Yo me encargo de la maldita máquina. Tu te encargas del maldito dios.

— OK. Da la señal.

Ambos estábamos febriles. El Rajá avanzó hacia nosotros. "*Dhina na dhina na dhinagana...*". El rostro de león nos miraba de una forma tan hipnótica como la danza. Sus desarticulados brazos giraron con una tremenda fuerza y nos separaron.

— ¡Ahora! —estalló el Jefe, y trastabilló hacia la Extro y empezó a golpearla. Yo llevaba el quemador colgado al cuello, y lo tomé para utilizarlo. Tenía que alcanzar el cerebro o el corazón. Siva estaba inmóvil ante mí en una postura sagrada, los brazos levantados, las manos inclinadas hacia abajo, pero en una de ellas brillaba un katar, con la punta dirigida hacia mi corazón. Todos aquellos cantos hipnóticos y danzas cósmicas para aquel único momento.

Yo estaba absolutamente confundido, pero el quemador me salvó. Lo llevaba sobre el pecho, y el katar tropezó con él antes de clavarse en mis carnes. El quemador saltó hecho añicos. Yo caí de espaldas, con el Rajá encima mio, una mano estrujando mi cuello y la otra moviendo el katar en mi pecho

como el asta de un toro. Me debatí desesperadamente, intentando escapar de la rotura de las vértebras cervicales y de la perforación del corazón. No podía llamar a Adivina en mi ayuda, y ya empezaba a perder el conocimiento cuando me vi libre tan inesperadamente como había sido atacado.

El Rajá estaba ahora debatiéndose y chillando entre las manos de Hic. ¿Hic leal? ¿Servicial? ¿Acudiendo en mi ayuda? Impos. Debía tratarse más bien de ese odio instintivo que hace que algunos animales se vuelvan contra sus congéneres heridos para despedazarlos. Hic transfirió la poderosa tenaza de sus manos a la cabeza del león, la sujetó firmemente, y le hizo dar al cuerpo un tremendo círculo en el aire alrededor de su cuello. Se oyó un solo *crack*. El cuello del Rajá se partió.

Me puse en pie como pude, tambaleándome. Hic había atacado al blanco equivocado, y sin embargo había acertado. Pero entonces vi que había dos cadáveres. El otro era Sequoia, con Guiños envolviendo prietamente su cabeza. Mucho más tarde razoné que su electrotropismo debía haber sido atraído por la formidable combinación que formaban Uncas y la Extro, particularmente después de la frustración de los fantasmas publicitarios. Una voz tremendamente fuerte habló:

— Ya es bastante, Curzon. Está muerto. Quitale esa cosa de encima.

— ¿Muerto? No. Yo quería... ~ntonces miré a mi alrededor, desconcertado.

Uno de los crionautas repitió:

— Quitale esa cosa de encima.

— Pero... pero vosotros no sabéis hablar.

— Ahora sabemos. Somos la Extro. Quita esa cosa de la cabeza de Adivina. Rápido, Curzon. ¡Apresúrate!

Arranqué a Guiños de la cabeza del Jefe.

— Y no más demoliciones. No dejes que tu amigo empiece de nuevo.

— Dádme una buena razón.

— Ahora el control es nuestro. Nos lo ha entregado. Tú nos conoces. ¿Crees que vamos a permitirle que inicie otra guerra?

Tenía que tomar una decisión rápida, y era difícil. Aparté a Hic de la Extro (probablemente había olvidado ya su misión original), y lo dejé en compañía de Guiños. Los crionautas se arrodillaron en torno al Jefe y lo examinaron con manos y oídos.

— Sí, está muerto.

— Todo se ha parado en su cuerpo.

— No, el corazón todavía sigue contrayéndose.

— Como en los casos de electrocución.

— Hemos de regularlo de nuevo. Es lo menos que podemos hacer.

Yo me preguntaba si estaban hablando por sus propios conocimientos o por los de la Extro; seguramente lo último, y eso sería bueno a condición de que aquella maldita cosa se hubiera puesto en el lugar que le correspondía. Entonces iniciaron un extraordinario ciclo de operaciones. El Jefe fue girado, golpeado, flexionado, retorcido, puesto boca abajo, masajead, boca-boqueado; una y otra vez, y siempre al mismo tiempo: 78 por minuto. Mi propio pulso estaba mucho más acelerado. Finalmente, se detuvieron y apoyaron sus oídos en el pecho del Jefe.

— Normal —dijeron—. Está volviendo de muy lejos. —Miraron a su alrededor con sus ojos ciegos.

— Estoy aquí —dije—. ¿Vivirá?

— Por mucho tiempo. ¿Tienes confianza en nosotros, Curzon?

— Debo tenerla, ¿no?

— No. Puedes matarnos fácilmente. Si es eso lo que deseas, adelante, hazlo ahora.

— Después de esto, tengo confianza en vosotros.

— Ta. No lo lamentarás. Haremos que la Extro se porte bien. ¿Para qué perderla?

— Por supuesto.

— Sabremos cómo recompensar tu confianza. Danos todos los datos disponibles sobre el Lépcer. Quizá la Extro pueda sugerir una línea de investigación conducente a remediarlo. Aunque no cuentes mucho con ello.

— Gracias.

— Intenta conseguirnos algún tejido viable de los restos de esa chica tuya. Quizá no sea demasiado tarde para intentar un clonaje. Aunque no cuentes mucho con ello.

— ¿Querriais, oh adorables fenómenos, que os cantara algunos compases de "Gloria al Jefe"?

Se echaron a reír.

— Toma a Adivina, Curzon. Es todo tuyo. Ténos informados.

Me arrodillé al lado de Adivina.

— Cherokee —dije—, soy yo, tu hermano. No te preocupes, todo va a ir gung.

— Ha-ga-ga —balbuceó.

— Te has librado de la Extro. Los crionautas han tomado el control, y creo que podemos confiar en ellos para que la mantengan por el recto camino.

— Ha-ga-ga.

Miré a los crionautas, que estaban reparando eficientemente los daños que Hic y el Jefe habían ocasionado.

— ¡Rey, tíos: habla como un bebé!

— Oh, y lo es, Curzon. Cuando la Extro se retiró, no dejó nada atrás. Habrá que partir nuevamente de cero. Pero no te preocupes por ello. Tienes todo el tiempo del mundo.

Hic me ayudó a transportar a Sequoia hasta fuera. El Jefe no podía andar. No podía hablar. Estaba desamparado. Y hacia sus necesidades en sus ropas; habría que ponerle panales. De todos modos, me sentí aliviado de salir del complejo antes de que los crionautas me pidieran que me ocupara también del Rajá. Llamé a un pogo, metimos a Tecumseh, y llegamos a la xipi en un solo salto. El Grupo estaba esperando allí, tenso y ansioso. Cuando nos vieron aparecer con el bebé se quedaron boquiabiertos.

— Todo ha terminado —dije cansadamente—. Podemos hablar y pensar tranquilamente. Podemos tomar cualquier tipo de transporte. Podemos hacer cualquier maldita cosa que nos plazca. La guerra ha terminado.

— ¿Pero qué le ha ocurrido a Adivina?

— Volverá a ser el mismo en una veintena de años. Lo único que necesita ahora es que lo limpien. Dadme algo bien cargado y os contaré toda la historia.

Se la conté y ellos escucharon, echando por turno ojeadas al bebé de metro ochenta de estatura. Natoma estaba tan fascinada por los acontecimientos y tan aliviada de que su hermano hubiera salido vivo de aquella crisis, que olvidaba incluso su regresión. Todos ellos se sintieron contentos del fin del traidor Rajá, en particular Hilly, lo cual no es de extrañar. Pareció que deseaba darle las gracias a Hic-Haec-Hoc, pero se lo pensó mejor. Indudablemente el neanderthal había olvidado ya todo lo sucedido.

— Ya sé que todos vosotros deseáis volver a vuestras casas y a vuestros asuntos —dije—, pero os ruego que permanezcáis aquí un poco más. Tengo otra misión que cumplir y quizá necesite vuestra ayuda.

— ¿De qué se trata? —preguntó Ozymandias, con una voz asmática tan gruesa como su persona.

Les hablé de la oferta de los crionautas.

— Demasiado tarde —dijo Hilly—. Lo siento. Ha transcurrido demasiado tiempo.

— De todos modos debo intentarlo. Siempre hay esperanzas.

— No demasiadas.

— Es ya demasiado oscuro, Guig. Es peligroso. Espera a mañana.

— Cuanto más tiempo espere, menores serán las esperanzas.

— No vayas, Edward. Nunca la encontrarás.

— Debo intentarlo, Nat.

— Por favor, escúchame. Yo...

— ¡Maldita sea!, ¿creéis que no sé que se trata de una búsqueda macabra? —grité—. Sé que es un trabajo repugnante, pero he de intentar recuperar una parte de su cuerpo para el clonaje ADN. Si tu no quieres animarme en mi intento porque estás celosa o cualquier otra cosa, al menos no me desanimas, o ya no sabré lo que me digo.

— Te has hecho comprender m. bien, Edward.

— OK. Perdona mis modales. He tenido un día infernal, y el trabajo aún no ha terminado.

— Vendremos contigo —dijo M'bantu.

— Gracias, no. Más de uno lo único que conseguirán será hacerse ver por un heli de vigilancia. Iré solo. Esperadme todos aquí. Probablemente os necesite para el servicio de mensajes. Volveré en una hora.

Tomé un pogo hasta el borde del terreno del cementerio, y mientras descendía un heli zumbo sobre mi barriendo los alrededores con su haz luminoso. La luz se posó unos instantes sobre mí y luego se retiró. Yo no tenía la menor idea de cuando volvería la patrulla. Dependía de cuántos terrenos privados tuviera que vigilar.

Era una noche oscura. Una noche oscura y tenebrosa, no por el miedo a los muertos sino por la revulsión que provoca todo lo que vive para la podredumbre y la descomposición.

Uno podía captar el olor de la descomposición a medida que se acercaba: amoniaco, nitratos; potasa, fosfatos, carroña pudriéndose. La muerte no podía ser malgastada en nuestros días, todo producto final de la vida se convertía en abono.

El Arrivederci ocupaba unas dos hectáreas —las fosas de abono públicas ocupaban diez veces este espacio— y utilizaba los cimientos de hormigón del viejo Waldorf West Hotel, que había sido demolido hacía una cuarentena de años para dejar paso a un complejo de oficinas que jamás llegó a ser construido. Los dos mil expropiados intentaron un proceso basándose en el derecho de permanencia y bloquearon todo el asunto. El asunto aún no

había pasado a los tribunales, y la mayor parte de los componentes de las partes en litigio se habían convertido ellos también en abono. El progreso.

Los cimientos se parecían a un laberinto geométrico: compartimentos de las más variadas formas, cuadrados, rectangulares, algunos pentagonales o romboides, según las necesidades diseñadas por los arquitectos originales. Eran paredes de hormigón de dos metros de altura y uno de grosor, cuya plana parte superior formaba un paso ideal para los obreros y los cortejos fúnebres. Cada vez se veían menos de estos últimos. Uno va a la fosa de abono una vez y no más, y las noticias corren. Los cadáveres son echados en ellas junto con otros detritus de origen orgánico y químico, y las pilas son aplanadas en su parte superior para recoger el agua de la lluvia. Tras un tiempo los extremos de los huesos empiezan indefectiblemente a apuntar por entre la masa.

Los huesos son el principal engorro cuando llega el momento de vaciar una fosa y sacar el abono ya madurado. Para ellos hay un tamiz enorme hecho con mallas de acero e instalado sobre cuatro pilares en la zona de carga. Su misión consiste en cribar la masa de materias en descomposición, y el montón de huesos y cráneos que retiene a cada cargamento forman una auténtica *danse macabre*. Pude ver todo aquello el día que acompañé el cuerpo de Chca-5 hasta la fosa para asegurarme de que iba a ser tratada respetuosamente.

Era una noche oscura. Una noche oscura y seca... hacia más de una semana que no había llovido... y me asusté ante los "fuegos fatuos", como se les llama, que ascendían de algunas de las fosas. Son generados por el intenso calor de la fermentación, y las llamas adoptan diversos colores a causa de los productos químicos. Podía ver perfectamente a la luz de esos fuegos fatuos, y no necesité para nada la linterna que había traído conmigo. Avancé por la cima de las paredes entre las fosas de abono, en dirección a la pequeña fosa donde recordaba que había sido depositada Chca. Las miasmas me sofocaban. La fosa estaba oscura, no había fuegos, así que encendí la linterna. Tan sólo había una capa plana de paja un metro por debajo de mí. Dominé mis nervios y descendí. La paja era esponjosa. El calor era intenso. Si no me apresuraba, corría el riesgo de perder el conocimiento y asarme. Aparté la capa de paja, encontré una capa de cal triturada, metí las manos en ella y tirando extraje un cuerpo hinchado, carcomido, delicuescente. No era Chca. Era un hombre. Vomité.

Seguramente lo han metido después que Chca. He de echarlo a un lado. Echalo a un lado, Guig. Sé un mensch y échalo a un lado.

Me di ánimos a mi mismo y usé un pie para hacerlo rodar a un lado, y se deshizo por las articulaciones, dejando escapar un gas gangrenoso. Di una gran arcada de bilis. Debajo del cuerpo había un coagulón de sangre seca, y bajo este otro cuerpo adulto, grande, en el último estado de descomposición. Sólo unos pocos fragmentos de piel y pegotes de pelo adheridos a un desarticulado esqueleto.

Si Chca está ahí debajo, se ha ido para no volver. Definitivamente, Guig. Sin esperanzas. No cuentes con ello, me dijeron...

Vomité de nuevo, sin que nada saliera ya de mi estómago.

Una voz chirrió en espang:

— Tipo doan yep ahí down.

Y otra:

— ¿Nadie tell'm us leave nada?

Dirigí hacia ellos el haz de mi linterna. Tres figuras grotescas brillando contra la negrura del cielo. Ladrones de tumbas, resplandeciendo con joyas robadas.

— ¿You got una sindicato carda, tipo? —dijo el tercero.

Se dejaron caer en la fosa. Todos ellos iban armados con gruesos fémures, y pensé que muy pronto yo iba a reunirme con el resto del abono, vivo o muerto. No tenía ningún arma, de modo que retrocedí ante su avance, buscando frenéticamente algún objeto de valor que pudiera lanzarles. Mantuve la luz enfocada directamente a sus ojos, pero se limitaron a parpadear mientras blandían sus fémures. M. *pronto estaremos de nuevo juntos, Chca.*

Mí búsqueda debía haber introducido el aire suficiente en la masa de abono como para iniciar una combustión. Una llamarada surgió de pronto de la cavidad y abarcó toda la fosa. Los tres imbéciles escalaron a toda prisa una de las paredes, con las ropas ardiendo.

Yo escalé a toda prisa la pared contraria, con las ropas ardiendo. Mientras ellos rodaban por el suelo para apagar sus prendas, yo eché a correr y salí de *El Arrivederci* como si me persiguiera el diablo. Sólo cuando estuve fuera me palmeé concienzudamente todo el cuerpo y las pocas ropas que me quedaban.

No tuve necesidad de hablar cuando me reuní con el Grupo en la xipi. Supieron inmediatamente. Nadie hizo ninguna pregunta, ni siquiera acerca de cómo me había puesto en aquel estado: las ropas casi totalmente quemadas, el pelo casi totalmente quemado, apestando horriblemente a abono. Se levantaron suavemente, echaron una última mirada al Jefe, que acababa de ser limpiado, y susurraron su simpatía a Natoma. Luego se fueron para regresar a sus propios estilos de vida. ¿Por qué habían susurrado? Aquello no era un funeral; sólo un aplazamiento en la vida de Sequoia. Pero me pasé de listo. Mi propio aplazamiento iba a llegar también dentro de poco.

— Te ayudaré a bañarte y a cambiarte —me sonrió Natoma—. Tengo dos bebés entre manos.

— Gracias. Este es un bebé m. m. m. cansado.

— Y entonces te irás a dormir.

— No me atrevo, amor. Si me voy a dormir ahora, me voy a pasar una semana durmiendo. Y primero tenemos que llevar a nuestro hermano a su casa.

— Esto no es razonable, Edward. Estás queriendo hacer demasiado.

— Lo sé, tienes razón. Yo... Tenias razón con respecto a Chca. Debería haberte escuchado.

— No sabes hasta qué punto tengo razón —dijo ella, con un tono curioso. Pero estaba tan cansado que no le presté atención.

— Bueno, déjame desembarazarme de todo esto, y luego volveremos a estar solos los dos. Completamente solos. No sabes cómo te he echado de menos.

Natoma lanzó un grito. Los tres crionautas acababan de entrar en la xipi, silenciosamente, acarreando un pesado paquete envuelto en plástico. Los lobos no habían rechistado: probablemente M'bantu se los había llevado consigo. Desorbité los ojos. Los crionautas seguían estando tan ciegos como siempre, pero se movían con gran seguridad. ¿La nueva conexión con la computadora, quizá?

— ¿Esta es la hermana? ¿Tu esposa? —parecían darse cuenta de todo.

— S.

— No debe tener miedo. Dile quienes somos.

— Ya se lo he dicho.

— ¿Y también confía en nosotros?

— Ustedes han salvado a mi hermano —dijo Natoma.

— Y él nos salvó a nosotros.

— Entonces debo... No. Entonces *debo* confiar.

— Es una gran mujer, Curzon, y valerosa. Sabemos cuánto impresiona a la gente nuestra apariencia. Ahora tendréis que irnos, todos tres. Necesitamos hacer una hoguera tras esta tienda, y vosotros no debéis ver nada.

— ¿Es el Rajá esto?

— Sí. Su carroña no es buena para el abono, sólo para ser quemada.

— ¿Pero por qué aquí?

— Vamos a vivir aquí. Lo hemos heredado todo de Sequoia; también su hogar. ¿Con el permiso de su hermana?

— Lo tienen —dijo Natoma.

— Entonces marchaos, por favor. Tenemos mucho que hacer aquí, lo primero de todo dirigir a la Extro. Para ello necesitamos soledad.

— ¿Soledad? ¿No vais a trabajar en el complejo?

— N. es necesario. Podemos controlar a la Extro en nuestra longitud de onda desde cualquier lugar. La hemos programado para que responda a nuestra valencia electrónica.

— ¡Dios mío! Vais a convertirlos en el propio Dios.

— No. Dios no es ni un hombre ni una mujer.

— Entonces, ¿quién es Dios?

— Dios es un Amigo.

Fue malditamente difícil para el señor y la señora Edward Curzon meter a su hermano en

otro pogo, y peor fue aún hacerle tomar el linear hasta el Erie y sacarlo de él. Los shoshoni eran quienes estaban de guardia en la puerta oeste, y nos echaron una mano sin hacer preguntas, por lo cual les anoté un punto a su favor. Tomamos un hover hasta la choza de mármol, metimos a Sequoia dentro, y lo acostamos en un sofá. Se orinó en el sofá. Mamá lo miró atentamente y luego empezó a sollozar en cherokee. Los chicos corrieron al interior, con los ojos saltándoseles. Mamá les ladró una orden; echaron a correr afuera, y a los pocos momentos entraba el Sachem. Miró.

— Es todo tuyo —le dije a Natoma—. Explícaselo. Dales todos los detalles que sean capaces de comprender. No creo que haga falta que les digas que es un Homol. Sería demasiado.

Salí, dirigiéndome hasta la pared donde Sequoia y yo nos habíamos sentado juntos hacia tanto tiempo, y dejé que el sol de la mañana me calentara un poco. Tras un par de horas Natoma salió, miró a su alrededor, me vio, vino, y se sentó a mi lado. Parecía decepcionada y deprimida. No dije nada.

Finalmente dijo:

— Se lo he explicado.

— Sabía que lo harías bien. ¿Qué les has dicho?

— Que tú y mi hermano habíais realizado unas investigaciones científicas con una computadora, y que él había sufrido un accidente.

— No deja de ser verdad. ¿Y cómo se lo han tomado?

— No muy bien.

— No se lo reprocho. Su espléndido y brillante hijo. Espero que vivan lo suficiente como para verlo de nuevo tal como era antes.

— Mi padre dice que esto no hubiera ocurrido nunca si no te hubiera conocido.

— Nunca sospeché que las cosas ocurrieran así. ¿Cómo podría haberlo sabido?

— Mi padre dice que tú le has quitado su hijo.

Suspiré.

— Mi padre dice que tú debes reemplazarlo.

— ¿Qué?

— Que tienes que convertirte en su hijo.

— ¿Cómo?

— Aquí.

— ¿En la reserva?

— Sí. Aquí. En el Erie. Nunca deberás abandonarlo.

— ¡Dio!

— Y Sequoia será tu hijo. Deberás criarlo y educarlo hasta que vuelva a ser lo que era antes.

— Pero esto me va a llevar años de mi vida.

— Sí.

— Es un infierno de sacrificio.

— Sí, pero ¿has pensado en el mío?

— ¿El tuyo?

— Tendré que convertirme de nuevo en una squaw.

— No para mí. Nunca.

— Pero sí para el Erie.

— Querida, amor, tu hermano está en buenas manos. Podemos irnos ahora mismo: al Brasil, a Ceres, al Corredor, a Mexas. a Africa. Tenemos todo el sistema solar ante nosotros, y tú no has visto más que una parte pequeñísima de él. ¿Sí?

— No, Edward. Debo quedarme y ayudar, pero sí quieres tú puedes irte.

— ¿Dejándote? Nunca.

— Entonces, ¿te quedarás y harás lo que dice papá?

— Sí, maldita sea, sí. Me quedaré, y tú sabías que esto iba a pasar. ¿Por que entonces todos esos cautelosos rodeos?

Ella se contempló los desnudos dedos de sus pies.

— Te amo por un millar de razones. Pero principalmente porque nunca me has defraudado. Y nunca lo harás.

— Nunca.

— Ahora voy a decirte algo que prometí no decir nunca. Es tu recompensa.
— No necesito recompensas por hacer lo que debo hacer.
— Sabía que nunca encontrarías el cuerpo de Chca.
— Y tenías razón.
— Porque sabía que ya no estaba allí.
Necesité un largo momento, y al final no acabé de captar el significado.
— No te entiendo.
— Tras su muerte, y cuando estabas sufriendo tanto, Jonás te llevó afuera para consolarte.
— Lo recuerdo.
— Borgia y yo fuimos al abono. Yo quería que Chca fuera enterrada en una tumba privada, sabía que tu lo querías. Pero Borgia dijo que no, y habló algo acerca de renacer.
— ¿Qué? ¿El clonaje ADN?
— S. Dijo que habíamos llegado a tiempo, y se llevó a Chca. Le costó una enorme suma el hacerlo.
— Y tú nunca me lo dijiste.
— Borgia me dijo que había tenido suerte con Boris, pero que la operación era tan incierta que no quería darte falsas esperanzas. Así que me hizo prometer que no te diría nada. Por otro lado, tampoco pude comprender enteramente lo que me decía. Por aquel entonces mi XX° no era m. bueno.
Mi corazón empezó a bombear fuertemente.
— ¿Y luego?
— Me dijo que me tendría al corriente de sus progresos.
— ¿Y?
— Todavía no me ha dicho nada.
— Entonces hay esperanzas. ¡Gran Dios! Yo... no puedo expresarte hasta qué punto te estoy agra... Y yo acusándote estúpidamente de celos.
— Te lo perdono si tú me perdonas.
— Nada de tratos. Sólo nosotros dos, juntos, para siempre.
— No siempre —dijo ella solemnemente— Yo me haré vieja y moriré, por supuesto, mientras tú sigues viviendo. Esto es lo que mas duele. Esto debió torturar a la pobre Chca, que ni siquiera... Pero yo sé que tú estarás conmigo hasta el final. Si no, ¿quién se va a hacer cargo de ti?
— No tenemos que pensar en esto durante largo tiempo.
— Probablemente tú sentirás deseos de irte.
— Probablemente, pero no lo haré.
— Todos creerán que soy tu madre.
— O una vieja dama rica con la que me he casado por su dinero.
Se echó a reír.
— ¿Por qué no has elegido a una de las damas eternas?
— Supongo que es porque prefiero a los seres humanos. El Grupo no es realmente tan humano, ya sabes.
— Tú si lo eres.
— Tenemos un largo tiempo ante nosotros en el Erie... Espero que nos tomaremos algunas vacaciones de tanto en tanto, y veremos el sistema solar... así que quizá cambies de idea respecto a eso.
Sonrió.
— Voy a decírselo a mi padre. Nos encontraremos en el árbol dentro de una hora.
— ¿Por qué no ahora?
— Tengo que ayudar a mamá a bañar y ponerle los pañales a tu hijo.

Y aquí estoy yo, aquí en el Erie, hijo del Poderoso Sachem, príncipe de la adormidera, destilador de aguardiente, y es un trabajo condenadamente duro. Me han rebautizado con el nombre de Aguila Blanca. Estoy estudiando el cherokee, la síntesis de la Repugnante y las costumbres locales en la universidad. Obedezco. Paso todas las decisiones importantes al Sachem. Me ejercito con los bravos y me someto a sus escarnios. Mi esposa camina tres pasos detrás de mí con su cabeza humildemente bajada. Lo que hace a otras horas es algo que no le interesa a nadie sino tan sólo a mí.

Tengo esta registradora en la que voy grabando mi diario en *XX*^o. Se lo he comunicado a Pepys, y el Grupo me visita ocasionalmente. M'bantu se quedó seis semanas, y para él fue un período glorioso. Hizo amigos por todos lados, y fue adoptado formalmente por el pueblo mandan. Tosca vino y estudió las danzas tribales para su nueva producción de *Salomé*. Disraeli me trajo mi informe financiero. Aparentemente, los crionautas han obligado a la Extro a tragarse su orgullo y mis negocios vuelven a estar a flote. Pude devolverle al Sachem su préstamo. Queenie vino también, pero los pawnees de la puerta no le dejaron entrar. Se puso lívido.

Creo que empiezo a tener una pequeña reputación en el Erie. El otro día, una delegación de las tribus y pueblos llegó a la choza con un problema de rivalidades internas, y no pararon de dirigirse a mí como "Gran Aguila". La semana próxima estoy de servicio como Jefe en la puerta Oeste para la primera invasión estacional turística. Natoma me ha prometido un trabajo de pintura que los va a llenar de espanto. El Sachem nos ha dado permiso para tomarnos todo el mes de junio, y creo que vamos a ir a la Luna. ¡Dio! Mi hijo está llorando de nuevo. Disculpen.
